

87

LAEMIE

A TIRAVITA

DELL

LIBRARIO

PQ7297

.B73

A8

620

R

R. C.



1020028168

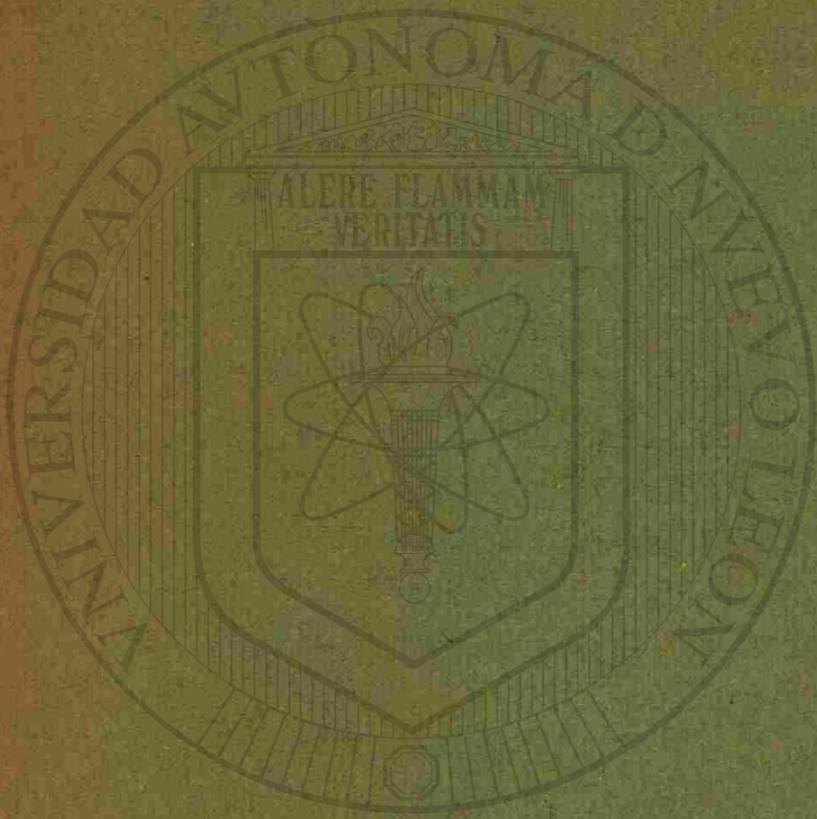
REGALO DE "EL IMPARCIAL"

A TRAVES

Del Mundo

POR

CARLOTA M. BRAEME



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Linotipografía, de "El Imparcial," Puente Quebrado Núm. 4

MEXICO D.F.

1908

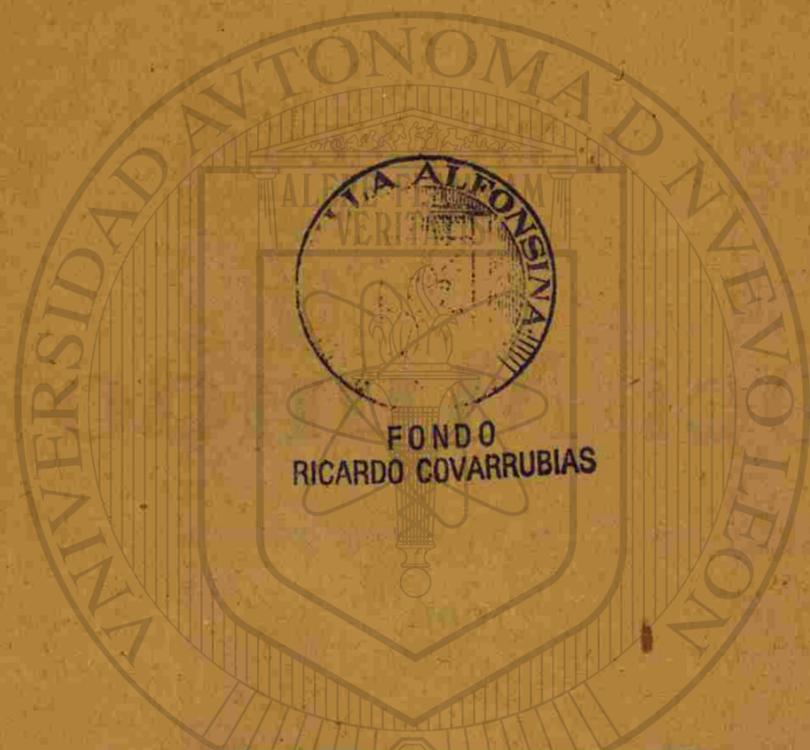
098296

153 05

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

91
B.

PQ7297
B73
A8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

A TRAVÉS DEL MUNDO

PROLOGO.

CAPITULO PRIMERO.

Abrióse de nuevo la puerta del comedor, y Silvia Rymer, al mirar á su camarera Ana, vió que tenía el semblante encendido.

—Son más de las siete, y la comida estaba dispuesta para las cinco. Tendremos que tirarla.

Mrs. Rymer sonrió; pero una sombra de inquietud veló el hechicero rostro juvenil.

—¿No ha vuelto todavía mi marido, Ana?— preguntó.

—No,—fué la malhumorada respuesta.—Siempre he dicho que, cuando los hombres salen de casa, no saben nunca cuándo han de volver.

Mrs. Rymer se echó á reír.

—Trate usted de guardarlo todo en buen estado media hora más. Si usted quiere, así será, Ana.

—Trataré,—dijo la muchacha;—pero, de tratar á hacer, va mucha diferencia.

Volvióse á la cocina y Silvia Rymer tomó de nuevo el libro que había estado leyendo; pero era en vano que tratase de fijar su atención en él; se interponía una bruma entre sus hermosos ojos y las líneas; el sentido de las palabras que leía no llegaba á su mente. Consultó su lindo reloj y vió que eran las siete y veinte minutos; y aquella tarde, cuando la besó al salir, dijo que volvería á las cinco.

Levantóse y se acercó á la ventana. Quizás ojos humanos no hubiesen presenciado más hermosa escena. Los grandes lagos escoceses á distancia, las montañas cubiertas de brezo declinando hasta la orilla; un vasto, antiguo jardín lindaba con los prados, y los prados limitaban al borde de los lagos.

Era el mes de Junio, y el sol brillaba sobre las azules aguas, el brezo y las flores. El dejo de las rosas y las azucenas que las rodeaban, entre las plantas que florecían en el jardín, no había ninguna más bella que el rostro que las contemplaba.

—Es extraño que no haya venido,—dijo. En aquel momento, de entre las rosas, salió

una muchacha llevando un precioso niño en brazos.

—Tráeme el niño,—dijo Mrs. Rymer.

Tomóle en brazos, besó sus aterciopeladas mejillas, acarició la blonda cabecita, y le habló ese dulce lenguaje solamente conocido entre madres é hijos.

—¿Dónde está paná, rico?—dijo ella; y el niño levantó sus grandes ojos negros.

El corazón de la madre rebotó de ternura al contemplarle. Sería un noble y grande hombre, pero jamás tan noble como su padre, Ulrico Rymer. En la tierra no existía su igual.

Después la muchacha y el niño se alejaron. Sobre el lago se perdió el sonido de la campana —siete y media.— Volvió Ana, contrariada, con expresión de enojo.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué voy á hacer con esa comida?—preguntó.

Mrs. Rymer volvió á la estancia seguida del perfume de las rosas y las azucenas. Aquel aposento era la pintura de la comodidad, lindamente amueblado, con flores y libros, la mesa brillante con su limpia mantelería y la elegante vajilla. La silla del esposo estaba dispuesta: todo cuanto podían desear, preparado con amantes manos y amante pensamiento. Había salido de casa á las tres, diciendo que iba á Broe á evacuar un asunto.

Broe era una pequeña población distante dos millas. Echó una mirada en torno suyo inspeccionando cada detalle; en la orilla de la mesa vió un cajón de cigarras, un par de guantes y una flor marchita que ella le había puesto en el ojal aquella mañana. Tomó los guantes y los llenó de apasionados besos.

—Amor mío! —murmuró.— ¿Eres yo digna de tí?

Estando con aquella luz semidivina en su rostro, aparecía más bella que un forjado sueño. Alta y esbelta, de unos diez y ocho años, con una figura de perfecta gracia y simetría; finas y pequeñas manos y finos y pequeños pies; cuello ebúrneo, delicado y gracioso; una faz tan pura y elocuente en su fresca juvenil belleza, tan dulce, tan elocuente, que parecía la que Rafael daba á sus ángeles; suaves, brillantes cabe-

llos; violados ojos, resplandecientes como estrellas. Iba vestida sencillamente, pero con suma elegancia. Llevaba al cuello un medallón de oro, sujeto á una cadenita del mismo metal, y en mórbida muñeca un brazalete adornado de piedras preciosas. Los destellos del sol poniente la bañaban; el perfume de las flores llegaba hasta ella; pero estaba perdida en un éxtasis de amor.

—¡Amor mío! ¡Amor mío! —murmuró.—
¿Quién más feliz que yo en el mundo entero?
De nuevo Ana; pero esta vez con una carta en las manos y menos ansiosa su expresión.

—Un propio ha traído esto de Broc,—dijo.—
Se la ha dado el señorito.

Con la sonrisa aún en los labios y un sonrojo que iba extendiéndose por su semblante, tomó la carta de manos de la doméstica. Besó su propio nombre, porque él lo había escrito.

—¡Mi amado Ulrico! —musitó.— ¡Ha pensado que yo estaría inquieta!

Después se sentó junto á la ventana para leerla. ¡Dios la ampare!

Con el sol brillando sobre ella, y rodeada de flores, leyó su sentencia de muerte.

Leyó las palabras que la horroraban de la lista de las mujeres honradas y oscurecían su vida entera.

Hacia un momento estaba sonriendo, palpitante su corazón al pensamiento de él; unos momentos después, aquel tierno y flamante corazón, quedaba destrozado.

Estas eran las palabras en las que brillaba el sol, palabras que traspasaron á la más noble, buena y sincera de las criaturas:

—¡Mi querida Silvia! Será mejor y más práctico hablarte claramente y revelártelo todo. No te recomendaré; pero mi excusa es que te amaba tan profundamente, tan locamente, que me era imposible vivir sin tí. Recuerda esto siempre que estés dispuesta á juzgarme con demasiada dureza. Recuerda siempre que has sido mi primero y más grande amor; que ninguna otra mujer puede ocupar tu puesto en mi corazón; pero, Silvia, te he engañado—me ví precisado á engañarte—; todo es permitido en amor, y si te he poseído mediante una estratagemata, no soy yo el primero que ha olvidado lo que el mundo llama honor en cuestiones de amor.

—Es mucho mejor que conozcas la verdad. No podía vivir sin tí, pero, Silvia... ¡tú no eres mi esposa! No me odies. No podía casarme contigo, porque hace años di mi palabra á una mujer de mi clase, y ahora me veo obligado á dejarte y á cumplir mi promesa. Tú me creías Ulrico Rymer, hombre de posición desahogada, pero modesta; pero no es así. La prudencia me prohíbe revelarte mi verdadero nombre y mi posición.

—Créeme, Silvia, que deploro en el alma tener que escribirte esta carta; á ser posible te hubiese evitado todo conocimiento de esto. La forma de matrimonio que celebramos era inútil—meramente para satisfacer tu delicada conciencia;—una ceremonia sin consecuencias. Repito esto, porque espero, con el tiempo, saber que te has casado con algún hombre digno de tu bondad.

—Espero asimismo que te guses por un buen sentido, y evites todo lo que parezca dramático.

Miles de mujeres se han visto en idéntica situación, y después han vivido dichosa y honradamente. Ten presente que soy yo y no tú el digno de censura. Tú te creías mi esposa, y yo sabía que no lo eras. Es duro separarme de tí— hemos sido muy felices;—pero no me es posible permanecer en Escocia un día más. Sé que esto te apenará; pero debes hacer lo posible para resignarte. Puedes estar muy bien. Si quieres escribir á los señores Ring y Tresham, Thavies Inn, Londres, á quienes he confiado tus intereses, ellos te dirán el importe de tu pensión y lo que dedico para el niño. Te lo pagarán por trimestres, con condición de que no intentes jamás buscarme ni te preocupes por mí. La casa estaba tomada por dos años; puedes permanecer en ella.

—Y ahora, adiós, mi bella Silvia. Mi corazón desfallece al escribir la palabra. Es necesario que trates de olvidarme; trata de hacer todo lo posible y ser feliz con otro cualquiera. La hora más triste de mi vida es esta en que te dejo; pero es preciso. Aun cuando no hayamos de vernos más, créeme siempre tu amante.

ULRICO RYMER."

Del interior de la carta cayó un billete de banco que quedó en el suelo inadvertido.

No había en el cielo ni en la tierra remedio para una angustia semejante. La joven leyó hasta el fin, y luego se quedó inmóvil, silenciosa, como petrificada. No lloró, ni gritó, ni perdió el sentido; pero la espantosa desesperación que se apoderó de ella era terrible de ver. Los descoloridos labios estaban entreabiertos, pero de ellos no salía el menor sonido; los violados ojos tenían una expresión vaga y extraviada; ningún dolor hubiese podido revestir expresión más desesperada.

El viento acarrecaba los marchitos pétalos de las rosas dentro de la habitación, y luego agitaba la carta caída á sus pies; esto la sacó de su abstracción como si algo viviente se moviese delante de ella. Levantóse de su asiento.

—¡Ulrico! —gritó, con terrible voz.

Luego, como una ciega, á tientas, encaminóse al jardín. Pensó que estaría allí; su cerebro cedió al golpe moral; allí no había nada, excepto las flores y los árboles, y retrocedió, sin saber á dónde se dirigía.

CAPITULO II

—¿Me llamaba usted, Mrs. Rymer?— dijo Ana, que había oído algo del pavoroso grito.

Ella volvió el semblante livido y dijo que no. Entonces la muchacha vió el billete de banco y lo recogió.

—El dinero anda por los suelos,—dijo, poniéndolo sobre la mesa.—¿Quiere usted comer ó que le traigan una taca de té?

—Llamaré cuando necesite algo,—fué la respuesta.

La joven se sorprendió de encontrar tan cambiada la voz de su señora. Volvióse para mirarla, pero la pálida faz estaba desviada. Salió dejando á la joven sola con su desesperación. De nuevo

tomó la carta y la leyó palabra por palabra.

—Debe de ser una broma,—se dijo,—esto no puede ser verdad. Yo soy su esposa ante Dios y los hombres.

Pero aquellas palabras nada tenían de broma; eran terribles, extrañas; y sentada allí, en horrorizado silencio, ocurriósele por la primera vez que podía haber sido engañada y abandonada. Semejantes cosas habían ocurrido ya; pero no seguramente con hombres como Ulrico. ¡Ulrico, su hermoso, noble héroe! ¡El hombre superior á todos los hombres! No era posible creerlo en el acto— ¡pero suponiendo que fuese verdad!

Permanecía inmóvil; ni aun siquiera había un temblor en sus labios.

—¡Oh Dios mío! —exclamó.— ¡Permitid que muera, antes de conocer la verdad!

Inclinó la cabeza, incapaz de hablar ni de pensar, sufriendo en amargo, angustioso silencio, el primer golpe de su indecible pena. ¿Quién puede decir la vergüenza, el pesar, el amor ultrajado, la dignidad herida, la angustia que pasó como una tempestad sobre ella?

Media hora pasó antes de que volviese á levantar su pálido semblante, y entonces, aquella inmensa pena, había dejado tales huellas en él, que apenas se la hubiera podido reconocer.

Levantóse lentamente y permaneció erguida; sus piernas temblaban; una mortal debilidad la acometía; un frío mortal que parecía helar la sangre en sus venas y paralizar los latidos de su corazón.

—¡No soy su esposa! —dijo.— ¡Le he dado mi corazón, mi amor, mi vida, mi honor, y él, por toda recompensa, me ha engañado! ¡No soy su esposa!

Levantó los ojos al sonriente cielo. Alzó la mano como si quisiera traspasar la bóveda azul y llegar al Trono del Altísimo.

—¡Dios de justicia! —dijo con voz lenta.— ¡Dios de luz! ¡Apelo á Vos contra él! ¡Soy inocente, pues me creía su esposa!

¡Llegó esta ardiente plegaria, esta ardiente apelación, al Padre misericordioso á quien no se apela en vano?

El silencio y el estupor de la desesperación habían desaparecido; ahora estaba dominada por el frenesí de la pena. Sus ojos ardían de ira, su semblante estaba encendido. Tomó el billete de banco que estaba encima de la mesa y lanzó una carcajada; una carcajada terrible de oír.

—Este era el precio de mi honor, de mi amor, de mi reputación, de mi alma!

Hizo trizas el billete.
—Pasaré hambre... moriré; pero ¡no quiero nada suyo! —dijo.

Fuése á su habitación y echó al suelo todas las joyas que él le había regalado; rompió la cadena que llevaba al cuello; una por una fué arrojándolas bajo sus pies y las pisoteó hasta hacerlas mil pedazos.

—¡Yo no vendo mi alma por esto! —dijo, echando los fragmentos á un lado.— No quiero tener nada que le haya pertenecido.

Después se extinguió su violenta furia y quedó de nuevo extraviada, aturdida.

—¡No puedo vivir! —se dijo roncamente.— ¡No puedo vivir! Yo no era orgullosa; pero ten-

go mi honor y mi reputación en más precio que la vida. He perdido las dos cosas y no puedo vivir.

De nuevo entró en su cuarto y tomó una escofeta y un chal; en la escalera encontró á la muchacha y al niño. Un amargo grito, un grito que debió de llegar al cielo, salió de sus labios. No miró á su hijo; desvió el rostro para no verle.

—¿Va usted á salir, señora?—preguntó la doméstica.

—Sí,—dijo la cavernosa voz.— Entreténgale usted como pueda. Yo salgo.

Le era preciso morir; aquella intolerable vergüenza no podía ser soportada. Además, en su limpia é inocente vida, nada más había tenido un amor, y ahora que se le había ido para siempre, ¿cómo iba á vivir? No podía mirar el rostro de aquel niño, que no iba á volver á ver, y no podía besar los puros labios; ¡marchaba á la muerte! Permanecía en el jardín, mirando en torno suyo con extraviados ojos; ojos que ardían, pero de los cuales no brotaba una lágrima.

A aquella hora, la noche anterior, él había paseado con ella á lo largo de los senderos, su brazo estrechándola el talle riendo al oír la contar maravillas del niño, acariciando á intervalos sus rosadas mejillas. Allí justamente, en aquel mazo de lirios, la detuvo para besarla, alegando que estaba celoso porque amaba demasiado á su hijito.

Sí: en aquel momento, él conocía que la había engañado; que ella no era su esposa; que transcurridas unas horas la abandonaría para siempre.

Una apelación por venganza, por justicia— el grito de un corazón quebrantado,— salió de sus labios. ¡Oh la muerte, la muerte! No era posible soportar aquella vida de vergüenza; no le era posible soportar aquella pena que le torturaba.

¿Contemplaron los cielos espectáculo más triste que aquel? ¡Aquella mujer, tan joven, tan hermosa, tan amante, buscando en torno suyo un medio de muerte! Y, sin embargo, semejante espectáculo no era más que otra variante del pecado y el egoísmo de los hombres.

—¿Cómo morir?—se preguntó la infeliz.

Allí estaba el lago, brillando claro y brillante al sol, orladas sus orillas de blancos lirios acuáticos; aves de brillante plumaje rizaban su superficie; dulces ondas morían en la orilla. ¿Buscaría allí el descanso apetecido?

—No, no podría morir,—pensó,—he contemplado con él tantas veces estas puras y cristalinas aguas... Vería su rostro en las profundidades y no podría morir. Necesito una muerte rápida, en la cual no me conturbe el menor recuerdo suyo.

Hizo un movimiento al oír sonido de risas; una risa loca y extraña; su propia risa.

—¡Me vuelvo loca! —pensó.— ¡No morir... morir... loca no!

Se reía, pues justamente se le ocurrió la idea de que aquello era una broma; una pesada y cruel, pero broma, al fin; había escrito la carta para probarla, y de pronto saldría riendo de entre los árboles, tendiéndole los brazos, y después....

después ella se asiría con un suspiro á su brazo, y él borraría sus lágrimas con besos.

—No puede ser verdad,—se dijo, sin moverse del sitio;—no hay hombre que pueda comportarse de tal modo con una joven inocente; no hay hombre que ose ultrajar las leyes divinas y humanas.

Quería encaminarse á Broe y ver por sí misma si era cierto.

Osaría él, osaría cualquier hombre, conquistar el puro corazón de una doncella para despozarlo? No es posible; aun para la maldad y el egoísmo de los hombres existen límites.

Decidió ir á Broe. El sol brillaba en los campos; los pájaros cantaban en los árboles; el viento mecía los brezos perfumados; las primaveras y campanulas asomaban sus cabezas entre el césped; la sonrisa del bello estío alegraba la tierra; ¿podía haber para ella tanto dolor y desesperación, tanta en perspectiva? No, no era posible. La tierra no se burlaría de ella con su belleza ni el cielo con sus sonrisas, si sólo angustia podían ofrecerle.

Volvió la espalda al lago; un estrecho sendero á través del bosque conducía á Broe. El frondoso ramaje de los grandes árboles orlaban los lados; el sol resplandecía en las verdes hojas; las ardiillas trepaban ágiles por las ramas; tranquilo, bello y fragante era todo cuanto la rodeaba. ¿Podían la obscuridad y la desolación esperarle al otro lado?

Llegó á Broe; nadie que la hubiese conocido pocas horas antes—fresca, bella y radiante—podía haberla reconocido ahora—lívido el rostro y la expresión desesperada.—Debió asaltarla algún recuerdo, pues al salir del bosque y divisar las primeras casas de la población echóse el velo sobre la cara y trató de aparecer más tranquila y calmada. Las campanas doblaban en la torre de la antigua iglesia—un doble triste y plañidero, muy en situación con lo que pasaba en el alma de la joven.—¿A dónde encaminaría sus pasos ya dentro del lugar de donde había salido la cruel epístola?

CAPITULO III

En Broe no había ninguna fonda, pero sí una posada. "El Escudo de Broe," y Ulrico había ido allí con frecuencia á jugar billar. Silvia recordó esto, y quizás le encontrara allí, riéndose de su pesada broma, tan impropia de él. Pero ¿no podía ser una broma, después de todo?

Uno ó dos transeuntes que pasaron por su lado la miraron con cierta sorpresa. Aun cuando el velo era espeso, podían verse sus ardientes ojos y su descolorida faz.

—Es preciso que procure hablar con calma,—dijo,—ó van á crearme loca.

El dueño de la posada estaba en la puerta. Silvia se oprinió las manos con tal fuerza al hablarle, que dos días después aun conversaba las señales.

—¿Está Mr. Rymer?—dijo; y el posadero, que la conocía, contestó:

—No, señom; ha salido á las cuatro. Ha ido

á tomar el tren en seguida. Tengo entendido que Mr. Rymer se iba á París.

El dueño, que sabía que la mujer que tenía delante se llamaba Mrs. Rymer, la miró con curiosidad. Silvia vió la mirada. No había necesidad de que se riesen ó la compadeciesen aún: bien pronto habría muerto. Antes de que las gentes supiesen que había perdido su honor y su reputación, yacería inerte, y nadie se ríe de los muertos. Juntó sus manos más estrechamente, y el dolor físico la volvió á sus sentidos.

—Muchas gracias,—dijo.—No sabía que se hubiese marchado.

Dicho esto, se alejó, sin huella de la mortal desesperación de que estaba poseída.

—Esto parece raro,—se dijo el posadero.—¿Cómo se ha marchado á París sin decirselo á su esposa?

Sin embargo, esto no le interesaba, y reanudó la interrumpida ocupación de silbar un aire callejero.

¿Cómo moriría? Ya no había equivocación; no quedaba esperanza; no era una broma; sino una terrible, sombría realidad; una vergüenza que no podía afrontar; una desgracia que no podía soportar. Pero la dificultad era: ¿cómo moriría?

Grandes manchas de púrpura se destacaban en el cielo, y la rosada luz reflejaba en el limpio pavimento. Pasó por delante de felices hogares, en cuya puerta el padre contemplaba sonriendo los juegos de sus hijos, en tanto que la madre cantaba, ultimando sus quehaceres. Pasó junto á felices parejas de enamorados, cuyas tímidas miradas revelaban su secreto; y durante todo este tiempo la pena y la angustia no se apartaban de su corazón.

No podía soportarlo. Ya no habría más feliz hogar para ella; no más creencia en el amor de un esposo; ni más deleite en las sonrisas de un hijo. Debía morir pronto, morir antes de que se ocultase el dorado sol, y antes que las gentes conociesen la historia de su vergüenza.

Pasó por delante de una tienda de drogas. Allí habría mil medios de morir. Entró. Detrás del mostrador había un muchacho; el dueño había salido. Silvia fué hacia él.

—Necesito lándano,—dijo.—Sufro un dolor intenso y deseo aplicarme remedio.

El chico la miró con algo semejante á una sonrisa.

—Una jaqueca?—preguntó; y aquella que jamás había manchado sus labios con una mentira, inclinóse.

—Mejor será que se lleve usted una botella de esto,—añadió el mancebo, señalando el medicamento.

—Sí, replicó ella impaciente;—tomaré también eso; pero es preciso que me lleve lándano.

—No sé,—dijo el muchacho.—sí puedo vender venenos. Creo que la ley se opone á ello.

—Puede usted venderlo,—contestó la joven con seguridad.—á personas de confianza. Yo soy Mrs. Rymer, de la Granja del Lago.

ero aun no bien hubo pronunciado estas palabras, recordó que no tenía derecho á aquel nombre, que no era suyo. El dependiente no comprendió el rubor que tiñó el rostro de la dama; pero lo atribuyó á la jaqueca. Colocó la bo-

tella de lándano en el mostrador y trasegó unas cuantas gotas á un frasquito. Silvia tenía ansia de morir, de quedar libre de toda vergüenza. Envió al muchacho al otro extremo de la tienda, y él, sin sospechar nada, fué Silvia aprovechó este momento para llenar el frasquito de la botella que había quedado sobre el mostrador; después pagó y salió de la tienda. Las puertas del otro mundo se abrían ya para ella. Tenía la llave en las manos.

Lentamente cruzó á través de las tranquilas calles. Al final de la más larga se levantaba la iglesia, de la torre de la cual salían los dulces y plañideros sonos. Ya no era cuestión de saber cómo moriría, sino dónde. Ante ella se extendía el cementerio; allí la muerte dormía en paz; allí se encontraba el olvido de la vergüenza, de la afrenta, de la miseria. Se introduciría allí, y sentada en cualquiera de aquellas losas, apuraría el frasquito de lándano, y moriría.

—Ese será mi doble funeral,—dijo, atendiendo al sonido de las campanas. Sentóse junto á una tumba sombreada por un sauce y después miró en torno suyo. Su mirada de despedida; ¡y cuán bello aparecía el mundo; cuán grandes las distantes montañas, cubiertas de pinos; cuán hermosos los bosques, con su solemne calma y su alfombra de florecillas silvestres; qué bella la pequeña población y la antigua iglesia con sus torres cubiertas de hiedra; cuán dulce el canto de los pájaros y el sonido de las campanas!

Iba á dejarlo todo, porque el egoísmo de un hombre le había hecho la vida intolerable. Estaba libre de vergüenza y pena; no se le ocurrió pensar del bien ó el mal. Ni por un momento se le ocurrió que su vida no era suya, y, por lo tanto, no podía destruirla; tan sólo recordaba la vergüenza de su posición y la miseria de su vida.

No quería recordar su pasado; no quería detenerse en los inocentes días de su juventud, los días en que el que acababa de abandonarla se había hecho amar de ella. No podía detenerse más que en su abandono.

De pronto, mientras permanecía allí con el frasco del veneno en la mano, pensó en su hijo; en la locura de su angustia, casi la había olvidado; el hijo que, una vez ella muerta, quedaría solo y sin amparo en el mundo.

—Mejor así,—gimió,—que conozca un día la historia de su madre.

Después llevó la botellita á sus labios; y á través de la extraviada mente cruzó el pensamiento de que tenía que encontrarse con su Creador. Unos momentos más, y se presentaría ante el Eterno Padre, á quien ella no había ofendido jamás voluntariamente.

Cayó de rodillas y una ardiente súplica por perdón asomó á sus labios.

—El me ha arrastrado á la muerte, oh Dios mío!—dijo.—Yo no puedo ocultar la vergüenza de mi vida. ¡Vos que sois más misericordioso que los hombres, tened compasión de mí!

¿Atravesó esta ruego el firmamento azul? Cerró los ojos y puso la botella en sus labios. Algunas gotas del espeso y amargo líquido habían caído en su boca, cuando una fuerte mano se la arrebató, cayendo el frasco lejos sobre una pie-

dra, donde se hizo pedazos, vertiéndose su ponzoñoso contenido.

—¿Qué iba usted á hacer?—exclamó una voz clara.—¿Cómo osa usted atentar á su vida?

Ella levantó sus enturbiados ojos y vió ante ellos á un anciano de majestuosa apostura, cuyos cabellos eran blancos como la nieve; su rostro, hermoso por la virtud y la bondad.

—¿Iba usted á matarse?—preguntó con expresión de horror.

Pero ella cayó á sus pies, gritando:

—¿Por qué me ha salvado usted?... ¿Por qué no ha dejado usted que muriese?

CAPITULO IV

El rector inclinóse y levantó á la infeliz joven entre sus brazos; contempló el pálido, desencajado rostro, con su terrible impresión de sufrimiento; admiró su juventud, su belleza, su pena.

—¿Qué puede haberla impulsado á la muerte?—pensó.

Silvia no se había desmayado; tal miseria como la suya, rara vez se da á tregua. Recostada en la losa donde había estado sentada, de nuevo gimió Silvia:

—¿Por qué no me ha dejado usted morir?

—Si la hubiese visto á usted al borde de un precipicio,—dijo el rector gravemente,—¿no debía separarla de él? Si la hubiese visto caer en el fuego... ¿no debía sacarla?

Ella le miró, y el bondadoso anciano quedó impresionado ante la pena y angustia que vió en aquellos tristes ojos.

—¿Usted sabe,—dijo,—usted no comprende que yo no puedo vivir?

El rector le tomó las manos; estaban frías como la muerte; tan frías que se alarmó.

—Pobre hija mía,—dijo.—¿Y usted no sabe que su vida no le pertenece? No puede usted prolongarla un momento, ni atreverse á atentar contra ella. Dios se la dió á usted. El es el único que puede tomársela. Usted no puede echársela en el rostro como un don despreciado.

—No sé,—gimió ella.

—No; yo no sé, quizás, el pesar que la domina; pero soy viejo, y toda mi vida he estado enseñando la ley de Dios; he visto el sufrimiento bajo todas las formas, pero no conozco ninguna que justifique el suicidio.

La joven se estremeció á la palabra.

—He visto desolación y miseria en medida que no es posible exceder,—continuó el rector;—el remedio es la sumisión á Dios, no la propia destrucción. ¿Puede usted confiarme la causa de su pena?

—No,—contestó ella;—no debe ser referida.

—¿Pobre niña!—dijo el anciano gentilmente.—Es usted demasiado joven para soportar tanto. Pero, cualquiera que sea la causa, no haga el mal peor. La vida termina pronto; que haya sido feliz ó miserable, poco importa á la hora de la muerte. No hacerla peor añadiendo la eterna ruina. Ya sabe usted... aun cuando digan los impíos lo que quieran... que no hay perdón para el crimen del suicidio. ¿Quisiera usted que-

dar eternamente privada de la presencia de Dios? —No había pensado en ello,— contestó Silvia.— Tan sólo recordaba que no podía soportar la vergüenza de mi vida.

Ella permaneció silenciosa unos momentos, y el rector observaba atentamente su expresión. De pronto, ella le miró.

—Puede usted decirme por qué ha ocurrido esto?—preguntó.— Yo he sido siempre una buena muchacha; no recuerdo haber pecado voluntariamente; siempre he estado orgullosa de mi reputación. La he creído la gloriosa corona de mi vida, la corona de mi sexo, la perla superior a todo precio; jamás he sido coqueta; jamás he proferido una palabra ligera; jamás he dirigido una mirada libre; he sido modesta como estas margaritas que crecen aquí junto a las tumbas. Si alguien me hubiese tentado ofreciéndome el mundo entero por precio de mi honor y reputación, le hubiese rechazado con desprecio. Y bien: ¿puede usted decirme por qué ha ocurrido esto? ¿por qué mi vida será, de hoy más, una larga vergüenza?

Hablaba con tal precipitación que el rector apenas podía seguir sus palabras.

—Usted olvida,— dijo él gentilmente,— que yo no sé lo que ha ocurrido. ¿Quiere usted decirme?

Un encendido rubor coloreó el desesperado semblante.

—No puedo... no puedo!— exclamó.— Mi propia historia me mancharía los labios.

Mr. Douglas la miró, no sabiendo qué hacer. Las campanas sonaban más lentamente; el sol se iba poniendo; los pájaros recogían sus alas; las flores cerraban sus coloras; las sombras se iban extendiendo.

¿Qué hacer con aquella infeliz criatura, que permanecía con el rostro oculto en el césped, no llorando, no desmayada, sino fría y silenciosa en su desesperación? No podía dejarla allí. Inclínose sobre ella.

—Tiene usted padre ó madre?—preguntó. Y ella contestó que su padre había muerto hacía muchos años, pero que su madre vivía aún... pero muy lejos, muy lejos.

—¿Dónde?—preguntó el rector pacientemente.

—En Kent... entre huertas y montañas.

—¿Quiere usted ir con ella ó que yo la envíe á buscar!

—No,— exclamó Silvia;— jamás volveré á mirar el rostro de mi madre. ¡Oh, señor!... ¡si quisiera usted dejarme... dejarme que muriese! ¡Realmente no puedo soportar la vida.

—¿No tiene usted costumbre de reconocer alguna autoridad en los ministros de Dios?—preguntó el rector gravemente.

—Sí,— contestó ella, percibiéndose en su rostro una expresión de cansancio y vaguedad.

—Entonces, por virtud de esa autoridad,— dijo,— la mando á usted me cuente su historia.

—Yo tenía diez y siete años,— comenzó ella,— y maldita... créame usted... maldita con un lindo rostro, cuando un extranjero llegó á nuestro pueblo y se enamoró de mí. Era hermoso ó inteligente... ¡ay de mí!... no he encontrado otro como él. Dijo que quería casarse conmigo,

y mi madre dió su consentimiento. Yo le amaba; ¿cómo pintarle á usted cómo le amaba?... lo creería usted pecado. Era la verdadera luz de mis ojos, el pulso de mi corazón. He dicho que había hecho yo error; he olvidado. Mi madre quería que nos casásemos en la parroquia del pueblo, pero él se oponía; una dijo que esperaba dinero de un pariente, el cual no la favorecería si lo encontraba casado. Me preguntó si quería que mantuviésemos el casamiento secreto algún tiempo, y yo consentí. Pidióme, que en lugar de casarnos en el pueblo, nos encaminásemos á Escocia; de quedarnos en Kent había peligro para él.

Yo era inocente de todo pecado, de toda culpa, de todo mal; pero cometí el mayor error de mi vida cuando consentí. Me suplicó ardientemente que no dijese nada á mi madre, por temor á que se opusiera, no conociendo, como yo, la necesidad del secreto. Debía yo de estar ciega... y era además muy joven. Abandoné mi casa con él, dejando una carta para mi madre explicándole todo; y pobre, ignorante de mí, me arrojé en brazos de mi suerte.

Se detuvo unos momentos; las palabras acudían á sus labios con tal precipitación que á veces no era posible entenderla.

—Llegamos á Escocia, señor, y nos casamos... yo creía que real, verdaderamente casados. Si yo no lo hubiese creído, por más que le amaba entrañablemente, hubiera preferido mil muertes á obrar como obré. He vivido cerca de dos años en un torbellino... en un ensueño de felicidad. Con frecuencia pensaba que el cielo no podía ser más brillante, más hermoso, más dulce que la tierra; y cuando nació mi hijo, mi corazón se transportó con arrebató de gratitud á Dios.

Señor, escúcheme usted. Yo había sido educada cristianamente... Me enseñaron á amar á Dios, á estimar mi alma, á estimar mi reputación sobre todos los dones. Amaba á aquel hombre que hizo en mí la pasión más profunda; pero me creía su legítima esposa. Y ahora, dígame usted por qué he sido tan cruelmente castigada. Hoy me ha escrito una carta diciéndome que yo no era su esposa... que me había engañado intencionalmente... que yo no conocía su nombre, su rango ni nada suyo; que me abandonaba para siempre; que me dejaba para casarse con una mujer de su clase; que me había señalado una pensión... ¿Cómo si el dinero pudiese pagarme! ¡Oh Dios mío!— exclamó la desgraciada joven.— ¿Por qué no me ha dejado usted morir? ¿Cómo podré sufrir esto?

La bondadosa faz del sacerdote se puso muy pálida al escuchar la historia; levantó su mano como si quisiera protestar contra la egoísta crueldad, el crimen de los hombres.

—¿Cuánto tiempo, oh Señor!—suspiró como admirado de que Dios tuviese tanta paciencia con sus criaturas.

Después colocó la mano sobre la abatida cabeza.

—Es muy duro, cruelmente duro, terriblemente duro para usted, pobre hija mía,— dijo,— pero sería más duro para él, el día en que haya de responder de sus pecados! ¡Así pues, jamás concibió usted la menor sus pesa de que su casamiento fuese falso?

—Ni se me ocurrió soñar semejante cosa... ¿Cómo podía? Mejor hubiese dado del cielo que de él.

Era su primera experiencia de la maldad del mundo; pero no ocurría lo mismo al rector. Había conocido hombres desalmados y mujeres abandonadas; sin embargo, jamás había contemplado pesar tan intenso como aquél.

—No debe usted añadir su condenación á este pecado,— dijo gravemente.— Si atenta usted contra su vida, su condenación es segura.

—Pero ¿cómo puedo yo vivir?— exclamó ella apasionadamente.

Empezó á arrancar ramos de césped y á dispersarlo. Parecía tan descompuesta que el rector temo que perdiese la razón.

—Otras han tenido que soportar lo mismo. Otras se han visto abandonadas en el mundo. Es preciso que lo sufra usted como mejor pueda. Usted da un giro exagerado á su causa. Aun suponiendo que todo lo que él ha dicho es cierto, usted ha sido engañada. No veo que sea usted culpable de ningún pecado; y si tiene usted limpia la conciencia y es usted inocente ante Dios, es preciso, hija mía, que lleve usted su paso valerosamente entre los hombres. Lo que le ha ocurrido á usted es un infortunio, no una falta. Permítame que la pinte mejores perspectivas de la vida. Aun puede presentarse ante usted una vida larga y más feliz, aunque hoy se encuentre atrojada en mitad del mundo.

CAPITULO V

—Escúcheme usted,— repitió Mr. Douglas.— Deje usted que la dé más noble y elevada idea de la vida.

Ella le miró con desesperados ojos. —No es necesario,— dijo gentilmente;— lo sé. He recibido una educación cristiana; me han enseñado, como pudiera usted hacerlo con una hija suya. Usted no comprende. Aun suponiendo que yo, como usted dice, sea inocente y á los ojos de los hombres aparezca como víctima, no como culpable; aun suponiendo que no pese sobre mí una gran vergüenza, ¿cómo voy á vivir yo con el corazón destrozado?

Durante un momento el rector permaneció silencioso; pero una luz, hermosa de ver, brilló en su semblante.

—Dígame usted,— repitió la joven;— ¿cómo voy á vivir yo con el corazón destrozado?

—No podía usted hacer esa pregunta á uno pudiese responderla mejor que yo,— contestó Mr. Douglas.— Mire usted; ¿ve usted aquella blanca cruz de mármol que luce allá entre los árboles?

Silvia siguió la dirección indicada. Entre los árboles distinguió el objeto.

—La veo,— dijo.

—Mi corazón fué destrozado,— dijo Mr. Douglas— hace treinta años, y enterrado allí con mi joven esposa. Sin embargo, he vivido, y he cumplido mi deber, finalmente, á pesar de todo.

Sus ojos, más que sus labios, le preguntaron cómo era.

—La estuve amando durante seis años,— dijo el rector gentilmente,— pero no podíamos casarnos porque éramos pobres. Cuando me dieron esta rectoría, con su casa y sus preciosos alrededores, la hice más hermosa aún, y un día de verano entré en ella con la que ya era mi esposa.

—Ah, hija mía! Muchos mortales estamos llamados á beber nuestro cáliz con la espuma, á saborear el dolor, y á apurar las heces de la desesperación. Durante un año entero viví con mi mujer tan felizmente que todo cuanto había concebido del Jardín del Paraíso, me parecía como un sueño, en comparación. Era tan intenso, tan portentosamente feliz, que solía ver de extender á los demás aquel puro gozo que me enajenaba.

Por un año... un corto, breve año en tantos de vida. Esperábamos que nuestro matrimonio tendría fruto de bendición, y la dulce faz de mi esposa se volvía cada vez dulce y brillante ante la esperanza de aquella nueva felicidad.

¿Qué cree usted que ocurrió?... ¡Ay de mí! Con frecuencia, en el primer loco arrebató de mi angustia, levantaba los ojos al cielo para demandar la razón. ¿Por qué me la había arrebatado? ¿Por qué no perdonar aquella dulce y amante vida? Ambos murieron... madre é hijo juntos. Murió mi esposa tras dolorosa agonía, sin decir una palabra, ni aun á mí, á quien amaba tanto. Yo no ví los ojos de mi hijo ni oí el sonido de su voz. Me puse loco, corriendo, de aposento en aposento, haciendo la pregunta que nadie contestaba ¿Por qué había muerto? Tan seguro como el sol que brilla sobre nuestras cabezas, mi corazón quedó destrozado en aquel entonces; no hay palabras que puedan expresar mi pena. Mi corazón quedó enterrado con mi mujer, y, sin embargo, he vivido treinta largos años, y jamás he puesto en discusión la voluntad de Dios. Inclino mi cabeza con la más profunda sumisión, y usted, hija mía, usted... joven y hermosa, puede vivir con el corazón destrozado si hace usted lo mismo.

Entonces, por la primera vez, Silvia estalló en un torrente de lágrimas.

—Era la mitad de mi vida,— gimió;— no, mi vida entera. No he tenido pensamiento fuera de mi amor. Me dormía con su nombre en los labios; mi último pensamiento era suyo; despertaba bendiciendo el día, porque iba á verle. El mundo es todo obscuridad, todo hielo, todo desolación. ¡Sin mi amor no sé cómo vivir! Su presencia era mi luz, mi sol, mi alegría. Su amor hacía mi calor mi felicidad. ¡Van á pasar los días estivales sin traerme jamás! ¡Van las plantas á florecer, el sol á brillar, las hojas á retoñar, año tras año, sin que él vuelva jamás! ¡No puedo soportarlo! ¡No sé cómo vivir!

Había algo tan profundamente desesperado en su dolor, que al anciano se le llenaron de lágrimas los ojos.

—No sé cómo será un amor semejante al mío,— exclamó.— ¿Sabe usted... sabe usted que si se presentara en este momento delante de mí, me abrazaría á sus rodillas y se lo perdonaría todo?

—Creo que no lo haría usted; la ha hecho á usted víctima de una traición. Por lo que á él respecta, ha desgraciado su amor. Recuerde usted que, mientras usted le ofrecía un puro y noble

amor, él sólo la daba una pasión egoísta, indigna del nombre de amor. Trate usted de olvidarlo.

Silvia dirigióle una mirada que le impresionó.

—¡Olvidarle!—exclamó.— Sí, cuando los pájaros olviden el cantar, las plantas florecer; cuando el sol olvide alumbrar, y la tierra olvide su luz; cuando yozca en mi tumba, fría é inerte, ni aun entonces le olvidaré. Si él pasara junto á mi tumba y pronunciase mi nombre, aun cuando estuviese allí muerta hacia veinte años, le oiría. ¡Olvidarle! Mi pulso cesará de latir, mi corazón de palpar, pero yo le recordaré.

Su rostro estaba encendido; sus ojos lanzaban destellos.

Algún día estaré ante el augusto tribunal de Dios,—continuó Silvia,— dando cuenta de mi pobre y arruinada vida... ni aun entonces le olvidaré.

—“La venganza es mía,” ha dicho el Señor. Usted no puede olvidarle, hija mía... pero puede usted perdonarle.

—¡Perdonarle!—repitió ella.— Sí, cuando cese de recordar cómo le amaba, cómo me venció; cómo estrechaba mis manos; cómo besaba mis labios y me llamaba su esposa... su dulce y amante esposa; cómo me hizo amarle hasta que mi alma fué á formar parte de la suya, y mi corazón fué suyo; cuando cese de recordar todo esto, le perdonaré.

Reinó entre ellos un corto silencio. El vespertino canto de las aves iba disminuyendo; las hojas se movían lánguidamente en los árboles, las flores ondulaban sobre el espeso césped; las sombras se hacían más oscuras; el sol desaparecía.

El sacerdote aproximó su rostro al de la joven. —El primer impetu del pesar,—dijo,—la domina á usted ahora; sé que es duro de soportar. ¿Quiere usted prometerme una cosa? Usted ha sido una buena muchacha, y ha rezado oraciones sobre las rodillas de su madre; usted se ha dormido en sus brazos; ¿quiere usted prometerme, por el amor de su madre y de su hijo... por su amor y respeto al Gran Dios, no volver á atentar á su vida? Oiga usted, hija mía, esas dulces campanas, contemple el cielo azul, reanímese un poco y deme su promesa.

La joven volvió hacia él sus ojos. —No sé cómo podré soportar mi vida. No sé cómo podré vivir sin él. La mayor merced... el mayor bien que cualquiera podía hacerme, sería matarme aquí donde estoy; pero lo que me pide usted en nombre de Dios no quiero rehusárselo. Le prometo á usted que, suceda lo que quiera, no atentaré contra mi vida.

—Y yo doy gracias al cielo, dijo el anciano. —Y ahora, hija mía, dígame usted y obedézcame; váyase usted á casa y no se aparte con desfallecimiento de su hijo; busque usted consuelo en él; ámalo doblemente, porque el que debía amarle es su peor enemigo. ¿Dice usted sinceramente que está resuelta á no tocar el dinero que ese hombre ha depositado para usted?

—Primero morir de hambre con mi hijo,—contestó ella.

—Creo que obra usted perfectamente. Así,

pues, necesitará usted hacer algo para ganarse la vida.

—Si, trabajaré jamás me ha inspirado vergüenza el honrado trabajo.

—¿Querrá usted quizás salir de la comarca y buscarse trabajo en alguna ciudad?

—En cualquier parte,—replicó la joven con fatiga.

—Recuerde usted que, mientras yo viva, siempre seré su amigo. Dios me ha enviado aquí para impedir que cometiera un crimen; me creo obligado á ayudarla á usted en todo lo que pueda. Váyase usted á casa ahora y mañana yo pasaré á verla; arreglaremos algún plan para que pueda usted vivir lo más felizmente posible. No se diga usted jamás que está sola y sin amigos, porque, mientras yo viva, lo repito, tendrá en mí un verdadero amigo.

Ayúdala á ponerse en pie; mantuvo su mano entre las suyas.

—¡Anima, pobre hija mía!—dijo.—La vida es una batalla y los victoriosos lucirán una corona de oro. Yo me retiro á mi casa,—continuó,— y oraré por usted. Usted váyase á la suya y aprenda la lección más grande de la vida... Conformación.

Ella inclinó la cabeza y besó la bondadosa mano.

—Le debo á usted mucha gratitud,—dijo. Y después, con débil é inseguro paso, salió del cementerio donde por poco deja la vida.

CAPITULO

Caminó á través de las primeras sombras hacia la casa que fuera un paraíso no hace mucho, pero que jamás volvería á ser su hogar, andando lentamente. Sus labios temblaban; grandes olas de angustia parecían levantarse, inundarla, y retroceder después. Allí estaba el lindo jardín, con sus dormidas flores, las sombras creciendo cada vez más, extinguiéndose el último tinte rojizo por occidente. En una de las ventanas brillaba débilmente una luz.

La noche anterior, tan sólo la noche anterior, á aquella misma hora, había estado paseando con él; habían contemplado la puesta del sol; su brazo la rodeaba el talle, sus amantes palabras producían una dulce música en los oídos, sus labios la habían prodigado cien besos, sus manos habían acariciado la hermosa cabellera; la más feliz de las criaturas vivientes, al calor y la luz de su amor.

Ahora le era preciso volver á la casa que él no vería ya más; en los aposentos donde el sol de su presencia no brillaría más; ocultar el conocimiento de que había sido engañada, traicionada; que él se había burlado de ella en tanto que ella le amaba; que se había reído de ella mientras la besaba; que su amor, su fidelidad, era todo una gran mentira. La había hecho sencillamente la víctima de un pasajero capricho, y ella le había dado su vida entera.

—¿Habrá,—se dijo,—al detenerse junto á la verja,—habrá alguna verdad en los hombres? ¿Serán todos iguales... todos traidores, egoís-

tas y falsos? Este anciano que me ha salvado la vida, ¿habrá destrozado el corazón de alguna mujer ó ennegrecido su vida? ¿Volveré yo á creer otra vez en la fe, la verdad y la honradez?

Entró en la casita que había sido tan cuidadosamente arreglada para ella; la vista de aquellos objetos familiares, la silla donde él se sentaba, los mil pequeños tesoros domésticos, hicieron desfallecer de pena su corazón. Encaminóse á su habitación, en cuyo pavimento se veían todavía los restos de las joyas, y de nuevo una ardiente cólera se apoderó de su sér.

—¿Quiso acaso comprar mi alma con semejantes fruslerías?—pensó amargamente.

Entonces le acometió una súbita sensación de desfallecimiento. Se estaba haciendo tarde y no había comido ni bebido desde la mañana. Las fuerzas parecían abandonarla. Se dejó caer medio desvanecida en una silla en el preciso momento en que Ana, con la curiosidad pintada en el rostro, entraba.

La joven miró á su señora, y cierto instinto la dijo, si no la verdad, algo muy aproximado.

—¿Se ha marchado el señor?—preguntó, pero sin obtener respuesta.

—Parece usted enferma,—continuó Ana;— ¿puedo hacer algo por usted... preparar algo?

—Nada, fué la breve réplica.

—Pero no ha comido usted... tiene usted la ropa húmeda. Permítame usted, al menos, que le traiga un poco de café.

—No puedo comer ni beber,—dijo la débil voz.—El gran favor que puede usted hacerme es dejarme sola.

La doméstica retiróse, y Silvia, mirando en torno suyo, musitó:

—No quiero tocar bebida ni alimentos adquiridos con su dinero... ¡No, ni aun para salvar mi vida!

Ana fuése en busca de la muchacha, que estaba en su cuarto con el niño.

—¿Sabe usted lo que ocurre abajo, Juanita?—la preguntó.

—No, no sé que ocurra nada... ¿qué es?

—Acuértelo usted. El señor tenía que volver á casa para comer, y todavía no ha venido; la señora no ha tenido paciencia... no sé dónde se ha metido; trae la ropa húmeda y parece un espectro. El suelo del cuarto está sembrado de fragmentos de joyas. Creo, Juanita, que aquí pasa algo muy grave.

—¿Habrán reñido?—preguntó la muchacha.— Los matrimonios suelen andar á la greña á lo mejor.

—No, porque cuando se marchó, le vi que la besaba, y oí que decía: “No tardaré mucho, querida mía...” Esto no huele á tiza, ¿eh?

—Quizás la haya dejado; nadie sabe quién es quién, ni qué es qué en este mundo; quizás, después de todo, no sean casados,—sugirió Juanita con mucha calma.

—¡Y tan casados como son! Esto puedo jurárselo yo, tan seguro como me llaman Ana Royden. Yo sé... .

Pero sus palabras quedaron bruscamente interrumpidas.

El pálido semblante de Silvia apareció en la puerta. Adelantó y tomó el niño en brazos.

—No necesitaré nada más,—dijo.— Déjeme usted al niño, y luego que cenén, pueden irse á descansar.

Hubieran querido oponerse; pero había algo en el pálido semblante que imponía obediencia. Las dos mujeres hubieran querido permanecer con ella, haberle dado el pobre consuelo que estaba en su poder, haberla servido; pero la quietud digna de su pesar las sobrecogió. Salieron sin decir una palabra. Pero Ana, que era muy afectuosa á su joven señora, no podía descansar y volvió de nuevo á la habitación, encontrando á Mrs. Rymer sentada con el niño en brazos, pareciendo la verdadera imagen de la desolación y la pena.

—Mrs. Rymer, déjeme que haga algo por usted,—exclamó la muchacha con tono suplicante.— Déle usted el niño á Juanita otra vez; iré á buscarle ropa enjuta y algún fiambre... la ruego que me deje hacer algo.

—No necesito nada. Lo único que deseo es descansar.

—¡Descansar!—pensó la sirvienta.— ¡Con esos ardientes ojos y ese rostro desesperado! Estoy segura de que no hay descanso para ella.

Pero como sus observaciones fuesen desoídas, se retiró.

Una mujer magros virtuosa hubiese sido menos altiva. Una mujer cuya conciencia hubiese sido menos clara, menos leal y delicada, hubieran sufrido menos. Muchas mujeres se hubiesen dicho que estaban inocentes de toda culpa y hubiesen tomado lo que les quedaba. Muchas mujeres, aun buenas, hubiesen procurado por su bienestar, hubiesen conservado la linda casita, y hubiesen vivido de la pensión; pero no Silvia. ¡Su fe en él había sido tan perfecta! Habíale parecido que ellos no tenían nada más que un alma, una vida, un corazón; un interés entre ellos; todo quedaba alterado. Si no era su esposa legítima, no tenía derecho á su dinero; en cuanto á tomar la recompensa del pecado, el precio de su honor, hubiese preferido morir mil veces á hacerlo; así permanecía inmóvil y silenciosa en su desolación, esperando á que todo quedase en quietud; si el pequeño lloraba ó gemía, le acullaba en voz baja, y permaneciendo allí, débil, desolada y abandonada, parecía que todo el mundo vacía inmóvil.

Quietud por último; las voces de las criadas habían cesado. Oyó que cerraban la puerta de su habitación; levantóse, y dejó al niño en su cama. Fuése al armario y sacó la ropa que había sacado de su casa cuando salió de ella; despojóse de todo cuanto él le había comprado. En el bolsillo de su falda encontró todavía el pequeño portamonedas que puso en él, y que contenía unas pocas libras esterlinas, los ahorros de su adolescencia, cuando el pesar estaba tan lejos de ella como el cielo de la tierra. Púsose aquellas ropas, y luego echó en derredor la última mirada por el pequeño aposento donde había sido tan feliz. Secó las candentes lágrimas, ahogó los violentos sollozos, se sobrepuso á la terrible pena que la hubiese asesinado á dejarse llevar de ella.

—¡Adiós!—dijo quietamente.— Aquí, donde he sido tan feliz... aquí, donde noche y día me he arrodillado para recitar mis oraciones, y siem-

pre he orado por él... aquí formulo mi protesta contra la ruina que él me ha infligido... aquí yo elevo mi protesta contra mi perdido honor, mi obscurecida vida, mi quebrantado corazón! Sirva esta protesta contra él, el día en que pida misericordia y no la encuentre.

Tomó al niño en sus brazos; la criatura se resolvió con un plañidero gemido y ella puso sus temblorosos labios sobre su faz.

—No llores, adorado mío—murmuró.—Tú y yo estaremos juntos ante el mundo entero... No contamos más que con nuestro recíproco amor.

Envolvió al pequeño en un rápido mantón, y, estrechándolo entre sus brazos, comenzó a descender las escaleras. Una muda, apasionada ojeada a los lindos aposentos; una mirada de despedida al hogar de un día; después abrió la puerta y salió de la casa. Atravesó vivamente el jardín, y cuando llegó al camino real, permaneció unos momentos mirando hacia allí.

—Adiós, mi hogar!—dijo.—Adiós, amor mío, por siempre jamás!

Entonces, con una pasión de lágrimas, estrechó con más fuerza al pequeño, y levantó sus ojos al cielo azul.

—Dios nos bendiga, ángel mío!—exclamó.—Quedamos solos á través del mundo

CAPITULO VII

Una de las más grandes y más hermosas mansiones que existen en Hyde Park es la llamada Stanfield, residencia en la urbe de lord Voyse y su familia. Todo el mundo conoce á Stanfield House por la magnificencia de su arquitectura, el esplendor de su interior, la hermosa perspectiva que se divisa desde sus ventanas, las que dan al parque.

Una brillante mañana de Mayo, una joven estaba junto á una de las abiertas ventanas, mirando tímidamente, de vez en cuando, hacia las verjas de la entrada principal. Una joven, de bello rostro, con el delicado matiz de las rosas silvestres en sus mejillas; una noble y graciosa cabeza, altivamente sentada en un cuello de sin par blancura; una cabeza que, por su estatuaría belleza y perfección, pudiera haber lucido la diadema de una emperatriz. De la cabeza á los pies era una patricia. Tenía un rostro sereno, hechicero y distinguido; refinado, elocente, como si el alma se transparentase en él; una figura de perfecta simetría, llena de curvas y líneas que hubiesen encantado á un escultor; blancas, delgadas manos, con un tenue rosa en las puntas de los dedos; breves pies que hubiesen podido calzar los zapatitos de la Cenicienta. Si la hubiese visto en los desiertos africanos, hubiérais dicho al momento lo que era: una inglesa distinguida, aristocrática. Diferenciárase como quisiera, no podía ser tomada por otra cosa.

La gente dice que estas cosas todo son tonturas; que en los lugares de Inglaterra se encuentran más grandes hermosuras que en las clases elevadas. Quizás sea así; pero faltas de distin-

ción y refinamiento. En las inglesas de elevada cuna, la belleza se hereda cultivada, mejorada á cada generación. La diferencia es la misma que entre una rosa que nace silvestre en los setos—combatida por los vientos y bañada por el rocío—y la rosa cultivada, sobre cuyo color, forma y mejoramiento ha puesto el jardinero todo su conato.

Lady Clotilde Voyse era como una rosa cultivada. Los Voyse eran una de las familias más antiguas de Inglaterra. Su belleza de rostro y forma, su elevado espíritu, su noble alma, su brillante inteligencia, le venían de generaciones de héroes. Lady Clotilde era el único vástago del actual lord Voyse, y no se hubiera tenido mayor cuidado con ella á ser la heredera de la corona de un gran reino.

Desde su más tierna infancia, el amor la había protegido hasta del menor mal. Conocía tan sólo un lado de la vida: el lado color de rosa. Conocía tan sólo una frase de la humanidad: la mejor y más noble.

Tan confusamente como se daba cuenta de que muy lejos del brillante y hermoso mundo en que vivía existían hordas de salvajes privados de toda luz, así sabía que el pecado y la muerte, las enfermedades y las penas, existían en el mundo; jamás la habían tocado, jamás se habían aproximado á ella. Más confusamente aún, se daba cuenta del pecado y la maldad; jamás los había visto. ¿Qué sabe la flor de invernadero de las ajadas flores, que todo el mundo manosea en los setos? El cielo brillaba sobre ella; el amor entre todo lo más hermoso y refinado; ¿cómo podía deslizarse el mal en un Edén como el suyo?

Amada, acariciada, guardada como una preciosa joya ó una valiosa flor, creció hechicera, refinada é inteligente; no orgullosa todavía, aun cuando su rostro lo trascendiese. Instruida, capaz de ocupar un puesto en la sociedad, por elevado que fuese, Lady Clotilde era lo que la juraba el capitán Fraser: una perfección. Sobresallan en ella todos los instintos de su raza: hubiese preferido mil muertes al deshonor; todo género de torturas á la afrenta; cualquier pena á la mentira. Era el ideal de más noble y pura dama. Y esta joven amaba, y había dado palabra de casamiento á Basilio Ulrico Vyner, lord Dynecourt, que había conquistado el corazón de una mujer, lo había destrozado, arrojando los fragmentos al aire, como hubiera podido hacer con los restos de una flor.

En aquella mañana de Mayo, lady Clotilde lucía un rico traje de muselina de Indias, adornado con cintas azules, que armonizaba perfectamente con su nacarado rostro y su blonda cabellera. Sus blancas manos estaban llenas de flores—las flores eran una pasión suya; jamás era más feliz que cuando estaba entre ellas.—

De pronto se coloreó el hechicero rostro. Se separó vivamente de la ventana; ni por todo lo del mundo hubiese querido que lord Dynecourt supiese que había estado esperándole. Entró en el salón, donde lady Voyse estaba ocupada escribiendo.

—Mamá,—dijo,—ahí está Basilio.

Lady Voyse la miró sonriendo. Acarició el rostro de su hija.

—Esas rosas se colorean á su honor. Se pondría muy orgulloso si viese ese sonrojo, Clotilde. La joven miró á su madre con una expresión pensativa.

—¿Cree usted, mamá,—dijo,—que me ama tanto?

—¿Cómo podría remediarlo, querida mía? Naturalmente que te ama mucho.

—A veces lo creo orgulloso, frío y reservado. Me habla, pero parece que está pensando en otra cosa. Lady Voyse se echó á reír.

—Esa es una de tantas fantasías de los enamorados,—dijo.—Rood Dynecourt posee unas maneras majestuosas y altivas que me gustan. Creo su manera de hacer el amor enteramente caballerosa.

La joven aproximó su hechicero rostro al de su madre.

—Usted sabe más que yo,—dijo.—Si á usted le parece bien, mamá, á mí también.

Lady Voyse no tuvo tiempo de contestar, pues lord Dynecourt y el capitán Fraser fueron anunciados, y entraron juntos.

Si lord Dynecourt hubiese comprendido la belleza, la grandeza del amor que se le profesaba; si hubiese visto con ojos de enamorado aquella adorable faz, hubiese sido un hombre más juicioso y prudente. Pero permaneció en la mayor indiferencia; no se percató de la luz de aquellos francos, altivos ojos, que se inclinaban ante el temor de que él notase la felicidad que hallaba en sus adentros.

Lord Dynecourt dirigió unas cuantas palabras á lady Voyse, y luego fué á sentarse al lado de lady Clotilde.

El joven capitán les miraba con ansiosos ojos; hubiese dado un mundo por ocupar el puesto de su amigo. Su amor valía mil veces más que el de un hombre como lord Dynecourt; pero no había esperanza para él. Era segundón—un capitán de la guardia—y lleno de deudas. La heredera de lord Voyse no se había criado para él.

La conversación entre los dos prometidos no era de lo más animado. Lady Voyse había tomado al galante capitán por su cuenta, y le interrogaba copiosamente acerca de la última revista. Lady Clotilde miró una ó dos veces tímidamente hacia la galería cuajada de flores y se extrañaba de que su prometido no le pidiese ir á ver aquello.

—Hace una preciosa mañana,—dijo lord Dynecourt, por fin.—¿Supongo que saldrás?

—Sí; saldré á dar un paseo á caballo.

La joven medio pensó que él se brindaría á acompañarla; pero su prometido no aludió á semejante cosa.

—¿Cuánto te gustan las flores, Clotilde!—dijo él de pronto, viendo que los blancos dedos acariciaban las planas.

Ella le miró.

—No puedes figurarte la loca pasión que tengo por ellas, Basilio,—replicó.

—Me siento medio inclinado á tener celos de ellas,—observó milord lánguidamente.

Una hechicera sonrisa se dibujó en los labios de lady Clotilde.

—No,—dijo,—serían sin fundamento; no amo á la flor más bella la mitad de lo que te amo á tí.

—¿Es cierto eso, "Silvia?"—preguntó lord Dynecourt.

Después su rostro enrojeció al comprender la terrible imprudencia que había cometido. ¿Qué diablos le habían inducido á pronunciar aquel nombre?

Clotilde levantó los ojos vivamente.

—¿Silvia!—repitió.—¿Qué nombre más lindo! Pero ¿por qué me has llamado Silvia?

—¿Te he llamado Silvia?—exclamó él, todavía confuso.—Dispénsame... no me he dado cuenta.

—Pero por qué estás ese nombre en tu imaginación, Basilio? ¿Conoces á alguna Silvia?

—No,—replicó él lentamente, como tratando de recordar;—no estoy seguro de ello. Silvia... no; pero ahora recuerdo por qué me ha venido á la memoria.

—¿Quieres decirme?—preguntó ella quieta y lentamente.

—¿Ya lo creo! Anoche leí una novela. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí!... "Los amantes de Silvia." Me interesó mucho.

—¿Quieres enviármela?—dijo la joven.—Me gustaría leerla.

—Hoy mismo la tendrás.

Clotilde sonrió plenamente satisfecha. Cuando su prometido se levantó para marcharse, le tendió su blanca mano, diciendo:

—Te gusta más el nombre de Clotilde que el de Silvia, ¿verdad, Basilio?

—Cien veces más,—contestó él.

CAPITULO VIII

—Me he de casar,—dijo lord Dynecourt al capitán Fraser,—y cuanto más pronto mejor.

El capitán clavó los ojos en el hermoso, indiferente y fatigado rostro.

—Toma usted las cosas con mucha frescura,—dijo.—Yo estaría medio loco si tuviese ante mis ojos semejante perspectiva.

—No soy muy impresionable... Y me alegro de poder decir que se necesita mucha cosa para volverme á mí medio loco.

—Bueno, es necesario que yo diga una cosa, Basilio... ¿ofendase usted ó no, me tiene sta cuidado; yo no estaría tan indiferente, tan hastiado, tan aburrido de todo, aun cuando para ello me diesen su fortuna y su título.

Lord Dynecourt se echó á reír.

—No me ofendo en lo más mínimo,—dijo;—puede usted creerme. Al contrario, creo que me ha dicho usted un cumplimento. En retorno, puedo decirle que lo deseo toda clase de goce en su felicidad por transportarse. Yo creo que un hombre ha alcanzado el ideal de su existencia cuando no se deja afestar ni por penas ni por alegrías... cuando, en suma, ha dejado de existir.

—Pero usted no ha sido así siempre, Basilio. Recuerdo el tiempo en que se excitaba usted de cualquier fruslería, y se irritaba sin fundamento, como la generalidad de los hombres.

—En aquellos días no era yo un corredor de loto, Enrique; y hoy soy de lo más ocioso.

El capitán arrancó dos ó tres bocanadas furiosas á su cigarro.

—Pues como iba diciendo, Enrique, ello ha de ser. Aquí en confianza, le declaro á usted que todo el asunto en sí es una terrible molestia; pero cómo ha de ser, cuanto más pronto acabemos, más pronto quedará tranquilo.

—Así parece,—dijo el capitán severamente.

—Yo no podría sobrevivir á una boda en el campo,—continuó milord.—Quizás el recuerdo de campos arbolados y flores me sea amargo. No podría resistirlo. Campesinos, niños ofreciendo flores, las campanas de la ermita al viento. No tengo fuerzas ni paciencia para semejante cosa.

—Que es lo principal,—observó un amigo.

—Hay algo de brillante y vivo en una boda celebrada en Londres: lo más á propósito para terminar dignamente la "season." ¿Quiere usted ser el padrino, Enrique?

—No tiene usted parientes... persona más aproximada á quien hacer padrino?

—No... no tengo nadie á quien complacer sino á mí mismo,—replicó lord Dyncourt.—Hoy pienso pasar por Stanfield House y señalar la boda para mediados de Junio. Pase usted conmigo todo el tiempo que pueda, Enrique, hasta que llegue el memorable día. Hace días que ando muy aburrido.

Y lo hizo tal como lo dijo. Fué aquella misma mañana á Stanfield House y preguntó á lady Clotilde. Le habló con precipitación; sus labios estaban ardientes y secos. Durante la entrevista, causó un pequeño asombro en su prometida, al ponerse pálido y pedir un vaso de agua. Seguramente el remordimiento no actuaba jamás en aquel hombre violento, antojadizo y escéptico; á la memoria le había llevado á la modesta casita de Rosebank, y entreció la dulce faz que no debía volver á sonreír.

Clotilde miró tímidamente, lleno de rubor el rostro.

—Basilio,—dijo gentilmente,—¿prefieres casarte en Londres? En nuestra posesión existe un lugarejo con una antigua iglesia, y una boda en la finca sería un acontecimiento para los colonos.

—Pero para mí no lo sería, querida. Prefiero la ciudad.

Era la primera vez, durante su cortejo, que usaba con ella aquel cariñoso adjetivo. Ella le miró con los ojos llenos de felices lágrimas.

—Trataré de hacerte muy feliz, Basilio,—dijo Clotilde.—Estudiaré todos tus gustos y disgustos, y me anticiparé á tus deseos.

Hablaba tan sinceramente, tan fervientemente... y semejantes demostraciones eran raras en ella.— que la contestación cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

—Fresca muy buena, Clotilde; creo que nos entenderemos.

Los ojos de la joven le miraron interrogadoramente. ¿Es que únicamente era reservado en sus maneras, y quizás no la amaba?

El vió la mirada, y su sentimiento le impresionó; tomó una de sus manos.

—Hay muchas clases de hombres en el mundo, Clotilde,—le dijo.—Algunos dicen más de lo que piensan, y otros piensan más de lo que dicen. Yo soy de los últimos. No poseo el arte de expresar mis sentimientos elocuentemente, pero no debes dudar jamás de mis sentimientos.

—Lo recordaré,—dijo gentilmente, pero un tanto intrigada.

—¿Qué es Clotilde?—preguntó él.—Veo una pregunta en tu rostro.

—Estaba pensando en lo que has dicho,—replicó ella.—Basilio, ¿es que no todos los hombres dicen la verdad?

Su inocencia, su pureza, su sinceridad le hirieron como hubiera podido hacerlo una espada. ¿Cuán poco sabía de este mundo, donde la verdad se tiene en tan poco, y el honor aun menos! ¿Acaso no dicen la verdad todos los hombres? ¿Qué la diría, teniendo una blanca mano entre las suyas y hablándole del tiempo en que sería su mujer?

Todos las cosas vinieron por sus trámites. Lord y lady Voyse, que aprobaban cordialmente la elección de su hija, convinieron en el acto con lord Dyncourt sobre la fecha de la boda. Conocían á lord Dyncourt desde su niñez; le conocían como un var del reino, como un digno aristócrata, un riquísimo propietario, un hombre que, á querer, tenía abierta una brillante carrera política; un hombre que llevaba un apellido tan antiguo como el primero. Jamás habían oído nada contra él; en realidad, todo lo que de él podían decir sus peores enemigos, era el ser "un poco inconstante;" y este calificativo se toma según la disposición de ánimo de cada cual.

Todo quedó convenido y arreglado. Chiffres Royal se puso en restauración; decoradores, lampistas, jardineros, obreros de toda clase estaban ocupados allí. Las jovas de la futura lady Dyncourt estaban encargadas á los célebres diamantistas Horton hermanos. Madama Celeste mostraba el "trousseau," á un grupo de admiradores expectadores; los carruajes y caballos se exhibían en casa de Falcom. Jamás había habido semejante excitación acerca de una boda desde hacía muchas "seasons."

Amaneció, por último, el dichoso día, 12 de Junio, y jamás se vió más solemne ceremonia, ni aun en la parroquia de St. George, en Hanover Square. La flor y nata de la buena sociedad londinense acudió allí. Un gran duque y una princesa real honraron la ceremonia con su presencia.

Los periódicos publicaron una larga lista de magníficos presentes, una larga lista de invitados, una detallada descripción del soberbio banquete servido en Stanfield House; pero no hablaron del incidente más conmovedor de la ceremonia. Tuvo lugar cuando el coche de camuro esperaba á la puerta y lady Clotilde estaba cambiando de traje.

Lady Voyse llamó aparte al novio.

—Basilio,—dijo,—espero haber ganado un hijo, no perdido una hija.

El dió una amable respuesta pero lady Voyse pareció no quedar plenamente satisfecha.

—Te he dado hoy,—dijo,—el mayor tesoro que poseía en la tierra... fortuna y posesiones

no significan nada á su lado. ¡Oh! Basilio, ¿serás bueno para ella? Jamás ha oído una palabra dura ó indiferente; siempre ha sido tiernamente amada y acariciada. ¿La tratarás con todo el cariño posible?

Las lágrimas de la madre le afectaron como nada lo hubiera hecho.

—Será bueno para ella,—dijo.— Puede usted tener plena confianza en mí.

Después, entre un coro de felicitaciones, congratulaciones y bendiciones, partieron para comenzar la nueva vida que á Clotilde, lady Dyncourt, parecía el anuncio de un cielo.

La traición quedaba consumada, y, sin embargo, no cayó el cielo; el sol brillaba y se erguían las flores, como si el menor destello de falsedad existiese sobre la tierra.

FIN DEL PROLOGO.

A TRAVES DEL MUNDO.

CAPITULO PRIMERO

Han transcurrido algunos años después que Silvia Rymer dió su adiós á Inglaterra y á su hijo. Para vez el tiempo ha producido tales maravillas ó producido semejantes cambios como en ella. Había salido de casa bella y graciosa, es cierto; dotada con cierta clase de tacto que equivalía á una sólida instrucción; convirtiéndose en una de las mujeres más elegantes y distinguidas que puedan darse.

¿Qué cosa más elevada que el amor? ¿y qué amor más grande que el de una madre por su hijo? Si el pequeño Cirilo hubiese muerto, la vida de Silvia no hubiera tenido objeto; la hubiese tenido indiferente la manera de pasarla. Pero como vivía, toda su mente y toda la fuerza de su alma se dedicaron á un objeto: hacerse una digna compañera de su hijo. Cirilo sería un caballero, aquel hermoso y noble hijo suyo, y ella no debía avergonzarse. Por él dejaba el lecho cuando los otros dormían. Estudiaba infatigablemente; leía, pensaba y comparaba. Por él se apropiaba todos los conocimientos que podía adquirir; por él buscaba la conversación de las personas graves é instruidas; por él cursó desde los primeros rudimentos de la educación, leyó textos escogidos, y dedicó todos sus momentos á instruirse. Tenía grandes facilidades. Mrs. Greville, la dama que la había admitido como compañera, no pensaba más que en divertirse. Se levantaba muy tarde, y Silvia, que madrugaba, se encontró con que tenía casi medio día á su disposición.

El resultado de aquella constante y laboriosa aplicación fué casi maravilloso. Cuando lord Dyncourt la conoció, era una adorable, sencilla y graciosa joven; algo semejante á una florcilla silvestre, trasplantada del bosque, ignorante, pura de corazón y de alma, pero sin cultivo; ahora era una de las mujeres más refinadas y graciosas. En su rostro resplandecía su hermosa alma. Ha-

bia elegancia y gracia en sus palabras; una dulce sutil fantasía parecía dictar sus pensamientos. Había contados asuntos sobre los cuales no pudiera discutir con desembarazo y fluidez. Poseía un método de expresar sus pensamientos, á la vez tan sencillo y tan gracioso, que el hombre más instruido se deleitaba oyéndola. Hablaba el francés y el italiano con facilidad y podía leer el alemán; conocía más que medianamente la literatura moderna. No había cuadro de algún mérito cuya historia no conociese. Siempre había sido hermosa; pero se habían hecho más distintos los hechizos de su rostro; ya no se componían tan sólo de forma y color. La espiritual, clara expresión, era quizás ahora su mayor encanto.

En suma, una mujer más bella, graciosa y distinguida que Silvia Rymer en este período de su vida, hubiera sido difícil encontrarla.

Mrs. Greville veía el cambio con sincero deleite. Era demasiado generosa, de demasiado corazón, para temer una rivalidad. Nada le complacía tanto como oír las alabanzas tributadas á su bella compañera.

Una cosa, sin embargo, la tenía intricada. ¿Por qué rehusaba, invariablemente, todas las ofertas de matrimonio? Se le habían hecho varias, algunas ventajosísimas, entre otras la de un caballero florentino cuya fortuna y posición eran indiscutibles; pero Silvia rehusaba con quieta dignidad que asombraba á la brillante viuda.

—¿De modo que ha calabaceado usted también á monsieur De Launc?—le dijo un día.—¿Sabe usted que heredará algún día el título y la fortuna de su padre?

Silvia sonrió.

—Sí; no era posible otra cosa, pues no ha pasado usted de decirme desde el primer día que entré en casa.

—Por su bien, Silvia. ¿Por qué lo ha rechazado usted?

—Por una razón tan sencilla que se reirá usted en cuanto se la diga... porque no le amo.

—¿Amar!—dijo Mrs. Greville con acento del más profundo desprecio.—¿No cree que usted pensaba seriamente en semejante tontería?

Tocóle á Silvia su turno de admitirse.

—¿Qué usted no?—preguntó.

—No,—fué la franca respuesta;—decididamente no. ¿Qué fuera de mí á soñar siquiera en semejante cosa?

—¿No es cosa esencial para la vida?—preguntó Silvia.

—No; ó, de otro modo, ¿dónde estaría yo? Me he pasado perfectamente sin eso. No he amado á nadie, excepción hecha de mí misma.

—No puedo creerlo,—observó Silvia, vacilando.

—Pues le aseguro á usted que es cierto. Tengo simpatías por muchas personas. Cuanto posible, sin grandes molestias para mí, ayudo al que me necesita. Naturalmente, aprecio á unas personas más que á otras; pero como tener amor... jamás lo he sentido, ni jamás prestaré oídos á semejante paparrucha.

—¿Pero,—dijo Silvia, un tanto desconcertada,—su marido?... ¿qué, entonces?...

—Sentía por él el más profundo respeto,—re-

—En aquellos días no era yo un corredor de loto, Enrique; y hoy soy de lo más ocioso.

El capitán arrancó dos ó tres bocanadas furiosas á su cigarro.

—Pues como iba diciendo, Enrique, ello ha de ser. Aquí en confianza, le declaro á usted que todo el asunto en sí es una terrible molestia; pero cómo ha de ser, cuanto más pronto acabemos, más pronto quedará tranquilo.

—Así parece,—dijo el capitán secamente.

—Yo no podría sobrevivir á una boda en el campo,—continuó milord.—Quizás el recuerdo de campos arbolados y flores me sea amargo. No podría resistirlo. Campesinos, niños ofreciendo flores, las campanas de la ermita al viento. No tengo fuerzas ni paciencia para semejante cosa.

—Que es lo principal,—observó un amigo.

—Hay algo de brillante y vivo en una boda celebrada en Londres: lo más á propósito para terminar dignamente la "season." ¿Quiere usted ser el padrino, Enrique?

—No tiene usted parientes... persona más aproximada á quien hacer padrino?

—No... no tengo nadie á quien complacer sino á mí mismo,—replicó lord Dyncourt.—Hoy pienso pasar por Stanfield House y señalar la boda para mediados de Junio. Pase usted conmigo todo el tiempo que pueda, Enrique, hasta que llegue el memorable día. Hace días que ando muy aburrido.

Y lo hizo tal como lo dijo. Fué aquella misma mañana á Stanfield House y preguntó á lady Clotilde. Le habló con precipitación; sus labios estaban ardientes y secos. Durante la entrevista, causó un pequeño asombro en su prometida, al ponerse pálido y pedir un vaso de agua. Seguramente el remordimiento no actuaba jamás en aquel hombre violento, antojadizo y escéptico; á la memoria le había llevado á la modesta casita de Rosebank, y entreció la dulce faz que no debía volver á sonreír.

Clotilde miró tímidamente, lleno de rubor el rostro.

—Basilio,—dijo gentilmente,—¿prefieres casarte en Londres? En nuestra posesión existe un lugarito con una antigua iglesia, y una boda en la finca sería un acontecimiento para los colonos.

—Pero para mí no lo sería, querida. Prefiero la ciudad.

Era la primera vez, durante su cortejo, que usaba con ella aquel cariñoso adjetivo. Ella le miró con los ojos llenos de felices lágrimas.

—Trataré de hacerte muy feliz, Basilio,—dijo Clotilde.—Estudiaré todos tus gustos y disgustos, y me anticiparé á tus deseos.

Hablaba tan sinceramente, tan fervientemente... y semejantes demostraciones eran raras en ella.— que la contestación cayó sobre ella como un jarro de agua fría.

—Fresca muy buena, Clotilde; creo que nos entenderemos.

Los ojos de la joven le miraron interrogadoramente. ¿Es que únicamente era reservado en sus maneras, y quizás no la amaba?

El vió la mirada, y su sentimiento le impresionó; tomó una de sus manos.

—Hay muchas clases de hombres en el mundo, Clotilde,—le dijo.—Algunos dicen más de lo que piensan, y otros piensan más de lo que dicen. Yo soy de los últimos. No poseo el arte de expresar mis sentimientos elocuentemente, pero no debes dudar jamás de mis sentimientos.

—Lo recordaré,—dijo gentilmente, pero un tanto intrigada.

—¿Qué es Clotilde?—preguntó él.—Veo una pregunta en tu rostro.

—Estaba pensando en lo que has dicho,—replicó ella.—Basilio, ¿es que no todos los hombres dicen la verdad?

Su inocencia, su pureza, su sinceridad le hirieron como hubiera podido hacerlo una espada. ¿Cuán poco sabía de este mundo, donde la verdad se tiene en tan poco, y el honor aun menos! ¿Acaso no dicen la verdad todos los hombres? ¿Qué la diría, teniendo una blanca mano entre las suyas y hablándole del tiempo en que sería su mujer?

Todos las cosas vinieron por sus trámites. Lord y lady Voyse, que aprobaban cordialmente la elección de su hija, convinieron en el acto con lord Dyncourt sobre la fecha de la boda. Conocían á lord Dyncourt desde su niñez; le conocían como un var del reino, como un digno aristócrata, un riquísimo propietario, un hombre que, á querer, tenía abierta una brillante carrera política; un hombre que llevaba un apellido tan antiguo como el primero. Jamás habían oído nada contra él; en realidad, todo lo que de él podían decir sus peores enemigos, era el ser "un poco inconstante;" y este calificativo se toma según la disposición de ánimo de cada cual.

Todo quedó convenido y arreglado. Chiffres Royal se puso en restauración; decoradores, lampistas, jardineros, obreros de toda clase estaban ocupados allí. Las jovas de la futura lady Dyncourt estaban encargadas á los célebres diamantistas Horton hermanos. Madama Celeste mostraba el "trousseau," á un grupo de admiradores expectadores; los carruajes y caballos se exhibían en casa de Falcom. Jamás había habido semejante excitación acerca de una boda desde hacía muchas "seasons."

Amaneció, por último, el dichoso día, 12 de Junio, y jamás se vió más solemne ceremonia, ni aun en la parroquia de St. George, en Hanover Square. La flor y nata de la buena sociedad londinense acudió allí. Un gran duque y una princesa real honraron la ceremonia con su presencia.

Los periódicos publicaron una larga lista de magníficos presentes, una larga lista de invitados, una detallada descripción del soberbio banquete servido en Stanfield House; pero no hablaron del incidente más conmovedor de la ceremonia. Tuvo lugar cuando el coche de camuro esperaba á la puerta y lady Clotilde estaba cambiando de traje.

Lady Voyse llamó aparte al novio.

—Basilio,—dijo,—espero haber ganado un hijo, no perdido una hija.

El dió una amable respuesta pero lady Voyse pareció no quedar plenamente satisfecha.

—Te he dado hoy,—dijo,—el mayor tesoro que poseía en la tierra... fortuna y posesiones

no significan nada á su lado. ¡Oh! Basilio, ¿serás bueno para ella? Jamás ha oído una palabra dura ó indiferente; siempre ha sido tiernamente amada y acariciada. ¿La tratarás con todo el cariño posible?

Las lágrimas de la madre le afectaron como nada lo hubiera hecho.

—Será bueno para ella,—dijo.— Puede usted tener plena confianza en mí.

Después, entre un coro de felicitaciones, congratulaciones y bendiciones, partieron para comenzar la nueva vida que á Clotilde, lady Dyncourt, parecía el anuncio de un cielo.

La traición quedaba consumada, y, sin embargo, no cayó el cielo; el sol brillaba y se erguían las flores, como si el menor destello de falsedad existiese sobre la tierra.

FIN DEL PROLOGO.

A TRAVES DEL MUNDO.

CAPITULO PRIMERO

Han transcurrido algunos años después que Silvia Rymer dió su adiós á Inglaterra y á su hijo. Para vez el tiempo ha producido tales maravillas ó producido semejantes cambios como en ella. Había salido de casa bella y graciosa, es cierto; dotada con cierta clase de tacto que equivalía á una sólida instrucción; convirtiéndose en una de las mujeres más elegantes y distinguidas que puedan darse.

¿Qué cosa más elevada que el amor? ¿y qué amor más grande que el de una madre por su hijo? Si el pequeño Cirilo hubiese muerto, la vida de Silvia no hubiera tenido objeto; la hubiese tenido indiferente la manera de pasarla. Pero como vivía, toda su mente y toda la fuerza de su alma se dedicaron á un objeto: hacerse una digna compañera de su hijo. Cirilo sería un caballero, aquel hermoso y noble hijo suyo, y ella no debía avergonzarse. Por él dejaba el lecho cuando los otros dormían. Estudiaba infatigablemente; leía, pensaba y comparaba. Por él se apropiaba todos los conocimientos que podía adquirir; por él buscaba la conversación de las personas graves é instruidas; por él cursó desde los primeros rudimentos de la educación, leyó textos escogidos, y dedicó todos sus momentos á instruirse. Tenía grandes facilidades. Mrs. Greville, la dama que la había admitido como compañera, no pensaba más que en divertirse. Se levantaba muy tarde, y Silvia, que madrugaba, se encontró con que tenía casi medio día á su disposición.

El resultado de aquella constante y laboriosa aplicación fué casi maravilloso. Cuando lord Dyncourt la conoció, era una adorable, sencilla y graciosa joven; algo semejante á una florcilla silvestre, trasplantada del bosque, ignorante, pura de corazón y de alma, pero sin cultivo; ahora era una de las mujeres más refinadas y graciosas. En su rostro resplandecía su hermosa alma. Ha-

bia elegancia y gracia en sus palabras; una dulce sutil fantasía parecía dictar sus pensamientos. Había contados asuntos sobre los cuales no pudiera discutir con desembarazo y fluidez. Poseía un método de expresar sus pensamientos, á la vez tan sencillo y tan gracioso, que el hombre más instruido se deleitaba oyéndola. Hablaba el francés y el italiano con facilidad y podía leer el alemán; conocía más que medianamente la literatura moderna. No había cuadro de algún mérito cuya historia no conociese. Siempre había sido hermosa; pero se habían hecho más distintos los hechizos de su rostro; ya no se componían tan sólo de forma y color. La espiritual, clara expresión, era quizás ahora su mayor encanto.

En suma, una mujer más bella, graciosa y distinguida que Silvia Rymer en este período de su vida, hubiera sido difícil encontrarla.

Mrs. Greville veía el cambio con sincero deleite. Era demasiado generosa, de demasiado corazón, para temer una rivalidad. Nada le complacía tanto como oír las alabanzas tributadas á su bella compañera.

Una cosa, sin embargo, la tenía intricada. ¿Por qué rehusaba, invariablemente, todas las ofertas de matrimonio? Se le habían hecho varias, algunas ventajosísimas, entre otras la de un caballero florentino cuya fortuna y posición eran indiscutibles; pero Silvia rehusaba con quieta dignidad que asombraba á la brillante viuda.

—¿De modo que ha calabaceado usted también á monsieur De Launc?—le dijo un día.—¿Sabe usted que heredará algún día el título y la fortuna de su padre?

Silvia sonrió.

—Sí; no era posible otra cosa, pues no ha pasado usted de decirme desde el primer día que entró en casa.

—Por su bien, Silvia. ¿Por qué lo ha rechazado usted?

—Por una razón tan sencilla que se reirá usted en cuanto se la diga... porque no le amo.

—¿Amar!—dijo Mrs. Greville con acento del más profundo desprecio.—¿No cree que usted pensaba seriamente en semejante tontería?

Tocóle á Silvia su turno de admitirse.

—¿Qué usted no?—preguntó.

—No,—fué la franca respuesta;—decididamente no. ¿Qué fuera de mí á soñar siquiera en semejante cosa?

—¿No es cosa esencial para la vida?—preguntó Silvia.

—No; ó, de otro modo, ¿dónde estaría yo? Me he pasado perfectamente sin eso. No he amado á nadie, excepción hecha de mí misma.

—No puedo creerlo,—observó Silvia, vacilando.

—Pues le aseguro á usted que es cierto. Tengo simpatías por muchas personas. Cuanto posible, sin grandes molestias para mí, ayudo al que me necesita. Naturalmente, aprecio á unas personas más que á otras; pero como tener amor... jamás lo he sentido, ni jamás prestaré oídos á semejante paparrucha.

—¿Pero,—dijo Silvia, un tanto desconcertada,—su marido?... ¿qué, entonces?...

—Sentía por él el más profundo respeto,—re-

plício Mrs. Greville.—Era un hombre bueno y dignísimo; pero amor... ¡si me casé de veinte años y él tenía sesenta, Silvia! Siempre me he considerado una mujer juiciosa; muy joven aún, pesé cuidadosamente mis probabilidades, las miré cara á cara, y vi claramente cuáles eran. Mi origen era distinguido y tenía... así lo decían... un lindo palmito; tenía buenas relaciones, pero era pobre; mi deber, pues, era buscar un marido rico. Me dije que no debía admitir ni el amor ni otras tontunas.

Mrs. Greville se detuvo, para retirarse de la horripilada expresión del rostro de Silvia.

—Fui realmente sistemática en mi manera de proceder,—continuó Mrs. Greville.—Tan pronto como frecuenté la sociedad, me puse en acecho de mi ideal. Encontréme con que éste podía serlo Mr. Greville, de Lingloime, un retirado capitán, cuyo nombre valía mucho dinero. Casi antes de verle, me dije que aquél era el partido que más me convenía...

—Pero ¿no hay poesía en semejante vida!—interrumpió Silvia.

—No, ciertamente. La poesía hermosea la literatura, ayuda á vender libros; pero el que quiera vivir en paz, que huya de ella. Confieso que, cuando fui presentada á Mr. Greville, hice todo lo posible por fascinarle, y al poco tiempo tuve el placer de encontrar que lo había conseguido; pidió mi mano y nos casamos. No crey que haya habido dos personas más felices; jamás, que yo recuerde, se ha cruzado entre nosotros una palabra desagradable.

—No le es dado á todo el mundo acallar su corazón, sus sentimientos y afectos,—observó Silvia.

El expresivo rostro de la viuda brilló placidamente.

—Porque todo el mundo es más ó menos estúpido; poetas, pintores y novelistas, son, por regla general, los responsables. Créame usted: la idea de que el mundo no puede existir sin el amor, no es, después de todo, más que una idea. Si se pensase menos en esta tontuna, sería mucho mejor. La juventud permite que sus mentes se llenen de estas ideas absurdas acerca del amor, y sacrifican á ella las más juiciosas nociones. Muchos hombres y mujeres han vivido sin él muy felices, y no se han quejado de su suerte.

—Pero,—objetó Silvia,—usted dice que se ama á sí misma. ¿No es más noble, cuando menos, amar á otro, que reconcentrar todo pensamiento y ansiedad en uno mismo?

—El instinto de conservación es la primera ley de la naturaleza,—dijo Mrs. Greville;—de manera que al amarse á sí mismo es casi una virtud.

—Usted no perdería por amor ni la razón ni la vida,—dijo Silvia.

—No, realmente; aprecio demasiado las dos cosas. Y ahora, Silvia, ¿quiere usted decirme por qué ha rehusado el brillante porvenir que se le ofrecía como madame de Lanne?

—Yo no pienso como usted; no me casaría sin amor. Me atraen poco el dinero, la posición, el rango y otras ventajas... pero necesito amor. Mrs. Greville se rió cordialmente.

—Es usted como muchas mujeres que yo conozco, y se estrellará usted por último sobre algún escollo. ¿Amaba usted, pues, mucho á su marido, Silvia?

El delicado rostro se sonrojó y sus labios temblaron. Habían transcurrido años desde que la casita junto á los lagos de Escocia no era para ella sino un sueño, pero tenía la facultad de emocionarla. Ni una hora de aquel tiempo había sido olvidada, ni una pena, ni un destello de gozo, ni un instante de la amarga angustia. Lo recordaba todo como si hubiese ocurrido ayer. Aun cuando la vida fuese brillante para ella y se hubiese extendido con mil nuevos estímulos, hubiera, sin embargo, deseado morir, antes que descubrir la perfidia del hombre que amaba.

Otros pensamientos más graves habían acudido. Asistía una noche á la brillante recepción dada por un par inglés en Roma, y la conversación versó sobre un caso legal que estaba llamando la atención en toda Inglaterra. Se trataba de un esbadero inglés que se había casado en Escocia con una mujer bella y distinguida, á la que decía amar grandemente. Se había casado á presencia de testigos, y según la fórmula escocesa. Habían sido conocidos como marido y mujer durante algún tiempo, y después, al suceder él á herencia y título de nobleza, presentó demanda de nulidad.

Nada puede dar una idea del interés con que Silvia seguía aquella discusión. No había dos opiniones iguales. Unos decían que el matrimonio era válido, otros que no lo era; alguien afirmaba que las leyes sobre el matrimonio no eran lo mismo para Escocia que para Inglaterra. Aun cuando absurda, esta opinión era la dominante, y Silvia preguntó:

—¿Es posible que un casamiento legítimo en un país, no lo sea en otro?

Se le contestó afirmativamente; el caso no era raro, había ocurrido, é indudablemente volvería á ocurrir.

—Pero eso es horrible!—dijo ella.—No me cabe en la cabeza semejante estado de cosas.

Decía esto á un grave y canoso personaje, miembro del Parlamento en muchas legislaturas, y la expresión de asombro del hechicero rostro le interesó.

—No durará mucho,—dijo.—La atención de nuestros legisladores se ha fijado muchas veces en eso... Es indispensable una reforma.

—Claro que es indispensable!—apoyó Silvia con vehemencia.—Siempre he considerado el casamiento como una solemne ceremonia, en la cual se une á dos seres en nombre de Dios, sin referencia á leyes humanas.

—Dios es lo que debiera ser,—replicó el anciano representante,—y lo que será cuando los hombres consideren necesaria la extinción de ésta y otros abusos.

—En efecto... sería laudable poner fin á tal estado de confusión.

—Parece regla inviolable,—afirmó el político,—y creo que ha de parecer justa á toda persona de criterio que, cuando dos personas se creen unidas de buena fe, el matrimonio es legítimo.

Mil preguntas concretas subieron á los labios de Silvia; pero se contuvo. No quería excitar la atención por sus palabras ó maneras.

—Conozco un penoso ejemplo, ocurrió hace años,—continuó el anciano, viendo el interés que el asunto despertaba en Silvia.—Un caballero... llamémosle Mr. Devereux... enamoróse de una joven que estaba muy por debajo de él en posición social. Llevóla á Escocia y allí celebraron el matrimonio según las leyes escocesas; vivieron juntos tres años y tuvieron dos hijos. Al final de este tiempo, Mr. Devereux se cansó de la joven, y la dijo que lo que ella había creído un casamiento, no era tal en absoluto. Fijóle una pensión y regresó á Inglaterra, casando al poco tiempo con la hija de un par inglés.

—Y ella... la primera esposa...?—dijo Silvia anhelante.

—Durante varios años pareció como ignorante de sus derechos; después los reclamó. Es imposible decir cuál hubiera sido el resultado; pero la segunda esposa murió mientras se tramitaba el pleito, y él, para cortar el escándalo, suplicó á su primera esposa que le perdonase. Hoy se llama la condesa de A...; pero entre su marido y la familia de la esposa inglesa existe una mortal rivalidad que puede acarrear funestas consecuencias.

El miembro del Parlamento no podía explicarse por qué el hechicero rostro de su interlocutora adquirió una expresión de mortal angustia.

—Y usted,—preguntó Silvia,—¿cuál de esos dos matrimonios juzga el legítimo?

—El primero, sin ningún género de duda; era un casamiento de buena fe. La joven así lo creía y á los ojos del cielo así era. Pero Mrs. Rymer... ¿se siente usted mal?... Aquí estoy yo charlando con los codos y mareándola quizás. Venga usted conmigo á que le dé el aire.

—No, muchas gracias,—contestó ella;—es que soy muy sensible y su relato me ha impresionado.

El contempló la pura, delicada, hechicera faz, sin sospechar que cada una de sus palabras había sido un bálsamo consolador para su lacerado corazón, pues la llevaba la esperanza de que su hijo no era el fruto de una unión vergonzosa.

—Piensa,—dijo el anciano quietamente,—que por gentil providencia las mujeres sensibles saben poco de los horrores del mundo.

En esto llamaron al representante y Silvia se quedó sola. Luces, flores, rostros bellos, todo parecía girar en torno suyo. Apenas si tenía conciencia pues le había llegado la repentina convicción de que, si aquellos matrimonios eran legales, el suyo lo era.

Ella se había casado de perfecta buena fe; en su mente no había habido la menor sombra de duda. Según toda probabilidad, los casamientos contraídos en Escocia, y según la fórmula de aquella región, eran válidos en todos los países. ¿Estaba en la mano del hombre que se había casado con ella al anular el enlace por su sola voluntad?

No se le había ocurrido tal cosa antes; había creído implícitamente que su matrimonio era una farsa, un engaño. Si era legal—¿si era vá-

lido, justo Dios!—en lugar de ser una desgraciada víctima del engaño, sería realmente la legítima esposa de Ulrico Rymer; si su hijo, en lugar de no tener apellido, tenía derecho al nombre de su padre; si esta vergüenza, esta angustia, se apartase de ella... ¡oh, entonces, aun podría ser un tanto feliz!

Las paredes parecían adelantar hacia ella. Sucédale como á un hombre que hubiese estado largos años en un oscuro calabozo y viera de repente un rayo de luz. Ella vió este destello y la deslumbraba; deseaba gritar, pero sus labios parecían secos é inertes; su respiración se hizo fatigosa. ¿Era posible que, después de todo, él la hubiese engañado, que fuera su legítima esposa y él la hubiese abandonado?

Hubo una repentina sensación en el brillante círculo; la hermosa dama inglesa, cuya dulce faz había sido el centro de toda atracción, se había desmayado de pronto y fué trasladada fuera del salón.

Mrs. Greville ordenó inmediatamente el carruaje y se hizo conducir á casa, pero transcurrió algún tiempo antes de que Silvia se repusiera del choque. Cuando volvió en sí, encontró á Mrs. Greville á su lado, con la sonrisa en los labios.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido á usted esta noche, Silvia?—preguntó á la joven.

—No lo sé, no lo puedo decir,—contestó ella con tembloroso tono.

Mrs. Greville se aproximó más, mirándola intensamente.

—Hay en su rostro algo de nuevo y extraño esta noche, Silvia. ¿Qué es eso... una luz que es casi una sombra?

Silvia no contestó y su amiga se encogió de hombros.

—¡Ah! No quiere usted confiarse en mí; pero no soy mala fisionomista. Estoy segura de que, por uno ú otro concepto, tiene usted algo que ver con el gran destructor del mundo... el amor. ¿Ha visto usted á monsieur de Lanne?

—No, no le vi. ¡Oh! Mrs. Greville, le ruego que no vuelva á mencionarse nombre. Usted no sabe...

—Naturalmente que no sé... Usted no quiere decirme... ¿cómo lo he de saber? Si tiene usted algún secreto, Silvia, encontrará usted en mí una segura confidente.

Pero Silvia desvió el rostro con algo de desesperación. ¿Cuán poco podía sospechar nadie cuál era su secreto!

Mrs. Greville era muy buena con ella é insistió en que necesitaba descanso. Pero para Silvia el reposo estaba poblado de pensamientos tan penosos que prefería la actividad.

CAPITULO II

Todos los demás intereses de Silvia Rymer quedaban reducidos ahora á uno solo: ¿era ó no la legítima esposa del hombre con quien se había casado de acuerdo con la fórmula y leyes escocesas? ¿Cuán ansiosamente siguió la marcha de aquel dificultoso caso, no es posible expresar-

lo! Leía todos los detalles del litigio, sin omitir una palabra; pero aquel proceso tenía intrigados á los hombres más pensadores. La causa se había visto en Irlanda, y allí, entre las aclamaciones del público, repique de campanas y demás muestras de regocijo, se falló en pro de la demandante. Esta era—según opinión de jurado y tribunal—la esposa legítima del hombre con quien se había casado. No podía haber equivocación acerca de ello ni cuestión alguna. Era su legítima esposa. Esto hubiera podido ser considerado decisivo; pero fué llevado á los tribunales ingleses y éstos fallaron en contra. Silvia encontróse desorientada al leer esto. ¿Era posible que en un país que se jactaba de poseer leyes justas, se cometiese tanta injusticia?

Cuanto más pensaba acerca de la materia, más conforme estaba con la opinión del anciano político, de que cuando las gentes creían haber sido casadas, el matrimonio era legal y válido. Pero, sin embargo, la duda que le asaltaba le parecía más terrible que sus primeros temores. Sentíase capaz de dar su vida mil veces por convenirse de que ya no pesaba sobre ella la vergüenza y el reproche.

—Morina.—dijo para sí.—sufrirá todos los tormentos, por saber que á la vista del cielo soy su legítima esposa.

Resolvió que, si volvía á ver al anciano representante Mr. Everham, le daría un diseño de su historia, achacándola á otra, y le pediría su opinión. Nada más fácil que hacer recaer la conversación sobre aquella materia, y luego obrar según lo que él indicase. Pero la suerte pareció declararse en contra suya; había encontrado con frecuencia á Mr. Everham, y ahora que le necesitaba no parecía sino que la tierra se lo hubiese tragado.

—¿Quiere usted venir esta noche á casa de madama Torlant, Silvia?—le preguntó Mrs. Greville.—Da una brillante recepción á la que asistirán los príncipes napolitanos.

Silvia no se encontraba bien hacía unos días y casi no salía de casa. De pronto se despejó su rostro.

—¿Irá Mr. Everham?—preguntó.

Mrs. Greville se echó á reír.

—¿Es él el atractivo? Sí, pienso que irá; es decir, si es que está aún en Roma. Hace tiempo que no le veo. Pero ¿qué interés tiene para usted Mr. Everham? Puede ser su abuelo.

—Me gusta hablar con él; tiene talento y está bien informado.

—En fin, cada cual tiene sus gustos. De todos modos me alegro de que venga usted; eso le probará, y necesita usted distracción.

—No me encontraba bien.—dijo Silvia.

—¡Oh! ¿Ha habido algo más que eso; pero no importa. No estoy dotada del defecto más fatal en las mujeres... la curiosidad. No quiero fastidiarla á preguntas. Ha estado usted ansiosa é infeliz; poseída de una febril inquietud; si hablar con Mr. Everham la beneficia, hablará usted con él.

Mrs. Greville parecía tan complacida de volver á salir con Silvia, que ésta sintió profunda gratitud. Fueron á la recepción de madama Tor-

lant, y uno de los que vieron primero fué Mr. Everham. Mrs. Greville, siempre dispuesta á favorecer á sus amigos, hablóle y le llamó á su lado. De pronto, afectado que había visto á un conocido, volvióse á él con su irresistible sonrisa.

—Mr. Everham... ¿quiere usted quedarse con Mrs. Rymer? Allí veo á un conocido, y sé que se pone nerviosa cuando se queda sola entre tanta gente.

La fisonomía de Mr. Everham se iluminó.

—No podía usted proporcionarme mayor placer, madama.—dijo.

Y Mrs. Greville sonrió cuando el anciano tomó asiento al lado de Silvia.

El gran deseo de su corazón estaba cumplido. Silvia titubeó, no sabiendo cómo empezar la conversación. Pero Mr. Everham la sacó del apuro, preguntándole si aún conservaba interés por el caso de la joven casada en Escocia y abandonada luego. Contestó que sí, que leía todo lo referente al caso, y convenía con el jurado irlandés que había fallado en pro de la esposa.

—Y yo también.—afirmó él categóricamente.

—A formar yo parte del jurado inglés, jamás se hubiese dado ese veredicto en contra. Lo hubiese combatido.

Entonces Silvia cobró ánimo, y, levantando sus hermosos ojos, dijo:

—¿Usted parece comprender estas materias, Mr. Everham. Deseo decirle á usted algo de una amiga mía, si me hace usted el favor de oírme.

—¿De oírme? ¿Cosa más clara! ¿Cree usted que pueda pedir nada más agradable que escucharla á usted?

Cualquiera mujer en su lugar hubiera hecho una desesperada tentativa, hubiera revestido la historia de algo que la hiciera interesante.

Pero Silvia estaba afectada, su bello rostro se puso enteramente pálido, sus labios temblaron y sus ojos expresaban una suplicante manera que hubiese conmovido el corazón más duro. Miraba al galante ansiosa, como si éste tuviese su suerte en las manos.

—¿Qué de su amiga?—preguntó el representante, por último.

Y ella se estremeció como el que es arrancado de pronto del sueño.

—Considere usted mi historia como reservada...—comenzó Silvia.

—Me han confiado muchos secretos en mi vida.—respondió él gravemente.—Puede usted tener confianza en mi discreción.

—Mi amiga, hace años, era una sencilla, linda, inocente joven aldeana, que no tenía la menor experiencia del mundo; sencilla, buena, porque no conocía el mal, pero estimando su reputación sobre todo.

Quizás no fuese lo que el mundo llama una santa; pero si la hubiesen ofrecido todo lo del mundo porque obrase mal, hubiera rehusado.

El se inclinó como manifestando que había comprendido perfectamente el carácter.

—A la aldea en que ella vivía.—continuó Silvia.—llegó un arrogante, inteligente y corrupto caballero, el cual se enamoró de ella y la pidió, al poco tiempo, que se casase con él. Ella acep-

Las palabras comenzaban á salir lentamente de sus labios, y sus entrelazadas manos á estrecharse más.

—Mi amiga tenía madre, y parecía no haber causa para hacer de su amor un secreto; pero, al último, el caballero convenció á la joven á que se fugase con él, sin conocimiento de nadie. No necesito decirle á usted á qué medios apeló para persuadirla; la parecieron buenos, y no dudando de él, lo siguió. Se encaminaron á Escocia y allí se casaron.

—¿De qué manera?—preguntó él, que parecía muy interesado por el relato.

—Ante testigos; él la tomó la mano y repitió la fórmula verbal, declarando que delante de testigos la tomaba por esposa. Ella hizo lo mismo; y eran reconocidos en todo el vecindario como tales esposos. Tuvieron un hijo que fué bautizado por el rector del pueblo donde vivían. Yo creo que si alguien hubiese dicho que no eran casados, nadie hubiese creído semejante cosa.

—¿Y bien?—dijo el anciano, pues ella, incapaz de continuar, se había detenido.

—La joven, mi amiga, creía en aquel casamiento como creía en Dios. No creo que nada en el mundo hubiese quebrantado su fe en ello, hasta que por último, súbitamente, para asombro y angustia suya, él la abandonó... la abandonó sin una palabra, escribiéndole para decirle que su casamiento no era legal y que había señalado una pensión para ella y su hijo.

—¿Ese hombre era un villano!—exclamó Mr. Everham.

Silvia levantó la mano como para parar un golpe.

—¡Oh, no... no!—exclamó á su vez.—¡No diga usted eso!

Después se contuvo y recobró el dominio sobre sí misma.

—No sabemos.—continuó.—no podemos decir cuál sería la tentación. No conocemos todas las circunstancias. Quizás haya algo que lo excuse....

—Nada de eso.—interrumpió él.—Las mujeres son tan compasivas y misericordiosas que quisieran excusar todo crimen. Le digo á usted que fué un villano. ¿Y qué ocurrió después?

—Se fué, como he dicho, abandonando á la joven y á su hijo. Durante algún tiempo la pobre joven estuvo casi loca; realmente le abandonó la razón. Era la afrenta, la deshonra, ella que había puesto todo su confianza en aquel hombre.

—¡Pobre muchacha.—murmuró el anciano.—Fué ciertamente una cosa cruel.

—Ella no quiso aceptar el dinero... jamás tocó un céntimo. Aceptó el golpe que el destino le deparaba. Se acostumbro á mirarse como una rechazada por el mundo. Salí de la casa donde había sido tan feliz, desesperada y con el corazón destrozado; no se llevó consigo más que á su pequeño. Siguió viviendo, arrastrando su pena, su vergüenza, su angustia; sin embargo, viviendo. Su hijo creció, robusto y hermoso... todo le fué prósperamente... pero ya no le volvió á

ver más. Lo que yo quería preguntarle á usted es: ¿Cree usted que mi amiga era la legítima esposa de aquel hombre?

CAPÍTULO III

Silvia se detuvo en cuanto hubo hecho la pregunta. No conocía cómo volaban los momentos ni cómo transcurría el tiempo. La brillante escena—las luces, los sonrientes rostros, la brillante pedrería, todo—se desvaneció ante sus ojos; no veía más que el bondadoso é inteligente rostro inclinado hacia ella. Parecía que el tiempo había detenido su curso. Su última pregunta le resonaba en los oídos como si le repitiese un eco escalonado, tal era su expectación; la voz de Mr. Everham la sacó de su estupeor.

—¿Era su esposa legítima?—repitió el representante lentamente, como si pesara la cuestión. —¿Dice usted que se casó de toda buena fe y con sincera creencia?

—Con toda certeza.—contestó Silvia.

—¿Y eran conocidos en aquella parte de Escocia, donde vivían como esposos?

—Perfectamente conocidos.

—¿Se casó ella... su amiga... bajo su verdadero nombre?—continuó Mr. Everham.

—Sí... no hubo la menor tentativa de ocultarlo.

—¿Y él usó el suyo ó se puso alguno por el que no era conocido?

—Eso no puedo decirlo; pero le conocían en Inglaterra por el mismo nombre... no creo que fuese fingido. ¿Qué piensa usted, Mr. Everham?... ¿cree usted que el matrimonio era legal?

Su agitación era tan grande que fué asombroso que él no lo notase. Su rostro estaba descolorido, sus manos temblaban, sus labios estaban convulsivos; parecía como un reo que espera su sentencia de muerte.

—Mi opinión es que ese matrimonio era legal y válido. Válido ante los ojos de Dios y creo que ante los de los hombres.

Silvia guardó silencio durante unos momentos; la tensión de sus nervios había sido demasiado grande; se relajó la presión de sus manos y de su pecho brotó un ahogado suspiro. Tan solo un poderoso esfuerzo de su voluntad la libró de un desvanecimiento.

—Me interesa mucho lo que he oído.—continuó Mr. Everham.—¿No ha hecho reclamación alguna de sus derechos ó tratado de ratificar el casamiento?

—No.—contestó Silvia.—hizo lo que ya he dicho; aceptar los hechos sin protestar y sin hacer ningún esfuerzo para enmendarlos.

—¿Volvio á casarse él?—preguntó Mr. Everham?

—No puedo asegurarlo, aun cuando creo que sí.

—Entonces se expone á un proceso por bigamia. Le diré á usted lo que pienso hacer. Mrs. Rymer. Mis conocimientos legales son profun-

dos, así creo, pero no me gusta decidir por ellos. Tengo un amigo en Londres, el eminente jurista Holkstone. Le escribiré y sabremos su opinión, que será de gran peso.

—Es usted muy bueno en tomarse tanto interés.—dijo Silvia.

—Ah! Mi querida Mrs. Rymer, no quiero engañarla a usted; mi interés es por usted, no por su amiga. Si no fuese amiga de usted, apenas si me tomaría la menor molestia. Desgraciadamente, semejantes historias son muy comunes. Como quiera que sea, yo escribiré, y si usted me lo permite en cuanto tenga contestación, iré a comunicársela.

—No sabe usted cuánto se lo agradezco.—replicó ella.—Mr. Everham, ¿será decisiva la respuesta?

—Tengo la seguridad.—contestó el anciano.—Hay pocos hombres más profundos que Holkstone en materia legal. Si él dice que ese casamiento era sólido, puede usted confiar en que la situación de su amiga quedará despejada. Si dice que no hay que perder toda esperanza.

—Si dice que sí.—preguntó Silvia.—¿qué habrá que hacerse entonces?

Mr. Everham levantó la cabeza con gran animación.

—Su amiga, naturalmente, hará lo que quiera; pero yo en su lugar, daría los pasos necesarios para reivindicar mi derecho. Arrancaría la máscara al miserable y le llevaría ante los tribunales; enterar a todo el mundo de que era indigno de crédito y que lo conocieran tal como es.

Una luz casi divina brilló en el rostro de Mrs. Rymer.

—Creo que no hará caso, pero le será de gran consuelo saber que el mundo no puede señalarla con el dedo.

—¿No dice usted que tiene un hijo?—preguntó Mr. Everham.

—Sí.—dijo ella con voz entrecortada.—un hijo hermoso y bueno.

—Entonces, así cuando ella se sacrifique como quiera, no tiene derecho a sacrificar a su hijo. ¡Buena! Ya hemos moralizado bastante. Mrs. Rymer. Ahí viene madama Torlanj con los principes napolitanos. Realmente son unos gallardos mozos.

El anciano le hablaba con buen fondo, creyendo que así la entretenía y demostrando gran conocimiento del mundo; pero ella no oyó una palabra; todos sus pensamientos estaban ocupados en lo que pudiera ser la opinión del abogado. Interrumpióle en medio de una brillante descripción de la difunta reina de Nápoles, para preguntarle si la contestación tardaría mucho.

El la miró sorprendido; pero sin tomarlo a mal.

—¿Qué amiga tan afectuosa es usted!—dijo riéndose.—En un caso ordinario tendríamos que esperar tres ó cuatro semanas; pero le rogaré a Holkstone que me conteste con urgencia. Tengo la convicción de que me complacerá. Será, pues, cosa de unos diez días.

—Diez días!—se dijo Silvia.—¿Cómo les pasará? ¿Cómo pasar esas horas, esos minutos?

Después se acercó a Mrs. Greville, con muchos festivos comentarios sobre tan larga entrevista; a la madrugada empezaron a desfilar los invitados.

—Empiezo a tener mis sospechas.—dijo Mrs. Greville a Silvia cuando el coche las llevaba a casa.—Después de hablar tan sentimentalmente, creo que intenta usted conquistar a Mr. Everham.

—Nada de eso.—contestó Silvia gravemente, cosa que aumentó el buen humor de Mrs. Greville.

Con mucha dificultad, contestó Silvia a las juveniles observaciones de su amiga, tanta era su preocupación. Dentro de diez días sabría si le amparaba algún derecho para el título de esposa; si su hijo podía usar el nombre de su padre; si el terrible borrón que la había deprimido y humillado podía extinguirse; si podía abrir su corazón a una más brillante influencia de la vida y permitirle dejar caer de sus hombros aquel manto de vergüenza y oprobio. Todo esto, estaba en juego, y las risueñas chanzonetas le parecían crueles; no las podía comprender; estaba en la balanza—vida ó muerte.—

¡Diez días enteros y cada uno con sus laceras veinticuatro horas! Si la respuesta era afirmativa, ¿qué haría entonces? Esto haría desaparecer de ella aquel estigma de vergüenza, pero no podría devolverle su perdido amor, el héroe que ella había adorado; nadie podría pagarle las lágrimas que había vertido, la angustia que había soportado, el candente sentimiento de desolación y miseria a través del cual había pasado; nada podía devolverle el pasado y restaurar el derrocado templo que vacía en ruinas en torno suyo.

Durante aquellos días de suspensión no osó mirar hacia adelante. Si la respuesta era negativa, nada le restaba sino resignarse a pasar su vida lo mejor posible y soportar su pérdida como pudiese.

—Pero ¡si era afirmativa! No osaba pensar lo que haría, lo que diría, los pasos que daría.

Cruzó por su mente la súbita idea de que ella no sabía dónde ni cómo hallar a Ulrich Rymer. Tenía la idea, vaga y confusa, de que ocupaba una situación elevada. ¿Cómo hallarlo? Durante los años que estaba separada de él, no había oído mencionar su nombre; y siendo de alto rango, como ella medio creía, era raro no haberle oído nombrar nunca.

—¿Vivía ó había muerto? No se le ocurrió, como se le hubiera ocurrido a la generalidad, que el medio más recto y seguro era escribir a los abogados donde su marido le había indicado que recogiese la pensión. Este pensamiento no le pasó siquiera por la imaginación.

—Cuando vuelva a Londres.—se dijo.—preguntaré por él. Haré toda suerte de pesquisas. Si vive, yo le encontraré; si ha muerto, encontraré su sepultura.

Vivió a través de aquellos diez días—años después no hubiera podido decir cómo;—pero terminaron por último. El undécimo presentóse Mrs. Everham en la quinta y preguntó por Mrs. Rymer.

Su corazón palpitaba, cuando hizo su entrada en el salón, con tal violencia, que apenas le era posible hablar. Una mirada la hizo comprender que la carta había llegado.

—He venido un día más tarde de lo convenido.—dijo el anciano miembro de la Cámara,—pero la carta no ha llegado hasta esta mañana... y no he querido detenerme ni un minuto.

Ella le miró en el rostro; él notó su agitación.

—¿Qué opina?—murmuró Silvia.
—Buenas noticias para su amiga, Mrs. Rymer. El casamiento fué perfectamente legal y ella es una esposa legítima.

CAPITULO IV

Transcurrió un buen rato antes de que Silvia pudiera recobrarle. El mundo parecía haber concluido; el tiempo detenido su marcha. La maldición que la había perseguido por años caía por fin. Por fin se veía libre y desencadenada; por fin podía levantar la frente, donde no se veía el estigma de la vergüenza; por fin estaba en condiciones de ocupar el lugar que más había deseado; el de las mujeres honradas, cuyo orgullo y boato es su buena reputación.

Mr. Everham se percató de su emoción.
—Quiere usted mucho a su amiga.—dijo gentilmente.—Y ahora permítame usted que la lea esto.

La carta era un tanto oscura en fraseología legal, pero el sentido era perfectamente claro aun para la aturdida mente de Silvia. Podía haber duda en cualquiera otro; pero al famoso jurista no le cabía ninguna. No había flanco débil en aquel casamiento.

—La esposa tiene motivo bastante para demandarle ante los tribunales.—decía Mr. Holkstone,—y no hay duda, de que se resolverá en favor suyo.

—Ya ve usted, Mrs. Rymer.—dijo Mr. Everham.—su amiga tiene el apoyo de la ley en su favor.

El buen señor notó que su interlocutora estaba demasiado agitada para dar una respuesta coherente, pero no se le ocurrió la menor sospecha de la verdad. No soñó siquiera que aquellos informes eran para ella, pues de otro modo los hubiera tomado con más celo. Creyó que su amiga debía ser una antigua compañera de colegio, por la cual sentía caluroso afecto, y la admiró aun más por su intensa simpatía hacia los demás.

Fué un alivio para ella ver entrar a Mrs. Greville en el salón, la cual se dirigió al anciano parlamentario con las manos extendidas. Hablaron de Roma, de madama Torlanj, de los brillantes casos y de mil cosas risueñas y entortilladas. Nadie aventajaba a Mrs. Greville en esta clase de conversación; toda chispa, todo, y futilidad. Mr. Everham disfrutó de todo corazón y, pasado un buen rato, despidióse de las señoras. Entonces Mrs. Greville se acercó a Silvia, é inclinándose sobre ella le dió un beso. No era muy dada a cari-

cias ni a grandes demostraciones, y Silvia la miró con afectuosa gratitud.

—Secretillos todavía?—dijo Mrs. Greville.—No debo preguntar cuáles son... pero hay en su rostro una expresión que yo no había visto nunca, Silvia.

Esta levantó su cabeza altivamente. Era la primera vez, de hacía algunos años, que osaba levantarla ante las mujeres honradas.

—He tenido buenas noticias.—dijo brevemente, y la entrada de nuevas visitas impidió que la conversación siguiese por aquel derrotero.

En vano aquel día abrió algunos libros para leer; en vano quiso coser, bordar, escribir; le era imposible mantener fija su opinión en algo durante más allá de un minuto. Todo lo que podía recordar—la sola idea que conservaba en la mente.—era que su casamiento era legal.

No encontraba reposo dentro de casa; salió a los soleados jardines, y mirándose en el cristal de las fuentes vió reflejado allí su rostro. Era la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que su belleza le complacía. Había olvidado lo que era sentir la menor vibración de placer ó deleite ante sus juveniles encantos; pero ahora, al contemplarse en las claras y cristalinas aguas, sintió especial contento. Quizás la asaltó el recuerdo de un tiempo en que alguien había alabado aquel rostro, llamándolo la bella de las bellas. Se notó también una diferencia de expresión; el rostro que estaba acostumbrado a ver inclinado, con una expresión entre vergüenza y deseo de ocultarlo a la vista del mundo, delataba ahora la confianza de la inocencia.

Pero aun el risueño jardín, lleno de luz, la oprimía. Encaminóse a su aposento, y arrodillándose junto a la cama, dió gracias a Dios por haberla librado de la maldición que ella creía la acompañaría hasta la tumba. Nadie puede pensar cuán grande era su alivio, excepto aquellos que, como ella, han vivido bajo la sombra de una oscura nube y de pronto se desmorona la nube.

Pasado el primer éxtasis de felicidad, se encontró ante para pensar más claramente; no estaba más cerca de su perdido amor que antes; el resentimiento de su abandono no disminuía; la pena de su pérdida era tan profunda como antes; pero era suya una gran felicidad. Era ante Dios y los hombres una legítima esposa. De este gozo nadie podía despojarla. Nadie podía arrebatárselo. Ahí cuando no le volviese a ver más, se llevaría a la tumba aquel manantial de felicidad. No quiso decidir plan ninguno; lo único que resolvió fué que, así que volviese a Inglaterra, haría cuanto le fuese posible por encontrarlo.

Varios días después le dijo Mrs. Greville:

—Silvia... ¿sabe usted el tiempo que hace que faltamos de Inglaterra?

—Sí; llevo contados los días.—fué la respuesta.

—Y aun cuando no ha hablado usted de ello, aun cuando no ha murmurado usted ni se ha quejado, puedo imaginar que cada día le ha parecido un siglo, ó causa de su gran amor por su hijo... por Curilo.

—Me gustaría verle pronto.—declaró Silvia;

—pero aun cuando no le haya visto, no han transcurrido tres días sin tener noticias tuyas. Mr. Hardnam me ha enviado un retrato suyo... sin embargo, quisiera verle.

—Creo que ya hemos permanecido fuera bastante tiempo. Propongo que volvamos á Londres para la "season." ¿Qué piensa usted de ello?

Un súbito, ardiente sonrojo coloreó el rostro de Silvia; era el deseo de su corazón puesto en palabras.

—Que me placiera más que todo lo del mundo,—replicó con fervor.

—Hubiera usted podido desearlo hace tiempo y no decirlo nunca. Sospecho que iremos á Lingholme y que permanecerá usted una semana allí con su hijo... toda para él... y luego marcharemos á Londres.

Silvia estaba deleitada. Mrs. Greville contempló la hermosa faz con admirativa sorpresa.

—Vendrá día en que me causará usted envidia, Silvia, si se va usted poniendo tan linda. Es necesario que atienda usted á mis laureles.

Hubo grande y general disgusto, cuando se supo que Mrs. Greville y su hermosa compañera marchaban de Roma; pero Silvia contaba los instantes; su interés hacia todo parecía muerto; no tenía más que una idea, un pensamiento, un anhelo, y era verse en Londres, donde pudiera ponerse sobre las huellas de su perdido amor.

¿Sabía él que el casamiento era legal? No podía afirmarlo. A sus veces suponía que no, que su intención había sido la de engañarla; pero era un hombre de mundo y conocía los caminos del mundo; era imposible que hubiese caído en error. Sabiendo esto, ¿se habría casado otra vez? Se perdía en mil conjeturas; estaba casi aturrida por el caos de pensamiento que la abrumaba.

—No siente usted el dejar á Roma,—le dijo Mrs. Greville la mañana de la partida.—Me parece usted todo lo contenta que es posible estar. ¿Olvida usted la falange de adoradores que deja atrás?

—Esta falange no me preocupa en lo más mínimo,—replicó Silvia.—Me tiene perfectamente sin cuidado.

Y la risueña vida, que vivía de respirar la adulación y el homenaje, miró, entre sorprendida y admirada, el adorable rostro de la mujer que había hecho caso omiso de las brillantes ofertas de matrimonio, las cuales ni siquiera recordaba.

El viaje parecióle infinitamente largo á Silvia; y su impaciencia aumentaba de hora en hora. ¿Cómo estaría Cirilo? Parecióle haber pasado un año sin verle. Cumplía los siete años; ya no era un niño sino que caminaba hacia la adolescencia. El corazón de la madre tenía sed de su presencia!

—¿Cómo he podido dejarle?—se preguntaba una y otra vez.—Y, sin embargo, he hecho más por él que si hubiese guardado mi renta para hacerle un hogar!

Por la bondadosa voluntad de Mrs. Greville escribió á Mr. Hardnam, comunicándole su vuelta á Inglaterra y su deseo de ver el niño.

—No puedo,—le decía,—ir á Hamstead: ne-

ro le suplico que envíe al niño á Lingholme con persona de confianza, donde pasará conmigo una semana."

—Después de todo, la casa de uno es agradable,—dijo Mrs. Greville la noche de su llegada.

—Fué del invierno inglés y de las brumas inglesas... que, sin embargo, no dejan de tener su peculiar encanto. Me parece que no saldré más.

Era muy agradable. Feltremo se había presentado muy hermoso aquel año. Las campanillas azules asomaban su cabeza á través del césped; en lo sombrío del bosque se sentía un suave perfume de violetas; árboles y setos iban cubriéndose de verdor; había nueva vida en la fresca y fortificante brisa; el cielo se ostentaba azul y claro, y el sol brillaba resplandeciente. Parecía á Silvia como si todas las cosas vivientes tomaran parte en su felicidad y le hablasen de una nueva y más brillante vida.

Jamás había estado Lingholme tan bello. La última vez que salió de allí, la conciencia del dolor y la vergüenza le habían ocultado los encantos de la naturaleza, como lo hubiera podido hacer un obscuro velo tendido entre la creación y ella. Aquel velo se había descorrido; Silvia podía ver distintamente las bellezas del cielo y de la tierra. Quedaba aún el dolor, pero no la vergüenza; pero sin ésta, aquél se podía soportar.

Tres días después de su llegada, recibió carta anunciándole el inmediato viaje de Cirilo á Lingholme. Su rostro se puso como la cera al leer, y Mrs. Greville, al observarlo, dijo con bondadosa sonrisa:

—No se cuide usted de las apariencias, querida mía; déjeme usted y prepárelo todo para él. Quizás á tener yo un hijo, le hubiese amado tanto como usted al suyo.

CAPITULO V.

La noche se aproximaba; una luz purpúrea bañaba los árboles; el sol se había ocultado ya; el aire era fresco, impregnado de la fragancia de las violetas precoces y de los árboles forestales. Seguramente, bajo ese vasto firmamento azul, sobre la tierra, no había corazón más impaciente que el de la joven madre, que daba inquietos paseos por la terraza, desde la cual se distinguía gran extensión del camino. El niño había de llegar á Lingholme á las cinco, y desde las cuatro le esperaba ella.

Le habían preparado un cuartito contiguo al suyo, y arreglado una pequeña cama. Todo cuanto el corazón de una madre puede sugerir, ó puede hacer la mano de una madre, fué hecho, y ahora esperaba al hijo con el corazón lleno de impaciencia. Parecía cada hora un año, cada momento una hora. La luz se debilitaba por el oeste: ¿es que no vendrá nunca?

De pronto vió el carruaje doblar un recodo del camino. Voló mejor que corrió. Abrió la puerta y gritó con vehemencia:

—¡Cirilo!... ¡Cirilo!... ¿Dónde estás?

Un momento después le tenía en sus brazos. Cubrió su rostro de besos y lágrimas; le prodigó todos los amantes nombres, hasta que el niño la contempló sorprendido.

—¿Te asusto, querido mío?—exclamó.

El carruaje se aproximaba á la casa.

—Esos grandes árboles casi me causan miedo, mamá. Mira, inclinan sus ramas como si quisieran decirme algo. ¿Vamos á casa?

Recobróse de su pasajero acceso de angustia y tomó las manos del pequeño entre las suyas.

—Y una linda casa, Cirilo,—dijo ella gentilmente.—Tenemos pájaros y flores. Ya encontraremos una jaquita para que montes en ella.

—¿Es nuestra casa?—preguntó el niño.—¿Es tuya?

—No. Ya tendremos algún día una nuestra; ésta no lo es. Pertenece á una buena y generosa señora que se alegrará mucho de verte.

La mención de la jaquita alegró por completo el corazón del niño.

La dueña de Lingholme, ó sea Mrs. Greville, á pesar de su ligereza, tenía un hermoso corazón. Acogió al pequeño visitante de la manera más cordial. Tomóle en sus brazos, besó el sonrosado rostro y luego le miró con tal detenimiento que llamó la atención de Silvia.

—Cirilo no se parece á mí,—dijo gentilmente.

—No, en lo más mínimo; pero estas facciones me hacen recordar un semblante... no puedo imaginar cuál. ¿Se parece á su padre?

El corazón de Silvia detuvo un momento sus latidos. ¿Dañaría á su hijo el confesar que se parecía al padre? No, pues ella era la esposa de su padre. Y, entre orgullosa y disgustada, confesó:

—Pienso que sí. Hay entre ellos un gran parecido.

Mrs. Greville continuaba mirando al niño con la misma fijeza.

—No puedo recordar á quién se parece tanto. Este rostro está para mí lleno de agradables reminiscencias. ¿Era inglés su esposo, Silvia?

—Sí, era inglés.

Y luego la conversación tomó otros derroteros; pero á intervalos la mirada de Mrs. Greville se detenía pensativa en el niño.

Durante unos días fué Silvia perfectamente feliz; casi olvidó sus cuidados ante la presencia de la adorada criatura. Su ansioso corazón seguía todos sus movimientos y escuchaba cada una de sus palabras. En el infantil corazón no había el menor síntoma de egoísmo. Una ó dos veces se había sentido desfallecida por el temor de que, teniendo el rostro de su padre, heredase también sus faltas; pero no encontró vestigio de ellas, y dió gracias á Dios en lo íntimo de su corazón. Era una criatura noble y generosa, llena de buenos instintos y buenos impulsos; jamás dió la menor muestra de ruindad ó egoísmo.

—Su hijo de usted debiera ser un príncipe, Silvia,—le dijo un día Mrs. Greville,—sus ideas son soberbias.

Silvia suspiró. ¡Un príncipe! ¡Si sólo pudiese dejarle un nombre inmaculado, no pediría al cielo más dones para él!

Terminada la semana, Mrs. Greville fué la primera que se opuso á que el niño marchase tan pronto.

—Después de tanto tiempo sin verle, una semana no supone nada. He cambiado de opinión acerca de lo de Londres; no quiero ir todavía. Lady Courcier viene á Mount con una partida de amigos, y yo conozco á la mayor parte de ellos. Quedémosnos un mes más.

Sin esta decisión, la presente historia hubiera sido muy distinta.

Quéto, pues, convenido que Cirilo permanecería en Lingholme hasta que ellas marchasen á Londres; entonces su madre le volvería al colegio.

Dos días después, recibió Mrs. Greville una invitación que ya esperaba, la de ir á Mount á pasar una temporada con lady Courcier.

—Será preciso que se entretenga usted como pueda estos días, querida mía,—le dijo á Silvia.—Supongo que nada necesitará usted ahora, teniendo á su hijo.

Así, durante breves días, la madre y el hijo fueron indeciblemente felices; después, Silvia recibió una escuela de Mrs. Greville.

—No iré hasta el miércoles,—decía,—y llevaré á una amiga, lady Dynecourt. Su marido está ausente y ella está delicada; el ruido y movimiento de una gran reunión son demasiado para ella. La he invitado á pasar unos días en Lingholme. ¿Quiere usted cuidar de que todo esté dispuesto para recibirla?

Era anochecido cuando llegaron Mrs. Greville y su visitante. Cirilo se había acostado, y Silvia estaba sola en la sala, esperando la llegada de las dos amigas. Desde el primer momento la encantó lady Dynecourt; había algo de noble é irresistible en su aristocrático semblante; sin embargo, á Silvia parecióle ver también allí un no sé qué de melancólico. Era anable, graciosa, encantadora, pero á pesar de toda su gracia y gentileza, se entreveía un fondo de tristeza.

—Es adorable,—pensó Silvia,—muy gentil, pero estoy segura de que no es feliz.

Esto no obstante, de los labios de lady Dynecourt no escapaba una palabra que pudiese delatar tristeza alguna. Tomaba parte en todas las conversaciones, su sonrisa era atractiva, y escuchaba con la atención más encantadora cuanto se la comunicaba; pero Silvia vió, debajo de todo esto, una perenne corriente de tristeza; un constante desvío hacia un inagotable manantial de infelicidad.

Silvia le fué á lady Dynecourt altamente simpática; su belleza, su gracia y afectuosa disposición la atrajeron desde el primer momento. Cuando se separaron aquella noche, tomó la mano á Silvia.

—Mrs. Greville me ha dicho que tiene usted un precioso niño,—dijo cariñosamente.

Algo en su rostro hizo que Silvia preguntara:

—¿No tiene usted hijos, lady Dynecourt?

El dulce rostro palideció.

—No,—contestó milady,—no tengo hijos.

CAPITULO VI

Nada hay, después de todo, tan limitado como el conocimiento humano. Un hombre dedica su vida entera al estudio de una estrella, de un planeta, de un ave, y muere sin saber la mitad de lo que buscaba. Otro dedica sus pensamientos y su atención a la resolución de un problema que deja por último sin resolver. Silvia Rymer no tenía más que un objeto en su vida: encontrar al perdido esposo. Y ahora vivía bajo el mismo techo que la segunda esposa de su marido. ¿Vez, sabía de Silvia. Estaban destinadas a encontrarse, y se habían encontrado, pero sin reconocerse. Las dos traicionadas por el mismo hombre, habían pisado, por último, el mismo sendero.

La mañana, después de su llegada, lady Dyncourt, salió sola por los jardines. Amaba, casi tenía pasión por los árboles, y al divisar desde su ventana la hermosa alameda de castaños, tuvo deseos de contemplarlos de cerca. Mrs. Greville era demasiado cumplida para importunar a huéspedes. Si éstos gustaban de dar un solitario paseo, pareciale del mejor trato respetar aquel gusto; así lady Clotilde Dyncourt discurría bajo los castaños, sintiéndose más tranquila y feliz que lo había estado hacía mucho tiempo. Se detuvo á escuchar el tenue gorjeo de los pájaros, á contemplar las blancas campanillas de la primavera.

El sonido de una risa infantil la llamó la atención; una explosión de melodiosas risas que parecía alegrar el ambiente. Volvió la cabeza con dulce, brillante sonrisa. Como muchas mujeres á quienes el cielo ha negado hijos, sentía un cariño apasionado por los niños. Vio á lo lejos á un niño que jugaba, y á Mrs. Rymer que se dirigía hacia él. Lady Clotilde se encaminó presurosa á reunirse con ellos.

—¿Es éste en hijo?—preguntó, y Silvia levantó la cabeza con débil sonrojo.—¿Cómo le aviedo á usted!—continuó milady.—Si me hubiesen dado á elegir entre todo el dinero del mundo y un hijo, hubiese elegido un hijo.

Silvia la miró con expresión de gran simpatía. —No me admira.—dijo;—quizás no haya don más precioso en el mundo.

—A veces me preocupo.—continuó lady Dyncourt.—Leo cosas tan atroces y crueles en los periódicos, acerca de niños asesinados, maltratados, dejados perecer de hambre! Si Dios me hubiese concedido uno, me hubiera desvelado por él... y les son concedidos á los que son indignos de tenerlos. A veces me pregunto cuál sería la razón.

—Yo también he pensado en ello,—dijo Silvia; y ambas se encaminaron á lo largo de la alameda.

—A mí,—observó lady Clotilde,—me parece una cosa muy dura. Mi marido ansia intensamente por un hijo y heredero. La fortuna, á su muerte, pasa á manos extrañas, un pariente remoto,

simo á quien no tiene afecto; esto viene á agravar nuestra pena. Toda alusión al futuro hace que mi corazón se oprima. Cuando le veo indiferente á todo lo que se relaciona con sus bienes, pienso que es porque sabe que un extraño le ha de suceder.

—Debe ser para usted una gran pena,—observó Silvia,—y lo comprendo perfectamente.

Le interesó profundamente lady Clotilde; había en aquella dama algo muy dulce é irresistible.

De pronto, con nuevas risas, Cirilo corrió hacia ellas. Silvia se detuvo y le tomó en brazos; apartó de la frente del niño los sedosos bucles, y luego, con maternal orgullo, dijo:

—Este es mi hijo, lady Dyncourt.

—¿Qué había ocurrido?

—¿Qué había en el semblante de la criatura que parecía haber petrificado á lady Dyncourt?

Se puso blanca como la nieve, y había en sus ojos una expresión entre admirada y lastimera. Haciendo un poderoso esfuerzo pudo recobrarle.

—¿Cuán extraña debo parecerle á usted!—dijo.—Pero hay en ese semblante algo que me es tan familiar... como si hubiese vivido siempre con él!

—Es raro,—replicó Silvia;—sin embargo, Mrs. Greville dice lo mismo.

La palidez aumentó en el rostro de lady Clotilde.

—Dice lo mismo? ¿Se ha fijado?—preguntó anhelante.

—Fijado en qué?—preguntó Silvia á su vez con asombro.

Entonces lady Dyncourt recapacitó y se dominó.

—Quería decir que si ella también le encontraba parecido con alguien que le era familiar.

—Así me dijo,—contestó Silvia.

Lady Clotilde sentóse en un asiento rústico y puso á Cirilo sobre sus rodillas. Fija ansiosamente, con ojos llenos de admiración, examinó cada facción del lindo rostro infantil. No había duda: no la engañaba su imaginación; no era una fantasía.

El semblante que contemplaba se parecía grandemente al de su marido Basilio, lord Dyncourt; se parecía como una gota de agua á otra.

No sabía á qué atribuirlo. Naturalmente que debía ser pura casualidad; sin embargo, ¿podía haber nada tan chocante? Cada línea de los rizados bucles caía precisamente de la misma manera; el color de los ojos, lo sedoso de las largas pestañas; la semejanza no podía ser más perfecta. Era puro accidente, y, sin embargo, le producía extraña pena.

¿Por qué un extraño tenía su cara? Lady Clotilde suspiró profundamente, y dos candentes lágrimas oscilaron en sus párpados.

—¿Hace mucho que murió su esposo de usted?—preguntó.

—Hará cosa de seis años que lo perdí,—contestó Silvia evasivamente.

—¿Tenía parientes en Inglaterra? ¿Era inglés?—volvió á preguntar lady Clotilde, y sus

ojos parecían como querer leer los pensamientos de Mrs. Rymer.

Esta pudo contestar sinceramente que su marido jamás le había mencionado pariente alguno.

—Le amaba usted mucho?—continuó lady Clotilde, gentilmente.

—Un vivo sonrojo coloreó el semblante de Silvia.

—¿Mil veces más que á mi vida!—contestó.

—Así comprendo yo el amor. Tengo la opinión de que en el amor no exista igualdad. Uno lo da todo, otro lo reserva todo. No creo posible encontrar dos esposos que sientan el mismo grado de amor el uno hacia el otro.

—Esa doctrina no es tan terrible como algunas de Mrs. Greville,—observó Silvia sonriendo;—ella no cree absolutamente en el amor.

—En eso anda equivocada; mucha infelicidad puede nacer del amor; pero, sin él, el mundo sería más triste de lo que es.

Hasta entonces no había saltado al niño ni dejado de mirarle. Preguntóle su nombre, y él respondió en el acto:

—Cirilo Rymer.

—¿Oh...! Hasta el timbre de su voz! ¿Era una mofa? Hubiera podido imaginar, cerrando los ojos que hablaba lord Dyncourt.

—No puedo menos de pensar,—dijo á Silvia,—que conozco á algún pariente de su marido. ¿Me son tan familiares este rostro y esta voz! ¿Conoce usted algo de la familia de su marido?

Era un alivio contestar la verdad; no, no conocía nada. Empezó á admirarse de las extrañas maneras de lady Clotilde. ¿Qué le hacía recordar su hijo? Sus ojos casi formularon la pregunta, y lady Dyncourt lo vio; trató de reprimir su vehemencia y su curiosidad; hablóle al pequeño, escuchando dolcemente sus respuestas.

—Pero, Cirilo,—le dijo,—pronto serás un hombrecito!

—¿Quisiera serlo ya,—contestó él;—entonces podría cuidar siempre de mi mamá.

—¿Tanto la quieres?—preguntó milady con dulzura.

—Es todo lo que tengo en el mundo,—replicó Cirilo con inconsciente pasión;—y la amo más que á todo el mundo.

—¿Si fuese mío!—dijo milady Clotilde.—Daría todo lo que poseo, Cirilo... todo cuanto tengo en el mundo... por un hijo como tú.

Cirilo se echó á reír, encontrando peregrina la idea de otro niño como él; después Silvia le dijo que fuese á jugar, pues milady podía estar cansada.

El niño miró el melancólico rostro con dulce sonrisa, y luego echó sus bracitos al cuello de milady.

—¿Es usted una señora muy bella,—dijo,—y la quiero á usted mucho!

Lady Clotilde le besó y le dejó marchar, con lágrimas en los ojos. Después levantóse súbitamente y se alejó. Silvia no quiso seguirla; pareció comprender intuitivamente que la sponada dama prefería estar sola.

Peró después de aquel día era admirable ver

el cariño que lady Dyncourt le tomó al niño; siempre estaba preguntando por él, siempre pidiendo que le dejasen con ella.

—Espero que tendrá el gusto de ver á Cirilo en Londres,—dijo una vez.—Sea usted buena conmigo, Mrs. Rymer, y déjemelo tener una semana en casa.

Y Silvia, que hubiera hecho cualquier cosa por complacerla y consolarla, le prometió riendo que lo tendría siempre que quisiera.

¿Cuán poco sabía que era á casa de su padre donde el niño había sido invitado; la casa que, si prevalecía la justicia, sería suya un día!

CAPITULO VII

Que el matrimonio es una lotería, es un dicho exacto; unos sacan altos premios, otros decepciones; es indudable. El mundo no se había detenido á considerar los resultados del matrimonio de lady Clotilde. Algunos, que no habían profundizado más allá de la superficie, lo reputaban feliz. Generalmente, se veía juntos á lord y á lady Dyncourt; nadie sabía que entre ellos se hubiese cruzado la menor expresión desagradable; el esposo era, según todas las apariencias, bueno, considerado y atento, y la esposa feliz.

Era una lástima que lord Dyncourt no tuviese un heredero; todo el mundo convenía en este punto; pero "cada cual sabe la leña que se quema en su casa" y lady Dyncourt no era una excepción de la regla.

Se había casado con lord Dyncourt porque le amaba y esperaba con él una especie de felicidad ideal. Vió tan sólo el mejor y más brillante lado de su carácter; estaba dispuesta á hacer un héroe de él. No pensaba que pudiera hacer nada que no fuese bueno y grande. Le amaba excesivamente. Ella había sido muy admirada, muy solicitada; había tenido muchos pretendientes, pero el único hombre que hizo patria su corazón fué Basilio, lord Dyncourt, y luego no se cuidó de ninguno más.

Jamás hubo casamiento que se presentase bajo mejores auspicios; ambos jóvenes, guapos, ricos y de elevada alcurnia; todo cuanto hace la vida apetecible; el futuro para ellos parecía tan brillante como el sol que resplandecía para ellos la mañana de sus bodas, sin una nube que alterase su diáfandad.

¿Qué frutos, pues, había dado semejante matrimonio? ¡Excelentes! decía el mundo. ¿Qué decía lady Clotilde? Aun á su propio ser repugnaba decir la verdad; había tenido una decepción; era infeliz; algo sin nombre, una sombra se había interpuesto entre su marido y ella; una distancia, una frialdad que iba aumentando á medida que pasaba el tiempo. Ella no podía explicarlo; no podía decir lo que era; ni recordar siquiera cómo había empezado. No podía señalar el primer origen de esta frialdad, de este sentimiento de decepción que tan pronto había destruido su felicidad. ¿Era acaso porque imaginaba que él no la tenía un amor tan excesivo, tan grande y generoso como el suyo? ¿Acaso le en-

contraba menos noble, menos heroico, más vulgar de lo que ella había esperado? ¿Era quizás porque á veces, en el silencio de la noche, oía el nombre de otra mujer en sus labios, y palabras de ternura como nunca le había dedicado á ella?

Recordaba muy bien cuando ocurrió esto por la primera vez, cómo le había escuchado con el corazón palpitante, y cómo, al nacer la aurora, le había preguntado:

—B. ¿soñabas en mí anoche?

Riéndose de la pregunta y de la ansiosa faz, él contestó:

—No; delicia avergonzarme de la confesión, pero, en verdad, no.

—¿A quién, pues, llamabas "amor mío" y hablabas tan cariñosamente?

—No sabía siquiera que hablaste durmiendo, replicó lord Dyncourt apresuradamente.

—Pues sí, hablaste con bastante frecuencia. Basilio, no tengas temor de decirme... ¿Has amado á alguna mujer antes de conocerme á mí?

El contestó con una sonrisa descuidada: —Pero, ¿qué pregunta, Clotilde! Yo no era una estatua, ni vivía en un desierto... y los hombres, querida mía, somos hombres.

—Eso no es contestar á mi pregunta, observó lady, cubriendo la evasiva. —¿Amabas á alguna mujer antes de conocerme á mí?

—Seguramente puedo afirmarte, Clotilde, que he estado padeciendo de amor crónico desde que cumplí los siete años hasta la fecha.

—No te creas un enamorado de tanta fuerza, observó lady Clotilde, ligeramente mortificada.

—¿De veras? Me admira que no hayas conocido mi flaco mucho antes de ahora!

—No quieres confesar á mi pregunta, insistió la esposa. —No quieres decirme si realmente amabas á alguien antes de amarme á mí.

De nuevo la ligera risa que hería sus sentimientos y la aponaba, y después él replicó jovialmente:

—Naturalmente... no he querido á ninguna mujer la milésima parte de lo que te quiero á tí.

Pero el timbre de las palabras era falso y lady comprendió que ellas también lo eran, y desde aquella hora una oscura sombra, lenta, pero incesante, se interpuso entre ellos.

Era una mujer demasiado noble para dar oídos á su curiosidad; pudiera haber escuchado lo que él decía en sueños, haber baseado entre sus papeles; haberle espiado de cien maneras diferentes; pero era demasiado digna para esto.

Quedaba desvanecido el gran sueño de su vida; no podía forjarse ya la ilusión de ser el único objeto del amor de su marido. Cruces celos y dudas habían comenzado su fatal trabajo, y aun cuando no lo confesara ni aun á sí misma, el corto sueño de felicidad de lady Dyncourt había terminado.

Si hubiese logrado el deseo de su corazón, si hubiera tenido un hijo á quien amar, quizás no habría vivido tan ensimismada en aquel solo tema; sus pensamientos hubieran sido más risue-

ños y felices. Su sueño había sido de amor y nada más.

Nada sienten las mujeres con mayor intensidad que el gradual desplome de un ídolo. Lady Clotilde había hecho un héroe de su amado, en su manera juvenil y romántica; le había atribuido grandes y nobles cualidades; veía desaparecer gradualmente estas cualidades, una por una; le había creído el alma del honor y la verdad; había encontrado que no era más sincero que otros hombres; que aun cuando quizás le repugnase mancharse con lo que los hombres llaman una mentira, era culpable de las mismas evasivas y tergiversaciones que los demás. No era, en suma, un héroe, y después de algún tiempo se vió obligada á confesárselo á sí misma.

Lo que quizás la impresionaba más era su ligera manera de hablar de cosas que ella tenía en el más alto concepto. El amor no era sino un juego, una inconstancia, una cuestión de orgullo mejor que otra cosa; la infidelidad, una cosa corriente; y cuando una ó dos veces ella había expresado claramente que no le gustaba oír semejantes sentimientos, su marido se había echado á reír llamándola mojigata.

—Tú haces un drama de la vida, Clotilde, dijo una vez, —y todo el mundo sabe que es una farsa.

—Tú robajas lo que yo lonto más, dijo ella iracunamente.

Sin embargo, á pesar de esta intangible diferencia, de este algo sin nombre, no había entre ellos una divergencia declarada. Clotilde no era la única condenada á ver su vida vacía y desperdiciada; lo soportaba con paciente dignidad, y no murmuraba ni se quejaba. Amaba menos á su marido por esto? Aquellos que comprenden bien el corazón femenino pueden responder.

El extraordinario parecido entre aquel niño y su esposo la llenó de admiración. El marido de Mrs. Rymer era, indudablemente, pariente de la familia Dyncourt. Quizás fuese de la rama más pobre y reciente. Resolvió hacer investigaciones sin pérdida de tiempo. Hubiera sido para ella una fuente de gran placer el poder encontrar la menor relación entre su marido y aquel niño; hasta podía conseguir que algún día lo adoptase lord Dyncourt.

Por lo tanto, hizo á Silvia muchas preguntas, y fué una fortuna que ella jamás hubiese oído á su esposo mencionar nada de su familia. Lady Clotilde le dijo un día:

—Es muy extraño que su marido no le hablase á usted jamás de sus parientes ni amigos.

—Es extraño, dijo Silvia, —pero así es.

—Supongo, —continuó lady Clotilde, que serían ustedes todo el mundo el uno para el otro.

—Así fué hasta que le perdí, —replicó Silvia. Lady Dyncourt resolvió no descansar hasta no hacer algo digno por la hermosa viuda y su hijo.

CAPITULO VIII

Las almas nobles tardan muy poco en reconocerse. Lady Clotilde no había tropezado con mujer alguna que le pareciese tan agradable, tan buena ni tan noble como la compañera de Mrs. Greville. Había en ella una rectitud de principios, una pureza de ideas, una innata nobleza y elevación de miras, que la granjeaban insensiblemente el aprecio de los buenos.

Jamás sociedad alguna le había encantado tanto como la de aquella hermosa, sencilla criatura, que se había educado por sí misma, y cuya distinción era uno de sus mayores encantos. La visitaba constantemente en casa de Mrs. Greville, y la risueña viuda no tenía celos en lo más mínimo, aun cuando viese que Silvia era el atractivo de lady Dyncourt y no ella. Solía reírse con su habitual cordialidad y decir:

—Ah, Silvia... ¿Es usted lo precisamente bastante sentimental para hacer buenas migas con lady Dyncourt! Yo soy demasiado prosaica para ella.

Lady Clotilde parecía haber olvidado por completo la diferencia de posición entre ellas. No era posible que pudiese tratar á Silvia con más respeto y afecto que á ser su hermana, y Silvia, por su parte, le profesaba un cordial aprecio. No parecían jamás cansarse la una de la otra, aun cuando pasaban juntas muchas horas.

Tan pronto como los proyectos de Mrs. Greville fueron llevados á la práctica, Silvia comenzó á hacer averiguaciones. Ni por casualidad había oído jamás mencionar el apellido Rymer. Ni era probable, pensó ella, que el desaparecido amante se moviese en semejantes círculos. Cuán amargamente deploró no haberle preguntado más de su familia y de él mismo! No había decidido todavía lo que haría en caso de encontrarle. Lo único que quería era obligarle á confesar que el matrimonio era válido y que ella era su legítima esposa.

Con esto se contentaba; no deseaba nada más. Si después le ofrecía todo el dinero del mundo, ella lo rechazaría. No quería de él más que justicia, y, por bien de su hijo, estaba determinada á exigirla.

Había veces en que su corazón desfallecía ante lo infructuoso de sus pesquisas. Tan difícil era buscar un alfiler en una playa, como un hombre en Inglaterra, sin más dato que un apellido, que, según toda probabilidad, era un apellido falso.

Así, mientras no transcurría un sólo día sin que pasase dos ó tres horas con la esposa del que buscaba, mientras, sin conocerlo, tenía su nombre cien veces en la boca cada día, se preguntaba cómo y cuándo empezaría sus pesquisas.

—No quiero nada de él, —se decía una vez y cien; —no quiero molestarle con mi presencia; pero es preciso, por Cirilo, que se me haga justicia.

No tenía fundamento alguno para apoyar la idea de que era en Londres donde debía buscar-

le; no podía explicarse la impresión, y, sin embargo, ésta era fuerte. Una mañana ocurriosele que podía consultar un libro de señas y profesiones de Londres, por si entre los Rymer encontraba alguno que tuviese probabilidades de ser él. La idea parecía como una inspiración. Una hora después estaba en un gabinete de lectura con el inmenso folio delante de sus ojos.

Encontró muchos Rymer, comerciantes de todas clases, fabricantes, médicos, un clérigo, y un abogado; "U. Rymer, Thavies Inn." Dejó el tomo, pues sus temblorosas manos no podían sostenerlo. "U. Rymer." La U respondía al nombre de Ulrico. Así, pues, le había encontrado! Parecía, sin saber por qué, que su marido era abogado; pero no estaba segura.

"U. Rymer." Miró una vez, veinte, este nombre, experimentando mil dudas, mil deseos, mil temores. Nada podía devolvérselo, nada podía retornarle el héroe de su juventud, el amor de corazón; pero podía hacerse justicia á sí misma y á su hijo. Iría, pues, y si aquel U. Rymer era el hombre que se había casado con ella para abandonarla, le exigiría la restitución de su buen nombre.

Así, mientras Mrs. Greville estaba entretenida haciendo los honores á sus visitas, salió de casa, tomó un coche, y se hizo conducir á Thavies Inn. No conocía mucho de Londres y esperaba encontrar un grande é imponente edificio. Sorprendióla mucho el pobre aspecto de aquellas estrechas calles con ennegrecidas construcciones.

No le pareció lugar adecuado para el gallardo, distinguido U. Rymer que tanto había amado; pero, en fin, allí era y pronto saldría de dudas.

Examinó la casa número 102, un alto, negro, estrecho frontispicio, cuyas ventanas no dejaban haberse limpiado hacia muchos años. La casa era sucia, angostas las escaleras. Su atención se fijó en los nombres escritos en la puerta. Cuando vió el de Mr. U. Rymer, abogado, se recogió la ropa y echó escaleras arriba. ¡Y qué escalera! Llena de polvo, de telarañas, de trozos de papel. ¡Ah, seguramente Ulrico, su refinado y fastuoso Ulrico, no debía vivir allí; sintióse casi avergonzada de su expedición é inclinada á retroceder; además de lo cual, estaba desorientada. No encontraba el despacho.

En aquel momento, un hombre de buen porte, vestido con elegancia, pasó por su lado. Silvia le miró con tal fervor, que el otro se detuvo.

—¿Me hace usted el favor de indicarme el despacho de Mr. Rymer? —le preguntó Silvia.

—Con mucho gusto; de allí salgo. Tercera puerta de la derecha en el piso de arriba.

Sabió de nuevo otras escaleras más sucias y más estrechas, y por fin vió ante ella el nombre que buscaba: U. Rymer. La puerta estaba cerrada y no se oía ningún ruido dentro.

¿Qué había á la otra parte? Cuando se abriese la puerta, ¿vería el hermoso, aristocrático semblante del hombre que creía ahora su esposo, ó vería el semblante de un extraño? Su corazón latió con tal violencia al hacerse la pregunta que le pareció que las fuerzas iban á abandonarla. El cobarde temor era inútil, se dijo una y

otra vez, y, sin embargo, allí permanecía temblorosa, irresoluta.

Después, con resuelta mano, llamó á la puerta.

—Adelante,—dijeron de dentro, y Silvia empujó la puerta.

Al principio una bruma rojiza se cernía sobre todo, y ella no pudo ver con claridad. Luego aquella bruma se disipó y Silvia vió un caballero, un extraño, sentado frente á una mesita. El de la mesa se quedó mirando á la bella visitante.

—Quisiera ver á Mr. Rymer,—dijo Silvia con voz tenue y temblorosa.

—Yo soy Mr. Rymer,—dijo el otro levantándose y haciendo una cortés inclinación.—¿En qué puedo tener el placer de servirle?

—¿Usted es Mr. Rymer?—replicó Silvia.

—¡Ah! no! No era él. Gracias á Dios no era su Mr. Rymer! Pensó que si el tan amado, el tan conocido rostro, se le hubiese aparecido, ella habría rodado por el suelo muerta.

Miró al abogado fijamente; toda emoción y agitación habían desaparecido.

—Le ruego que me dispense,—dijo.—He cometido una equivocación. Ando buscando á un Mr. Rymer que conocí hace años, y al ver sus señas, quise ver.... Siento mucho haberle molestado.

Una franca, bondadosa sonrisa fué la respuesta; la sonrisa de un hombre honrado.

—Siento mucho,—dijo,—que no ocurriese el ser yo el Mr. Rymer que anda usted buscando; pero soy abogado. ¿Puedo servirle de algo en sus pesquisas... ofrecerle algún consejo?

Diciendo esto, colocó una silla para ella; y sus maneras eran tan buenas, tan respetuosas, tan tranquilizadoras, que Silvia la aceptó inmediatamente.

—No sé,—contestó titubeando,—qué consejo podría serme de utilidad. Perdí de vista á... á mi amigo, y el único dato que tengo es su apellido... Rymer.

—No es un apellido muy común,—dijo el abogado.

Ella le miró afirmativamente.

—En efecto, y eso me había hecho concebir más esperanzas,—dijo.

—En Londres hay pocos Rymer,—continuó el abogado—pero asimismo no sería fácil dar con todos ellos.

—No he pensado todavía,—declaró Silvia,—si pediré ayuda en mis pesquisas. Lo pensaré y decidiré. Si me decido por ayuda, vendré á consultar con usted.

—Y yo tendré mucho gusto en hacer por usted lo que pueda,—contestó Mr. Rymer.

Y se separaron, complacidos el uno del otro.

CAPITULO IX

—Puede usted estar segura de una cosa, Silvia,—dijo lady Dynecourt,—que una verdadera dama, una verdadera mujer, no habla jamás de su marido á un tercero. La vida privada debe mantenerse en honesta reserva.

—Estamos enteramente de acuerdo,—dijo Silvia.

—He visto señoras... realmente tropiezo con ellas cada día... que hacen de las faltas y peculiaridades de sus maridos un tema común de conversación. Y por bellas, graciosas é inteligentes que sean, desde este momento pierden mi aprecio.

Las dos estaban sentadas en el "salon" de Mrs. Greville. Una estimación afectuosa se había desarrollado entre ellas; y lady Dynecourt contaba como uno de los mayores placeres de su vida aquella intimidad que le unía con Silvia.

Era un extraño destino el que les había reunido. Una cruel especie de ironía cual la que había unido aquellos dos seres con lazos de caluroso y sincero afecto.

La season iba ya á su término, y á pesar de todos los esfuerzos de Silvia, no había logrado encontrar el menor rastro de su marido. Había hecho todo cuanto era posible; pero todas sus pesquisas habían resultado infructuosas en el objeto que era la mayor preocupación de su vida.

Después de pensar detenidamente la materia, resolvió no reclamar la asistencia legal. Si lo hacía así, tendría que revelar el secreto que había guardado tan escrupulosamente; y no era eso todo, sino que la ley es una máquina complicada, y una vez puesta en acción, es imposible decir cómo y cuándo se detendrá; podía acarrear serios peligros á la persona amada, á la cual, después de todo, sacrificaría su vida. Por lo tanto escribió al abogado comunicándole que no quería reclamar apoyo legal alguno; una especie que Mr. Rymer sintió mucho recibir, pues se le había despertado gran interés por la hermosa visitante.

Un sentimiento de desesperación se apoderó de ella al llegar la "season" á su fin, y ver que nada había conseguido. ¿Qué sería de continuar siempre así? ¿Qué si á pesar de su sed de justicia, de sus ansias por el bienestar de Cirilo, no le encontraba, no lograba verle nunca más? La sola idea hizo desfallecer su corazón y llenó su ser de indecible temor. ¿Y si el conocimiento de la validez de su matrimonio había venido demasiado tarde?

¿Cómo le era posible encontrar á aquel hombre en la vasta extensión del mundo? ¿Y cómo era posible volver á Lingholm en el mismo estado de vaguedad é incertidumbre?

Transcurriendo los días, el hechicero rostro perdió sus colores, y una cansada expresión se fué fijando en sus ojos. Mrs. Greville lo notó, pero no dijo nada. Había observado desde hacía mucho tiempo, que semejantes importunidades molestaban á Silvia. Lady Dynecourt lo notó también, y en su dulce, cariñosa manera, trató de reanimarla y distraerla.

Muchas señoras se habían reunido accidentalmente aquella mañana en el salón de Mrs. Greville, y lady Dynecourt era una de ellas. La conversación versó sobre los maridos, sus faltas y rarezas, y el mejor método de manejarlos. Mrs. Greville había escuchado y hablado con el jovial,

escepticismo que era natural en ella; lady Dynecourt había guardado un digno silencio que era una protesta.

Cuando la conversación le fué manifestamente desagradable, con el pretexto de ver algunas flores en el "boudoir" de Mrs. Greville, salió del salón seguida de Silvia. Allí pronunció lady Dynecourt las palabras que encabezan este capítulo.

Hablar de su marido era una gran falta á los ojos de la digna y noble dama. Cuando mencionaba el nombre de lord Dynecourt, era siempre con el mayor respeto, una manera de proceder que inducía á que los demás la respiciasen. Ni tenía escrúpulo en expresar francamente su opinión acerca de aquellas damas que publicaban lo que ella llamaba el sagrado secreto del hogar. Aquella mañana se dijeron muchas cosas que la ajenaron. Lord Dynecourt estaba todavía en el extranjero. Hacía muchos meses que estaba en Austria, encargado de una misión diplomática. Al principio se creyó que sería cuestión de algunas semanas; pero las semanas se convirtieron en meses, y milord aun permanecía allí. Una ó dos señoras habían, como ellas creían, con mucha dulzura y delicadeza, tratado de abrir los ojos de lady Dynecourt, insinuando lo extenuo que parecía tan prolongada ausencia; y aun cuando cada palabra atravesase su pecho como una daga, era demasiado orgullosa para contestar ni aun con una palabra; pero al verse sola con Silvia descubrió cuán profunda y apasionadamente aquella noble y orgullosa dama amaba á su marido. Silvia la miró con inconsciente reverencia.

—¿Cuántos meses tengo de conocer á su marido, lady Dynecourt!—dijo.

—Por qué?—preguntó milady sonriendo.

—Porque tendré un placer conociendo al que ha conseguido granjearse tanto amor de su esposa. Me lo imagino como un príncipe entre los hombres.

Silvia no comprendió la pasajera nube que cruzó por el rostro de lady Clotilde, ni aquella expresión tan aproximada al llanto.

Lady Dynecourt sonrió al decir:

—Es destino de algunas mujeres amar mucho y una sola vez... Yo soy una de esas.

—Pero ¿cuán pocos hombres existen dignos de semejante amor!—dijo Silvia.—Realmente, tengo grandes deseos de ver á lord Dynecourt.

Estas palabras sencillas como eran, tuvieron la virtud de aproximar aun más á aquellas dos mujeres. Las alabanzas, aun cuando no muy fundadas, de Silvia á su marido, deleitaron á lady Dynecourt.

—Según toda probabilidad,—dijo—su deseo quedará satisfecho. Tengo mis motivos para creer que lord Dynecourt estará en Londres antes de un mes.

¿Cuán poco soñaban lo que su venida iba á traerles! Después de esta conversación fueron más amigas que nunca. Un pequeño incidente trajo una confidencia entre ellas, que jamás hubiera sido sin ocurrir aquél.

Un Mr. Compton, pariente lejano de lady Dy-

necourt, conoció á Silvia y se enamoró perdidamente de ella. Era hombre de buena posición, de noble carácter, de grandes relaciones, y todo lo puso á los pies de Silvia.

Mrs. Greville sonrió cuando el enamorado le confió sus esperanzas. Tenía la idea de que aquello terminaría como habían terminado todas las tentativas amorosas para con Silvia; con una rotunda negativa por parte de ésta. Pero lady Dynecourt estaba más animada cuando Mr. Compton le habló del asunto y le pidió que la ayudase. Su deleite no reconoció límites.

—Nada mejor hubiera podido pedir,—dijo.—Quiero á Mrs. Rymer, y será un placer para mí tenerla por pariente. Le deseo á usted un éxito en sus aspiraciones amorosas.

—Pero usted me ayudará,—exclamó él nerviosamente.—Aun cuando la he manifestado mi amor de mil maneras, no me estimula en lo más mínimo; es como amar á oscuras.

La primera vez, después de esto, que lady Dynecourt vió á Silvia, la abrazó calurosamente.

—¿Va usted á hacer muy feliz á Mr. Compton, Silvia?—la preguntó gentilmente.—¿Me hará usted feliz á mí también?

Pero, muy lejos de parecer feliz, Silvia parecía grandemente apenada. Lady Clotilde le dijo seriamente:

—Silvia, usted no le rechazará; él la ama á usted mucho; la hará muy feliz; además... redóneme usted si le parece egoísta... entonces sería mejor como de mi familia.

Silvia puso una mano en el brazo que la tenía estrechada.

—Recuerda usted, lady Dynecourt, las palabras que me dijo usted el otro día... "es destino de algunas mujeres amar mucho y una sola vez?"...

—Lo recuerdo, querida.

—Mi caso es ese. No puedo amar á nadie.

Pero lady Clotilde no pareció quedar satisfecha.

—A cada posición debe serle permitido algo,—dijo.—Dejemos el amor fuera de cuestión. Es usted joven y hermosa; necesita usted de un protector. Tiene usted un amadísimo hijo, el cual necesita una mano más fuerte que la de usted cuando sea mayor; déjese usted convencer, Silvia, y por bien de su hijo, vuelva á casarse. Le amo á usted tanto, que no insistiría, á menos de estar convencida de que es por su bien.

—Yo haré todo cuanto usted quiera, lady Clotilde, menos casarme. No... no me mire usted con esa austera gravedad. Si usted me lo permite, lady Clotilde, quiero contarle á usted la historia de mi vida, y luego usted juzgará.

CAPITULO

Mientras duró su vida, no olvidó Silvia aquel momento. Del salón llegaban risas argentinas, murmullo de musicales voces, sobresaliendo entre ellas la clara y distinta de Mrs. Greville. La fragancia de las flores exóticas embalsamaba el

aire. Delante de ella, en costosos búcaros, había una hilera de blancos lirios.

—Quiero contarle á usted la historia de mi vida,—dijo; y lady Clotilde la miró con la expresión del más profundo interés.

—De veras, Silvia? Puede usted confiar en mí seguramente. He amado á pocas como la he amado á usted, y no sé por qué, parece que su vida encierra un drama... siempre lo he creído así.

Pero Silvia se había echado hacia atrás, pálida y temblorosa. ¿Qué clase de historia era la que iba á contar á una noble dama, cuyos oídos jamás habían sido enturbados con el conocimiento de las maldades del mundo? Y, sin embargo, ella, con toda la altivez de su dignidad, de su aristocrática pureza, no era más inocente é inculpable que lo era Silvia.

—Por qué temer?—se dijo.—Amé, tuve confianza, y fui engañada; pero fui inocente.

—Veo que está usted arrepentida,—dijo lady Clotilde.—No quiero inducirle, pero soy su verdadera amiga, Silvia, y me gustaría conocer la razón plausible de su negativa á casarse con Mr. Compton.

—Lo sabrá usted,—exclamó Silvia con súbita pasión.—aun cuando este conocimiento me costase lo que aprecio... la buena opinión que le merezca.

—Esa jamás la perderá usted,—dijo lady Clotilde firmemente.—durará lo que mi vida.

—La razón porque no puedo casarme con Mr. Compton ú otro cualquiera,—dijo Silvia,—es que, aun cuando yo me llamo viuda, creo que mi marido vive aún; y, aun cuando yo me creo sincera y realmente su esposa, el hombre á quien amaba y en quien fié me dijo que me había engañado... que yo no era su esposa.

Hablaba rápidamente, con una especie de reprimida pasión, como si temiese las consecuencias de sus palabras, pero resuelta á pronunciarlas.

—Se quedará usted sorprendida,—continuó;—sorprendida y admirada; pero es mejor que conozca usted la verdad inmediatamente. Con frecuencia ha deseado decirselo á usted... con frecuencia me he preguntado si usted se cuidaría de mí después de conocer mi historia.

Por toda respuesta, lady Clotilde se inclinó hacia ella y le dió un beso.

—Más fácil me sería confundir una azucena con un hongo venenoso que creerla á usted desprovista de pureza y de bondad; ser engañada es un infortunio, no un crimen.

A Silvia se le llenaron los ojos de lágrimas al oír tan bondadosas palabras. ¡Cuán poco soñaba, la que las profería, que aquella á quien iban dirigidas, era víctima del esposo en quien creía él, y luego el cruel despertar, el golpe cruel.

—Ahora puedo decirselo á usted todo,—exclamó;—y hasta hoy no ha salido de mis labios una palabra de mi historia.

Mitad arrodillada, mitad sentada á los pies de lady Dyncourt, sus manos juntas, su hermoso rostro levantado con expresión suplicante, Silvia contó la historia de su vida. Era seme-

jante á un idilio, á una novela. La historia de su sencilla vida juvenil, pasada tan felizmente en la modesta casita de campo; la dorada luz de amor cuando se presentó su héroe; el gradual afeto que llegó á convertirse en adoración; el casamiento en la tranquila granja escocesa; el año de paraíso en que la tierra parecía un cielo; el nuevo amor y la felicidad que el niño trajo con él, y luego el cruel despertar, el golpe cruel. Lady Clotilde escuchó intensamente, su blanca mano descansando á intervalos sobre la blonda cabeza de Silvia ó acariciando su rostro.

—Fue cruel,—dijo en voz baja y sentida.—Uno de los actos más crueles que jamás se han cometido.

—A mí me fué doblemente cruel,—dijo Silvia con un sollozo,—porque era enteramente inesperado. Usted... y perdóneme mi presunción de compararme con usted... usted sabe cuán arraigada es su fe en su esposo y en su hogar... la mía era tan firme. Usted comprende la angustia que se apoderaría de usted si su marido le escribiese diciéndole que su casamiento no era tal casamiento. Usted puede imaginar lo que haría. ¡Oh lady Clotilde, lo mismo era para mí!

—Me hubiese matado, sencillamente,—dijo lady Dyncourt;—no hubiese sobrevivido un sólo día.

—Así pensaba yo,—dijo Silvia gentilmente,—pero Dios es bueno y fuerte el apego á la vida. Quise morir... Creí no poder sufrir el golpe... y, sin embargo, estoy aquí, refiriéndole á usted mi historia, como si hubiese ocurrido á otra. Vergüenza, angustia y desesperación no siempre matan.

—No tenía usted sospechas de lo que iba á ocurrir, Silvia?—preguntó lady Clotilde.

—No, ninguna. Mi marido... le daré siempre ese título, pues ante Dios es mi marido... me dejó con una sonrisa y un beso, diciendo que volvería... recuerdo las palabras... á las cinco. Le esperé sin recelo, como espera usted el regreso de su marido, pero no le he vuelto á ver ya más. Recibí una carta que casi me volvió loca.

—¡Qué crueldad, qué falta de corazón!—dijo lady Clotilde.—Pero, Silvia, el hombre que obra así no es digno de que se le sienta... no es digno sino de desprecio!

—No puedo remediar el amor que le tengo,—replicó Silvia gentilmente.—He tratado de despreciarlo, pero no puedo, porque... creo que porque un día le amé tan entrañablemente. Traté de decirme cuán despreciable, cuán cruel, cuán egoísta fué, pero hay una voz en mi corazón que aboga siempre por él. Es el padre de Cirilo, y eso no lo puedo olvidar yo nunca.

—Y no ha sabido usted nada de él desde entonces?

—No; he intentado hacer averiguaciones. Durante algún tiempo aquella cruel carta me dejó como abrumada... ni aun me era dado pensar claramente... y no me cupo la menor duda de que me había dicho la verdad. Años después, y por puro accidente, una cadena de circunstan-

CAPITULO XI

cias que no es necesario explicar, me hizo encontrar que me había engañado; que mi casamiento, celebrado según la ley escocesa, era perfectamente legal y válido; y que, si yo quería presentar mi demanda, se vería obligado á reconocermos como su legítima esposa. Por mi parte, quizás no haría reclamación alguna; pero debo hacerla por bien de mi hijo.

—Haría usted muy mal en dejar eso de mano, Silvia,—dijo lady Dyncourt;—no sólo por su hijo, sino por usted también; es monstruoso que una joven vida como la de usted transcurra en esa incertidumbre. Está usted obligada, por honor y conciencia, á salir cuanto antes de esa situación anómala.

—Le he amado tanto,—dijo la joven,—que, á no ser por Cirilo, sufriría en silencio mi abandono.

—Entonces,—replicó lady Clotilde.—sea por quien fuere, ¿por qué no lo hace usted?

—Por la simple razón de que no puedo encontrarle,—contestó Silvia,—ni sé qué pasos dar para saber su paradero. Quizás encontraría alguna clave si mi historia fuese conocida... pero, por su bien, no quiero hacerlo.

—Es usted débil,—exclamó lady Clotilde impetuosamente.—Semejante conducta como la suya no debe quedar impune. Ofende usted á todo nuestro sexo pasando eso en silencio ú olvido. Quizás si los hombres fuesen expuestos con más frecuencia á la vergüenza pública por acciones tan cobardes, se andarían con más hiento.

—No quiero castigarle,—dijo Silvia;—yo, que le he amado tanto, no quiero ocasionarle daño alguno.

—¿Qué rango... qué posición ocupaba en el mundo, Silvia?—preguntó lady Dyncourt.

—No lo sé. Cuando uno ha sido engañado le es difícil creer en nada. Ahora que conozco más el mundo, me siento inclinada á creer que pertenecía á una clase elevada... una clase que permitía satisfacer todos sus caprichos.

Un fuerte impulso se apoderó de lady Clotilde de preguntar á Silvia si no sospechaba que el apellido Rymer fuese falso; pero se contuvo, no queriendo saber más de lo que la joven le dijese voluntariamente.

—Ha tenido usted muchas ocasiones de tratar con gente de la buena sociedad,—dijo;—¿no ha visto usted á nadie que se le pareciese?

—No,—replicó Silvia;—era tan superior á los que he visto, como el sol es superior á las estrellas.

Lady Dyncourt sonrió ligeramente.

—Le amaba usted bien y la luz de amor brilla en usted todavía,—dijo.

Pero Silvia, mirándola fijamente, dijo:—Lady Dyncourt, usted no tiene los conocimientos legales de un abogado, pero si el instinto de una noble y verdadera dama; ¿quiere usted contestar á una pregunta?

—Sí,—fué la quieta réplica,—si está á mi alcance.

Silvia hizo una pausa. Había sentido gran suspensión antes de que la respuesta del abogado llegase á su conocimiento; pero ahora su suspensión era mayor aún. Un abogado, pensaba, podía equivocarse, pero una noble y honrada mujer no podía equivocarse nunca. Una criatura como lady Dyncourt, cuyos corazón, mente y alma eran naturalmente nobles y delicados, debía tener más profundo y seguro instinto de las cosas, que muchos abogados.

—¿Quiere usted darme su franca y sincera opinión acerca de si cree usted legal ó no mi matrimonio?

—Si me refiere usted todos los detalles le daré mi opinión como la siento y sin distinguos. Conozco muy poco de lo que constituye el matrimonio en algunos países; pero creo, de acuerdo con el mundo, que sé lo que constituye un casamiento ante Dios y los hombres.

Silvia le relató entonces todos los detalles, sin omitir ninguno, y lady Clotilde, sin soñar lo que estaba juzgando, dijo:

—Considero su casamiento tan legal como el que yo celebré en la catedral de Londres ante centenares de testigos.

—Siendo así, la duda no cruzará ya más por mi mente,—exclamó Silvia.

—Así es. La creo á usted tan esposa como me creo yo misma; y es preciso que no permanezca usted inactiva, Silvia; es necesario que inquiera usted, que dé pasos, porque así lo exigen la religión y la moralidad. ¡Qué cosa más horrible si el hombre que es su marido se hubiese casado otra vez!

El rostro de Silvia palideció.

—Y esto puede ser,—continuó lady Dyncourt;—¿piense usted, en ese caso, qué pena y qué vergüenza sobre inocentes cabezas! Usted debe evitar todo el daño que pueda, Silvia. ¿Tiene usted alguna idea de si puede ó no haberse casado?

Una vaga expresión de disgusto pasó por el rostro de la joven.

—Su pregunta de usted me hace concebir muchos ansiosos pensamientos,—contestó.—Cuando recibí aquella cruel carta, creí volverme loca. Y luego cuando reaparecí sobre cada uno de sus extremos, encontré que no podía ser así... que todo aquello era una pesadilla. Veces hay en que imagino que me decía que iba á Inglaterra á casarse con una dama de su clase; pero después pienso que debe ser una fantasía. Si fuese cierto y yo divulgase su falta, lady Clotilde, le pondría entre las inexorables garras de la justicia.

—Y haría usted perfectamente; la ley se ha hecho para esos casos. Debe usted pensar en los demás, Silvia. Si se ha casado otra vez, existe entonces otra mujer cruelmente engañada; una mujer que se creará su esposa, no siéndolo en mo-

do alguno. Las consecuencias del pecado son terribles y no terminan nunca.

—Sin embargo, yo no podría castigarle,—dijo Silvia en voz baja.—Creo, no digo que estoy segura, pero creo que si la encontrase casado y con hijos, tan sólo podría perdonarle. He saboreado las amarguras de la muerte. ¡Oh, lady Clotilde!... No diga usted que soy débil y loca... pero creo que pasaría por todo y me retiraría con mis agravios.

—No estamos conformes, Silvia,—replicó lady Dyncourt.—Año la justicia á toda costa. La haría, aun cuando fuese contra mí.

—¡Oh, lady Clotilde! Pero ¡si tuviese el amor de otra mujer, si hubiese hecho á otra su esposa! Piense usted lo que sufriría la infeliz si esta culpa se hiciese pública.

—Ciertamente que sufriría. ¿No ha sufrido usted? Pero suponiendo que fuese una buena y diena mujer, ¿sería usted que le agradecería que por su debilidad la dejase permanecer en una posición tan falsa y degradante?

—No lo sé.—fue la gentil respuesta.—Sería muy duro de soportar.

Lady Clotilde levantó la cabeza con el noble orgullo que le era peculiar.

—Pues yo,—dijo,—sé que preferiría vivir sufriendo á vivir engañada. Esto sí que sería duro de soportar. La posición de una persona engañada en cualquier punto de vital importancia, parece siempre, cueste lo que cueste.

—Pero semejante sufrimiento, lady Clotilde!

—Mejor mil veces que ser constante víctima del engaño. Me pongo en el lugar de semejante mujer. ¿Sabe usted lo que haría, Silvia?

—Algo noble y grande, estoy segura,—dijo Silvia con vehemencia.

—Reconocería mi posición inmediatamente. Iría al hombre que había creído mi marido y le diría: "Ante Dios y ante los hombres, tu fe y tu nombre pertenecen á la mujer con quien casaste en Escocia, y, aun cuando mi corazón se parta, me desvío de tí para siempre."

—¿Realmente haría usted eso?—preguntó Silvia.

—Sin ninguna vacilación. No estaría una hora más en su caso después de conocer la verdad.

Silvia suspiró profundamente.

—Yo no soy tan fuerte ni tan valerosa como usted,—dijo.—Usted es la más noble mujer que he conocido. Y dígame usted, lady Dyncourt: ¿me ama usted ahora tanto como antes de conocer mi historia?

Lady Clotilde sonrió.

—La amo mucho más, querida Silvia; pero no cesaré de inducirle á que pida usted justicia. Oigo que la visita de Mrs. Greville se está despidiendo. ¿Qué entrevista más larga hemos celebrado! Silvia, mi marido está para regresar, como ya he dicho á usted, y voy á restaurar la galería de pinturas y el salón. ¿Quiere venir á ayudarme con su consejo? Mrs. Greville me ha dicho que en Roma se hizo usted famosa por su buen gusto.

Silvia miró sonriendo á su noble amiga,

—No creo que fuese ni creo que será famosa... soy sencillamente una florecilla en los linderos; pero, sea como fuese tendré un placer inmenso en ayudarla.

—Mi marido, antes de salir de Inglaterra,—continuó milady,—se hizo hacer su retrato por Winterbether; aun no lo han enviado á casa, pero creo que lo tendré antes de que venga lord Dyncourt. He dado nueva colocación á todos los cuadros para dejarle un lugar preferente. ¿Por qué se sonríe usted, Silvia?

—Porque mi corazón es alegre cuando la oigo á usted... así como si escuchase una dulce música. Sepa usted, lady Dyncourt, que es usted la primera esposa feliz que he conocido... esposo y hogar... por eso prefiero oírle á usted, que escuchar la más dulce de las melodías.

Lady Clotilde ocultó un suspiro con una sonrisa.

—Usted ha visto el lado más negro de la vida. Ciertamente el destino le tendrá en perspectiva algo más risueño y brillante; no es imposible que figure usted un día en el capítulo de las esposas felices. No desespere usted nunca. Así, pues, ¿vendrá usted mañana á verme? Le suplicaré á Mrs. Greville que se pase sin usted algunos días.

—Esa es una placentera perspectiva,—dijo Silvia con un contento que lady Clotilde no había visto nunca en ella.

Y poco después volvieron al salón.

CAPITULO XI

Mrs. Greville sonrió cuando lady Dyncourt expuso su demanda.

—¿Separarme de Mrs. Rymer durante una semana entera?—dijo.—Desde que vivo conmigo no ha estado jamás tanto tiempo fuera de casa. Sin embargo, aun cuando á duras penas, consiento, pues á usted no puedo yo negarle nada.

En cuanto á Silvia, al hecho de pasar una semana con una mujer que amaba tanto, y á la que estimaba como á nadie en el mundo, parecía un reflejo del paraíso. Preparóse para su visita con un rostro tan feliz, que Mrs. Greville pretendió sentirse celosa por su decidida preferencia.

—¿Debiera usted fingir un poco de sentimiento por dejarme, Silvia,—dijo.—después de tanto tiempo de vivir juntas, debía usted creerse obligada á amarme.

Silvia se echó á reír, y era quizás la primera vez durante aquellos años, que Mrs. Greville oía al sonido de su rica y argentina risa. Miraba con asombro.

—Su risa se parece al sonido de unos cascabeles de plata, Silvia,—dijo.—¿Cómo es que jamás la he oído?

—Usted ha sido muy buena para mí,—dijo Silvia con gratitud,—y siento apartarme de su lado, aun cuando sólo fuese por un día. Pero la mera idea de su carácter y el sentirse celosa me divierte.

—Es una suerte para mí que lady Dyncourt sea casada; á no serlo, no la dejaría marchar de su lado; pero Silvia,—continuó Mrs. Greville con mayor emoción de la que acostumbraba—recuerde usted que, en la fortuna ó en la desgracia, esta casa es la suya.

Y después, con estas palabras resonando en sus oídos, Silvia marchó á la casa que por derecho era suya, la casa donde debía desarrollarse el gran drama de su vida.

Fue un amargo, extraño destino el que la llevó allí, la casa donde el hombre que amaba había pasado la mitad de su vida, donde cada cuadro, cada obra de arte estaba, en cierto modo, relacionado con él; la casa que estaba relacionada con todo su pasado, donde el futuro debía ser todavía más trágico.

Ni la menor sospecha de la verdad ocurriosele al entrar en Dyncourt House; ni la menor sombra de lo que se aproximaba; ni la idea más remota que entraba por primera vez en la casa que, á hacersele justicia, era enteramente suya. Lady Dyncourt recibíala en un magnífico zaguán, donde príncipes reales habían echado una ojeada de admiración; donde el lujo y el arte reinaba á la par. Pensó que si la magnificencia proporcionaba felicidad, ésta debía encontrarse allí. Lady Dyncourt sonrió con cierta tristeza, al observar aquella admiración.

—¿Es la primera vez que viene usted aquí?—preguntó á Silvia.—¿Qué extraño que usted, que me ama tanto, no me haya visitado nunca!

No llamó criado alguno, sino que precedió á Silvia por las anchas escaleras hasta su habitación. Allí le dijo con gentil tono:

—He escogido para usted un lindo aposento al lado del mío. ¡Oh, Silvia! No quisiera que se separase usted ya de mi lado!

—Seguramente no necesita usted de una compañera,—dijo Silvia riendo.—Puede usted entretenerse muy bien mirando tan solo en torno suyo.

La expresión de tristeza que tantas veces había notado en el rostro de lady Clotilde pintose en él nuevamente.

—Mi marido es muy bueno,—dijo,—mi casa muy bella, pero, Silvia... ¿no comprende usted que el silencio aquí no está jamás interrumpido por la voz de un niño? Sería feliz si Dios me hubiese concedido un hijo... uno tan sólo, á quien amase mi marido y mirase como su heredero. No hay para mí más triste silencio que el de una gran mansión donde no se oye una voz infantil.

Permaneció callada unos momentos, y después dijo:

—¿Vamos á la galería de pinturas? Allí están trabajando.

Dyncourt House no era fastuosa; el decorado era magnífico, pero elegido con el mejor gusto. No había nada que ofreciese la idea de extemporánea novedad. Era una casa de generaciones; los tesoros de arte allí acumulados llevaban el sello de muchos siglos; la idea de antigua grandeza fué lo que hizo que Silvia la encontrase muy diferente de todo lo que había visto. Una parte de la galería de pinturas estaba ya enteramente arreglada. El gusto de lady Dyncourt era dema-

siado depurado para permitir que allí se mezclase lo más mínimo que no estuviese en carácter. Los cuadros eran reos, y las estatuas, copias magníficas de las obras maestras de la época clásica; los huecos estaban ocupados por jarrones con plantas exóticas; una alfombra de terciopelo carmesí cubría el entarimado; la luz penetraba por ventanas dispuestas para el mejor efecto. Silvia lanzó un grito de admiración al entrar en la galería, y el rostro de lady Dyncourt resplandeció de júbilo.

—¿Cree usted que le gustará?—preguntó con la impetuosidad de una niña.

Por un momento había olvidado Silvia al esposo ausente.

—¿Quién... él... lord Dyncourt?—dijo.—¿Quedará deleitado, indudablemente!

Después, lady Dyncourt la llevó á un hueco donde había el espacio suficiente para un anchuroso cuadro.

—Este es el lugar que destino para el retrato de mi marido,—dijo,—y sabe usted, Silvia, la extraña visión que tuve anoche, estando aquí? ¿Quiere usted que se la diga?

La profunda melancolía del tono oprimió el corazón de Silvia. ¿Qué derecho tenía aquella favorita de la suerte, hija querida, esposa adorada, la altiva, bella y distinguida dama, qué derecho tenía á estar melancólica?

—Sí, dígamele usted,—contestó,—las personas felices no tienen visiones nunca.

—¿De veras? Bueno, mi visión fué ésta: vi colgado aquí el retrato de mi marido... el hermoso sonriente rostro que amo tanto... y vi el pintado rostro de otra mujer á su lado... no era mi rostro; y después parecíame que aun cuando muerta hacía tiempo, permanecía yo aquí, una sombra gris y silenciosa... inadvertida de todos... y sin embargo, amando el retrato que estaba en la pared. Fue extraña fantasía, Silvia.

—Y nada más que una fantasía, lady Clotilde, nacida del crepúsculo y de las sombras... ni más ni menos.

—¿Sé que tiene usted razón; sin embargo, la idea me obsesa, y la tomo así como presentimiento de mi pronta muerte.

—Todo es un puro nerviosismo,—dijo Silvia categóricamente,—y he oído decir que la forma más común de las alteraciones nerviosas, es un intangible temor, sin el menor fundamento, de una próxima muerte.

El rostro de lady Clotilde se desvió.

—¿Es cosa corriente?—dijo.—Ah, entonces me alegro de habérselo dicho á usted. Temí que se riere usted de mis aprensiones. Empecé á sospechar que la galería no estuviese embriuada.

—Sí... embriuada por brillantes, felices, y hermosos recuerdos,—dijo Silvia con dulce risa, y luego ambas examinaron la galería de pinturas.

Había allí joves á los antiguos maestros, y cuadros de modernos artistas; pero lo que más interesó á Silvia fueron los retratos de la familia: los guerreros, los hombres de Estado, los próceres que habían prestado grandes servicios al país.

—Hay un extraño parecido en todas las caras.

—dijo pensativa;—no es difícil conocer que son miembros todos de una misma familia.

—Sí; y las facciones, la frente, los ojos, los labios, parecen ir de padre á hijo. Los Dynecourt han sido siempre considerados como una hermosa raza.

—Y hay en estos rostros, también, algo que me es extrañamente familiar,—continuó Silvia.—Como si pareciera que los había conocido á todos.

Y así, inconscientemente, ella, la madre del legítimo heredero de aquella noble raza, paseó alrededor de los silenciosos é ilustres muertos. Hubo un momento en que pareció sobresaltarse. Un retrato de tres niños, un grupo de familia, pintado por sir Josué Reynold, estaba entre los demás. Lady Dynecourt estaba hablando á uno de los operarios, y Silvia desvió la cabeza, á punto de lanzar un grito que pudo contener.

Un niño, la figura céntrica del grupo, era la imagen, el vivo retrato de su Cirilo.

Tuvo un fuerte impulso de llamar la atención de lady Clotilde; pero, recordando cuán sensible era, se abstuvo. Se apartó de allí, pero no pudo apartar de su mente la impresión que le produjo aquel cuadro.

¿Era un mero accidente este parecido entre su hijo y el heredero de Dynecourt? Por supuesto que no podía ser otra cosa. Pero, ¿por qué era? ¿cómo podía ser?

Ni la menor sospecha alboró en su mente; ni el menor presentimiento de la verdad se le ocurrió. Su corazón estaba lleno de silenciosa admiración, y más de una vez se acercó al grupo para cerciorarse de que no se engañaba.

CAPITULO XIII

Al siguiente día vino una interrupción en el torrente de sus pensamientos. Entre las amigas de lady Clotilde se contaba Mrs. Lowe, una mujer hermosa, discreta y elegante cuya sociedad era muy solicitada. Lady Clotilde la tenía en mucho aprecio, y aun cuando había dado órdenes de que no se recibiese á nadie durante algunos días, esta orden no rezaba con mistress Lowe.

Era una brillante, hermosa mañana; lady Clotilde estaba ocupada en la corrección de un nuevo catálogo de cuadros; Silvia extendía las invitaciones para una gran comida de gala que se celebraría el día del regreso de lord Dynecourt. La luz del día inundaba el aposento, el ambiente estaba impregnado con el aroma de las flores; Mrs. Lowe fué anunciada. Lady Clotilde levantó los ojos sonriendo.

—Siempre bienvenida, Mrs. Lowe,—dijo, y el lindo rostro de la visitante expresó el mayor placer.

Después de los saludos usuales, exclamó:

—Lady Clotilde, ¿recuerda usted una mujer muy hermosa que solíamos encontrar en los salones el año pasado.... una madame Janteuil? A usted no le gustaba y se negó á que se la presentasen.

—Recuerdo,—dijo milady;—pero este año no la he visto.

—No; ha vivido retirada. Quizás le interese á usted que se ha casado hoy.

—Casado!—exclamó lady Dynecourt.—No es posible decir el valor que tienen los hombres. ¿Cómo es lo bastante bruto para encargarse de los destinos de madama la baronesa?

—Esa es la parte más extraña de la historia. ¿Recuerda usted haber encontrado en casa de lady Billa una mujer bella y triste.... mistress Thornton?

—Sí... poco después supe que había muerto.

—Pues su viudo es el feliz mortal de que se trata. Esta mañana se ha casado con la baronesa. La boda continúa á la hora en que estoy hablando.

Silvia se puso blanca como la cera.

—¿Qué ocurre, Silvia?—preguntó lady Clotilde alarmada.

—Conoci á Mrs. Thornton,—contestó ella,—y me he impresionado; viví con ella algún tiempo. Las dos señoras la miraron sorprendidas.

—Si lo sabía, lo he olvidado,—dijo lady Clotilde.

Mrs. Lowe era demasiado bien educada para manifestar curiosidad, y en este momento un majestuoso lacayo presentóse en la puerta diciendo:

—Milady, el señor ha llegado y está en su despacho.

Mrs. Lowe despidióse inmediatamente, y lady Clotilde, con las manos juntas, exclamó con un tono que Silvia no olvidó nunca:

—Ha venido!

—Tengo bastante tiempo para colocarlas,—pensó.

Las fotografías estaban sobre la mesa, en un lindo gabinete que abría al salón, un precioso rincón, que se usaba rara vez, excepto cuando lady Clotilde recibía alguna visita de confianza. Estaba separado de las demás habitaciones por un artístico arco, y cerrado con ricas cortinas de terciopelo azul.

Al tomar asiento junto á la mesa, Silvia sonrió, al notar lo silencioso que estaban los lujosos aposentos. Lady Dynecourt había salido, su marido estaba ocupado; no parecía sino que la vasta mansión había quedado para ella sola.

CAPITULO XIV

Las fotografías eran muy bellas. Cuando llegaba á alguna representando escenas de Francia ó Italia, se detenía á examinarlas; pero cuando se trataba de un lago ó montaña escoceses, entonces se levantaba ante ella la casa donde había pasado su niñez, el tranquilo, resplandeciente lago, las rojizas montañas, la antigua, pardusca iglesia, el soleado jardín, la pintoresca cabaña; oía la voz de la sirvienta, veía el rostro de su marido, y una exclamación de angustia se escapaba de sus labios.

—¿Cómo puedo olvidar?—exclamó en una de

las veces.—¡Oh dulce Escocia! ¡Tu nombre tan sólo me acibara el corazón!

Después ahogó el sollozo que subía á su garganta, pues se abrió la puerta del salón y entró un caballero conducido por un lacayo.

—Dígale usted á lord Dynecourt que no le entretendré más allá de cinco minutos,—dijo el visitante al criado;—pero que el asunto que me trae es importante.

Silvia miró las cortinas; estaban enteramente corridas.

—No tengo necesidad de marcharme,—se dijo;—puedo aproximarme á la ventana, desde donde nada puedo ver ni oír.

Acercó la mesita á la ventana y continuó su ocupación arreglando y numerando las fotografías, sin dedicar el menor pensamiento á las personas que estaban en el salón.

Cuánto tiempo permaneció abstraída, jamás lo supo, ni cuánto espacio duraba la conversación en el aposento contiguo; pero el sonido de una voz llamó su atención.

Una voz que le heló la sangre en las venas y la hizo quedar inmóvil; una voz que pareció paralizarle el corazón y detener sus latidos; que trajo grandes gotas de sudor á su frente; que la hizo caer de rodillas, con las manos enlazadas y los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Qué era aquello?

La voz del hombre que había amado tan intensamente; la voz que había conquistado su corazón en las verdes campiñas de Rosebank; la voz que le había abierto un paraíso, que le había susurrado en los oídos frases de amor y poesía, que la había arrebatado de su hogar y que siempre le había hablado con ternura.

—¿Qué es esto?—exclamó.—¡Oh Dios santo! ¿Qué significa esa voz?

Así permaneció, arrodillada, con las manos enlazadas. No había equivocación; era más rica, más llena, más varonil en su acento, pero seguramente la voz del hombre que creía su marido ya.

Era preciso ver; ver si era todo hijo de su fantasía. Era preciso que viese el rostro del que poseía aquella voz.

Levantóse suave y silenciosamente; tocó las cortinas de terciopelo y las separó un poco; miró por el intersticio y vio á dos caballeros, uno completamente desconocido para ella, hablando con calor, evidentemente un visitante; el otro, reclinado con negligencia sobre la lujosa chimenea, evidentemente el dueño de la casa; era el hombre que la había engañado, el hombre que, llamándose Ulrico Rymer, se había casado con ella.

Por unos momentos creyó que la vida iba á abandonarla, que iba á caer muerta sobre la alfombra.

Estaba mirando de nuevo el rostro que lo había sido todo para ella en el mundo. Aquellos labios la habían besado mil veces; aquellos ojos la habían mirado con amor indecible; era el rostro que había adorado como la estrella de la mañana de su vida, el sol que había sido su sola luz.

Era el hombre que había amado con todo el amor de su apasionado corazón, su esposo, el padre de su hijo.

Lentamente, el cortinaje azul, cayó de sus ma-

nos; no hubo más ondulación que la que hubiese producido un soplo de aire; nadie lo notó; y luego trató de ganar su asiento. Había visto bastante; pero toda fuerza la había abandonado; la frialdad y el estupor de la muerte parecían haber caído sobre ella; no tenía ni aun la facultad de moverse.

Blanca, lívida, permaneció allí, la armoniosa voz resonando aún en sus oídos.

¿Quién era él? El adorado esposo de su amiga más querida, el esposo á quien lady Clotilde amaba con todo su corazón, el rico, poderoso y encumbrado lord Dynecourt, un par del reino, dueño de aquella magnífica mansión! Sin embargo, tan seguro como hay un cielo arriba, aquel hombre era su marido, su legítimo marido, el padre de su hijo.

¡Su hijo! Estas dos palabras parecieron traspasar su corazón con ardiente pena, con una ardiente admiración de si estaba loca ó soñando. Si Ulrico Rymer estaba delante de ella, entonces ella, y no lady Clotilde, era la verdadera lady Dynecourt, y Cirilo, el niño sin nombre, de cuyo destino se había ella lamentado, era el verdadero heredero de un gran nombre.

Hizo un esfuerzo para tratar de reflexionar con calma. Tan fácil le hubiera sido detener con sus pequeñas manos el curso de un río. Su cerebro ardía; aquella conocida voz parecía llevar á sus oídos un extraño sonido; una espesa niebla iba extendiéndose delante de sus ojos; un frío como el de la muerte circulaba por sus venas. Si sus descoloridos labios hubieran podido entreabrirse, tan sólo hubiese sido para exhalar gemidos; pero había perdido toda facultad de moverse, de hablar.

Y claras, como notas de una campana funeral, estas palabras sonaron en su mente:

—Si yo soy su esposa.... ¿qué es entonces lady Clotilde?

¡Lady Clotilde, cuya vida estaba unida á la de Ulrico! Temor, horror, confusión, desaliento, la asaltaban de todos lados.

Cayó donde estaba; la niebla le había cegado, el frío paralizado; cayó como muerta.

Los dos caballeros se estaban despidiendo, muy interesados en las últimas palabras, y no oyeron el menor sonido; nadie entró en el gabinete, nadie notó su falta, hasta que, al regresar lady Clotilde, preguntó por ella.

Entonces, después de alguna demora, la encontraron tendida en medio del gabinete. Lady Clotilde lanzó un grito de angustia.

—Está muerta,—dijo uno de los sirvientes.

Pero lady Clotilde posó una mano sobre el corazón de Silvia.

Dicho esto, salió, quedando Silvia sola.

Los pensamientos de Silvia no eran del todo tristes. Su experiencia del mundo había sido tan cruel, su experiencia del matrimonio tan amarga, que había algo de nuevo en la contemplación de una esposa feliz con el amor de su marido.

Lord Dynecourt debía amar á aquella mujer, tan noble, tan hermosa y tan superior; y, sentada allí, Silvia comenzó á pensar cómo sería. Hermoso, decía su esposa; bueno, generoso, in-

dulgente. ¿Era tan noble de corazón y alma como su esposa?

Después se le ocurrió de pronto que su visita á Dynewold House debía darse por terminada; tan sólo estaba invitada para lo que durase la ausencia de milord.

—Lady Clotilde no tendrá tiempo para mí,—pensó,—todo su tiempo y atención los necesitará para su marido. La diré que quiero volver hoy con Mrs. Greville.

Era tan humilde, tan desconsolada de no molestar, que no quería estar un momento más, una vez que el dueño de la casa había vuelto; no soñaba siquiera que su dulce y graciosa presencia fuese motivo perenne de deleite para lady Dynecourt; todo cuanto tenía presente era que el marido de lady Clotilde había vuelto y que ya no la necesitaba. Había llenado su cometido y podía volver á casa. Estaba sentada en el mismo sitio; no era probable que lord Dynecourt entrase allí; aquella sala era una especie de retiro destinado á las señoras.

Pasaron dos horas antes de que lady Clotilde volviese, y su rostro, sus maneras, habían experimentado tal cambio, que Silvia apenas la reconoció. Parecía más brillante, más joven, más hermosa que nunca. Silvia la miró con una sonrisa cuando la noble dama se acercó á ella y le echó los brazos al cuello.

—Conozco lo que eso significa,—dijo Silvia riendo.—es usted tan feliz, que la dicha le rebosa, y quiere usted darme una pequeña parte de ella.

—Tiene usted razón,—afirmó lady Clotilde;—soy muy feliz.

Pero no añadió que la causa de esta felicidad era el cariño que su marido le había demostrado. No le dijo á Silvia que su corazón había palpitado como el de una tierna doncella al besarla su marido con más amor que otras veces, diciéndole:

—¿Cómo te prueba la vida tranquila, Clotilde? Jamás te he visto tan hermosa.

—¿Aun habiendo estado tanto tiempo sin verte?—observó ella.—Entonces mi cara no refleja el estado de mi corazón, pues te he echado muy de menos.

Quizás estas palabras le conmovieron, pues la tomó cariñosamente en sus brazos, la colocó en un diván y se sentó á su lado.

—No sabes cuánto me alegro de verme en casa, Clotilde. Me empezaba á fastidiar, y en toda Austria no he visto una faz como la tuya.

—¿Te alegras, pues, de verme, Basilio? ¿y no estarás ya más tanto tiempo ausente?

—No,—contestó él sinceramente.—Desean que vuelva... lord S. me ha hecho magníficas proposiciones, pero no las aceptaré. Prefiero mi esposa y mi casa.

Estas pocas palabras habían hecho á milady enteramente feliz; pero no se las repitió á Silvia. Rara vez hablaba de sus propios sentimientos ó emociones. La felicidad se leía en los radiantes ojos, en los sonrientes labios y en el animado semblante.

—He estado hablando á lord Dynecourt de usted, Silvia,—continuó,—y cuán feliz he sido

por encontrar una amiga tan afectuosa. Tiene ganas de conocer á usted.

—Supongo que lord Dynecourt habrá llegado bueno,—dijo Silvia casi con timidez.

Sentía cierto respetuoso temor por aquel ilustre lord.

—Sí... muy bueno, y ha quedado muy complacido de la reforma de la galería. ¡Ah, Silvia! Bien recompensada quedo por las penas que me he tomado; mi único disgusto es que el retrato no esté todavía en su puesto.

—Querida lady Clotilde,—dijo Silvia quieta- mente,—he sido muy feliz con usted... muy feliz de haberla podido hacer á usted este pequeño servicio; pero, una vez que ha regresado lord Dynecourt, yo debo irme; Mrs. Greville está sola. Si usted no tiene inconveniente, podía irme esta noche.

Lady Clotilde se echó á reír. Era la risa más franca y contenta que Silvia había oído en su boca.

—Mi querida Silvia,—dijo,—perdóneme usted; no hará usted nada de eso. Lord Dynecourt desea conocerla. Le he hablado de Cirilo y he despertado el interés sobre él. En el poder de lord Dynecourt cabe ayudar á los proyectos materiales del pequeño. ¡Av de mí... si fuésemos un hijo como el de usted! Naturalmente si me fuera usted marcharse, sólo me toca conformarme. No puedo olvidar cuán amable ha sido Mrs. Greville conmigo; pero quélese usted esta noche, Silvia. No quiero que se me vaya usted el mismo día del regreso de lord Dynecourt.

—Me quedo con el mayor placer si tengo la seguridad de no molestar. Ese era mi gran temor.

Lady Clotilde se echó á reír de nuevo.

—No hay temor ninguno. Lord Dynecourt ha ordenado que no se reciba hoy á nadie, y esta velada, cuando estemos solos, usted le hablará detalladamente de Cirilo. ¿Quién sabe? Con la protección del mi marido, puede ser mañana un hombre de importancia.

Silvia besó las bondadosas manos que estrechaban las suyas.

—Jamás le he hablado á usted de este asunto,—continuó milady,—pero ahora deseo manifestarle, que si usted no tiene objeción que hacer, el futuro del niño queda á mi cuidado. Tengo mucho más dinero del que puedo gastar. Quisiera enviarle á un colegio y darle la carrera que él elija. Es inteligente y pronto adelantará.

—No sé cómo manifestarle á usted mi gratitud,—exclamó Silvia;—sólo puedo pedir para usted la bendición del cielo.

—Quedamos convenidas,—interrumpió lady Clotilde festivamente;—pasaremos una agradable velada. Lord Dynecourt ha almorzado á su llegada, de modo que no le veremos hasta la hora de comer. Basilio está en su despacho... el mayordomo le está rindiendo cuentas, y yo he de acudir á una ocupación. ¿Con qué se va usted á entretener, Silvia?

—No haré más que pensar en usted y en su bondad,—respondió ella.—¡Oh, lady Clotilde, cuán agradecida le estoy! ¡cuánto le debo al cielo por haberme destinado tal amiga!

Lady Dynecourt le puso una mano sobre la cabeza.

—Usted ha tenido muchas penas en su breve vida,—dijo.—Yo soy muy feliz pudiendo alegrar un poco su existencia.

Y se alejó después, dejando á Silvia más agradecida de lo que se puede explicar. Silvia encaminóse al comedor, donde almorzó, y luego vaciló acerca de la manera de pasar el resto del día.

Un súbito pensamiento cruzó por su imaginación. Lady Clotilde había comprado cierto número de fotografías y había expresado el deseo de que Silvia las arreglase.

—Está desmayada, no muerta,—dijo.—Trasladada con todo cuidado á su habitación y la colocaremos en la cama.

Así, cuando Silvia abrió de nuevo los ojos, fué para ver el rostro de lady Clotilde, inclinado sobre ella con gran ansiedad.

—¿Está usted mejor, Silvia? Me ha dado usted un susto atroz,—dijo la dulce voz.

—¡Quiero irme á casa!—exclamó ella con violencia.—¡Estoy enferma! ¡Oh, lady Clotilde, no me detenga usted!... ¡Moriría si me reluciesen aquí...! ¡Déjeme usted marchar!

Lady Clotilde la miró con asombro.

—Mi querida Silvia, ¿qué ocurre? Me asusta usted. Claro que se irá usted á casa si lo desea. ¿Qué le ha puesto á usted tan enferma? No puedo comprender.

Pero la respuesta que obtuvo fué aquel grito violento y lastimero:

—¡Quiero irme á casa...! ¡quiero irme á casa!

—Es un fuerte ataque de histerico,—dijo el médico que fué llamado violentamente,—y creo lo más acertado que se le dé gusto á la enferma y que se le traslade á su casa.

Mrs. Greville estaba sentada con una expresión de inusitada melancolía en su semblante. No entraba en su carácter ser muy afectuosa ó expansiva, pero había llegado á querer á Silvia; la hermosa y gentil compañera se había cantado su afecto por completo, y ahora la veía gravemente enferma, casi á punto de muerte.

Estando así, anunciaron á lady Dynecourt, y Mrs. Greville se apresuró á salirle al encuentro.

—Es cierto lo que he oído,—preguntó lady Clotilde.—¿acera de la enfermedad de mistress Rymer? Anoche lo supe, y he venido inmediatamente á enterarme.

—Desgraciadamente, es cierto. Una enfermedad que no puedo comprender. Si no la conociese tan bien diría que algún terrible secreto ó algún repentino infortunio ha sido la causa. Me parece dolencia más moral que física... pero, sin embargo, ¿qué afeción podía ponerla tan repentinamente al borde del sepulcro?

—¿Quisiera verla,—dijo lady Clotilde impulsivamente.

—Esta es la parte más extraña de la historia,—continuó Mrs. Greville.—Esta mañana me mandó llamar, y me dijo que sabía que iba á ponerse muy enferma, que sentía todos los síntomas de una fiebre de mal carácter, y me imploró que la mandase á un hospital.

Lady Clotilde lanzó una exclamación de admiración y de sorpresa.

—La he dicho que la mera idea era absurda, que era para mí como una hermana, y que, muy lejos de sacarla de casa, le prodigaría toda suerte de cuidados.

—¿Y qué replicó ella?—preguntó lady Clotilde con interés.

—Rogóme, con lágrimas en los ojos, que consintiese. Díjome que una de las camareras le había indicado que la noche última había estado delirando, y "sería terrible,—añadió,—que el delirio me acometiese aquí."

—¿Por qué aquí más que en otra parte?—preguntó lady Clotilde admirada.

—Esto es lo que me intriga,—contestó Mrs. Greville.—Sólo sé que el pensamiento la llena de espanto. La afirmé que nada podría persuadirme. Y entonces me suplicó que, si se ponía más enferma, no me aproximase á ella, confiándola al cuidado de personas extrañas. Evidentemente hay algo en su imaginación que teme revelar en un acceso de delirio.

—En efecto, pienso lo mismo,—dijo lady Dynecourt con acento apenado.

—Lo más extraño es, que cuando iba yo á salir, me volvió á llamar para decirme que por el amor de Dios, no la permitiese á usted la entrada en su cuarto, si se empeoraba y era presa del delirio. La dije que no entraría usted; y esto me asombra, pues me consta que, después de su hijo, es usted la persona que más ama en el mundo.

Lady Clotilde se quedó pensativa.

—Como usted dice, es muy extraño. No puedo comprenderlo. Venía con la intención de verla; pero, desde el momento en que ha indicado eso, me abstendré de hacerlo.

Las dos damas hablaron unos momentos más, pero Mrs. Greville estaba visiblemente deprimida y entristecida. Lady Clotilde, sorprendida y mortificada. Al regresar á casa, todos sus pensamientos eran para la bella, gentil criatura, á quien había llegado á cobrar indecible afecto.

—Poseo su confianza,—se dijo.—Conozco la historia de su vida. Nada podría decir ni en la locura de la fiebre, que yo no pudiese comprender. ¿Por qué huir de su mejor amiga?

Aun teniendo á su marido en casa, y ésta siempre llena de visitantes, lady Dynecourt no pudo ni por un momento olvidar á Silvia. Enviaba varias veces al día á preguntar cómo se encontraba, y la respuesta siempre era la misma: Mrs. Rymer seguía gravemente enferma. Lord Dynecourt había cambiado breves palabras sobre la materia. El mismo día que llegó á casa, estando comiendo, dijo con indiferencia:

—Así, pues, ¿tienes enferma á tu amiga, Clotilde?

Pero se sorprendió cuando su mujer le dijo dónde había sido encontrada.

—¿Desmayada en el gabinete? ¡Pero si yo estaba en el salón hablando de negocios con un amigo y no oí la menor cosa!

—Quizás no estuviese en el preciso momento. Tuve un sobresalto tremendo,—dijo lady Clotilde.—Además, he sentido mucho que no pudieses verla.

—¿Es muy guapa, pues?—preguntó lord Dynecourt.

—No he visto otra cara como la suya,— replicó ella.—No es solamente bella, sino amante, gentil, con un velo de algo como de tristeza sobre su semblante. Estoy segura de que te gustará.

—Bueno, vivirá con la esperanza de verla algún día.—dijo lord Dynecourt con una sonrisa.—Me divierte tu entusiasmo, Clotilde.

Y con estas palabras fué dicho todo sobre el asunto. Si alguien le hubiese dicho que la mujer que su esposa amaba tanto era la que hizo suya para abandonarla luego, no lo habría creído por ningún motivo.

El gran disgusto en la vida de lord Dynecourt era el no tener un hijo y heredero. Le tenía un odio mortal á su pariente más próximo.

—Si no tuviese más que un hijo,—decía con frecuencia,—un hijo que me sucediese, que llevase mi apellido, que continuase mi raza, sería muy feliz. Moriré malamente sabiendo que mi fortuna irá al hombre que detesto.

Hablaba poco de su disgusto, pero no por esto era menos duro de soportar. Nadie, mirando aquel hermoso rostro, hubiera pensado que existía un gusano roedor en su corazón; nadie hubiese imaginado que, día y noche, un no atendido ruego pesaba sobre él, robándole á la vida sus placeres y su tranquilidad. No era hombre muy religioso, ni siquiera de gran moralidad; pero muchas veces se preguntaba si esta negativa al único don que le faltaba en la tierra no sería como una expiación de sus pecados; y muchas veces se decía si no hubiese sido mejor, á pesar de la gran fortuna de lady Clotilde y su alto nacimiento, contentarse con Silvia y con el hermoso niño de quien era padre.

¡Ah, semejante hijo para sucederle, semejante hijo para tomar su nombre y sus honores! Había pensado muy poco en aquel hijo. Había pensado una molestia más que otra cosa, y tan sólo la apasionada adoración de Silvia le entretenía; pero últimamente, cuando el deseo de un hijo y heredero se había arraigado en su corazón, comenzó á pensar más en el pequeño Cirilo. Empezó á preguntarse si vivía ó habría muerto, lo que su madre podría haber hecho de él. Un ligero destello de amor paternal empezó á iniciarse en su corazón; hubiera creído, á cualquiera que le dijese que el niño que su mujer amaba y para el cual le había pedido protección, era el hijo que abandonó villanamente?

Así, pues, lord Dynecourt no era un hombre feliz; poseía cuanto lujo y magnificencia que le ofrecía el mundo; era rico, poderoso, agasajado; bellos rostros le sonreían; lindos ojos resplandecían para él; pero no era feliz. Había un vago, inconstante descontento cerniéndose siempre sobre él; veces había en que el dulce rostro de Silvia se aparecía ante él, y entonces se odiaba á sí mismo.

—Una cosa es indudable,—se decía,—que los vicios de la juventud no son agradables amigos para la edad madura.

La había amado más de lo que él creía; había creído materia fácil conquistarla, poseerla y abandonarla. Muchos hombres hacen lo propio sin el menor escrúpulo, y ó su corazón no estaba del

todo endurecido, ó había llegado á quererla más profundamente de lo que él hubiera podido imaginar.

Desde el día en que escribió aquella fría, desalmada carta, no había sabido nada de ella. Sus abogados no habían logrado ponerse sobre su huella. Silvia había hecho caso omiso de todas sus indicaciones; no había tocado un céntimo del dinero que él había depositado para ella, cuyo fondo ascendía á una importante cantidad. Quizás, á saber si su paradero, lo que hacía, cómo lo pasaba su pensamiento le hubiese perseguido menos; era el misterio que le rodeaba lo que la conservaba viva en sus pensamientos.

Muchos se ríen de lo que vulgarmente se conoce con el nombre de magnetismo; pero hay abismos en la filosofía que nos son desconocidos. ¿Por qué, cuando alguien á quien amamos ó hemos amado, está próximo, sin que lo sepamos, nuestros pensamientos van á él incesantemente? después sabemos de la proximidad y nos admiramos. Así, el pensamiento de Silvia no abandonaba á lord Dynecourt ni por un momento.

—No puedo imaginar,—se dijo un día,—por qué mis pensamientos van siempre á aquellos tiempos. No sabía que estuviese en mi naturaleza el ser tan constante.

Clotilde,—preguntó á su mujer en una ocasión.—¿qué ha sido de tu bella protegida? Me prometiste que vería un portento y nada he vuelto á saber. ¿Qué ha sido?

—Continúa todavía muy enferma,—dijo lady Clotilde,—poseída de una terrible fiebre. Esto no obstante, espero que pronto estará mejor y podrá verla.

—Me alegro, Mrs. Greville.—continuó lord Dynecourt.—me es muy agradable... una de las pocas mujeres que encuentro verdaderamente entretenida. Cuando vayas á ver á tu protegida, te acompañaré y ofreceré mis respetos á la rusa cuanto interesante viuda.

Y su mujer sonrió, bien ajena á lo que la visita debía proporcionar.

CAPÍTULO XV

Las palabras secan débiles para expresar el horror que sobrecogió á la infeliz Silvia. Despertar de aquel largo sueño le fué más amargo que la muerte; el súbito torrente de pensamientos, el torbellino de emociones, el choque, el temor, la sorpresa, esto era demasiado para ella. Encontrarle, y encontrarle así! Que el hombre que sabía ser su esposo, lo fuese también de la mujer que amaba y respetaba como la que más en el mundo!

No podía recobrase del golpe; era demasiado terrible. Alzó los ojos, desorientada, de la tierra al cielo. ¿Qué iba á hacer? De cuántas inesperadas y no previstas complicaciones que el destino hubiese podido prepararla, ésta era seguramente la que menos hubiera esperado, en bien de su hijo, demandar sus derechos. ¿Cómo hacerlo ya, cuando la justicia significaba disgusto, humillación y deshonor indecible para la dama que ama-

ba y reverenciaba? Sabía cuánto lady Clotilde amaba á su marido, por más indigno que fuese de este amor. ¿Iba á reclamar, destrozando un corazón que sólo bondades había palpitado para ella? ¿Iba á arrebatarse el esposo á lady Clotilde?

—No lo haré jamás!—exclamó, retorciéndose las manos con intensa desesperación.—No puedo hacerlo!

Y luego, palabra por palabra, acudieron á su mente todas las que lady Clotilde había dicho; las recordó vívidamente; su indignada protesta contra la cruel acción; sus altos principios, sus bien definidas y bien expresadas ideas; y Silvia sabía luego de pensarlo todo, que lady Clotilde no abrigaba la menor sombra de sospecha, pero que al tenerla dejaría nombre, posición, amor, más aún, la vida si era necesario, para que las cosas se repusiesen como era de justicia.

—Como es posible... cómo es posible!—exclamó retorciéndose las manos.—No hace mucho me dijo cuán entrañablemente me amaba. Sería más fácil hundirle una daga en el corazón. El castigo de su pecado y mi locura recaerán sobre ella, cuando es todo pureza.

El mero pensamiento de llevar una sombra de pena á aquel gentil corazón, era más de lo que podía soportar. Ella, que conocía tanto á lady Clotilde, podía representarse las profundidades de su angustia, el largo, temible y desesperado futuro, privado de todo cuanto le era más querido, y el generoso corazón de Silvia se estremeció de horror ante la idea de semejante sufrimiento.

—Es preciso que se lo evite... debo no infligirle tal pena,—exclamó,—á costa de cualquier sacrificio!

Pero contra esta resolución tenía dos razones. Lady Clotilde, si descubría la verdad, no la perdonaría su disimulo. Hubiera preferido, como se lo había dicho con frecuencia, conocer la verdad á ser engañada. Ella podía ser tan generosa y abnegada como quisiese, por lo que á ella afortaba; pero allí estaba Cirilo; Cirilo, no ya una criatura, sin nombre, sino el heredero de toda la gloria de los Dynecourt. Privarse de la justicia que se le debía á ella, era privarle á él de la justicia que se le debía; privarle de lo que en justicia le pertenecía, privarle de su derecho de nacimiento.

—Yo no puedo hacer esto,—se dijo á sí misma,—es necesario que no lo haga; por Cirilo, he de reclamar lo que es de Cirilo, cueste lo que cueste.

Así, cien veces cada hora, discutía consigo misma; una razón sobreponiéndose á la otra, un argumento pareciendo más sólido que el anterior, hasta que el fatigado cerebro divagaba, y el lacerado corazón desfallecía.

¿Qué iba á hacer? Clamaba al cielo y á la tierra; alzaba sus llorosos ojos al claro firmamento; trataba de coordinar el torbellino de sus pensamientos y ver cuál era el camino que debía seguir. Quería encontrar lo más alto y lo más noble, pero le tempestad de emociones era demasiado fuerte para ella; pensamientos, sentimientos, inclinación, deber, todo luchaba en revuelta

confusión; el sobrecargado cerebro se resintió, y una violenta fiebre fué el resultado. No era la primera á quien el deber, inclinación, principios y compasión habían conducido al borde del sepulcro. Cuando comprendió de lo que se trataba y trató de encauzar sus extraviados pensamientos, fué mayor su espanto. ¿Qué podía ocurrir si el delirio se apoderaba de ella y hablaba de aquellas cosas que quería mantener secretas? Conocía los generosos sentimientos de lady Clotilde hacia ella. ¿Qué ocurriría si iba á visitarla y oía una sola palabra de su terrible secreto?

Silvia temblaba; y en su nervioso temor hizo lo que debiera haber evitado; suplicar á Mrs. Greville que lady Clotilde no entrase á verla, delatando á ambas un oculto, extraño temor, que ninguna de las dos podía comprender.

Tardó bastante tiempo en reponerse; pero Mrs. Greville cumplió lealmente su palabra. No permitió que ninguna persona, por amiga que fuese, entrase en la habitación de la enferma; trajo una enfermera de oficio, acostumbrada á pacientes atacados del delirio, que les oía en sus luctuosas conversaciones como quien oye llover; y después, cuando Silvia, aun cuando lentamente, fué recobrándose, se abstuvo de hacerle la menor pregunta, ni de permitirse comentarios, lo cual, después de todo, era la mayor de las bondades.

Pasaron los días, y Silvia, una sombra de su pristino ser, empezó á reanudar sus deberes y á soportar las cargas de la vida. No había tomado aún resolución alguna acerca de cuál debía ser su conducta; todo era un caos para ella. No entreveía el menor rayo de luz en la oscuridad. Volviérase á donde le pluguiera, todo era miseria, confusión, infelicidad.

—Si encontrase una mente más fuerte y clara que la mía,—se dijo,—si yo pudiera exponer mis dudas á un hombre de inteligencia y corazón que me dijese, en nombre de Dios y por la gloria de Dios, lo que debo hacer!... Esperaré... no debo hacer nada precipitadamente!

Pero el nombre Dynecourt se le había hecho casi terrible de oír; era una tortura. Una vez se decía que le era preciso tener paciencia; que debía esperar; no hacer nada por su propia responsabilidad; otras, que tal paciencia, que tal expectación, eran como un pecado mortal. Había un deber que cumplir, y era preciso cumplirlo; una justicia que reclamar, y debía ser reclamada.

No es de extrañar que el hechicero rostro enflaqueciese de día en día. Mrs. Greville llegó á ponerse en cuidado.

—Silvia,—le dijo un día,—voy á hablarla á usted francamente. ¿Sabe usted que, si no cambia usted, y esto sin pérdida de tiempo, nos va usted á dar un disgusto?

Silvia levantó sus admirados ojos.

—No sabía nada de eso,—replicó gravemente.

—Pues es tiempo de que se le diga á usted que está usted recobrándose de una grave enfermedad. Usted no come, ni duerme, ni sonríe, ni descansa. ¿Cómo quiere usted recobrar la salud perdida?

—No había pensado en ello,—dijo Silvia.

—No; eso es evidente. ¿Quiere usted dejar á su hijo solo en el mundo?

El hechicero rostro revistió una expresión ansiosa.

—Mi hijo! ¡Oh, no... mil veces no! ¿Qué haría sin mí?

—Pues cambie usted de forma, querida,—dijo Mrs. Greville bruscamente.—No puedo menos de ver que alguna gran pena ha hecho presa en usted y está royendo su vida. No pregunto cuál es; no pido confidencias; pero le aconsejo, por bien de su hijo, que, si quiere usted vivir, haga algo... todo, menos lo que está usted haciendo ahora.

Palabras claras; pero Mrs. Greville tenía la costumbre de hablar con toda claridad, y en este caso, su costumbre resultó beneficiosa.

—Es preciso que viva para mi hijo,—pensó Silvia;—pero, después de todo, la vida, de hoy más, será para mí un pesado fardo.

Al siguiente día, cuando estaba en la librería escribiendo algunas cartas por encargo de Mrs. Greville, entró ésta.

—Creo que tendrá usted presente el pequeño sermón que me permití dirigirle ayer, Silvia; pruébeme usted que ha sido provechoso. Lady Clotilde está ahí, y quiere que dé usted un paseo en coche, con ella.

La joven se echó hacia atrás, pálida y temblorosa, como si el nombre la hubiese aterrado.

—No... ¡no puedo ir!—exclamó desfallecida.

—¡Tontuna!—fue la calmosa réplica.—Es necesario... eso la hará bien. ¿Seguramente no irá usted a negarle a lady Clotilde un favor que la pide?...

Silvia tembló violentamente.

—Sea cual fuere el misterio,—pensó Mrs. Greville,—está relacionado con lady Dynecourt, aun cuando ésta lo ignore.

Como hubiese terminado el incidente, es incierto; pero en este momento hizo lady Dynecourt su aparición.

—Silvia!—exclamó,—cuánto me alegro de verla! No he tenido paciencia para esperar la respuesta, y, por lo tanto, he seguido a Mrs. Greville. ¿Sabe usted que hace tres semanas que no la veo?

Y lady Clotilde, inclinándose, besó la descolorida faz, y de los labios de Silvia se escapó un débil gemido.

—¡Si pudiese morir, Dios mío!—murmuró con angustia.—¡Esto es más de lo que yo puedo soportar!

¿Cómo podía ella traspasar el amante corazón, ennegrecer aquella vida, humillar la noble, graciosa cabeza, con el peso de tan inmerecida vergüenza?

—No quiero oír una palabra de excusa,—dijo lady Clotilde.—El día es precioso; vamos, Silvia; no puede usted decirme que no.

—Silvia,—dijo lady Dynecourt, cuando el carruaje se hubo alejado de la puerta,—no la comprendo a usted; me tiene usted muy preocupada. ¿La he ofendido en algo?

El pálido, apenado rostro, se alzó un momento y se desvió después.

—¿Cómo podía usted ofenderme, lady Clotilde?

de? ¡Usted que ha sido para mí la bondad misma!

—Entonces, dígame usted francamente por qué ha cambiado usted tanto para mí. Usted no sabe todo lo que era para mí, Silvia; fresca y vigorizadora como una florecilla silvestre entre plantas de estufa. Disfrutaba de su compañía como de la fresca brisa que sopla sobre los brezos, y ahora usted se me desvía... huye de mí... me evita. ¿Qué es esto, Silvia? ¿Qué he hecho yo?

Temblaron los descoloridos labios, y las líneas de angustia se hicieron más perceptibles.

—No ha hecho usted nada, lady Clotilde,—declaró Silvia con voz trémula.—¿Qué podía usted hacer?

—No hay efecto sin causa,—dijo lady Dynecourt;—si no he hecho nada, ¿por qué ha cambiado usted tanto para mí?

—Soy muy desgraciada,—dijo Silvia, haciendo un gran esfuerzo para dominarse y expresarse con calma.—Creo que no hay criatura más desgraciada, ahora, que lo soy yo; y la desgracia me ha cambiado, lady Clotilde. Perdóneme usted si he cambiado para usted; no he tenido tal intención. No tengo por usted sino devoción y reverencia... nada puede cambiar esto.

—Pero, Silvia, la infelicidad no es motivo para que usted huya de mí. Sé toda su historia... no tiene usted secretos para mí. ¿Por qué, si algo ocurre... no tener confianza en mí y comunicármelo?

Milady no comprendió el convulsivo estremecimiento que sacudió el frágil ser de la joven.

—Estoy resentida, Silvia,—continuó después de una pausa.—Es imposible que la ame nadie como la he amado á usted. La decepción ha sido terrible.

Y el bondadoso rostro se puso triste, y los hermosos ojos se llenaron de lágrimas; tanta era su pena. Y, sin embargo, si así sufría ahora, ¿cuánto no sufriría al tener un destello de la verdad? Mejor, mil veces, que lady Clotilde la creyese fría, caprichosa, volátil, displicente; todo mejor, que saber la amarga verdad; pues Silvia no había decidido todavía qué línea de conducta había de seguir...

—Le había prometido á usted,—continuó lady Dynecourt,—ser su amiga mientras viviésemos; esto lo he dicho muy poco. Le prometí á usted que mi marido se interesaría por el porvenir de su hijo...

Se detuvo bruscamente, pues Silvia le había puesto una mano sobre el brazo.

—Silencio, por Dios!—dijo en voz baja, tan llena de lastimera súplica, que lady Clotilde se sorprendió.—Silencio!—repitió.—No puedo sufrir una palabra más!

—¿Le ha ocurrido algo á Cirilo?—preguntó lady Clotilde vivamente.

—No; pero no puedo sufrir una palabra más. Soy muy desgraciada, lady Dynecourt; sea usted buena conmigo y lléveme á casa.

Una mirada al descolorido rostro, con su expresión de profunda angustia, influyó para que lady Clotilde se apresurase á cumplir el deseo de Silvia.

—A casa de Mrs. Greville,—dijo al cochero, más ofendida, más intrigada que lo había estado nunca.

No dijo nada más, y el coche rodó guardando ellas profundo silencio. Tenía pensamiento milady, de decirle á Silvia que lord Dynecourt iría á casa de Mrs. Greville; pero estaba demasiado apenada para recordar esto. Sólo, ya próximas á casa, tomó entre las suyas una fría mano de Silvia y la retuvo un momento.

—Silvia,—dijo con dulzura,—si llega el día en que usted se arrepienta de haber rechazado y ofendido á una buena amiga, venga á buscarme. Le prometo que me encontrará usted otra vez, y que todo quedará olvidado.

Las lágrimas corrieron por las pálidas mejillas de Silvia, pero no profirió una palabra. ¿Qué pretexto podía ofrecer? O decir la verdad ó dejar que lady Clotilde pensara lo que quisiera.

Entraron en casa en total silencio, lady Dynecourt más mortificada de lo que hubiese podido imaginar. Encaminóse al salón, esperando encontrar allí á Mrs. Greville y á su marido. Silvia subió á su cuarto, donde, despojándose de sombrero y manteleta, lloró un buen rato con una violencia de emoción que la espantó á ella misma. Nada hubiera podido serle más penoso que tratar de endurecer su corazón contra la bondadosa y noble dama que la había colmado de afecto é interés.

—Era duro,—sollozó,—amargamente duro! ¡Oh!... ¡Si ella supiese la verdad!

Esperó algunos minutos en su habitación, y después, pensando que los visitantes se habían ido, descendió las escaleras para terminar las cartas de Mrs. Greville.

Mientras bajaba los peldaños, se iba diciendo:

—Es preciso que me marche de aquí, hasta que decida lo que me conviene hacer. No me sería posible soportar otra escena como la de hoy.

Se detuvo un momento junto á la puerta del salón. Oyó muchas voces y sonido de risas, por lo cual pensó que Mrs. Greville tenía todavía visitas.

—Terminaré las cartas primero,—se dijo,—y la hablaré después.

Y ocurrió que mientras lord Dynecourt estaba disfrutando de la conversación de la chispeante viuda, ocurriósele que tenía que escribir una carta urgente que había olvidado hasta aquel momento. Se refería á un discurso que debía pronunciarse aquella tarde en la Cámara de los Lores sobre un asunto de la mayor importancia. El súbito cambio en voz y maneras hizo comprender á Mrs. Greville que estaba preocupado. Milord explicó de qué se trataba.

—Vaya usted á la librería,—dijo la amable dama,—y allí encontrará usted todo cuanto necesite.

Despidióse de Mrs. Greville, comprendiendo que no tendría tiempo para volver de nuevo al salón.

—¿Tardará mucho, Basilio?—le preguntó lady Clotilde.

—Cosa de unos quince minutos,—contestóle su marido.

—Pues dentro de un rato iré en busca tuya—

dijo lady Dynecourt,—y nos iremos á casa juntos, si no tienes inconveniente.

—Al contrario; el arreglo me satisface por completo,—replicó milord.

Y completamente ajeno á la red que iba envolviéndole, salió del salón con la sonrisa en los labios, y joviales y galantes palabras.

Sentóse á la mesa escritorio y bien pronto se abstraigo en la redacción de su carta.

No oyó las ligeras pisadas que bajaban la escalera, ni el suave levantar del pestillo.

No vió ni oyó nada, hasta que un entrecortado suspiro le hizo levantar la cabeza con algún sobresalto.

Y sus ojos vieron una figura de blanco rostro, de ojos llenos de indecible angustia, temblorosos labios, rígidos y entrelazadas manos; la joven que amó y abandonó después.

La vió por última vez en la pintoresca cabaña, y la dejó sabiendo que se le destrozaría el corazón; y una vez más, el traidor y la traicionada, la víctima y el sicario, se encontraban frente á frente.

CAPITULO XVI

Lord Dynecourt no profirió una palabra cuando su asombrada mirada se detuvo en la bella y apenada figura. Parecióle que era víctima de una jugarreta de sus sentidos. Su pensamiento se había embebido de tal modo en la carta, que la tuvo por una aparición; así, durante un largo momento, permanecieron silenciosos; un silencio cuya prolongación era terrible. Después lord Dynecourt levantóse lentamente de su silla.

—Silvia,—dijo con voz estremecida,—¿eres tú? ¡Habla, por el cielo!

Pero tanto hubiera valido decirle á la marea que se detuviese cuando va á su lleno. Todo poder de hablar había abandonado á Silvia. Reclinóse contra la pared como si temiese caer.

—Silvia,—repitió él gentilmente, adelantándose, con la mano extendida,—si tan sólo pudiera decirte cuán satisfactorio me es volverlo á ver!

Silvia se había representado en su mente muchas veces este encuentro. Se había representado hablándole con toda la dignidad de la virtud ultrajada, con toda la severidad del amor herido; pero, llegado el momento, como mujer que era, todo lo olvidó, excepto que le había amado. Vió que sus ojos la miraban con la antigua amante expresión y juntó las manos gritando:

—¡Oh Ulrico... Ulrico!... ¿Cómo ha podido ser? ¿No me toques!... ¿Cómo pudiste dejarme así?

La hechicera faz; la triste voz, con su apasionado grito; las lágrimas, le conmovieron como nada lo hubiera podido hacer.

—¿Tanto sentiste mi ausencia, Silvia? ¿No me has olvidado en todos esos años?

—¡Olvidarte!—repitió ella, y su voz era semejante á la más dulce y triste de las músicas.

—¡Olvidar á mi esposo... al padre de Cirilo!

Durante un breve instante una expresión inquieta se dibujó en el rostro de milord. Ambos estaban demasiado aturdidos para oír el rumor del vestido de lady Clotilde: los quince minutos habían expirado y ella venía en busca de su marido. El sonido de la voz de Silvia la hizo detenerse; detener sus pasos, detener los latidos de su corazón, helársela la sangre en las venas, hablándole con la voz llena de angustia, hablándole de pronto, con aguda pena que las palabras

dole de Cirilo!

no pueden describir, recordó que una vez, hacía mucho tiempo, él la había llamado Silvia, y al preguntarle ella la razón, dijo que se había acordado de la heroína de una novela que estaba leyendo.

—De pronto, con aguda pena que las palabras dolen de Cirilo!

—Silvia y su marido lord Dyneecourt! ¡Silvia, ¡Silvia! ¿Sería ésta la Silvia de quien él se había acordado? ¿Podía ser posible? Luego detuvo estos pensamientos y los rechazó indignada. ¡Su marido el hombre que había engañado a Silvia, su adorado Basilio! ¡Oh, no!... ¡Fuera tamaño pensamiento! Sin embargo, ¿qué pasaba allí dentro? ¿Cuáles eran las terribles palabras que estaba oyendo?

—No sabes,—estaba Silvia diciendo,— que desde que me abandonaste... desde que me dejaste tan cruelmente... he descubierto que nuestro casamiento era legal y válido?

El retrocedió como si hubiese recibido un súbito golpe.

—Legal y válido!—exclamó.—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Quiero decir,—exclamó indignada,— que te has tendido tus propias redes! Intentabas engañarme, y te has engañado a ti mismo. ¡Querías defraudarme, y te has defraudado... y a la pobre y noble dama que lleva tu nombre!

Milord dió un paso hacia ella.

—Silencio!—dijo.—¡Por el cielo, recapacita lo que estás diciendo!

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo, y lo repito... ¡nuestro casamiento es perfectamente válido y legal! Tengo consultadas personas inteligentes. Sé que el día que se me antoje reclamar mis derechos y los de mi hijo, se me hará justicia. Tu segundo casamiento con la noble, infeliz señora que se cree tu esposa, no es válido.

—¡No puedo creerlo!—exclamó él con voz enronquecida.

—Lo que no impide que sea cierto. No exijo que me creas bajo mi palabra; consulta el parecer de los hombres de ley. No eres tú el primero, milord, que habiendo tendido una red al vecino, ha caído en ella. Tú pensabas, aquel hermoso verano, cuando te detuviste en la granja escocesa y celebraste lo que creías un casamiento de burlas, que me habías sacado de casa y engañado; has sido la víctima de tu culpa y yo me he salvado. Aquel matrimonio era perfectamente legal... perfectamente de acuerdo con la ley escocesa, y por lo tanto soy yo tu legítima esposa.

Silvia hablaba de una manera tan sencilla y

digna, que lord Dyneecourt estaba aturdido. Aun cuando los intereses que tenía en juego eran tan grandes, no pudo reprimirse, ni aun entonces, demostrar su ligero y frívolo carácter. La dignidad de Silvia, su belleza, le llenaron de asombro; aquella delicada y gentil gracia, lo refinado en dición y maneras eran tan diferentes de lo que él recordaba, que apenas podía dar crédito á sus sentidos.

—Silvia,—dijo de pronto,—¿cómo has cambiado! ¡Cuán hermosa y elegante te has hecho!

—¿Y no te avergüenzas de hablarme de ese modo?—exclamó ella indignada.—¡No es de mi belleza, sino de mi honor y reputación, de la legitimidad de mi hijo, de lo que estamos hablando!

De nuevo hizo lord Basilio un movimiento brusco.

—¿La legitimidad de tu hijo?—repitió lentamente, como si una nueva idea se apoderase de él.—Esas palabras tienen un extraño sonido, Silvia.

—¿Tú sabes,—continuó ella con doblada energía,—tú comprendes la vergüenza que has acarreado sobre ti? ¿Sabes lo que será de la noble dama que has engañado, si hago valer mis derechos? ¿Has pensado en la inmerecida vergüenza que caerá sobre ella?

—Jamás lo he pensado,—contestó él,—sencillamente porque jamás he creído en que mi casamiento contigo fuese legal.

—¿Y osas confesarlo?—exclamó Silvia, todo su ser temblando de indignación.

—Silvia,—dijo lord Dyneecourt de pronto.—¿es posible que tú seas la hermosa protegida de quien lady Clotilde me viene hablando hace tres semanas? ¿Vives como dama de compañía con Mrs. Greville?

—Sí,—contestó ella,—y desde que sé la verdad, las bondades de lady Clotilde casi me matan.

—¿Y puede ser posible,—continuó él, cada vez más asombrado,—que el niño para quien ella me pedía protección, sea tu hijo?

—Sí... el mismo que dejaste, hace tres años, á merced del mundo.

—Este es el más extraño capricho, entre los más extraños de la fortuna,—observó milord melancólicamente.—He recorrido toda Inglaterra buscándote, no he dejado medio alguno para encontrarte, y tú estabas tan cerca de mí... residiendo en mi casa... y ahora recuerdo, aquí caíste enferma.

—Sí; mi enfermedad tuvo su origen en haberte encontrado... En poco estuvo que el golpe no me matase.

—¿Y no me has denunciado?

—No. Noche y día he estado pensando qué es lo que debía hacer en justicia, y no he podido decidir. Lady Clotilde no tiene igual en bondad, belleza, gracia y verdadera nobleza. La amo tan entrañablemente, que, á ser necesario, daría sin vacilar mi vida por ella. ¿Cómo obrar con precipitación en nada que pueda dañarla... el corazón más noble y sincero que late en humano pecho? Si yo fuese sola en el mundo, hubiese preferido la muerte á infligirla un sinsabor. Mi cora-

zón está atormentado entre la amante compasión por ella y la ansiedad por mi hijo.

—Pero no es posible, Silvia, que esa historia tuya sea cierta!

—Tan cierta como el sol resplandece en los cielos. Puedes comprobarla.

—Estoy aturdido,—confesó milord;—jamás había pensado en ello. Te confieso la verdad, Silvia... no tuve intención de casarme contigo. Mi pensamiento era engañarte; como eras tan buena ó inocente, no encontré más recurso.

—Lo creo,—replicó ella;—y en cuanto á la validez del casamiento, tú puedes comprobarla. He callado hasta ahora por consideración á lady Clotilde...

Pero las palabras expiraron en sus labios. Una mano se posó en su brazo. El rostro de lady Clotilde, lleno de horror, estaba frente al suyo.

—¿Quiere usted decirme,—preguntó con voz ronca,—lo que esto significa? ¡Basilio... Silvia!... ¿Estoy loca ó lo estáis vosotros?

Los dos se miraron con indecible desaliento.

—Decidme!—gritó ella.—He comprendido á medias y quiero saberlo todo.

Ellos continuaban mirándose sin saber qué decir.

CAPITULO XVII

Lord Dyneecourt fué el primero en recobrirse; Silvia estaba abrumada de horror; milord dió un paso hacia su mujer.

—Mi querida Clotilde,—dijo con visible embarazo,—siento mucho que havas oído algo de esta conversación; no tenía idea de que estuvieras tan cerca. Permíteme que pida el carnaje para tí.

Pero ella le desvió con un gesto lleno de majestad.

—No, óyeme,—continuó él.—Quizás á tus puros oídos no deba yo invocar una juvenil imprudencia; pero no fué más... una tontuna de muchachos...

—Silencio!—mandó lady Clotilde con calma.—Silvia, contésteme usted á una pregunta...

tan sólo una. ¿Es lord Dyneecourt el hombre que la llevó á usted á Escocia... que celebró el casamiento con usted... el hombre que creía usted ser su esposo?

Sus labios temblaban al pronunciar estas palabras. Miraba fijamente á Silvia, pero ésta no despegó los labios; no podía pronunciar la sílaba que iba á acarrear tal ruina sobre la cabeza de la noble y gentil dama que, como ella, había sido tan cruelmente engañada.

Lady Clotilde se aproximó á ella; puso de nuevo su mano sobre el brazo de Silvia.

—Comprendo su generoso silencio,—dijo.—Me evitaría usted este dolor si pudiese. Silvia, recuerde usted lo que le dije cuando me contó su historia; se lo repito ahora. Mejor cualquier tormento, que la angustia de saberme engañada. Dígame usted la verdad... ¿es lord Dyneecourt el hombre?

Era una escena de las que no se olvidan. Lord

Dyneecourt, que había infligido tan terrible sinsabor á las dos inocentes mujeres, estaba con el sonrojo de la culpa en su semblante, los ojos inclinados al suelo: la pintura del delito, de la vergüenza, del embarazo. Hubiese dado todo lo del mundo porque terminase aquella dolorosa conferencia; pero no era posible.

Lady Clotilde—quizás la más profundamente perjudicada—permanecía calmada, orgullosa y digna; todo el dominio sobre sí misma que es posible tener, lo tenía ella. Ocultaba la angustia que la dominaba, esperando quietamente la respuesta que exigía.

—Silvia,—dijo gentilmente,—¿no comprende usted que ese silencio, que significa lástima, es más insultante, más degradante para mí que pudiera serlo el conocimiento de la verdad? Contesteme usted á mi pregunta... ¿es lord Dyneecourt el hombre?

Silvia, llorando, se dejó caer de rodillas, asiendo el vestido á lady Clotilde.

—No me obligue usted!—sollozó.—¡Me sería más fácil morir que darla á usted un pesar!

—Estoy plenamente contestada, Silvia,—dijo lady Clotilde con cierta expresión de desesperación.—Abrigaba la débil esperanza de que mis sentidos me hubiesen engañado... esa esperanza se ha desvanecido. Su silencio me dice más que lo hubieran hecho las palabras.

Silvia miró al bello, melancólico rostro. ¡Oh, realmente hubiera sido veinte veces mejor llevar la mancha en la frente, haber hundido un acerado puñal en el gentil pecho, que haberle dicho cuán falso, cuán intrigante, cuán indigno era el hombre que amaba!

Quizás le avergonzó el silencio de Silvia, pues lord Dyneecourt se movió embarazado, y luego, acercándose, dijo:

—Clotilde, nos ahorrará tiempo y pena el que yo te confiese francamente que soy el hombre. Fué una indiscreción juvenil... nada más, por mi honor.

—Tu honor!—repitió ella con calma.—El honor de un hombre que ha sido perjuro dos veces!

—No seas tan severa, Clotilde! Sé cuán inflexible y severa es una mujer virtuosa... pero recuerda que el pecador más grande puede pedir misericordia. Te repito que fué una indiscreción juvenil... no debes juzgarme con demasiada severidad.

Los ojos de milady se fijaron serenamente en el rostro de su marido.

—¿Conociste á esta joven siendo tan bella, pura é inocente?—preguntó.—Contéstame...

—Sí.

—La amaste; fuiste correspondido, y viéndola tan buena como bella, le pediste su mano. ¿Contéstame!

Milord bajó la cabeza guardando silencio.

—Así es,—murmuró.

—Ella consintió, creyendo en tí como crees en Dios; te siguió... dejando madre, hogar, amigos... confiando en que iba contigo tan segura como un ángel...

—Así fué,—dijo lord Dyneecourt.

—La llevaste á Escocia; te casaste con ella; la

hiciste creer que era tu legítima esposa.... y luego te cansaste de ella. ¿No es así?

El bajó la cabeza. Las palabras le faltaron esta vez.

Después lady Clotilde levantó la mano solemnemente.

—Y yo digo, Basilio Dynecourt, que ésta es su esposa, su legítima esposa, ante Dios y los hombres. Yo he sido la engañada. Cuando ella, sin sospechar quién era yo, me contó su historia, le aseguré que era casada. No he cambiado de opinión. Su legítima esposa es ésta, milord. Yo sólo he sido su víctima.

El trató de aproximarse; pero lady Clotilde retrocedió.

—No,—dijo,—todo ha concluido entre nosotros, Basilio Dynecourt. Yo no ocupo lugar de mujer alguna, sino el mío.

—Clotilde! ¿No tienes amor para mí?—exclamó él.

—No, milord, ninguno. Mi amor ha muerto con mi estimación y mi respeto.

—¿Ha habido hombre tan cruelmente castigado?—exclamó lord Dynecourt con tembloroso labio.

—Ni hombre que lo tuviera tan merecido,—respondió ella.—No tema usted, lord Dynecourt; guardaremos todas las apariencias. Está usted pensando en lo que diría el mundo; no dirá nada; no sabrá nada... por ahora al menos. Volveré con usted á Dynecourt House, y desde allí nos dirigiremos juntos á casa de mi madre, lady Voyse, que hará los necesarios preparativos para recibirme.

—Clotilde, no puedes ser tan injusta que me condenes sin oírme... sin oír mi defensa. Espera, al menos, á saber la opinión de mis abogados.

—No es necesario,—replicó ella.—Conozco las leyes de Dios; esto es suficiente para mí. No me importan las leyes de los hombres.

—Pero eres injusta conmigo,—exclamó él,—más que injusta, cruel! Fíase en su palabra contra mí. ¿Es esto justo?

—No he hecho nada de eso,—replicó lady Clotilde con digna calma.—Te he juzgado y condenado por las palabras que han salido de tus labios. La hiciste tu esposa como ella pensaba y creía, como era realmente hace años. Ahora has de responder de aquello.

Luego volvióse á la desolada criatura que se aferraba á ella. Trató de levantarla, de calmar el apasionado llanto, de secar las amargas lágrimas.

—Silvia,—dijo gentilmente,—es usted mi hermana de infortunio; no hay necesidad de llorar tan amargamente. Usted no me ha ofendido; usted no merece más que bendiciones y plegarias de mi parte. Es usted tan digna de compasión como lo soy yo misma. Es usted la legítima esposa de lord Dynecourt, y su hijo es su legítimo heredero.

Un espasmo de pena pasó por su semblante á estas palabras; pero consiguió dominarse en el acto.

—Debe usted recordar siempre,—continuó, colocando una mano sobre la inclinada cabeza,—

que no hay en mi corazón ni en mi alma un sólo pensamiento malo contra usted. Usted llevará el nombre que yo he llevado; ocupará usted mi puesto; pero á pesar de todo, siempre tendrá usted mi afecto y mi estimación.

Nada podía detener el amargo llanto. Silvia no podía articular una sílaba. El semblante de lord Dynecourt estaba pálido como la muerte.

—Por el amor de Dios, Clotilde,—exclamó suplicante,—no hables así, á menos que no quieras matarme!

Pero ella volvió á Basilio su calmada, orgullosa faz.

—Milord,—dijo,—bueno será que recuerde usted que, excepto en lo tocante á guardar las apariencias, somos extraños por completo.

Entonces Silvia tomó aquellas heladas manos y las cubrió de apasionadas lágrimas y besos.

—Lady Clotilde,—dijo,—deje que me iré lejos de aquí; déjeme usted partir donde me oculte el mundo; no puedo sufrir el que caigan sobre usted las consecuencias de mi locura. Yo soy nadie... obscura, desconocida. No tengo amantes y orgullosos parientes; no tengo posición; el mundo no significa nada para mí. Usted es una de sus reinas. Ocupa el puesto de que es tan digna. ¡Oh! ¿Por qué no he muerto? ¡Mil veces morir, antes que haberle proporcionado esta pena!

Lady Clotilde miró á la llorosa, suplicante joven.

—Silvia, son vanas todas las súplicas. Usted conoce mis sentimientos; nada puede alterarlos. Un hombre no puede tener sino una esposa; usted es lady Dynecourt.

Un criado anunció que el carruaje esperaba. Silvia desvió el rostro para ocultar sus lágrimas. Lady Clotilde, con la calma de la desesperación, únicamente dijo:

—Le escribiré á usted cuando decida el curso que debe adoptarse. Entretanto, permanezca usted aquí con Mrs. Greville.

Aquella excursión á través de las concurridas calles, cruzadas por gentes felices, risueñas y atareadas, fué como el fantasma de un sueño para lady Clotilde y para el silencioso é infeliz ser que estaba á su lado. Casas, árboles, el sonriente cielo, el sol resplandeciente, el viento quejumbroso, todo parecía confuso. Era como una espantosa pesadilla, de la cual la pobre criatura no debía despertar jamás.

Más semejante á un sueño que á un hecho real; ni una siquiera se daba cuenta de lo que había ocurrido. Un intenso horror la abrumaba. Trató de decirse que el hombre que estaba sentado junto á ella no era su marido; que su casamiento, cualquiera que pudiera ser á los ojos de los hombres, era, ante Dios, un sacrilegio; que ni nacimiento, ni parentesco, ni alto rango, ni nada, había tenido bastante poder para salvarla del cruel destino, el más cruel que podía haber muerto antes!

Los tristes, graves ojos se volvieron á él y lo miraron un momento como diciendo: "La vida encierra agonías más amargas que la muerte."

Después el carruaje se detuvo á la puerta de Dynecourt House. Lady Clotilde apartó, con ai-

re de soberbia indiferencia, la mano que lo ofrecían para apesarse, y entró en casa sola. Fué casi un alivio para milord encontrarse solo unos momentos. No se recriminaba, no deploró que su locura y su conducta le hubiesen llevado á aquel terreno; se contentó con renegar de su suerte en términos no muy mesurados.

—¿Se ha visto hombre alguno en semejante atolladero?—pensaba.—¿Se ha dado nunca peor suerte? ¿Se conoce peor sombra que el haberse encontrado esas dos mujeres? Pensar que el mundo es inmenso... y precisamente ellas dos vienen á encontrarse... á cambiar confidencias. Es lo bastante para que uno desee que no existiesen mujeres... Nada bueno puede venir de ellas.

Temblaba cuando siguió á su mujer dentro de casa. Una cosa era engañar, preparar la deshonor de una obscura muchacha de pueblo; pero otra, muy diferente, haber cometido una terrible equivocación, y dejar que las consecuencias cayesen sobre una dama de ilustre cuna, cuya causa defendería el mundo con inexorable valor.

—Lo peor de todo,—se dijo,—es que Clotilde tenga esa sentimental y rancia manera, que ella llama religiosa, de ver las cosas, y habiéndose hecho el ánimo, nadie le impedirá demos un gran escándalo, y que yo sea el hazmerreír de todo Londres; no creo que haya situación más ridícula para un hombre.

—Milady desea ver á milord en la librería; allí espera,—dijo un criado interrumpiendo aquel monólogo.

—Y si aquí no pasa algo muy gordo,—se dijo Juan cuando se retiraba,—no seré yo el que vuelva á jactarme de saber cómo van las cosas en esta casa.

Cuando lord Dynecourt entró en la librería con el corazón palpitante, lady Clotilde tenía el rostro pegado á los cristales de la ventana. Le impresionó atrozmente el tremendo cambio que se había operado en aquella fisonomía.

Lívida por la pena, desencajada por la angustia; profundos surcos se destacaban donde nunca se habían visto; los ojos estaban velados por una sombra que no debía desaparecer jamás.

Dirigióse hacia ella impulsivamente. Había amado á Silvia con un amor que provenía enteramente de su belleza, su ternura, del ardiente afecto que le profesaba; amaba á lady Clotilde en menor grado, pero con amor nacido del respeto y estimación por sus virtudes, de admiración por sus altas y nobles cualidades; esto, mezclado con cierta especie de temor y respeto por su opinión.

Olvidó este respeto cuando vió su descolorida faz; tendió los brazos, tan sólo recordando que era su esposa, la mujer que llevaba su nombre.

—Clotilde!—exclamó; pero ella dió un paso atrás, como si hubiese recibido un golpe.

—Usted olvida,—dijo,—que somos extraños!

—No digas semejantes cosas, Clotilde! No debes encastillarte de un modo tan decidido; atiende á razones. No puedes condenar á nadie sin oírlo.

—Porque amo á la justicia le he condenado á usted,—contestó ella.

—Te he confesado francamente mi indiscre-

ción... no puede calificarse de delito. Silvia era atractiva... yo muy joven.

—Silencio!—exclamó ella.—¿No imagina usted lo que me cuesta oír semejante excusa? Ahórreme usted mayores penas.

—Pero debes oírme... ¿Cómo es posible que puedas comprenderme de otra manera? ¿Cuántos centenares... miles de jóvenes han hecho otro tanto? Pero después, cuando recapacitan y toman estado, sus esposas no deben tomar á pechos nada de lo ocurrido antes de su matrimonio.

—No me hable usted de otras esposas,—dijo ella;—no me interesa lo que puedan pensar. Mi conciencia es mi único consejero, y escucho sus dictámenes. Todo falso razonamiento, toda sofistería, toda vana excusa, cae deleznablemente ante la eterna verdad. Usted se casó con Silvia y Silvia es su legítima esposa.

—El que persistas en eso, sólo me indica una cosa, Clotilde: que jamás me has amado.

—Ya sabes que eso no es verdad. Te he amado con todo mi corazón, y tú has sido el amor de toda mi vida.

—¿Cómo se explica, pues, tu crueldad?

—Justicia no es crueldad; derecho no es crueldad. Las consecuencias del pecado han de recaer sobre alguien; si recaen sobre mí, tendré resignación. Diga usted lo que quiera, Basilio, pero no vuelva usted á decir que no le he amado. Si no hubiese amado... ¿por qué mi corazón estaría ahora destrozado?

—Tu corazón destrozado, Clotilde!

—Sí... tan seguro como te lo digo. La vida de mi cuerpo puede durar tanto como á Dios le plazca, pero la vida de mi corazón ha terminado para siempre...

—Si quisieras escucharme... si pudieses al menos perdonarme... si quisieras creer en lo profundo de mi pena! ¡Oh Clotilde... podríamos empezar á vivir de nuevo y ser tan felices!

Lady Clotilde suspiró hondamente.

—No me comprendes,—dijo,—y quisiera con mi alma que me comprendieses. ¿No ves... no te percatas de lo imposible que es, que nosotros podamos ser felices otra vez? Oyéme, Basilio; jamás he pretendido que acordaras lo que tú llamas mis ideas religiosas... Jamás, quizás tú no comprendas cuán profundamente arraigadas están en mi corazón, Basilio. No puedo hacer lo que creería una ofensa á Dios... no podría, aun cuando me ofrecieran toda la felicidad del mundo, por mi pecado.

—Ni es preciso,—contestó él con vehemencia.

—Continúas no comprendiéndome. Te digo, y nada puede alterar mi creencia... te digo que ante Dios, Silvia es tu esposa. Te casaste con ella, y aun cuando tu intención fuese engañarla, ella era completamente inocente. Tiene el valioso derecho sobre tí. Es la madre primero y más de tu hijo; y, supliques lo que quieras, aduzcas lo que aduzques, nada puede doblegarme. Quedarme aquí, como esposa tuya, sabiendo que no lo soy ni lo he sido jamás, sería ofender á Dios, pecar mortalmente... ¡y yo no quiero!

Contemplándola, brillando en la noble faz la

ley de los mártires de la antigüedad, lord Dynecourt se sintió más pequeño, más insignificante que se había sentido nunca.

COPITULO XVIII

Lord Dynecourt comprendió inmediatamente, que si lady Clotilde se atrincheraba detrás de semejantes argumentos, su resolución sería inalterable; y ahora, que por la primera vez se apoderaba de su alma el temor de perderla, comprendió todo lo que aquella pérdida acaraba consigo.

—Veo que toda súplica es inútil,—dijo.—Clotilde, concédeme una gracia... déjame que envíe por el abogado que conoce todos mis asuntos, que sabe todos los detalles de esta infeliz calaverada, al que encargué de un honroso arreglo, y nos guiaremos por lo que él diga.

Milord estaba seguro que en Mr. Tresham sólo encontraría un aliado; que Mr. Tresham se reiría de los escrúpulos religiosos y morales de lady Clotilde; que la manera seca, prosaica y utilitaria de ver las cosas le inclinaria en favor suyo, y que su experiencia del mundo haría peso en el ánimo de su mujer; pero lord Dynecourt se equivoacaba.

—No veo en qué pueda favorecerme la visita de Mr. Tresham,—dijo lady Clotilde con aire fatigado;—las ideas de ese señor sobre el bien y el mal no han de cambiar las mías. Sin embargo, si así lo quieres, que venga. Te suplico que no se me moleste hasta entonces.

Y sin una palabra más salió del aposento, dejando a su marido lo más miserable que haya podido sentirse todavía un par del reino, dueño de una inmensa fortuna.

Había pensado ablandarla por medio de súplicas y plegarias; se había representado una escena donde se veía arrodillado a sus pies, llorando, quizás, si lo encontraba necesario a sus fines, y luego una reconciliación y Silvia espléndidamente dotada, el niño, quizás, adoptado; y todo arreglado agradable y amistosamente. Por supuesto, después, durante algún tiempo, se mostraría lo más contrito y arrepentido. Y con sólo esto se veía salvo de aquella situación difícil.

Pero este sueño no debía verse realizado. Lady Clotilde había dado a la materia un alcance que él no imaginaba. Había hecho de aquello una cuestión religiosa, y, siendo así, lord Dynecourt conocía tan poca cosa de religión, que se dijo, encogiendo de hombros, "que le era imposible fijarse la actitud que debía tomar."

Envío inmediatamente por Mr. Tresham, y este personaje, admirado del contundente aviso, se apresuró a obedecer. Encontró a lord Dynecourt en un estado de gran agitación, recorriendo a grandes pasos la librería.

—Tresham,—gritó milord,—me encuentro en la posición más apurada que se ha visto hasta hoy en hombre alguno.

El abogado, que sabía que en lo tocante a cues-

ción de dinero era su cliente el más próspero de los humanos seres, le miró con sorpresa.

—Pero ¿qué ocurre, milord?—preguntó vivamente.

—Eso es justamente lo que quiero decirle,—contestó él;—pero espérese usted, he prometido a milady no decir una palabra sino en presencia suya. La llamaré... no me atrevo a hacer otra cosa.

—Pero... ¿de qué se trata?—exclamó Mr. Tresham.

—Oh!... Aquel terrible negocio de Escocia que ha sido descubierto y milady lo ha tomado de la peor de las maneras... en suma, que no he podido convencerla y es preciso que usted lo intente.

Mr. Tresham se quedó mirando el suelo con aire indeciso.

—Preferiría, de mucho, no intervenir,—dijo.—No conseguiré nada... eso está enteramente fuera de mi jurisdicción. Debiera usted arreglárselo solo, milord. Respetemos el derecho de no intervención.

Y el abogado aparecía tan sinceramente alarmado, que lord Dynecourt, a pesar de la gravedad de la situación, no pudo contener una sonrisa. Pero la sonrisa expiró en sus labios cuando lady Clotilde apareció en la puerta. Mr. Tresham se alarmó más aún al notar su intensa palidez.

—¿Cuánto será su disgusto,—pensó,—para sufrir semejante cambio!

Nada había de trágico ni en su expresión ni en sus maneras; pero su profunda angustia, su indecible pena, resaltaba en todo su ser.

—Lord Dynecourt le ha hecho venir a usted,—dijo al abogado, después de saludarle,—para que dé usted su opinión franca y sinceramente. Pero antes, permítame usted que le advierta que no es una cuestión de dinero, de mundanos intereses ni nada de esta gusá, sino algo que toca muy de cerca a la salvación de las almas. Reflexione usted antes de dar su opinión. Y ahora, milord, exponga usted los hechos.

Lord Dynecourt hizo el relato con extraña y nerviosa vacilación. Lady Clotilde escuchó con calma, y el rostro del abogado se fué oscureciendo a medida que la narración adelantaba.

—Exponga usted los detalles de la ceremonia como me los han referido a mí,—observó lady Clotilde.

Milord obedeció, no sin muchos circunloquios y rodeos. La gravedad aumentó en el semblante de Mr. Tresham.

—¿Y eso fué delante de testigos, vivos aún?—preguntó.

—Sí... supongo que viven aún,—fué la réplica.

—Pero, milord, usted no me refirió esos detalles cuando me comunicó el asunto,—dijo Mr. Tresham.

—No los recordé entonces,—replicó él, afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Es que cambian materialmente el aspecto del asunto, a mi juicio. Le hacen tomar, en efec-

to, una actitud fea, y yo desearía que se me dispensase dar mi opinión.

—No podemos dispensarle,—dijo lady Clotilde.—Es usted el abogado consultor de lord Dynecourt, y viene, por lo tanto, obligado a dar su opinión sincera y honrada.

—Hátle usted sin temor, Tresham,—dijo milord, compadecido del embarazo de su consejero.—Verdaderamente, poca necesidad hay de hablar; a tener el asunto un aspecto lisonjero ya me lo hubiera usted dicho.

La única respuesta de Mr. Tresham fué una especie de gemido.

—En esta forma es por todos conceptos un mal negocio, milord; y temo mucho que, llevado el asunto a los tribunales, éstos se declararían por el primer matrimonio.

—Esta es su opinión como abogado,—observó lady Clotilde;—ahora déla usted como hombre de honor.

—Milady, permítame usted que decline el contestar. Largos años de fieles servicios me ligan a la familia Dynecourt; no puedo juzgar al que ha sido para mí, tanto tiempo, un generoso cliente.

—¿Así, pues, usted emite simplemente su opinión legal al creer que el primer matrimonio sería reconocido?

El abogado se inclinó. Lady Clotilde volvióse a lord Dynecourt.

—Usted se convencerá,—dijo,—de que todas las opiniones legales coinciden con la de Mr. Tresham. Este caballero, ligado a usted por lazos de gratitud e interés, se ve obligado a deponer contra usted. No tiene más remedio que inclinarse ante lo inevitable. Yo digo ante Mr. Tresham, el primer testigo ante quien hablo, que reconozco nulo y sin efecto mi matrimonio.

El abogado levantóse profundamente afectado.

—Milady,—exclamó,—la suplico que recapacite sus palabras... que piense en las consecuencias. Seguramente puede convenirse un acuerdo que la satisfaga a usted y nos evite toda extremidad. Piense usted en la conmoción, la excitación y la sorpresa del mundo; en la vergüenza, la desolación y el disgusto que hará usted caer sobre su esposa y sobre usted misma. ¡Piense usted en la miseria que proporciona a sus parientes y amigos! ¡No hay que pensar en ello ni un momento, créame usted, milady!

El noble, firme rostro volvióse hacia el abogado.

—Sólo existe una consideración que pesa sobre todas para mí, Mr. Tresham... y ésa no es de este mundo, sino del próximo. Haré lo que creo justo ante Dios... lo demás es secundario.

—Pero, lady Dynecourt...!

—No,—interrumpió ella;—no me pertenece ese hombre.

Mr. Tresham se dejó caer en la silla con un gesto de resignación desesperada. La luz se hizo más intensa en los ojos de lady Clotilde al continuar.

—Este es un siglo mundano, Mr. Tresham; un siglo en que todo lo más sólido se mira con indiferencia... en que los hombres se ponen en abierta rebelión contra los divinos preceptos

del matrimonio. Yo, por mi parte, formulo mi protesta contra semejante estado de cosas. No quiero convenios, no quiero arreglos; quiero hacer, sencillamente, lo que es justo; ennegrezca mi vida, destruya mi corazón, me aparte de todo cuanto más amo... cueste lo que cueste, haré lo que sea justo y nada más.

Su voz se hacía más firme a medida que hablaba.

—Me casé con un angel,—pensó lord Dynecourt,—no con una mortal; y entre hombres y ángeles hay muy poco de común.

Mientras, Mr. Tresham, viejo abogado endurecido por la práctica, se enjugaba una lágrima rebelde.

—He pensado acerca del arreglo que parece más conveniente,—dijo lady Clotilde;—es enteramente inútil pensar que esto pueda quedar ignorado del mundo... necesariamente ha de saberse. Tan sólo con que una sola persona aproveche la lección, tan sólo un hombre aprenda a ser menos egoísta, y una doncella a ser más prudente, mi sufrimiento no habrá sido estéril. Hoy es ya tarde para dar paso alguno; mañana lord Dynecourt, le rogaré a usted que me acompañe a casa de mi madre. Allí nos despediremos para siempre en la tierra; allí pueden avistarse nuestros abogados, y puede usted arreglar como le plazca la cuestión de intereses. Me es completamente indiferente.

—¿Nada puede inducirle a alterar su decisión, lady Clotilde?—preguntó Mr. Tresham gravemente.

—No,—contestó ella con triste y gentil sonrisa;—nada, a menos que pueda usted probarme que es injusta, y esto, temo, es imposible. Adiós, Mr. Tresham; hasta la vista.

Cuando hubo salido de la estancia, lord Dynecourt volvióse al abogado.

—Y bien,—dijo,—¿Conoce usted hombre que se haya visto en situación más apurada? ¿Puede darse asunto más infortunado? ¿Dónde me escondo? ¿Cómo sufrir las burlas y el desprecio de las gentes cuando se sepa esta historia?

Una expresión de algo como ligero desprecio se pintó en el inteligente semblante del abogado.

—Milord,—dijo gravemente,—parece que, de los tres, es usted el menos digno de compasión. Lady Clotilde tiene todo mi sentimiento y toda mi simpatía.

—Y así ocurrirá con todo el mundo,—dijo lord Dynecourt.—Eso precisamente es lo que me irrita más. Después de todo... hablando con franqueza, Tresham... ¿qué he hecho yo que no hayan hecho otros jóvenes de mi posición? He sido mil veces mejor que muchos.

—Doy gracias a Dios,—dijo el abogado,—por no haber sido un joven de posición! Pero no soy buen juez de semejantes locuras. Es preferible arruinar a los clientes, como se dice de nosotros, a destrozar corazones.

—En fin... es un trance apurado. ¿Cómo me encaro yo con lady Voyse? Tiene las mismas ideas que su hija. Voy a parecer un colegial cogido en una travesura; sin embargo, un noble

no debe vacilar nunca en afrontar una dificultad. Debo afrontar ésta del mejor modo posible. Lo cierto es que me he puesto en buen atolladero.

—Siempre he oído decir que el pecado, tarde ó temprano, sale á la cara,—dijo Mr. Tresham gravemente.

Milord se encogió de hombros.

—No sé á lo que llama usted pecado,—dijo.—Supongo que, después de esto, todo estúpido que pueda recoger una piedra, lo hará para echármela. No deje usted transcurrir mucho tiempo, Tresham, para seguirme á casa de lady Voyse. Necesito de un amigo que me conforte en las escenas que se desarrollarán allí.

—Dejaré transcurrir un solo día, milord; y, de lo profundo de mi corazón, quisiera que se viese usted libre de este sinsabor.

Y después, cruzadas unas cuantas palabras más, se separaron. Lord Dyncourt á lamentarse de su suerte, el abogado á examinar el contrato matrimonial otorgado cuando el enlace de milord con lady Clotilde.

Lady Dyncourt se sentía muy infeliz. Tenía un gran temor de lo que el mundo diría; tenía sus sarcasmos; trunca el ceño al pensar en su desprecio; él, que había sido siempre agasajado, lisonjeado. Se representaba los artículos en que se comentaría su caso; las críticas de la prensa; el apellido Dyncourt expuesto á la pública execración. La reputación de hombre galante es una cosa; ser considerado como un favorito de las bellas, otra; pero acabar la vida de una criatura como lady Clotilde, era enteramente distinto.

—No ha habido un Dyncourt suicida,—se dijo milord,—de otro modo, me pegaba un tiro.

Tan sólo un rizo de consuelo lecia para él. Suponiendo que llegase lo peor, que lady Clotilde se separase de él, que se le obligase á reconocer su primer matrimonio, quedaba una ligera compensación; encontrarse con un hijo y heredero.

—Chasquearé al imbécil que tiene la convicción de heredarme,—pensó sonriendo.

Y que lord Dyncourt sonrisara, era una señal clara de que no le mataría la pena.

Aquella misma tarde recibió Silvia una esquela de lady Clotilde. Decía simplemente:

—Mi querida Silvia: Mañana marcho á casa de mi madre, lady Voyse, que reside en su posición de Amphil Park, donde se arreglará todo lo concerniente á su futuro; y tenga usted la seguridad de que muy pronto ocuparán usted y su hijo la posición que les corresponde.

Silvia derramó candentes lágrimas sobre la firma de "Clotilde Voyse."

—Le es tan cruel,—dijo,—y, sin embargo, ella lo quiere así! Yo hubiera callado, pero ella no ha querido permitirlo.... ¿Cómo terminará esto? No veo más camino que la muerte.... pero no oso pensar quién morirá.

Tiempo después, estas palabras volvieron á ella como una profecía. Ya el ángel destructor empuñaba su guadaña y la sombra de la muerte

se cernía sobre uno de los tres cuyos intereses estaban tan fatalmente enlazados.

Aquella noche estaba lady Clotilde sola en su habitación. Había hecho todos los preparativos para el viaje de la siguiente mañana; había ahuyentado con mano fuerte y férrea voluntad, toda pena y amor, toda angustia y desesperación que querían inundar su alma como las olas furiosas inundan la playa.

—Tiempo tendré después para la pena,—se dijo,—cuando establezca mi triste vida, y me convenza de que he de pasarla sin Basilio.

La camarera sintió inmenso asombro cuando su ama la ordenó que empaquetase sus cosas.

¿Salía de Londres en lo más animado de la "season?" ¿Qué significaba aquello? Pero no pudo descubrir nada en el pálido, sereno rostro de lady Clotilde.

—No se ocide usted de recoger las joyas,—dijo milady gentilmente.—Yo escogeré las que pienso llevarme.

Cuando el centelleante, valioso contenido de los estuches estuvo ante ella, tomó las joyas que había traído de su casa cuando se casó; pero los riquísimos aderezos de los Dyncourt, valiosos despojos de alguna comarca oriental, diamantes, perlas y rubíes, fueron apartados á un lado; los costosos presentes de su marido siguieron la misma suerte.

—No "era" su esposa,—se dijo con el corazón desfallecido,—y no tengo derecho á ellos.

El ansia de arrojarle al suelo y mesarse los cabellos, y prorumpir en sollozos, era tan intensa, que la hacía sufrir físicamente; pero pudo reprimirla.

—Tiempo sobrado habrá para llorar,—se dijo,—cuando me vaya y el hecho quede consumado.

Los cofres, ya arreglados, tomaron el camino de la estación, y los estuches, colocados de nuevo en su puesto. La camarera se retiró á su cuarto y lady Clotilde se encontró mas sola de lo que las palabras pueden expresar; sola, con las ruinas de su vida en torno.

Entonces, la tempestad de pena que no podía refrenar más, se desencadenó con toda su violencia. ¿Volvió Dios sus ojos hacia aquellas amargas lágrimas? ¿Hubo jamás mayor angustia en corazón alguno?

Los felices días de su feliz amor volvieron á su memoria; los felices días de su vida de casada, antes de que ninguna nube oscureciese la pureza de su cielo azul.

CAPITULO XIX

Hubo cierta sorpresa en Dyncowold House, cuando se supo que los señores marchaban súbitamente, dejando la capital cuando la "season" estaba en su período más brillante y las fiestas del gran mundo más numerosas; pero esta ligera sorpresa desapareció cuando se supo que el destino era Amphil Park, Milord llevaba consigo á su ayuda de cámara, pero milady había negado á que su camarera fuese con ella.

Era grandemente querida la digna, la gentil, distinguida dama, que jamás se dirigía á un inferior sino en los términos más corteses, que tomaba un bondadoso interés por todos sus dependientes, cuyas manos siempre estaban prontas para consolar á los afligidos y socorrer á los necesitados. No había miembro en la casa que no tuviese una generosa acción, una palabra de simpatía, algún rasgo de benevolencia de ella. No había uno á quien ella no hubiese asistido de palabra ó obra, y en aquella, la última vez que la veían, la miraban ansiosamente, preguntándose qué podía haber hecho desaparecer el contento de su rostro, y porqué estaba tan calmada, tan fría, tan oca.

El carruaje debía estar dispuesta á las once y media; el tren salía de la estación de Easton Square á las doce, y llegaba á Amphil á las tres. La víspera había dado el último vistazo á los departamentos de aquella casa, donde había pasado las horas más felices de su vida. La había recorrido con tranquilos, serenos ojos, dando un quieto adiós á cada uno de ellos, á todos los lugares que la hacían evocar algún feliz momento; y nadie notó el mundo de agonía que abrumaba su ser.

Lord Dyncourt, que era quizás, el más infeliz, porque no tenía el consuelo de una limpia conciencia, que era más misero de lo que es posible imaginar, le había suplicado una entrevista á lady Clotilde; pero ésta se negó terminantemente.

—Es del todo inútil,—escribió,—mi resolución es inquebrantable, y una entrevista sólo serviría para apenarnos más. No reerimino á nadie. Le suplico que nos ahorremos inútiles palabras.

Y así, con un suspiro de resignación por lo que él creía evidentemente su mala suerte, milord no insistió. Y ya no vió más á milady, hasta la hora de marchar; la vio en el zaguán, vistiendo su traje de camino. Pocas palabras se cruzaron entre ellos; un cortés saludo, para cubrir las apariencias. Nadie se percató de la pena, la angustia, la desesperación que oprimía aquel gentil corazón. Después lady Clotilde ocupó su asiento, y el carruaje rodó por la calle; salía de Dyncowold House para siempre.

Una oración, implorando misericordia, asió á sus labios al mirar por última vez la mansión querida; la oración fué oída y aceptada.

Todos los periódicos de Inglaterra han contado el resto de la historia con gran lujo de detalles; el "Choque de Amphil" su título de actualidad, no ha sido olvidado aún, pues accidente más terrible no ha ocurrido desde que se abren trenes. Toda Inglaterra se estremeció y su lectura. Tantos muertos, tantos heridos, tantos inutilizados de por vida, tanto horror y desolación, todo dimanado de una insignificante causa, un rendido, fatigado, mal retribuido guardia-agujas que se durmió, dejando que un expreso se precipitase, al entrar, sobre otro que salía. Las gentes leían y se encogían de hombros, indignadas, preguntándose cuándo terminaría aquel estado de cosas y el público podría viajar seguramente. Después, tras un interminable sumario que no quedó en nada, se pagaron algunas in-

La primera plegaria que había proferido hacía muchos años, tembló en sus labios, y después de deunizaciones, se hicieron algunas cesantías, el guardo-agujas fué procesado y el "Choque de Amphil" pasó al rango de efeméride, y ejemplo cuando se ponía á discusión la seguridad de las líneas.

Fué un terrible accidente, en el que los carruajes de primera llevaron la peor parte. La colisión tuvo lugar en un terraplén, y tres vagones, rotos los enganches, se precipitaron abajo. En uno de éstos iban solos lady Clotilde y lord Dyncourt. La mañana era tan clara y risueña, que todo pensamiento de muerte hubiera estado fuera de lugar; realmente, esta idea no se le había ocurrido á ninguno de los viajeros.

Resplandecía el sol alegrando la campiña con sus rayos. Los setos ostentaban su verde más alegre, y los escaramujos y las madreselvas embalsamaban el aire. Los pajarillos cantaban á mas y mejor; la brisa hacía ondular el follaje, y la tierra enviaba sus plegarias al cielo.

Lord Dyncourt había permanecido silencioso. Una ojeada al melancólico rostro y la angustia que se pintaba en aquellos hermosos ojos le dijo que las palabras eran inútiles.

Pero la belleza del día, la pintoresca campiña, el aromoso ambiente, impresionaron su profundo amor á la bella y placentera, y volvióse á ella diciendo:

—Clotilde, ¿quieres creer que daría la vida por deshacer lo hecho?

El tren se aproximaba al fatal terraplén; ambos habían guardado hasta entonces un silencio no interrumpido.

Un tierno destello de luz borró la fría expresión de su semblante.

—Lo creo, Basilio.

Y éstas fueron, quizás, las últimas palabras que pronunció lady Clotilde.

Sobrevino un repentino choque, una violenta sacudida que pareció recorrer á lo largo del tren. El la miró con pálido, espantado semblante.

—Me temo que no sea un accidente,—dijo levantándose, como instintivamente, para protegerla.

Mientras está, le temo que no se le ocurra, que no después de él, sino que le miró con débil sonrisa. Al aumentar el horror y el sonido de aterradas voces, ella murmuró:

—Vamos á morir, Basilio?

—Así lo temo,—contestó él con palabras vagas.

—Gracias á Dios, sea lo que quiera, no le haga nada.

Una gran agitación momentánea, lord Dyncourt, que en un radiante era la luz en el rostro de Clotilde, después densa oscuridad y horror le sobreogaron; yacía, abrazado á ella, bajo el destechado carruaje, que había rodado por una de las vertientes.

Estaba impotente para hacer el menor movimiento; la profunda agonía que al principio había recorrido sus miembros, fué sustituida por un extraño aturdimiento; apenas podía pensar; la facultad del pensamiento parecía haberse extinguido en su cerebro.

todo fué olvidado. Horas después, cuando lord Dynecourt abrió los ojos, encontróse en un cuarto de la fonda de Amphil, y la primera noticia que tuvo fué que lady Clotilde había sido retirada de sus brazos, muerta.

¿No era mejor así? ¿Sólo Dios lo sabe! El escapaba de la muerte y del escándalo, y mejor aún, fué objeto de la conmiseración y simpatías de todo el mundo. Todo lo que se supo fué que se dirigía con su esposa á Amphil, y que ella había muerto salvándose él, pero sólo para quedar inutilizado para toda su vida. Transcurrió algún tiempo antes de que se supiera más; y cuando esto fué necesario, la noticia se comunicó á un pequeño círculo.

¿Fué mejor para ella? ¿Innecesario es preguntarlo! Una mirada en el hermoso rostro con inefable paz piniada en los labios y en la frente, respondía á la pregunta. Ella había escogido la mejor, más elevada y noble parte; había sacrificado su corazón y su vida en el altar del deber; pero lo que este sacrificio le hubiera costado y lo que había sufrido al hacerlo, nadie más que ella lo sabía.

El cielo había sido misericordioso con ella; su preclaro nombre, la santidad de una vida que ella había creído su vida de esposa, su susceptible dignidad, su profundo sentido del honor, habían quedado á salvo; su nombre no sería la comidilla del vulgo y objeto de artículos sensacionales; su historia no sería asunto de hablillas, ni su angustia sería discutida en los círculos elegantes.

El precio de su libertad había sido su vida, y las mujeres de honor, muchas veces, no pensarían en regatearla.

Por una vez, la buena sociedad tuvo un no fingido sentimiento. Lady Clotilde no sólo había sido amada, sino altamente estimada. Nadie le encontraba falta, y su prematura muerte fué sinceramente lamentada.

No sabían, los que lamentaban su pérdida, que la vida se había convertido para ella en una carga difícil de soportar; no sabían que su súbita, rápida y terrible muerte, era una bendición encubierta. Nadie protestó cuando en la blanca losa de su tumba se puso esta inscripción:

LADY CLOTILDE DYNECOURT

Sólo tres personas sabían que este nombre jamás había sido suyo; lord Dynecourt, que estaba entre la vida y la muerte; Mr. Tresham, que no lo descubriría jamás; y Silvia, que hubiera dado su vida por la que había sido arrebatada.

Así, lady Dynecourt fué á la tumba y el mundo no conoció jamás su historia.

Lord Dynecourt estuvo gravemente enfermo durante algún tiempo. Con frecuencia se pensó que jamás se recobraría, y era casi de temer que él no deseara vivir á tanta costa. Quedaba imposibilitado, incapaz de andar, moviéndose con libertad, y manco; y para un alegre, hermoso y galante hombre de mundo, semejante destino era peor que la muerte.

Tuvo sobrado tiempo, en el lecho del dolor, para arrepentirse de sus culpas, para formar mejores propósitos con respecto al futuro, para lamentar su locura y para aprender la lección que tantos aprenden demasiado tarde: que la honradez y la rectitud, los elevados principios y el honor, son para el hombre más seguros guías que el permitirse todo placer y todo ocioso capricho.

Aprendió esta lección. Se hizo un mejor y más prudente hombre; pero el precio pagado por esta lección, había sido terrible.

Cuando se recobró un tanto y empezó á comprender algo de lo que pasaba en torno suyo, le hablaron de los funerales de lady Clotilde y del hermoso panteón erigido á su memoria. Nadie comprendió la ansiedad con que preguntó qué inscripción se había puesto en la lápida; nadie supo por qué sus ojos se llenaron de lágrimas y temblaron sus labios cuando se le contestó: 'Lady Dynecourt.'

Innecesario sería decir lo inmensamente que lady Voyse sintió á su hija; jamás volvió á ser lo que había sido.

Transcurrieron dos meses antes de que lord Dynecourt pudiese tomar parte aun en los más mínimos asuntos de la vida; y entonces su primera acción fué enviar por Silvia. Mr. Ford permanecía todavía en la fonda de Amphil, pues se había considerado peligroso un traslado. La llegada de la hermosa joven, vestida de riguroso luto, no excitó la curiosidad ni dió margen á comentarios.

Cuando ella le vió cuán enfermo, cuán demacrado y envejecido aparecía, no tuvo ya para él sino palabras de bondad. El extendió una mano suplicante.

—Esposa mía,—dijo,—mi verdadera esposa Silvia, ¿podrás perdonarme?

Y en estas palabras ella leyó un pleno reconocimiento de su culpa.

—Silvia,—dijo lord Dynecourt cuando toda la vehemencia de la primera emoción hubo pasado,—¿quieres olvidar aquel miserable tiempo y ocupar tu puesto como esposa mía? Es la última compensación que puedo ofrecerte.

Ella se echó atrás con temblorosas manos.

—Soy indigna,—exclamó,—de ocupar el puesto de aquel ángel! Ella era la más noble de las mujeres; yo no soy sino una pobre, oscura persona.

El sonrió ligeramente, con algo de amargura en su sonrisa.

—Ah, Silvia!... No es muy envidiable la posición que puedo ofrecerte. No soy sino el despojo de un hombre; mis fuerzas me han dejado... la salud se ha ido. Los días en que caminábamos juntos entre el brezo y las rojizas colinas, han pasado, para no volver ya más; el mundo casi ha concluido para mí. Es casi una crueldad pedirte que me dediques tu dulce vida; eres todavía joven y hermosa. Y yo...

Y aquel hombre orgulloso escondió el rostro entre las manos y se echó á llorar como un niño. No hubiera podido hacer apelación que afectase más profundamente á Silvia. Sentóse junto á la cama y besó las pobres, desvalidas manos.

—No llores, amor mío,—dijo,—son tuyos mi

juventud y mi cariño; es tuyo el resto de mi vida. Pero es preciso que no la olvidemos nunca... nunca.

El se estremeció, como si le hubiesen picado con un alfiler.

—Cuando yo la olvide,—dijo,—olvidaré que hay ángeles en el cielo, y aun de Dios mismo.

Transcurridos unos momentos, el enfermo inclinóse y dijo:

—Silvia, quisiera ver á mi hijo.

El rostro de Silvia se tiñó de vilo sonrojo. El niño que había sido abandonado, que había sido descuidado, cuya breve vida había sido considerada una carga, adquiría ahora desusada importancia. Sería, más ó menos tarde, el noble y elevado lord Dynecourt; aquel pequeño, casi olvidado Cirilo, que no había tenido más cariño que el de su madre.

—¿Me lo traerás? El único consuelo, que tengo, en medio de tanta desgracia, es ese hijo que será, lo espero, una bendición para mí.

—Lo traerá,—dijo Silvia; y cumplió su palabra.

Volvió á los pocos días, trayendo consigo al hermoso y noble niño que tan gran parecido tenía con lord Dynecourt. Jamás hubiera éste experimentado emoción más viva que la que tuvo al ver á Cirilo. De sus ojos brotaron dos grandes y candentes lágrimas.

—¡Así, pues, éste es mi hijo!—murmuró con voz entrecortada.

Silvia era demasiado generosa para dirigirle el menor reproche. Hubiera podido decir: 'Si, éste es el hijo que abandonaste á la merced del mundo.' Cirilo levantó sus claros ojos.

—¿Eres tú mi papá?—dijo.—Yo no sabía que tuviese papá. Le creía muerto.

—¿Me amarás, Cirilo?—preguntó lord Dynecourt después de una pausa.

—Sí; pero no te amaré siquiera la mitad que á mamá; eso no lo esperas.

Cuando lord Dynecourt estuvo en disposición de poder ser trasladado, pidió á Silvia que lo llevase al extranjero. Pero antes de salir de Inglaterra envió por lady Voyse, y le hizo una plena confesión de lo que había ocurrido. La pobre señora no quiso añadir sus recriminaciones á la miseria del infeliz estropeado, y como le vió sinceramente arrepentido, no dijo nada.

Envío asimismo, por el pariente que se creía el heredero de Dynecourt; se le presentó todo género de pruebas sobre la legitimidad de Cirilo, y aun cuando grandemente decepcionado, tuvo que rendirse á la evidencia.

Después marcharon á Italia, y todo el mundo decía que lord Dynecourt había casado en segundas nupcias y que la nueva esposa era, si cabe, más bella y más gentil que la primera. Años después se supo que Cirilo era el heredero, y parte de la verdad fué conocida. Después murió lord Dynecourt, y nadie puso en duda los derechos del hijo.

Lord Dynecourt tuvo una idea que hizo muy feliz á Silvia. Hizo referir á ésta todo lo que había ocurrido desde que recibió su carta, y entonces supo cuán profundamente le había ama-

do, y cómo su pérdida casi pudo llevarla á la muerte.

—Es preciso que yo vaya y vea á ese Mr. Douglas,—dijo milord,—merece mis gracias y se las daré. A él le debo tener ahora una esposa y un hijo.

Fué, y estuvo tan profuso en su gratitud, tan munificente en sus regalos, que el buen sacerdote no conoció ya privaciones mientras duró su vida. Lord Dynecourt no olvidó á uno solo de los que fueron buenos para su mujer; todos fueron recompensados.

¿Era Silvia, lady Dynecourt feliz? Nadie lo sabía. Dedicó tiempo y pensamientos á su marido; pero aquellos que la conocían y amaban, notaban algo de tristeza en su bella faz, una sombra en los dulces ojos, que no expresaban, ciertamente, una dicha perfecta. Su vida no era de las más alegres, ni abundaba en distracciones, sino que estaba llena de activos deberes, y esto, para algunos seres, no es ser del todo infeliz.

Mrs. Greville no volvió á casarse; y cuando Silvia volvió para ocupar su puesto en el gran mundo, como lady Dynecourt, fueron más amigas que lo habían sido nunca.

Su elevación causó placer á todo el mundo, pues se había hecho muchos amigos y pocos contrarios. Lord Dynecourt fué considerado como un afortunado mortal en medio de su prostración.

Vivió diez años después de su unión con Silvia, y murió dejándola una de las mujeres más hermosas y ricas de Inglaterra.

Abranse los periódicos y véase cuál es casi siempre el primer nombre que aparece en las listas de cualquier empresa caritativa; véase quién es protectora de toda institución que tenga por objeto la beneficencia; véase quién ha fundado esas magníficas casas para los niños y los desamparados; la que aboga calurosamente por la causa de los desvalidos y los infortunados; la que ha empleado casi más de la mitad de su cuantiosa fortuna en beneficio del prójimo: lady Silvia Dynecourt.

Durante la vida de su marido, reconcentró en él su atención y sus pensamientos. Estudió los deberes de su alta posición y los llenó hasta el punto de granjearse la admiración de cuantos la conocían. Era una de las reinas de la sociedad; pero, esto no obstante, ningún deber doméstico quedaba olvidado. Ocupaba una de las posiciones más elevadas de Inglaterra; pero su sencillez, su pureza, la modesta gracia que siempre la había distinguido, persistían en ella, y le captaban las simpatías de todo el mundo.

La noble y exaltada dama, cuya vida, según nos dicen los poetas, es pura y serena, tenía de lady Silvia Dynecourt el más elevado concepto; nadie era con mayor frecuencia invitada á la Corte, ni más bondadosamente acogida.

Llegó un día, como sucede á todos, en que las penas de su vida fueron para ella una triste memoria, mejor que una amarga realidad; en que se desvanecieron ante los activos deberes que no la dejaban tiempo para recordar.

Uno de los lugares favoritos de lady Silvia era la galería de pinturas en Dynewold House. Ja-

más entraba allí sin recordar la profecía de lady Clotilde, y preguntarse si la sombra gris caía realmente allí. Por su aseo fué colocado el magnífico retrato de lady Clotilde junto al de lord Dyncourt.

Los que han visto aquel cuadro no lo olvidan jamás. Es lady Clotilde en toda la plenitud de su calma, aristocrática belleza; pero hay algo en él que atrae la atención como no ha ocurrido con pintura alguna. Una luz en la frente, a la media claridad, se diría una aureola, una luz parecida a la que se ve en el rostro de los mártires, un algo de heroísmo en sus claros ojos. Se siente instintivamente que es la imagen de una mujer verdaderamente noble, una mujer de gran alma, capaz de las acciones más brillantes.

Durante los diez años que lord Dyncourt vivió al lado de su bella y amante esposa, en parte redimió las culpas de su juventud. Imposibilitado no podía tomar parte activa en la vida, pero, bajo la tutela de Silvia, hizo todo cuanto le fué posible. Llegó a ser famoso por su caridad, por su generosidad sin límites y por la resignación con que soportaba su desgracia. Encontró en el hijo que un día abandonó, el mayor consuelo y apoyo. Creció, hermoso en cuerpo, inteli-

gencia y alma. Las glorias de los Dyncourt no habían podido caer en mejores manos.

Después, cuando Basilio, lord Dyncourt, reposó en la tumba de sus mayores, sucedióle Cirilo, y llegó a ser, en pocos años, uno de los hombres más eminentes de Inglaterra. Durante mucho tiempo se negó a contraer matrimonio; el amor que profesaba a su madre, tenía algo de maravilloso. Declaró que no se casaría hasta que no encontrase una que se le pareciese. Esta "season" ha corrido el rumor de que la hija menor de los Duques de Hartloigh, la hechicera y gentil lady Blanca, tiene grandes probabilidades de llegar a ser lady Dyncourt.

Lady Silvia vive en Dyncourt House, es muy raro que salga al campo; está atareada en la fundación de casas de refugio para aquellos jóvenes que quedan abandonados en el mundo; no ahorra dinero ni fatigas, y su idea ha salvado más jóvenes de las que pudiéramos dar cuenta.

La dejamos bella, querida y respetada. Su historia hubiera podido ser diferente; pero Dios fué bueno para ella; y, aun cuando muchos peligros y tribulaciones se ofrecieron en el camino de su vida, nadie como ella cruzó con más nobleza y más resignación este camino a TRAVÉS DEL MUNDO.

FIN

EL PRIMER LADRON

(CUENTO)

Subiendo a ocupar mi asiento de banqueta en la diligencia que iba de Laredo a Santander, me encontré con Pepe Linde, antiguo condiscípulo, de quien no había vuelto a saber nada desde que al terminar la carrera, salimos de la Universidad.

A pesar de los muchos años que habían pasado, me reconoció en seguida.

Después de las expansiones propias de antiguos compañeros de aulas, que por un simple azar vuelven de pronto a encontrarse cuando menos lo piensan, yo quise darle una prueba de mi buena memoria, y le recordé un hecho de su vida estudiantil; una vez Pepe Linde, al ir a examinarse de Derecho romano, se volvió atrás y perdió el curso sólo porque había entrado a la sala de exámenes con el pie izquierdo y creyó ver en esto el augurio de una mala nota. Acogió mi recuerdo con una ligera sonrisa.

—¿Qué sigues siendo tan supersticioso como entonces?—le pregunté.

—No tanto...!—me contestó.—Pero aún no estoy completamente curado de esa manía.

Y al ir la diligencia avanzando por entre los altos árboles de la alameda de Laredo, una de las hermosas de toda la costa cantábrica, Pepe Linde se puso a contarme lo que desde los tiempos de la Universidad había sido de él.

De la carrera no había sacado ningún provecho. Ni siquiera había llegado a ejercitarla. Apenas tomó el título, consiguió que lo nombraran abogado de pobres, y le tocó la defensa de un criminal, a quien sólo se le podía condenar, a lo sumo, por muy mal defendido que estuviese, a unos cuantos años de prisión. Cuando Pepe Linde se disponía a estudiar la causa, el procesado se mató en la cárcel. Tan poca confianza le inspiraba su defensor, que se suicidó por miedo a que le dieran garrote.

Ante este fracaso anticipado, Pepe Linde se despidió para siempre de la toga, que no llegó a estrenar.

Podía permitirse rasgos de esos, perdiendo cursos y abandonando carreras, porque no necesitaba de su trabajo para vivir. Tenía en la Habana un tío, dedicado a grandes negocios mercantiles que le enviaba una cantidad mensual su-

ficiente para pasarlo bien, y como los giros se sucedían con perfecta regularidad, Pepe Linde, sin penas ni cuidados, no se ocupó más que en darse buena vida.

Sin embargo, en cierta ocasión estuvo a punto de lanzarse a los negocios; pero escarmentó en cabeza ajena, al ver arruinarse a un amigo que empleó toda su fortuna en acciones de una empresa de alumbrado eléctrico, de la que se esperaban ganancias fabulosas.

—En aquella ocasión, me convencí—añadía Pepe Linde—de que el mejor negocio es no tener ninguno.

—Para pensar así—le repliqué yo—hay que contar con un tío rico y generoso en la Habana.

—¡Ay—murmuró entonces.—Todo eso acabó ya! Te hablaba del pasado... Para mí el presente es muy distinto. Mi tío Tomás murió hace tres meses viajando por la isla de Cuba... Yo era su heredero... Esperaba una grande herencia... algo así como dos millones. Mas esa esperanza engañosa se desvaneció. El apoderado que mi tío había dejado en la Habana lo realizó todo a escape, fraudulentamente, y se dio prisa a desaparecer, llevándose el dinero... ¡Y aquí me tienes ya para siempre sin herencia y sin giro mensual! Como ahora necesito ganarme la vida, he tenido que tomar un empleo... ¡Y gracias que me lo han dado...! ¿A que no te figuras lo que ahora soy...? ¡Sorpréndete! ¡Soy inspector de policía de este distrito...! ¡Quién me lo hubiera dicho a mí cuando estudiábamos leyes! ¡Y aquí, a este rincón de la montaña, en el que no pensé nunca, he venido a parar!

Ayer mismo se firmó mi nombramiento, y voy a recogerlo a la capital de la provincia, de donde volveré mañana o pasado mañana, para entrar desde luego en el ejercicio de mis funciones... ¿Eh? ¿Qué te parece?

Me quedé, en efecto, sorprendido ante aquel cambio que acababa de operarse en la existencia de Pepe Linde. En esto, su mirada se ensombreció, y el rostro de mi antiguo condiscípulo tomó un aspecto grave.

—Está preocupándome una cosa—murmuró.—¿Tendré suerte ó desgracia en la primera detención que lleve a cabo...? De ello depende el

más entraba allí sin recordar la profecía de lady Clotilde, y preguntarse si la sombra gris caía realmente allí. Por su aseo fué colocado el magnífico retrato de lady Clotilde junto al de lord Dyncourt.

Los que han visto aquel cuadro no lo olvidan jamás. Es lady Clotilde en toda la plenitud de su calma, aristocrática belleza; pero hay algo en él que atrae la atención como no ha ocurrido con pintura alguna. Una luz en la frente, a la media claridad, se diría una aureola, una luz parecida a la que se ve en el rostro de los mártires, un algo de heroísmo en sus claros ojos. Se siente instintivamente que es la imagen de una mujer verdaderamente noble, una mujer de gran alma, capaz de las acciones más brillantes.

Durante los diez años que lord Dyncourt vivió al lado de su bella y amante esposa, en parte redimió las culpas de su juventud. Imposibilitado no podía tomar parte activa en la vida, pero, bajo la tutela de Silvia, hizo todo cuanto le fué posible. Llegó a ser famoso por su caridad, por su generosidad sin límites y por la resignación con que soportaba su desgracia. Encontró en el hijo que un día abandonó, el mayor consuelo y apoyo. Creció, hermoso en cuerpo, inteli-

gencia y alma. Las glorias de los Dyncourt no habían podido caer en mejores manos.

Después, cuando Basilio, lord Dyncourt, reposó en la tumba de sus mayores, sucedióle Cirilo, y llegó a ser, en pocos años, uno de los hombres más eminentes de Inglaterra. Durante mucho tiempo se negó a contraer matrimonio; el amor que profesaba a su madre, tenía algo de maravilloso. Declaró que no se casaría hasta que no encontrase una que se le pareciese. Esta "season" ha corrido el rumor de que la hija menor de los Duques de Hartloigh, la hechicera y gentil lady Blanca, tiene grandes probabilidades de llegar a ser lady Dyncourt.

Lady Silvia vive en Dyncourt House, es muy raro que salga al campo; está atareada en la fundación de casas de refugio para aquellos jóvenes que quedan abandonados en el mundo; no ahorra dinero ni fatigas, y su idea ha salvado más jóvenes de las que pudiéramos dar cuenta.

La dejamos bella, querida y respetada. Su historia hubiera podido ser diferente; pero Dios fué bueno para ella; y, aun cuando muchos peligros y tribulaciones se ofrecieron en el camino de su vida, nadie como ella cruzó con más nobleza y más resignación este camino a TRAVÉS DEL MUNDO.

FIN

EL PRIMER LADRON

(CUENTO)

Subiendo a ocupar mi asiento de banqueta en la diligencia que iba de Laredo a Santander, me encontré con Pepe Linde, antiguo condiscípulo, de quien no había vuelto a saber nada desde que al terminar la carrera, salimos de la Universidad.

A pesar de los muchos años que habían pasado, me reconoció en seguida.

Después de las expansiones propias de antiguos compañeros de aulas, que por un simple azar vuelven de pronto a encontrarse cuando menos lo piensan, yo quise darle una prueba de mi buena memoria, y le recordé un hecho de su vida estudiantil; una vez Pepe Linde, al ir a examinarse de Derecho romano, se volvió atrás y perdió el curso sólo porque había entrado a la sala de exámenes con el pie izquierdo y creyó ver en esto el augurio de una mala nota. Acogió mi recuerdo con una ligera sonrisa.

—¿Qué sigues siendo tan supersticioso como entonces?—le pregunté.

—No tanto...!—me contestó.—Pero aún no estoy completamente curado de esa manía.

Y al ir la diligencia avanzando por entre los altos árboles de la alameda de Laredo, una de las hermosas de toda la costa cantábrica, Pepe Linde se puso a contarme lo que desde los tiempos de la Universidad había sido de él.

De la carrera no había sacado ningún provecho. Ni siquiera había llegado a ejercitarla. Apenas tomó el título, consiguió que lo nombraran abogado de pobres, y le tocó la defensa de un criminal, a quien sólo se le podía condenar, a lo sumo, por muy mal defendido que estuviese, a unos cuantos años de prisión. Cuando Pepe Linde se disponía a estudiar la causa, el procesado se mató en la cárcel. Tan poca confianza le inspiraba su defensor, que se suicidó por miedo a que le dieran garrote.

Ante este fracaso anticipado, Pepe Linde se despidió para siempre de la toga, que no llegó a estrenar.

Podía permitirse rasgos de esos, perdiendo cursos y abandonando carreras, porque no necesitaba de su trabajo para vivir. Tenía en la Habana un tío, dedicado a grandes negocios mercantiles que le enviaba una cantidad mensual su-

ficiente para pasarlo bien, y como los giros se sucedían con perfecta regularidad, Pepe Linde, sin penas ni cuidados, no se ocupó más que en darse buena vida.

Sin embargo, en cierta ocasión estuvo a punto de lanzarse a los negocios; pero escarmentó en cabeza ajena, al ver arruinarse a un amigo que empleó toda su fortuna en acciones de una empresa de alumbrado eléctrico, de la que se esperaban ganancias fabulosas.

—En aquella ocasión, me convencí—añadía Pepe Linde—de que el mejor negocio es no tener ninguno.

—Para pensar así—le repliqué yo—hay que contar con un tío rico y generoso en la Habana.

—¡Ay—murmuró entonces.—Todo eso acabó ya! Te hablaba del pasado... Para mí el presente es muy distinto. Mi tío Tomás murió hace tres meses viajando por la isla de Cuba... Yo era su heredero... Esperaba una grande herencia... algo así como dos millones. Mas esa esperanza engañosa se desvaneció. El apoderado que mi tío había dejado en la Habana lo realizó todo a escape, fraudulentamente, y se dió prisa a desaparecer, llevándose el dinero... ¡Y aquí me tienes ya para siempre sin herencia y sin giro mensual! Como ahora necesito ganarme la vida, he tenido que tomar un empleo... ¡Y gracias que me lo han dado...! ¿A que no le figuras lo que ahora soy...? ¡Sorpréndete! ¡Soy inspector de policía de este distrito...! ¡Quién me lo hubiera dicho a mí cuando estudiábamos leyes! ¡Y aquí, a este rincón de la montaña, en el que no pensé nunca, he venido a parar!

Ayer mismo se firmó mi nombramiento, y voy a recogerlo a la capital de la provincia, de donde volveré mañana o pasado mañana, para entrar desde luego en el ejercicio de mis funciones... ¿Eh? ¿Qué te parece?

Me quedé, en efecto, sorprendido ante aquel cambio que acababa de operarse en la existencia de Pepe Linde. En esto, su mirada se ensombreció, y el rostro de mi antiguo condiscípulo tomó un aspecto grave.

—Está preocupándome una cosa—murmuró.—¿Tendré suerte ó desgracia en la primera detención que lleve a cabo...? De ello depende el

porvenir de mi carrera.... Porque la verdad en esta nueva carrera en que me obligan á entrar las circunstancias, lo mismo puedo verme condenado toda la vida á ser un vulgar polizonte, que puedo tener la suerte de adquirir universal y perpetuar mi nombre en la Historia. Si mi primera detención es la de un insignificante ratero, mal principio, estoy perdido: moriré, seguramente, sin pasar de inspector de este distrito ignorado.... Si el primero á quien detenga resulta ser, por ejemplo, un alto personaje ó el autor de algún importante robo al Banco de España, de la manera más fácil del mundo puedo cualquier día llegar á la altura de aquel célebre La Reynie, de Luis XIV, ó del no menos célebre Gorón, de nuestra época. ¡Porque yo opino que, por cualquier camino que se vaya, lo decisivo es el primer paso!

Tuve que sacar á Pepe Linde de sus hondas preocupaciones, porque la diligencia había llegado á Escalante y yo me quedaba allí á pasar tres ó cuatro días en casa de un amigo.

—¿Tres ó cuatro días?—exclamó él.—Pues antes de que te rayas estaré de nuevo aquí.... ¡Hasta la vuelta!

En Santander le entregaron á Pepe Linde un legajo de papeles que le traía de la Habana el vapor correo de Cuba, que acababa de entrar en el puerto.

Era toda la herencia que se recibía de su tío Tomás.

Examinó el contenido con impaciencia febril, y no tardó en ver que aquellas papeles carecían en absoluto de valor. La mayor parte de ellos eran cartas de amigos particulares de su tío, que desde la península le pedían dinero ó le daban las gracias por cantidades que generosamente les había girado. Pensó Pepe Linde que hubieran podido en la Habana ahorrarse el trabajo de enviarle aquellos papeles inútiles.

A mi llegada á Escalante hablaban todos allí de la boda de una señorita del pueblo, llamada Elisa, que vivía frente á la casa adonde yo había ido á parar, y que estaba ya en vísperas de casarse con un indiano procedente de México, según decían, y poseedor de una gran fortuna. La novia era hermosísima y muy joven, alta, gallarda y con todo el desarrollo de una arrogante mujer.

Sábese que estaba enamorada de un mozaibete de la misma edad que ella, y que sólo obligada por sus padres consentía en aceptar aquel matrimonio de conveniencia con el indiano, hombre ya de edad madura. El muchacho, cuyo nombre era Julián, mostrábase desesperado, loco, al ver que iba á ser de otro hombre aquella á quien él quería, y su exaltación iba aumentando á medida que el instante de la boda se acercaba. Obstinado más que nunca en rondar la casa de Elisa, acechando á todas horas la salida de la joven, hubo que alejarlo de allí varias veces ya con engaños, ya con amenazas.

Los padres de Elisa temían que se deshiciera aquella ventajosísima boda, de la que estaban envidiosas todas las señoritas de Escalante y pueblos circunvecinos, dealumbradas por el brillo de los magníficos diamantes que el indiano lucía.

Pepe Linde regresó en la diligencia de Santander el día mismo de la ceremonia nupcial, cuando los novios y los invitados se disponían á ir á la iglesia. Me enseñó su bastón de delegado de la autoridad y los papeles que en Santander le dieron.

—¿Es curioso!—me dijo.—He venido por el camino leyendo estas cartas que me han mandado de la Habana... No puedes formarte idea del número de antiguos amigos que desde diferentes pueblos de España le sacaban á mi tío el dinero.... ¡Hasta de Escalante! De este pueblo en que estamos.... ¡Sí, mira! Un amigo que, al darle las gracias por un giro de mil pesos, le anuncia en la carta el próximo envío del retrato de su hija, "que admiran todos por su extraordinaria belleza, y que acaba de ponerse de largo...." ¡Hum! ¡Si querría el amigo éste pesear á mi tío....!

De repente oyéronse gritos.

—¿A ese!

—¿A ese ladrón!

—¿Que se lleva un guardapelo de oro de la novia!

Julián corría con rapidez vertiginosa, y la gente perseguía atropellada.

Pepe Linde vio correr al muchacho y se hizo el distraído, mirando á otro lado con disimulo.

—¿Ya ves qué mala sombra!—murmuró á mi oído.—No podía comenzar peor mi nueva carrera.... ¡Estrenarme así, aprehendiendo á un raterillo, á un chicleo....!

—A ese, á ese, que se escapó!—volvieron á gritar dirigiéndose á Pepe Linde, algunos que se habían fijado en su bastón al salir apresurados de casa de la novia.

No le era ya posible al delegado de la autoridad seguir haciéndose el sordo por más tiempo, y cuando de mala gana iba á echar á andar hacia donde los de los gritos le indicaban, asomóse el indiano gesticulando y enrojecido de cólera á una ventana baja de la casa de su futura y encarándose con Pepe Linde, le interpeló.

—Pero, señor inspector, ¿qué hace usted? ¿Por qué no cumple usted con su deber? ¿No es usted el inspector de policía? ¿Por qué no aprehende á ese ladrón?

—¿El ladrón no es Julián! ¡El ladrón es ese indiano que ha venido á robarle la novia!—replicó desde la calle un chico de trece ó catorce años.

—¿Y ella es quien le ha dado á Julián el guardapelo de oro! ¡Lo he visto yo!—añadió en seguida una niña de menos edad que estaba á la puerta.

—¿Tienen razón esos chicos!—gritó la novia desde uno de los balcones, rompiendo á llorar.—¡Aquí no hay más ladrón que ese hombre con quien van á casarse....! ¡Él es el ladrón, él es el ladrón!

—¡Hola! ¡hola! ¡hola!—murmuró Pepe Linde animándose y veudo á penetrar resueltamente en la casa.—¡Ahora verá usted, señor indiano, cómo sé cumplir con mi deber!

El padre de la novia, aturdido, le salió al encuentro hasta la calle, apresurándose á decir:

—No la crea usted!

Y luego, mirando con expresión airada hacia el balcón adonde se había asomado su hija, exclamó todo descompuesto.

—Pero, ¿qué es lo que has dicho, Elisa....? ¿Has perdido el juicio?

—¿Elisa?—balbuceó Pepe Linde dándose una palmada en la frente.

Y buscando con precipitación entre sus papeles la carta fechada en Escalante, que hacía un momento me había enseñado, se la presentó al atribulado padre, preguntándole ansioso:

—¿No es usted el que ha escrito esta carta?

—¿A ver....! Sí, sí, es mi letra—contestó el padre de Elisa.—Pero no comprendo.... Es la carta que le escribí hace algunos meses á un amigo que yo tenía en la Habana y que ha muerto, á mi amigo Tomás Linde.

—¿Precisamente....! ¿Y llegó usted á mandarle el retrato anunciado en esta carta?—continuó el flamante inspector de policía, en cuyo rostro se reflejó una idea súbita y luminosa.

—Ya lo creo....! El retrato de mi hija al ponerse de largo.

—¿Cuánto tiempo hace que este indiano vino á Escalante?

—No hace dos meses todavía.

—¿Y antes no lo conocían ustedes?

—No.

—¿Ah, pues vamos á coger al ladrón!

Y pronunciando estas palabras, Pepe Linde se lanzó dentro de la casa de un brinco.

Apoderóse á viva fuerza del indiano y lo registró minuciosamente, sin hacer caso alguno de los padres de Elisa, que ponían el grito en el cielo, escandalizados ante lo que ellos juzgaban un atropello brutal.

—Este es, sí! ¡Este es!—se le oyó decir en un rugido de alegría.—En su cartera un documento con su verdadero nombre....! Lo recuerdo muy bien.... El nombre del apoderado de mi tío Tomás.... ¡Y cheques sobre Londres, sobre París y sobre Hamburgo, por valor de más de un millón....! Es el producto de mi herencia, que mal vendió para robármela.... ¡Y aquí el retrato enviado á la Habana, el de esta señorita, á quien ha venido á engañar, queriendo casarse con ella con un nombre falso....! Ah, bribón, ya estás en mi poder!

El indiano, al verse perdido, cayó de rodillas pidiendo perdón. Y mientras los padres de Elisa, atónitos se hacían cruces ante lo que ocurría, Pepe Linde expresábase en satisfacción en estas palabras:

—¿La verdad es que he tenido suerte con el primer ladrón que he cogido!

Después oí de sus labios esta reflexión melancólica:

—¡Lástima que ya no me haga falta mi nueva carrera!.... Lo único que he empezado bien.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

LA CONDENADA

(CUENTO)

Catorce meses llevaba Rafael en la estrecha celda.

Tenia por mundo aquellas cuatro paredes de un triste blanco de hueso, cuyas grietas y desconchaduras se sabía de memoria; su sol era el alto ventanillo cruzado por sus hierros que cortaban la azul mancha del cielo; y del suelo de ocho pasos, apenas si era suya la mitad, por culpa de aquella cadena escandalosa y chillona, cuya argolla incrustándosele en el tobillo, había llegado casi á amalgamarse con su carne.

Estaba condenado á muerte, y mientras en Madrid hojaban por última vez los papeles de su proceso, él se pasaba allí meses y meses enterrado en vida, pudriéndose como animado cadáver en aquel ataúd de argamasa, deseando como un mal momentáneo, que pondría fin á otros mayores, que llegase pronto la hora en que le aprataran el cuello, terminando todo de una vez.

Lo que más le molestaba era la humedad;

aquel suelo barrido todos los días y bien fregado para que la humedad, filtrándose á través del petate, se le metía en los huesos; aquellas paredes, en las que no se dejaba parar ni una mota de polvo. Hasta la compañía de la soledad le quitaban al preso. Soledad completa. Si allí entrasen ratas, tendría el consuelo de partir con ellas la escasa comida y hablarlas como buenas compañeras; si en los rincones hubiera encontrado una araña, se habría entretenido domesticándola.

No querían en aquella sepultura otra vida que la suya. Un día, como lo recordaba Rafael, un gorrion se asomó á la reja cual chiquillo travieso. El bohemio de la luz y del espacio habla como expresando la extrañeza que le producía ver allá abajo aquel pobre ser amarillento y flaco estremeciéndose de frío en pleno verano, con unos cuantos pañuelos anudados á las sienes y un harapo de manta ceñido á los riñones. Debía asustarle aquella cara angulosa y fría, con una

blancura de papel macado; le causó miedo y huyó sacudiendo sus plumas como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquellos al menos veían cielo libre sobre sus cabezas, no tragaban el aire á través de una aspillera; tenían las piernas libres y no les faltaba con quien hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus gradaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba él á los del patio, considerando su situación como una de las más apetecibles; los presos envidiaban á los de fuera, á los que gozaban de libertad; y los que á aquellas horas transitaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionando ¡quién sabe cuántas cosas!... Tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse, perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse rezando en monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre y que sólo recordaba á trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? A ver, mucho silencio. Le querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Loco! No quería serlo; pero el encierro, la inmovilidad y aquel rancho escaso y malo acababan con él. Tenía alucinaciones; algunas noches, cuando cerraba los ojos molesto por la luz reglamentaria á la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estafalaria idea de que durante el sueño sus enemigos, aquellos que querían matarle y á los que no conocía, le habían vuelto el estómago del revés. Por esto le atormentaba con cruel pinchazo.

De día pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada, que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natad, después de su primera campaña carcelaria por ciertas lesiones; en renombre en todo el distrito, la concurrencia de la taberna de la plaza, admirándole con entusiasmo: "¡Qué bruto es Rafael!" La mejor chica del pueblo se decidía á ser su mujer, más por miedo y respeto que por cariño; los del ayuntamiento le halagaban, dándole escopeta de guardia rural, espoleando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba sin obstáculos en todo el término; tenía á "los otros," los del bando caído, en un puño, hasta que, cansados éstos, se ampararon de cierto valentón, que acababa de llegar también de presidio, y lo colocaron frente á Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro: había que mojar la oreja á aquel individuo que le quitaba el pan. Y, como consecuencia inevitable vino la espera del acecho, el escopetazo certero y el rematarle con la culata para que, no chillase ni patease más.

En fin... ¡cosas de hombres! Y como final, la cárcel, donde encontró antiguos compañeros;

el juicio, en el cual todos los que antes le temían, se vengaron de los miedos que habían pasado, declarando contra él; la terrible sentencia y aquellos malditos catorce meses aguardando que llegase de Madrid la muerte que, por lo que se hacía esperar, sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Esteban, en todos aquellos esforzados paladines cuyas hazañas, relatadas en romance, había escuchado siempre con entusiasmo y se reconocía con tanto redado como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo ahogar inútilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él; otro al que hasta entonces no había conocido, que tenía miedo y floriqueaba no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brebaje ardiente de algarrobos é liigos que en la cárcel llaman café.

Del Rafael antiguo que deseaba la muerte para terminar pronto, no quedaba más que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pensaba con terror que va iban transcurridos catorce meses y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría á pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso; presentía que la desgracia se acercaba; la veía en todas partes; en las caras curiosas que asomaban al ventanillo de la puerta; en el cura de la cárcel, que ahora entraba todas las tardes como si aquella celda infecta fuera el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡Malo, malo!

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Qué si era buen cristiano? Si, padre. Respetado á los curas, nunca les había faltado en tanto así; y de la familia no había que decir; todos los suyos habían ido al monte á defender el rey legítimo, porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo, sacaba de entre los guñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas. Después el cura le hablaba de Jesús, que con ser hijo de Dios se había visto en situación semejante á la suya, y esta comprobación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día en que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte, pero á gran velocidad, por el telégrafo.

Al decirle un empleado que su mujer, con la niña que había nacido estando él preso, rondaba la cárcel pidiendo el verie, no dudó ya. Cuando aquella dejaba el pueblo, es que la "cosa" estaba encima.

Le hicieron pensar en el indulto y se agarró con furia á esta última esperanza de todos los desgraciados. ¿No lo alcanzaban otros? ¿Por qué no él? Además, nada le costaba á aquella buena señora de Madrid librarle la vida; era asunto de echar una "firmica."

REGALO DE "EL IMPARCIAL"

EL

Orgullo de una Raza

POR

CARLOTA M. BRAEME

Linotipografía, de "El Imparcial," Puente Quebrado Núm. 4.

MEXICO D F.

1908

blancura de papel macado; le causó miedo y huyó sacudiendo sus plumas como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquellos al menos veían cielo libre sobre sus cabezas, no tragaban el aire á través de una aspillera; tenían las piernas libres y no les faltaba con quien hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus gradaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba él á los del patio, considerando su situación como una de las más apetecibles; los presos envidiaban á los de fuera, á los que gozaban de libertad; y los que á aquellas horas transitaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionando ¡quién sabe cuántas cosas!... Tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse, perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse rezando en monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre y que sólo recordaba á trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? A ver, mucho silencio. Le querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Loco! No quería serlo; pero el encierro, la inmovilidad y aquel rancho escaso y malo acababan con él. Tenía alucinaciones; algunas noches, cuando cerraba los ojos molestando por la luz reglamentaria á la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estafalaria idea de que durante el sueño sus enemigos, aquellos que querían matarle y á los que no conocía, le habían vuelto el estómago del revés. Por esto le atormentaba con cruel pinchazo.

De día pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada, que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natad, después de su primera campaña carcelaria por ciertas lesiones; en renombre en todo el distrito, la concurrencia de la taberna de la plaza, admirándole con entusiasmo: "¡Qué bruto es Rafael!" La mejor chica del pueblo se decidía á ser su mujer, más por miedo y respeto que por cariño; los del ayuntamiento le halagaban, dándole escopeta de guardia rural, espoleando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba sin obstáculos en todo el término; tenía á "los otros," los del bando caído, en un puño, hasta que, cansados éstos, se ampararon de cierto valentón, que acababa de llegar también de presidio, y lo colocaron frente á Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro: había que mojar la oreja á aquel individuo que le quitaba el pan. Y, como consecuencia inevitable vino la espera del acecho, el escopetazo certero y el rematarle con la culata para que, no chillase ni patease más.

En fin... ¡cosas de hombres! Y como final, la cárcel, donde encontró antiguos compañeros;

el juicio, en el cual todos los que antes le temían, se vengaron de los miedos que habían pasado, declarando contra él; la terrible sentencia y aquellos malditos catorce meses aguardando que llegase de Madrid la muerte que, por lo que se hacía esperar, sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Esteban, en todos aquellos esforzados paladines cuyas hazañas, relatadas en romance, había escuchado siempre con entusiasmo y se reconocía con tanto redado como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo ahogar inútilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él; otro al que hasta entonces no había conocido, que tenía miedo y floriqueaba no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brebaje ardiente de algarrobos é liigos que en la cárcel llaman café.

Del Rafael antiguo que deseaba la muerte para terminar pronto, no quedaba más que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pensaba con terror que va iban transcurridos catorce meses y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría á pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso; presentía que la desgracia se acercaba; la veía en todas partes; en las caras curiosas que asomaban al ventanillo de la puerta; en el cura de la cárcel, que ahora entraba todas las tardes como si aquella celda infecta fuera el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡Malo, malo!

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Qué si era buen cristiano? Si, padre. Respetado á los curas, nunca les había faltado en tanto así; y de la familia no había que decir; todos los suyos habían ido al monte á defender el rey legítimo, porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo, sacaba de entre los guñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas. Después el cura le hablaba de Jesús, que con ser hijo de Dios se había visto en situación semejante á la suya, y esta comprobación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día en que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte, pero á gran velocidad, por el telégrafo.

Al decirle un empleado que su mujer, con la niña que había nacido estando él preso, rondaba la cárcel pidiendo el verie, no dudó ya. Cuando aquella dejaba el pueblo, es que la "cosa" estaba encima.

Le hicieron pensar en el indulto y se agarró con furia á esta última esperanza de todos los desgraciados. ¿No lo alcanzaban otros? ¿Por qué no él? Además, nada le costaba á aquella buena señora de Madrid librarle la vida; era asunto de echar una "firmica."

REGALO DE "EL IMPARCIAL"

EL

Orgullo de una Raza

POR

CARLOTA M. BRAEME

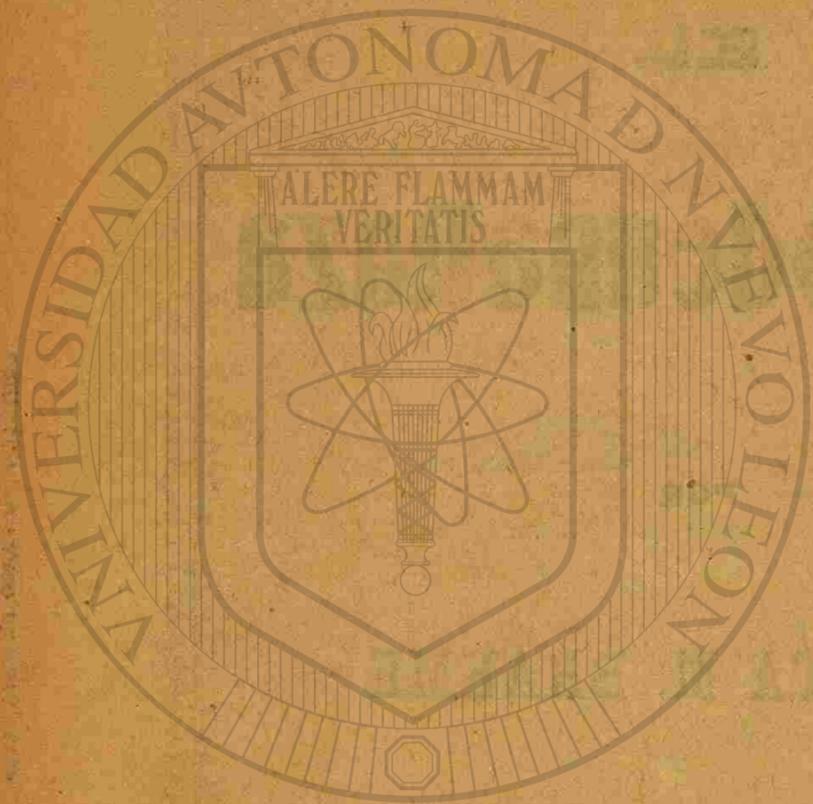
Linotipografía, de "El Imparcial," Puente Quebrado Núm. 4.

MEXICO D F.

1908

CORTESE A LO LARGO DE

CORTESE A LO LARGO DE ESTA LINEA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

El Orgullo de una Raza

CAPÍTULO PRIMERO

—Bibiana,—dijo lady Neslie,—he estado pensando acerca de lo que me dijo Mr. Norman y estoy de acuerdo con él; es preciso darle un ayo á Osvaldo.

El bello rostro de Bibiana se iluminó como si hubiera recibido una gran merced.

—He resuelto,—continuó milady,—ultimar el asunto inmediatamente.

—Habrá que buscar un profesor de Oxford, á ser posible,—observó Bibiana.

—No, prefiero un francés,—declaró milady.—Yo no soy inglesa. Los profesores de Oxford serán tan sabios como quieran... pero no tienen atractivos para mí. Quiero que mi hijo tenga un ayo francés.

Miss Neslie no quiso objetar; mejor un ayo francés que ninguno. Hubiera preferido un profesor inglés, pero aquel asunto era de la exclusiva competencia de su madrastra.

—En París encontré con un primo mío... no primo realmente, pues ya se sale de la parentela... Enrique de Nouchet... y me preguntó si sabía de alguna colocación idónea. Como no había pensado dar ayo á Osvaldo, contesté negativamente; pero ahora se me ocurre que puede ser la persona indicada.

—¿Es competente?—preguntó Bibiana.

—Mis amigos no son tan ignorantes como usted pudiera imaginar,—replicó milady altivamente.

Pero Bibiana no quiso ofenderse; estaba en juego algo de mucho interés para dejarse llevar de pequenece; los sentimientos egoístas debían

dejarse á un lado; tenía sobre el tapete un asunto.

—Querida Valeria,—dijo con calma,—no imagino nada que sea ofensivo. Un hombre puede ser tan bueno é inteligente como se quiera, y, sin embargo, inepto para la enseñanza; el profesorado requiere capacidades peculiares.

—Quiero hacer lo que me plazca,—anunció milady.—Enrique de Nouchet será el tutor de mi hijo, y hoy mismo le escribiré ofreciéndole la plaza. Quizás rehuse... es poca cosa para un *de Nouchet*; pero le pagaré espléndidamente y le trataré como de familia, si acepta.

—Perspectiva poco agradable,—pensó miss Neslie;—pero todo por bien del niño.

Milady prosiguió:

—Hemos de hablar de otra cosa, Bibiana. Pronto hará un año que murió mi pobre marido... su buen padre. Naturalmente, yo lo siento mucho y todo lo demás, pero creo también que pudiéramos hacer algo para animarnos... una comida ó un baile sin mucho ruido. Podría usted dejar ese luto agobiador y alivar un poco el negro. Si Mr. de Nouchet viene, creerá que esto es una cárcel.

—Usted manda en su casa,—replicó Bibiana.—No pienso dejar el luto hasta que no se haya cumplido el año, ni mucho menos aparecer en bailes ó comidas de gala. Eso sería ofender la memoria de mi padre.

—Puede usted hacer lo que guste,—observó la viuda,—y yo haré otro tanto.

—Valeria,—dijo miss Neslie,—no se enfade usted si le digo una cosa. Si ese caballero viene á dirigir la educación de Osvaldo, seguramente no pretenderá que se le dediquen festejos de ninguna clase.

—Eso se lo dirá él cuando venga,—repuso lady Neslie riendo.—Hoy pienso escribirle. Es-

pero que usted aceptará, y entonces esto se animará un poco.

Bibiana oyó esto con considerable recelo. Tenía un presentimiento sobre la llegada de aquel Enrique de Nouchet que se hubiera avergonzado de confesar y que apenas hubiera podido expresar en palabras. Las antiguas dudas y sospechas que había abrigado acerca de su madrastra, volvieron á su mente. Estaba inquieta; el honor de la casa había sido confiado en sus manos.

Tan sólo á una persona podía consultar, una sola á quien podía acudir en un momento de prueba. Contó á Gerardo Norman la conversación que había tenido con lady Neslie.

—No puedo explicarle mi presentimiento,—dijo,—el mismo sentimiento de depresión y desgracia que cuando vino usted á buscarme la noche que mi padre se puso enfermo. No puedo dar cuenta, pero me parece que si ese extranjero entra en casa, vendrá la desgracia con él, como vino con lady Neslie.

Gerardo comprendió, pero se sintió impotente para prestar ayuda.

—Serviría de algo el que yo tomase informes en París?—dijo.—Al menos sabríamos quién es ese Enrique de Nouchet.

—Y qué adelantamos con eso, Mr. Norman? Aun cuando llegásemos á saber que es incapaz moral y mentalmente, esto no impediría á milady el hacerle venir. Posee todo el poder. Ahora veo la falta de previsión que ha cometido mi pobre padre. Debiera haber puesto á Osvaldo bajo la tutela de una persona idónea, con facultad para poder interceder en su educación.

—Sí, debió prevenirlo,—dijo Mr. Norman.—Lo único que podemos hacer es esperar por lo mejor. Lady Neslie tendrá algún miramiento á la opinión, si no á usted. No creo que quiera arriesgar su crédito trayendo una persona indigna á su casa. Si así lo hiciera sería preciso...

Hizo una pausa.

—Preciso qué?—preguntó la joven.

—Apelar á las leyes. Pero hasta entonces, querida miss Neslie, no pierda usted las esperanzas.

Con súbito, franco impulso, ella le tendió la mano, diciendo:

—Es usted un verdadero amigo. ¿Qué haría yo en este momento de apuro sin usted?

Y, á haberle dado todo el mundo, no le hubiese hecho tan orgulloso y feliz como con aquellas palabras. Bibiana comprendió que no le restaba más sino tener paciencia. Toda esperanza de bien por parte de Valeria había concluido.

Algunos días después le dijo Valeria:

—¿Recuerda usted lo que hablamos hace poco respecto á un ayo para Osvaldo? Tengo el placer de manifestarle que he realizado mi propósito; Enrique de Nouchet acepta.

Milady miraba á la joven con risitas y maliciosos ojos.

—Será un alivio para mí tener un amigo en quien poder confiar. Enrique de Nouchet, por supuesto, es hombre de talento. Cuando trans-

curran algunos años Osvaldo irá á Oxford y entonces Mr. de Nouchet sucederá á Mr. Norman.

Bibiana nada dijo; comprendió que era inútil.

—Bibiana,—continuó milady,—espero que le encuentre usted digno de ser amable con él. Si no, ya sabe usted la alternativa. Estoy determinada á que quede satisfecho de su estancia en casa.

Por el honor de la casa reprimió la joven la ardiente pasión de su indignado orgullo. Si ella se marchaba, dado el presente estado de cosas,

—Ay, padre mío,—murmuró la infeliz doncella,—qué carga me has dejado!

Sintió alguna sorpresa al encontrar que lady Neslie había elegido dos de los mejores aposentos de la casa para el ayo, consistentes en un espacioso gabinete y una lujosísima alcoba.

—No es una persona ordinaria,—observó milady altivamente.—Para personas como Mr. Norman no me hubiese tomado tanto trabajo; pero M. de Nouchet es un caballero y pariente, aun cuando distante.

—Siempre había creído que los D'Este eran una familia muy rica,—observó Bibiana.—¿Cómo es que este caballero se ve obligado á ganarse la vida?

Milady tuvo un acceso de tos.

—Mi querida Bibiana,—dijo,—mi padre era de D'Este y mi madre de Nouchet... y los de Nouchet siempre han sido pobres.

Los aposentos fueron preparados con gran enojo de Bibiana. Compróse un nuevo caballo de silla, destinado para uso de M. de Nouchet.

—¿Piensa usted que el ayo de su hijo pasará mucho tiempo montando á caballo?—preguntó Bibiana.

Y Valeria replicó con risita burlona:

—Lo que hará el ayo de Osvaldo se verá cuando venga.

Llegó por Mayo. Aparentemente no tenía gran prisa por ocupar el empleo que le ofrecía lady Neslie. Llegó en Mayo, cuando florecían las lilas, y los labrinos brillaban como fuego en medio de las verdes hojas.

Bibiana observó aquello con una admiración que parecía temor. Parecía mejor la llegada del dueño de la casa que la de un dependiente. Se le envió el carruaje á la estación; se aplazó la comida.

—Enrique está acostumbrado á comer bien,—dijo milady.—No le gustaría una comida de cualquier manera.

—Pero,—preguntó Bibiana,—quiere usted que el ayo coma con nosotros todos los días?

—Mi hijo y su ayo,—replicó Valeria.—Ya es hora de que el niño aprenda maneras.

—Pero es que yo no he oído jamás semejantes arreglos...

—Probablemente oirá usted de algunos que le sorprenderán más,—contestó milady riendo.

—Sólo una cosa he de decir... si usted no quiere comer con mi pariente, que es también mi amigo, no se esfuerce usted en acompañarnos.

Así, con profunda desesperación, Bibiana observaba el curso de los acontecimientos, y el

cuatro de Mayo entró Enrique de Nouchet en Lancelwood.

CAPITULO II

Miss Neslie sobresaltóse un tanto cuando entró en el salón, el día de la llegada del ayo, al verle sentado allí, riendo y conversando con lady Neslie en los términos más familiares. Estaban ambos en un diván y Osvaldo jugaba por allí cerca. Milady había hecho desaparecer el último vestigio del luto. Aparecía radiante con un traje de seda rosa y encaje blanco, ostentando diamantes en los cabellos y en el cuello. Enrique de Nouchet la contemplaba con ojos llenos de admiración cuando Bibiana entró en el salón.

Monsieur se levantó vivamente, mirando con respeto á la alta, majestuosa joven, cuyo bello, noble rostro, y torneado cuello salía de una nube de crespon negro. Valeria levantóse también é hizo la presentación de M. de Nouchet en breves palabras.

—Un primo mío,—dijo.

Pero, á una jovial observación del forastero, se corrigió:

—Primo exactamente, no; pariente lejano, sí.

El ayo inclinóse y dijo que milady le hacía mucho honor. Bibiana le habló con mucha amabilidad, aun cuando estaba enojada de encontrarle allí, y de observar su demasiada intimidad con lady Neslie. El ayo no entró en conversación con ella desde el primer momento; parecía mejor estudiarla. Y se comportó también con más gravedad después de su entrada. Tomó á Osvaldo en sus brazos, pero el niño no pareció mostrarle gran amistad.

—Tienes los ojos negros y no me gusta tu cara,—dijo con su habitual encantadora franqueza.—Quiero más á Mr. Norman.

El rostro del ayo se oscureció.

—¿Quién es Mr. Norman?—preguntó después de unos momentos.

Y milady replicó:

—El secretario que fué de mi difunto esposo. Hoy es agente, secretario, apoderado y todo lo demás. Vive aquí, pues sí; Arturo, mi marido, le quería tener cerca.

—Vamos... una especie de factótum... un servidor de confianza.

—Sí,—dijo milady.

—No,—objetó Bibiana tomando parte en la conversación.—Mr. Norman era un buen amigo de mi padre, y hoy es un buen amigo mío.

El ayo miró á las dos mujeres con alguna sorpresa. Milady sonrió significativamente y le dijo algo en francés de una manera tan rápida que Bibiana no pudo oírlo; el ayo sólo la miró con más atención. Entonces sonó la campana llamando á comer y milady tomó el brazo del ayo.

—Va á comer Osvaldo con nosotros, Valeria?—preguntó miss Neslie.

—Ciertamente,—fué la brusca respuesta.

Bibiana tomó la mano del niño y siguió á la

riente pareja al comedor. El corazón le ardía en el pecho; su colérico desdén era tan grande, que con dificultad podía reprimirlo; pero le era preciso sostener el honor de su raza y no quería exponerlo á la murmuración.

Como de costumbre, Valeria ocupó la cabecera, sentándose al ayo á su derecha. Bibiana, cuyo rostro estaba encendido de vergüenza y humillación, vió la admirada expresión de los criados; sorprendió la mirada de indignación del anciano mayordomo dirigida á lady Neslie. Pudo imaginarse los comentarios, las habillitas, el disgusto de los pocos fieles servidores que habían quedado.

Monsieur de Nouchet trató al principio de entablar conversación con miss Neslie; estuvo de lo más cortés y deferente; dirigióla cumplimientos que ella recibió en perfecto silencio.

—Ese hombre no conoce su posición,—pensó.—un ayo no tiene el derecho de ponerse en un pie de igualdad conmigo.

Después le volvieron á la mente todas sus buenas resoluciones. Si podía beneficiar á Osvaldo hablando con aquel hombre, por repulsivo que le fuese, lo haría; si podía interesarle y hacerle comprender sus miras acerca del niño, desearía todo sentimiento de enojo y mortificación; se sobrepondría á todo sentimiento personal y cumpliría su deber.

Se sometió á una ruda prueba; antes de que la comida hubiese terminado, era tan claro para ella como para los criados, que el ayo sería el amo y señor. Lady Neslie le consultaba; defería á sus deseos como lo hubiese hecho con sir Arturo; se mandaron sacar para él los mejores vinos de la bodega; se avisó al cocinero que debía preparar cierto número de platos franceses todos los días. Lady Neslie le preguntó si querían.

Bibiana estaba horrorizada. ¿Qué nueva desgracia era esta que había caído sobre la infeliz mansión de los Neslie? Hubiese dado cualquier cosa por escapar á su habitación; pero temía los comentarios de la servidumbre si dejaba sólo á los dos amigos. El niño fué enviado á la cama y Bibiana imaginó—no estaba segura—que Valeria había dicho á M. de Nouchet:

—No le dará á usted mucho que hacer.

Preguntóse si aquello no era un terrible sueño, una espantosa pesadilla. Encaminóse al piano y comenzó á tocar. Valeria pareció no fijarse y el ayo ocupó de nuevo su asiento junto á milady. Hablaron, rieron, bromearon, acentuándose el calor en las mejillas de Valeria; todo jovialidad y sonrisas, mientras Bibiana observaba en silencioso estupor.

De pronto, lady Neslie cruzó el salón para decirle lo siguiente:

—Bibiana, monsieur de Nouchet y yo pensamos ir mañana á Ladypool, á caballo. ¿Quiere usted acompañarnos?

La pregunta era sencilla; la respuesta más difícil. Bibiana se preguntó si podía rebajarse á hacer el tercio en semejante partida. Su corazón se rebelaba á la sola idea; no le era posible ponerse en iguales términos. Su conciencia

preguntó qué cosa era peor: que pareciera identificarse con ellos, ó que ellos llamasen la atención cabalgando solos á través de la campiña. Una súbita evasiva se le ocurrió.

—¿A Ladypool?—dijo.—Pero, ¿no habrá tiempo para esto, Valeria, si Osvaldo ha de empezar sus lecciones?

—Monsieur de Nouchet quiere tomarse unos días antes de empezar... le he prometido enseñarle las cercanías. Pero puede usted venir á no... como le plazca.

—Dios me ampare,—pensó ella,—pues no sé qué hacer! No quiero comprometerme ahora,—añadió fríamente;—mañana tendré tiempo para decidir.

Pensó que quizás la mañana le traería más clara reflexión. Milady pareció perfectamente indiferente. Bibiana tocó hasta cansarse y luego tomó un libro. Leyó hasta pasada la hora habitual de retirarse, en tanto que Valeria y el ayo charlaban y reían; pero se dijo que, por penoso que le fuese, tenía el deber de permanecer allí. Debía estar donde quiera que la falta de corrección de Valeria hiciera precisa su presencia.

Eran cerca de las doce cuando Valeria se levantó y dijo:

—Estoy perdiendo mi primer sueño. ¿No está cansada, Bibiana?

Monsieur de Nouchet se inclinó profundamente sobre la blanca mano de milady; Bibiana ni siquiera levantó los ojos al darle las buenas noches.

Aquella noche no pudo dormir; estaba inquieta y afligida. ¿Qué significaba aquella terrible familiaridad? ¿Cómo terminaría aquello? ¿Cómo guardar intacto el honor de la casa?

Levantóse á la siguiente mañana esperando, contra toda esperanza, mejores cosas; pero al entrar en el comedor, vió al ayo, y ahora no había la excusa de estar presente el niño. Ocupaba el asiento favorito de su padre; preguntó si habían llegado los periódicos; indicó un plato que quería para el almuerzo. Si el desayuno llega á durar más tiempo, Bibiana hubiese perdido la paciencia. Aquel hombre se conducía como si fuese el dueño de la casa. Miss Neslie apenas podía sufrir este pensamiento.

Después del desayuno, los caballos fueron ensillados. Milady descendió las escaleras, radiante con su traje de amazona. Elevaba un precioso latiguillo—regalo de sir Arturo—en la mano.

—No quiero pedirle á usted de nuevo que nos acompañe, Bibiana,—dijo jovialmente.—He recordado aquel adagio de que "dos son compañía, tres no son nada."

De modo que no le quedaba á miss Neslie el derecho de elección.

Estuvo contemplándolos hasta que los perdió de vista, y después, con el desaliento en su rostro y la desesperación en su corazón, fué en busca de Gerardo Norman.

—¿Qué podré hacer?—dijo con apasionado acento.—¿Qué haré? Si le hago observaciones á lady Neslie, se ofenderá y empeorarán las cosas. ¿Quién ha oído nunca que se traiga á casa un extraño y se le trate como si fuera el dueño?

Gerardo no sabía qué decir ó aconsejar; tan sólo podía tratar de calmar su desesperación.

—Las cosas cambiarán probablemente dentro de pocos días,—dijo.—Lady Neslie evidentemente aprecia á su primo ó lo que sea. Después que le haya enseñado la comarca, y termine la excitación de su venida, con seguridad que se conducirá de otro modo.

—Y entretanto, ¿quién evita el escándalo?—preguntó miss Neslie.—Vé, ayer la extrañada expresión en el semblante de los criados. Piense usted en el escándalo, en los comentarios, en la murmuración, cuando se sepa que lady Neslie y el ayo de su hijo salen juntos á caballo... que vive como un miembro de la familia.

—Sólo podemos esperar que lady Neslie quiera recordar la opinión pública, y lo piense detenidamente antes de desafiarla,—dijo Gerardo.

Y, en cuanto Bibiana reflexionó sobre la materia, vió que sólo podía esperar el curso de los acontecimientos.

Las cosas no mejoraron. M. de Nouchet almorzaba con ellas; pasaba la tarde discurrendo por los invernaderos con milady; comía y pasaba la velada con ellas. Aun no se había hablado nada del niño ni de sus lecciones. Bibiana dejó pasar la irregularidad aquel día, pero prometióse hablar al siguiente.

Lo que le repugnaba sentarse á tomar el desayuno con ellos, no puede expresarse; pero sabía que, si daba orden de que no se lo sirviesen en su habitación, daría pie á toda clase de habélicas entre los criados, y esto, ante todo, es lo que debía evitarse. Descendió las anchas escaleras; parecía que su ausencia ó su presencia eran de poca significación; milady y el ayo estaban embobados en amigable plática. En respuesta á cierta observación de M. de Nouchet, Valeria dijo:

—Hoy daremos un largo paseo. Llegaremos al parque de Nuncham.

Pareció á Bibiana una ocasión oportuna para hablar. Levantó la cabeza y clavó los ojos en el rostro del ayo.

—¿Cuándo piensa usted, monsieur,—dijo,—empezar las lecciones de sir Osvaldo?

Algo desconcertado por este súbito ataque, el ayo volvió los ojos á milady.

—¿Cuándo?—replicó.

—Y todavía no he pensado en ello,—añadió Valeria.—Empezará usted cuando yo se lo indique, y no antes. ¿Tiene usted alguna razón particular para desear saberlo, Bibiana?

—Tan sólo que las gentes van á pensar muy extraño que haya usted buscado un ayo que jamás da una lección,—contestó miss Neslie.

—No se preocupe usted,—dijo Valeria riendo.

—Si Mrs. Gruñona dice algo, envíemela usted á mí y yo le contestaré.

El ayo miró alternativamente á las dos mujeres.

—¿Y quién es Mrs. Gruñona?—preguntó.

—Una señora á la que me gusta pinchar y asustar,—dijo Valeria.—Sé manejar sola, Bibiana; muchas gracias.

Y aquel día Gerardo Norman reanudó las lecciones del niño.

CAPITULO III

Este desagradable estado de cosas en Lancewood duraba ya medio mes. Una ó dos veces el ayo había enviado por el niño ó intentado darle lección; pero ésta había durado poco, y se había convertido en juego.

Bibiana había tenido muchas desazones. El anciano mayordomo, Holmes, le había pedido una entrevista, preguntándole, entre mil excusas y perdones, si era cierto que el ayo iba á comar todos los días con la familia, y si él debía continuar sirviéndole los mejores vinos y licores de la bodega.

—Debe usted obedecer á lady Neslie,—dijo Bibiana.

—Lo haré así si usted me lo manda, miss Neslie; pero se me ha de permitir que diga que soy antiguo servidor... sir Arturo tenía confianza en mí, y si no fuera por usted, miss Neslie, no estaría una hora más en Lancewood.

Ella levantó su alarmada faz.

—¿Y por qué no, Holmes?—preguntó.

—Las gentes andan diciendo cosas muy raras, miss. He vivido aquí desde que era muchacho. El nombre de este lugar me es querido. Jamás creí que se hablara ligeramente de Lancewood.

El rostro de Bibiana se encendió como la púrpura.

—¿Y quién habla ligeramente de esta casa?—preguntó.

—Todo el mundo que sabe lo que pasa aquí, miss. Milady es extranjera, y quizás no conozca las costumbres inglesas, pues de otro modo no estaría siempre paseando y hablando con el ayo de sir Osvaldo. Le pido á usted perdón, miss, pero esto me mortifica.

Y á ella también le mortificaba; pero, ¿cómo evitarlo? ¿qué podía hacer?

El antiguo servidor vió la fatigada expresión en aquel rostro.

—No debe pensar usted en dejarnos, Holmes; es preciso que permanezca usted con nosotros por el honor de la casa.

Y después de esto, el anciano hubiese preferido la muerte á salir de Lancewood.

Aumentó la perplejidad de Bibiana. Recibió una esquela de lady Smeaton, suplicándole que se pasase por su casa, pues quería hablar con ella. Acudió Bibiana, y, tras las saluciones de rúbrica, la Smeaton dijo:

—He enviado á mis hijas á dar un paseo á caballo, porque quería hablarla á usted á solas, Bibiana. Querida mía, ¿quién es ese caballero que está en Lancewood?

El corazón de la joven desfalleció á esta pregunta; un sentimiento de apasionado desaliento se apoderó de ella. ¿Qué hacer? Miró el bondadoso semblante de su anciana amiga, y, mediante un violento esfuerzo, pudo dominarse.

—El ayo que ha buscado lady Neslie para su hijo.

—Así, pues, ¿es el ayo de su hijo con quien milady cabalga todos los días, dando no poco qué decir? Bibiana, ¿sabe usted que la gente murmura cosas muy desagradables sobre el asunto?

—Siento el saberlo, pero soy impotente para remediarlo,—dijo Bibiana.

—Espero que este estado de cosas tendrá pronta terminación,—observó lady Smeaton,—pues de otro modo Lancewood no sería residencia á propósito para usted, Bibiana.

—Querida lady Smeaton, no puedo marcharme de allí. Mi padre dejó confiado en mis manos el honor de su raza.

—¿Y no puede usted hacer nada para evitar el escándalo?—preguntó lady Smeaton ansiosamente.

—No,—replicó Bibiana con desaliento.—Monsieur de Nouchet es un pariente distante de lady Neslie, y ella reclama el derecho de tratarlo como un huésped, por más que sea un dependiente retribuido.

—Tengo mis opiniones,—dijo lady Smeaton,—pero no es necesario que la apene á usted expresándolas. ¡Fué una verdadera lástima que sir Arturo se volviese á casar! Debe usted sufrir mucho, Bibiana.

—Sí que sufro,—dijo la joven.

—Recuerde usted siempre que, cuando no pueda vivir en Lancewood, mi casa es suya.

Pero Bibiana le dijo que le era preciso permanecer en Lancewood.

Regresó á casa más infeliz que nunca. Encontró á los "parientes" paseando en carruaje. Valeria le miró con triunfante sonrisa, pero monsieur tuvo la delicadeza de aparecer confuso.

Pero estaba firmemente decidida á soportarlo todo, á transigir con todo, dedicándose por entero al cumplimiento del encargo que su padre le hacía en su testamento.

"La custodia del honor de la casa!"

Estas palabras eran sagradas para ella. Parecía que nadie en el mundo había sido encargado jamás de misión tan gloriosa.

Estaba muy por encima de todo cuanto ella hubiera podido desear: preservar la raza y el nombre que tanto amaba de toda perjudicial influencia. Había estado muy próxima á poseer el dominio de Lancewood. Ahora era de otro; á ella le habían confiado el mantenimiento del honor de la familia.

Y lo mantendrá,—se prometió,—limpio y sin mancha alguna.

Con este objeto se había hecho muchas y nobles reflexiones; nada de débiles alternativas, ni la más mínima tolerancia de celos ó envidia, intervendrían en su elevada misión. Aparte de la presencia de aquel extranjero, que era lo peor del asunto, seguiría dedicando su vida á la enseñanza y educación del joven heredero. Haría cuanto le fuese posible por hacer de él un hombre digno, y, para que esto pudiera ser, le era necesario transigir en cierto modo con las frioleras de Valeria.

Debía descender al punto de congeniar con

aquel francés que había venido á ennegrecer su vida. Le costó gran esfuerzo llegar á esta resolución; pero poseía un alma capaz de grandes sacrificios y nobles hechos.

Trataría de hacer las paces con Valeria. Trataría de ser su amiga. Seguramente, si ganaba alguna influencia sobre la madre, esta influencia, con el tiempo, se extendería al hijo; y Bibiana se permitió un día de ensueño.

Vea á Osvaldo un hombre noble y de talento, un leal y verdadero. Neslie, amante de su nombre y abuelo como ella misma.

Un sueño que jamás debía ver realizado; pues habían amanecido crueles días para Lancewood.

Y la primera muestra de su desengano no tardó en presentarsele.

—Miss Neslie,—dijo Juana, la camarera de la joven, una noche;—dos criados se van hoy. Uno de ellos es Marta, al camarera que trajo la difunta lady Neslie, miss, cuando se casó.

—¿Por qué se van?—preguntó Bibiana, teniendo la respuesta.

—Porque han hecho algo que ha desplazado al caballero francés, y milady ha dicho que se vayan hoy mismo.

—¿Qué han hecho?—volvió á preguntar miss Neslie.

—Habléban, y dijeron algo sobre monsieur que disgustó á éste. Marta desea que interceda usted por ella, miss Neslie.

—Sería completamente inútil, Juana..... peor aún.

—Esto es una vergüenza!—exclamó la indignada camarera.—Usted debiera ser el ama aquí. Puedo decirle á milady una cosa... á menos que no se haga algo... no le quedará ningún criado respetable.

—Silencio, Juana: Recuerde usted que está hablando de Lancewood.

—Sí,—fué la viva réplica,—de Lancewood como es, no como era, miss Neslie.

Y Bibiana nada tuvo que oponer.

Los dos criados salieron de la casa aquel mismo día, y los que quedaban no escusaron sus diatribas contra milady y "monsieur."

Transcurrió otra penosa semana. El verano estaba en toda su belleza; pero, por la primera vez en su vida, Bibiana aparecía indiferente á todos sus encantos. Las blancas azucenas estaban en flor, las soberbias rosas se ostentaban cubiertas de rocío, las pasionarias brillaban á la luz del sol, abejas y mariposas zumbaban alegremente á los ardientes rayos del sol, los sombreados bosques estaban alfombrados de florecillas silvestres; pero ni paz, ni sentimiento de belleza penetraba en el corazón de Bibiana.

Resolvió hablarle inmediatamente á Valeria, tratar de persuadirla á que variase de conducta. Fuése á ella, una mañana que la vió en el jardín de rosas, no escoltada por M. de Nouchet.

—Valeria,—dijo gentilmente,—hace días que deseo hablar con usted. Quería preguntarle quién es M. de Nouchet y qué puesto ocupa en esta casa.

—Pues es el ayo de sir Osvaldo,—con malicioso destello en sus ojos.

—Pues, si es el ayo, ¿por qué le trata usted como un huésped distinguido? ¿Por qué come y habla confidencialmente con él? ¿Ignora usted que la gente se ocupa ya de eso?

—¿De veras? Pues me tiene completamente sin cuidado,—dijo milady.

—Pero á mí no,—replicó Bibiana vivamente.

—Tengo en consideración el honor de la casa.

—Pues la casa que cuida de sí misma,—dijo Valeria.

—Dice usted que es el ayo de su hijo, y le trata usted como si fuese el dueño de la casa... de hecho lo es realmente.

—¿Todo eso ha descubierto usted?—preguntó milady riendo.

—Siento decirle á usted,—replicó Bibiana, tratando de hablar con calma,—que hasta los mismos criados hacen toda suerte de comentarios acerca de su conducta, y algunos de ellos son bastante desfavorables.

—Bien, Bibiana. Por lo general soy de buen carácter; pero si oye la menor insinuación sobre esto, el insolente iría á la calle sin contemplaciones.

—Pero no puede usted hacer lo mismo con los vecinos y conocidos... no puede usted hacer lo mismo con el distrito entero. Y le aseguro que todos se ocupan de usted.

El rostro de lady Neslie entrojeció, y pareció inquieta unos momentos; después dijo:

—Me es indiferente, Bibiana. En verdad, como tienen la amabilidad de ocuparse de mí, yo, á mi vez, les daré algo que sea digno de mención. Y por lo que á usted respecta, la diré lo que le he dicho antes... si en Lancewood hay algo que no le plazca, buena tonta será permaneciendo en él.

Era inútil insistir. Pasó otra semana, y entonces milady anunció su intención de dar una serie de comidas.

—Bibiana,—dijo,—usted que conoce las señas de nuestros amigos, ¿quiere usted redactar las invitaciones?

—¿Y con qué objeto quiere usted dar esas comidas, Valeria?

—Porque quiero que nuestros amigos conozcan á monsieur Nouchet.

Bibiana la miró con asombro.

—Mi querida Valeria,—dijo,—¿es usted extrañamente ignorante ó muy ciega? ¿Sabe usted lo que va á hacer? Un ayo siempre se supone que es una persona decente, pero equivoca usted las posiciones completamente cuando habla usted de dar comidas para presentarle en sociedad. Perdóneme usted que la diga que el lugar de un ayo está en la sala de estudio ó en la librería.

—Sir Arturo solía invitar á Mr. Norman á comer con nosotros,—replicó Valeria con aire de reto.

—Solamente en un concepto... y no con frecuencia. Se convencerá usted de que el pueblo inglés gusta de guardar las distancias de clase á clase.

—Monsieur de Nouchet es pariente mío,—dijo Valeria.

—Pues preséntele usted como pariente suyo... todo, antes de colocarse en una situación difícil. No tardará usted mucho en tocar por sus manos la verdad de lo que le digo, Valeria. Tan seguro como el destino, las gentes la mirarán á usted con prevención.

—Pueden mirarme como les plazca; soy dueña de mis acciones.

—Conténtese usted con eso, y no trate de hacer que M. de Nouchet parezca el amo... esto está mal. Créame usted, Valeria, vendrá día en que se someterá usted al fallo público si no se somete ahora... nadie puede desafiarlo.

Pero, á pesar de cuanto Bibiana pudiera decir, milady cumplió su propósito; dió algunas magníficas comidas. Miss Neslie consiguió algo, sin embargo: que fuese más reservada en público. Sir Enrique Lane declaró que no creía que hubiese mucha gravedad en la materia; si milady tenía gusto en nombrar ayo de su hijo á un pariente, nadie podía disputarle este derecho, y creía que tampoco era digna de censura por demostrarle su atención; y esta opinión del respetable baronet influyó mucho entre los demás. Quizás también M. de Nouchet viese algún peligro lejano, pues abandonó sus familiares maneras y no pidió durante la comida vinos extraordinarios, por lo cual las comidas de lady Neslie no fueron un fracaso.

CAPITULO IV

Envalentonada por el éxito, determinó Valeria dar un gran baile; un baile que dejase memoria en el distrito. En uno de sus momentos de buen humor, rogó á Mr. Norman que asistiese é indicó su esperanza de que Bibiana no faltase. Aflijóse un poco al encontrarse con que muchas invitaciones habían sido declinadas. Aceptaron todos los solteros, las señoras de edad y las solteronas; pero notó que las señoras que tenían hijas casaderas, se excusaron.

—Tendremos escasez de muchachas,—dijo,—Bibiana, debe usted aparecer doblemente hermosa, para que no las echen de menos.

Lady Smeaton quería excusarse, pero Bibiana le suplicó que asistiese. El baile fué señalado para uno de los últimos días de Agosto.

Ciertamente jamás había aparecido Lancewood más hermoso, con su profusión de flores de todo matiz, con su rica fragancia, su placentero murmullo de fuentes, su soberbio decorado. Lady Neslie estaba radiante, luciendo un vestido de magnífico brocado. Ostentaba un riquísimo adorno de brillantes, en la cabeza una coronilla diadema, y su rostro brillaba con deleite.

Bibiana, alta, majestuosa, con larga falda de terciopelo negro y azuleas en el cabello, parecía una reina. No podía haber ni había comparación entre aquellas dos mujeres: entre la inconstancia y la ligereza de la una y la elevación y nobleza de la otra.

Por lo que respecta á luces, flores, música y decorado, el baile de lady Neslie fué un éxito;

pero mirando en torno suyo, Bibiana notó la ausencia de tantos rostros conocidos. Abundaban los personajes de segunda fila.

El baile produjo más daño del que hubiera podido imaginarse. Las luces, la música, la excitación, deslumbraron hasta cierto punto á lady Neslie. Se olvidó en cierto modo de la prudencia últimamente adoptada; pareció olvidar que en el mundo hubiese más persona que Enrique de Nouchet. Abrió el baile con él, con intensa admiración de la concurrencia. Apenas si bailó algún número con otro que no fuera él. Mariposeó horrorosamente con el ayo, y se eternizaron en los frescos invernaderos y en el hueco de los salones. Milady descuidó á sus huéspedes para dedicarse por completo á su pariente. El la acompañó á la mesa para la cena, se sentó á su lado y la monopolizó por completo.

—Debe tener intención de casarse con él,—dijo Mrs. Jarham, una antigua amiga de sir Arturo;—á no ser así, no se conduciría de esa manera.

Los comentarios eran muchos y picantes; los invitados se pusieron vivamente de parte de Bibiana.

Lady Neslie se casará con el francés,—decíanse los unos á los otros;—es muy doloroso para miss Neslie.

Bibiana había visto y notado la extraña conducta de Valeria; el hecho de que pudiera casarse con el ayo no le había pasado por la imaginación. Creía que Valeria quería demostrar públicamente cuán poco caso hacía de la opinión. El baile no fué un brillante éxito; los invitados no permanecieron hasta muy tarde; todos tenían ganas de marcharse para discutir la conducta de la huésped. El veredicto unánime fué que lady Neslie debía quedar en entredicho. La sociedad no la reconocería á menos que el caballero francés no saliese de Lancewood; entonces, el veredicto sería considerado de nuevo.

Si lady Neslie se percató de esto, no dió señal ninguna que lo manifestase. Diez días después, envió invitaciones para un nuevo baile. Repartió sobre ciento cincuenta; más de ciento fueron rehusadas. Afectó la mayor sorpresa, pero tomó las cosas friamente.

—Será mejor aplazar el baile,—dijo;—parece ser que todo el mundo está ocupado.

Y el baile fué aplazado.

Lady Smeaton fué la única que no puso la ocupación como pretexto. Escribió sencillamente á lady Neslie:

"De acuerdo con la mayoría, desaprucho los procedimientos del último baile, y no iré ni permitiré que mis hijos vayan á Lancewood. Será para mí siempre un deleite el ver á miss Neslie, pero no en su casa, sino en la mía."

Lady Neslie enseñó la escuela á Bibiana.

—A esto le llamo yo una insolencia,—dijo—Lady Smeaton está... loca, por no decir algo peor.

—Muchas personas comparten la opinión de lady Smeaton, aun cuando no la expresen,—contestó Bibiana.—La previne á usted, Valeria. Bien

pronto encontrará usted cerradas todas las casas respetables de la comarca.

—¡Bah!—exclamó milady.—¡No me moriré por eso!

Algún tiempo después fué á una comida á la que envió invitaciones, y acudieron pocos comensales. Clamó contra los prejuicios ingleses. Declaró que si sus vecinos no querían visitarla enviaría á Francia á buscar á sus amigos.

Hubo momentos en que Bibiana tuvo tentaciones de marcharse. La única cosa que podía retenerle allí era la memoria de las palabras de su padre, que había dejado el honor de la casa entre sus manos; á no ser por esto, hacía mucho tiempo que hubiese dejado aquel teatro de humillación y miseria.

Le era preciso resistir sola la tempestad. Le era preciso quedarse en la brecha defendiendo el honor de la casa. Pues días difíciles habían amanecido para Lancewood; días difíciles para la hermosa mansión donde tantos héroes habían vivido y muerto, donde tantas y nobles mujeres habían pasado casi su santa vida; días difíciles para la grande y antigua casa, donde jamás la vergüenza se había albergado. Ella permanecía como guardián de la plaza, tratando de hacer y haciendo cuanto le era posible; pero desfallecido su corazón ante el mal que no podía remediar.

Las simpatías de toda la comarca estaban con ella. Había pocas casas en que la imprudente conducta de lady Neslie no fuese censurada. Pero todo era igual para milady. Se reía del qué dirán. La gente volvería á sus sentidos con el tiempo y ella haría lo que la plugiese. Cabalgaba con M. de Nonchet, insistía en que se le tratase como al mejor, desatendía todo consejo; vestía, cantaba, reía, bailaba, flirtaba y se daba todos los gustos; entretanto no se había vuelto á hablar de las lecciones de Osvaldo, y Gerardo Norman las tomó á su cargo sin decir nada.

Así pasaron los desazonados meses, y Bibiana vió que todos los antiguos amigos de su padre se habían ido retirando de Lancewood; pero la deserción no alcanzó á Bibiana. Esta seguía siendo invitada á las mejores casas. El nombre de lady Neslie se omitía con significativo silencio. Nadie la visitaba, nadie la invitaba. Sus invitaciones eran invariablemente declinadas. Entonces adoptó aires de reto. Desafió el desdén de sus vecinos; y se la veía con mayor frecuencia en compañía de Enrique de Nonchet.

—¿Por qué no se casa con él?—se preguntaban las gentes.

La pregunta hubiera podido ser contestada por milady solamente.

Pasaba el tiempo, y al aproximarse el invierno Valeria empezó á aburrirse en Lancewood. Mientras había tenido buen número de huéspedes, mientras había estado distraída con bailes, comidas y fiestas, el tiempo se había deslizado bastante bien. Ahora se aburría; no sabía en qué entretenerse.

—Bibiana,—dijo un día,—¿cree usted que esa absurda gente persistirá en rehusar mi sociedad?

—Sí, persistirá mientras usted ponga en olvido los deberes sociales,—contestó la joven.

—Ah, bueno... pues continuaremos así! Me considero en una posición en que puedo seguir la línea de conducta que estime más conveniente.

—Nadie puede hacer eso... ni aun una reina en su trono,—observó miss Neslie.

—Pues yo haré lo que le está privado á una reina. Lo que quiere decir era que, si esos inmaculados vecinos no quieren visitarme, invitaré á algunos amigos míos... gentes que conozco en Francia de hace años.

—¡Dios tenga piedad de Lancewood entonces!—pensó Bibiana, pero no hizo réplica alguna.

—Pues sí... tengo amigos, gente alegre y de buen carácter, que no lo sujeta todo á reglas como los ingleses. Les invitaré á pasar una buena temporada aquí.

Realmente se preparaban tristes días para la mansión de los Neslie.

Apenas transcurrido un mes, Lancewood estaba lleno de huéspedes; pero de una especie desconocida hasta entonces allí: damas que reían á carcajadas, caballeros de baja estofa que imitaban las maneras distinguidas. Era chusco en aquellos degenerados días, ver una cabalgata saliendo del anchuroso patio, hollado en otros tiempos por regios pies. No es de admirar que el vecindario en pleno hablase de las extrañas cosas que ocurrían en Lancewood.

Quizás, realmente, no hubiese nada que decir acerca de la moralidad de los que se cobijaban bajo aquel techo; pero una nube se cernía sobre la mansión solariega; las señoras se encogían de hombros cuando se mencionaba el asunto.

Pero el veredicto de la sociedad no impedía que allí se divirtiese la gente. Sus moradores bailaban, representaban charadas, hacían comedias. Veces había en que Bibiana, oyendo aquellas carcajadas y picantes diálogos, se creía á punto de perder la razón. La vida de Lancewood parecía entonces como una sucesión de orgías. Se admiraba de que las paredes no se desplomasen en señal de protesta.

—Bibiana,—le dijo un día lady Smeaton, en que la joven había ido á visitarla.—Insisto en que venga usted á vivir conmigo; espero unos cuantos amigos y se distraerá usted un poco.

—¿Cómo puedo dejar Lancewood?—preguntó ella tristemente.

—Creo que aquella gente no le pegará fuego á la casa... aun cuando parece que hacen de todo,—dijo lady Smeaton.—Está usted pálida y enferma; permítase usted un cambio. Estará usted más fuerte para la lucha cuando vuelva.

Y Bibiana se dejó convencer; la idea de descanso, aun por breves días, era muy dulce para ella; un paréntesis en aquella vida de miseria.

CAPITULO V

Así, pues, miss Neslie aceptó la invitación, y una de las primeras personas que encontró en Park fué al joven lord St. Just, cuya familia y él mismo habían sido grandes amigos de Lancewood. Milord volvía de una expedición á Egipto,

y tuvo verdadera alegría al encontrarse con Bibiana.

—Estaba decidido á verla á usted, miss Neslie,—dijo quietamente,—aun cuando tuviese que registrar toda Inglaterra. La esperanza de encontrarla me hizo venir á las proximidades de Lancewood. Hubiese vuelto á Inglaterra inmediatamente; pero tenía hechos todos los preparativos para una excursión al Rhin seguida de una expedición á Egipto. A ser yo el solo interesado en estos planes, los hubiese abandonado sin pensar; pero había otros y podía perjudicarlos.

—Hizo usted muy bien en seguirlos,—observó Bibiana.

—No se enfada usted conmigo, miss Neslie, si digo que me llevó la memoria de su voz y de su faz.

Bibiana no se enfadó. En su corazón palpitaba levemente una nueva deliciosa sensación; algo semejante al ritmo de una hermosa melodía; algo que hacía vibrar cada nervio y sonrojaba su faz con dulce, extraña felicidad.

—Se reirá usted si la dijese,—continuó lord St. Just,—cómo me ha perseguido la memoria de su rostro. En las riberas del Nilo, bajo la sombra de la gran pirámide, cabe las esbeltas palmeras, pensaba en usted, y al llegar á Inglaterra, lo primero que he hecho ha sido buscarla á usted.

La joven volvióse á él con luminosa sonrisa.

—¿Y cómo ha dado usted tan pronto conmigo?

—¿Quién no conoce á miss Neslie, la heredera de Lancewood?

Una sombra veló el semblante de la joven y se acentuó en sus ojos.

—Ya no soy la heredera de Lancewood,—dijo.

—Lo sé... he oído hablar de ello. No puede usted figurarse con cuánta frecuencia me he preguntado lo que podía apenarla; ahora ya sé que lamenta usted la pérdida de Lancewood.

Era á mediados de Agosto y Bibiana hacía ya algunos días que estaba en Smeaton Park. Habían sido unos días muy felices, á pesar de los cuidados que tanto pesaban en su corazón. Lord St. Just experimentó gran placer al verla y bien pronto unió á los dos jóvenes una sólida y encera amistad. Lady Smeaton, que hubiese dado cualquier cosa por ver casada á Bibiana, se arreglaba para que estuviesen juntos cuanto era posible. Sentía vivo placer observando que lord St. Just admiraba decididamente á su joven amiga. Hizo á sus hijas una delicada advertencia sobre el caso, y Bibiana ni siquiera se percataba de las muchas horas que pasaba con su nuevo amigo.

Una tardecita estaban en el parque; habían paseado un gran rato, y se detuvieron en un ribazo que limitaba las tierras de labor. El sol hacía brillar las espigas doradas, los setos estaban cubiertos de follaje, la brisa parecía respirar amor, esperanza y felicidad, y más abajo se perdía el vasto y ondulado parque.

Bibiana sentóse en una de las piedras cubiertas de musgo y echó una mirada en torno suyo.

—Esto es seguramente más bello que cualquier paisaje de Francia ó Italia,—dijo.—¿Ha

visto usted algo en Egipto que se parezca á esto, lord St. Just?

—No,—contestó éste.—Prefiero los paisajes ingleses, como prefiero los rostros ingleses. Pero, miss Neslie, permítame usted... pero es de usted de quien quisiera yo hablar... ¿no se enfadará usted? Al contemplar, pienso así como el hubiese usted sufrido mucho. Esa sombra de tristeza que oscurece su rostro, es preciso que desaparezca. Dígame usted: ¿es realmente la pérdida de Lancewood lo que la affige tanto?

Bibiana levantó sus negros ojos y le miró con franqueza.

—Se lo diré á usted,—dijo,—porque creo que usted me comprenderá. Pocos saben mi pena... el mundo equivoca su origen; lo atribuyen á la pérdida de fortuna y posición. Y no es eso. Si yo hubiese perdido Lancewood ganando en cambio tres veces su valor, esto me tendría sin cuidado. Estaba orgullosa de mi casa; la amaba como otros á un amigo; lo era todo para mí. No he soñado más destino en mi vida que el que el de cuidar de la casa solariega; he sido educada y puesta en condiciones para el objeto. Si... ¡oh, créame usted, lord St. Just!... si hubiese pasado de mis manos á las de una persona buena, noble, leal, justa, una que hubiese amado la casa, mi placer sería sincero; no desearía tanto la propiedad de Lancewood como el que hubiese caído en manos dignas. ¿Me comprende usted?

—Sí,—replicó él,—la comprendo á usted perfectamente. De la misma manera amo yo mi casa solariega. "Refugio Real." Antes quisiera verla quemada que en manos indignas.

Bibiana le miró con expresión de interés en sus ojos.

—Refugio Real!—dijo.—¿Qué nombre más particular!

—Y bastante apropiado,—replicó milord.—Habrá usted oído hablar de los bosques de Hertwell, en Devonshire... un famoso apostadero de caza de los antiguos soberanos. Uno de éstos construyó un magnífico palacio junto á los bosques, y allí se refugiaba con su séquito, los días en que no se podía cazar. Años después fué comprado por el fundador de nuestra familia, y se nos conoce por los St. Just del Refugio Real. Es un castillo con honores de palacio y quizás una de las mansiones más hermosa de Inglaterra.

—Tendría placer en visitarlo,—declaró Bibiana.

—Espero que así será algún día. Le gustará á usted.

—¿Como á usted Lancewood?—preguntó Bibiana.

—Sí... es decir, he divisado las torres y torrecillas de la casa á través de los árboles. Miss Neslie, ¿me da usted permiso para que hable como un amigo... como un antiguo amigo? Trate usted de imaginar de que nos conocemos de años... que somos sinceros y leales amigos.

—Me es fácil imaginarlo; con usted la cosa no es difícil,—dijo ella soñadoramente.

—Entonces, hablaré. He oído referir desagra-

dables historias acerca de Lancewood. . . . ¿es cierto?

—Le diré á usted lo que hay de verdad.

Y le contó exactamente lo que ocurría, que la casa estaba llena de extranjeros, gentes que su padre no hubiera admitido.

—¿Y no puede usted hacer nada para poner fin á tal estado de cosas?—preguntó él.

—No; mi intervención empeora la situación; éste es el pesar de mi vida,—contestó Bibiana,—el pesar que quita el contento á mis días y el sueño á mis noches. . . . el pesar que se cierne sobre mí y me priva de toda esperanza. Ver degradada la mansión que he amado tanto, imaginar el vergonzoso futuro de una raza que jamás ha conocido el deshonor. . . . esto me produce una pena que no tiene cura.

—Lo deploro intensamente por usted,—dijo milord con dulzura.

—Nadie sabe cuánto sufro,—continuó Bibiana.—Si pudiese salvar á Lancewood sacrificando mi vida, lo haría sin vacilar. Lo haría todo para verlo como en vida de mi padre.

—Pero ¿qué son esos amigos de lady Neslie?—preguntó lord St. Just.

—No lo sé. . . . hay dos ó tres militares. . . . éstos juegan al billar y beben cognac todo el día. Las señoras. . . . bueno, no se parecen á las demás que yo he conocido; regañan á cada momento, y sólo en una cosa parecen unidas. . . . en ayudar á lady Neslie.

—Y ¿por qué no se marcha usted?—preguntó milord.—Ese espectáculo ha de ser muy desagradable para usted.

—Mucho,—replicó ella,—pero no puedo marcharme, lord St. Just, porque mi padre dejó confiado en mis manos el honor de la casa.

Y entonces le refirió la cláusula expresa escrita en el testamento.

—Pues, para que su padre de usted estampase semejante cláusula, es preciso que abrigase fuertes dudas acerca de su esposa,—observó lord St. Just.

—Así lo he imaginado muchas veces, pero era demasiado caballero para demostrarlas. Estoy como encadenada á una roca; quisiera huir, pero el deber me retiene en mi puesto.

—Y el niño que ha de ser dueño de Lancewood, ¿qué tal es? ¿Tiene mucha edad?

—Va á cumplir los seis años. . . . inteligente, pero falto de sinceridad. Disciplina, una buena educación y mucha severidad le hubiesen preparado para ser un noble Neslie; como se le educa, su ruina es segura. Su madre cree talento su mala inclinación. ¿Dios se apiade de Lancewood el día en que caiga en sus manos!

—Es una triste historia,—dijo lord St. Just, pensativo;—la ruina de más de una antigua casa se debe muchas veces á un imprudente enlace. Quisiera poderla ayudar á usted de algún modo, miss Neslie.

Ella levantó á él su hermosos ojos y milord quedó impresionado ante aquella expresión resignada.

—No veo modo alguno en que pueda ser ayudada; mi única esperanza estriba en la paciencia.

—Pero,—dijo él gravemente,—usted seguramente no tendrá la intención de pasar su vida entera en una casa y con una sociedad que forzosamente le han de ser odiosas?

—Debo obedecer á mi padre. Me manda que permanezca en Lancewood hasta la mayor edad de Osvoldo. Dios sabe lo que sería de esa casa si yo saliese de ella.

—Pero usted puede casarse, miss Neslie,—dijo milord con ligero sonrojo.

—No,—contestó ella gravemente.—Jamás me casaré. . . . no puedo; no puedo salir de Lancewood. . . . ni casarme tampoco por esto. No lo he pensado nunca.

—¿Cómo es eso?—preguntó lord St. Just, entretenido por su sencillez.

—Antes de morir mi padre, todo mi amor y todos mis pensamientos eran para él y para Lancewood. Desde su muerte no he hecho más que pensar en esto.

—Comprendo. No tiene usted tiempo para pensar en nada más.

—No. . . . no he tenido tiempo ni inclinación. Pero, lord St. Just, la sombra de los árboles cae sobre nosotros. . . . el sol se está poniendo. . . . es hora de que volvamos.

Se encaminaron á través del parque. Hollaron bajo sus pies las florecillas silvestres; se detuvieron á escuchar el suave canto de los pajarillos; hablaron de la puesta de sol y de las distantes montañas, de las doradas nieves; admiraron las pintorescas perspectivas; con frecuencia dieron forma á los mismos pensamientos; sin embargo, cuando Adrián St. Just se juró á sí mismo que conquistaría á aquella hermosa doncella y la haría su esposa, Bibiana no sonó siquiera que estaba enamorada.

Lord St. Just no ocultaba sus sentimientos; se convirtió en la sombra de Bibiana; todo el mundo comprendió que la joven se había percatado de aquel amor. Prometió pasar tres semanas en Smeaton Park, y atribuyó á la paz que disfrutaba aquella nueva, vaga, deliciosa felicidad que la embargaba.

Jamás había sido egoísta; había pensado tanto en Lancewood, en su padre, en sus antecesores, que jamás había dejado volar su mente hacia juveniles sueños de romance y sentimiento. Otra joven hubiese comprendido lo que aquel nuevo sentimiento significaba; pero ella no. Encontró á Adrián St. Just muy bueno, muy inteligente; la deleitaba poseer un tan sincero amigo; comprendía que la complacía estar á su lado, oír su voz, contemplar su rostro; pero no conocía aún que le amaba.

CAPITULO VI

Bibiana estaba ahora en la fase más dulce de su historia de amor. La vida era del todo diferente; el mundo mil veces más bello. Se admiraba de encontrar más dorada la luz del sol, más brillante el matiz de las flores. ¿Qué causaba aquella nueva y hermosa luz que lo bañaba todo? ¿Qué era aquella música elevándose siempre de

su corazón á sus labios? ¿Por qué el mundo parecía lleno de dulce y extraña melodía? Se hizo más hermosa; la altiva expresión de su semblante había dejado su puesto á otra de ternura, la luz de sus ojos era más suave y más dulce, los hechiceros labios sonreían con más frecuencia.

¿Era éste el mismo temible mundo que no había mucho le parecía todo pesar, todo obscuridad? No que su cuidado fuese menor, sino que esta hermosa luz parecía absorberlo. Los Neslie no hacían nada á medias; cuando amaban lo hacían bien y profundamente: Bibiana había comenzado á amar inconscientemente, y cuando despertó al pleno y completo conocimiento del hecho, era ya muy tarde para cambio alguno.

Fueron tres semanas de amor, de poesía y de romance. No era posible encontrar más agradable compañero que lord St. Just. Había viajado, estudiado, leído y meditado. Había resuelto desde muy temprano en la vida que, aun cuando la fortuna le hubiese favorecido con sus dones, dinero, fincas, un noble título, no llevaría una existencia estéril. No la pasaría en frívolos é insensatos pasatiempos. No la gastaría en diversiones y locuras. Cultivó su inteligencia con la lectura de buenos libros, con el trato de personas instruidas, y su gusto por el arte á fuerza de ver y comparar. Una cosa no había hecho nunca, permitirse el menor ocioso galanteo que con tanta frecuencia conduce á la ruina y á la vejez. Poseía entero su corazón y libre su fantasía. Tenía ferviente adoración por el bello sexo, pero no por ninguna mujer en particular. Jamás había hecho el amor, ni fingido amor, ni jamás se había creído enamorado. La primera vez que sintió algo en su corazón fué al conocer á Bibiana. Llevó consigo la memoria del hermoso y apasionado rostro, y esta memoria le era más cara que toda presencia de cualquier otra mujer. Pensó tanto en ella que por fin se convirtió en el ideal de su vida.

Resolvió encontrarla tan pronto como regresase á Inglaterra. No le sería difícil descubrir el paradero de la heredera de Lancewood. Ciertamente podía encontrarla casada; quizás muerta; pero si vivía y era soltera, entonces no cesaría hasta hacerla su esposa.

Recordó que la había conocido en casa de lady Smeaton. No tuvo mucha dificultad para hacer la amistad de aquella bondadosa dama y obtener una invitación para pasar una temporada en el Park. Allí vió á Bibiana de nuevo y oyó su penosa historia. Su amor fué en aumento á cada día que pasaba con ella, y por fin llegó un punto en que se dijo que no podría vivir si no la hacía su esposa. Tenía alguna esperanza, pero se parecía tan poco á las demás jóvenes, que le era difícil convencerse de si le amaba ó no. La joven estaba por encima de toda coquetería ó afectación sobre todo acto intencionado. Observaba que su rostro brillaba para él como para ningún otro, que su voz tomaba otro tono cuando se dirigía á él, que sus ojos adquirían una luz más profunda cuando se encontraban con los suyos; pero en su digna, noble sencillez había algo que le imponía. Bibiana parecía demasiado elevada en sus

aspiraciones; la mujer que estaba tan dispuesta á consagrar su vida al honor de su casa, con dificultad se entregaría al amor como las demás mujeres.

Era un noble amor el que él quería ofrecerle; noble en su sencillez, su integridad y su pureza; era el único amor de su vida; el primero y último. ¿Lo aceptaría ó rechazaría? Era un hombre valeroso, pero temblaba al hacerse esta pregunta. Día tras día declinaba que le era necesario preguntárselo, y, sin embargo, pasaban los brillantes días sin que su dorada calma fuese interrumpida. Era tan verdaderamente feliz, que tenía miedo de interrumpir aquella felicidad. Fué arrebatado de su ensueño al oír que miss Neslie volvía á Lancewood dos días más tarde; las tres semanas estipuladas iban á su fin. No podía esperar más; si él podía, Bibiana no volvería más á la mansión infeliz.

Se había concluido de comer en Smeaton Park; los huéspedes, deseando respirar el aire puro de la campiña, habían salido. Bibiana estaba contemplando la luz incierta del crepúsculo, pensando en el penoso regreso á la casa donde le esperaban tantos cuidados, cuando lord St. Just se aproximó á ella. Al mirar su hermoso y grave rostro, Bibiana comprendió lo que iba á ocurrir.

—Miss Neslie,—dijo él,—tengo algo que decirle á usted. ¿Quiere usted que nos apartemos algo de estos grupos? Vayamos hacia los rosales.

Sin otra palabra, Bibiana puso su mano sobre el brazo de milord.

—Deseo hablarle á usted á solas,—continuó milord.—Siéntese usted aquí, entre estas rosas, y le diré.

Ella se sentó y él se arrodilló á sus pies, tomándole las manos. Después miró el hechicero rostro.

—¿Cómo le hablaré á usted?—dijo.—Arrodillado aquí á sus pies, me parece usted tan elevada sobre mí como el obscuro firmamento. ¿Cómo decirle á usted que la amo con todo mi corazón y que la ruego que sea mi esposa?

Bibiana no demostró sorpresa, ni volvió el rostro con enfado. Permaneció perfecta, pasivamente silenciosa. El continuó:

—Es todo el amor de mi vida el que quiero ofrecerle á usted, Bibiana. ¿Me permite usted que la llame Bibiana? Es el más dulce de todos los nombres dulces. Jamás he dedicado un solo pensamiento á otro. La amo á usted desde que la vi sentada sobre el césped; su bello semblante lleno de pena. La he amado á usted durante todos estos meses de viaje. La amo á usted más íntimamente de lo que las palabras pueden describir. Soberana mía, ¿quiere usted aceptar mi amor?

larme el suyo en recompensa?

Ella no contestó; no había el menor movimiento en la silenciosa figura; él no podía leer en la expresión de su rostro.

—He ansiado hacerla á usted feliz. He ansiado alegrar su vida. ¡Oh amada mía, concédame usted ese poder! Deje usted que mi amor despeje las nubes que se ciernen sobre usted. No conocerá usted más cuidados, más tribulaciones, si quiere usted amarme.

—Le amo á usted,—contestó ella.—Al principio no lo comprendía. No podía decir qué extraño cambio se había operado en mi vida. Pensé que era debido á mi traslado desde aquel teatro de disipación á este pacífico hogar. Ahora comprendo que es porque le amo á usted.

La luz del crepúsculo iluminaba la noble, pálida faz. Lord St. Just la contempló con admiración; era como la pintada faz de una santa, pero no había allí nada del contento de un feliz amor.

—Siempre acariciaré ese amor,—dijo la joven gentilmente;—vivirá siempre en mi corazón... no morirá nunca.

—Adorada mía,—exclamó él,—cuán feliz me hace usted!

Ella extendió su mano.
—No, escucheme usted. Le amo á usted,—continuó dulcemente;—le amo á usted con todo mi corazón; pero no puedo casarme con usted.

Lord St. Just la miró con profunda sorpresa.

—¿Por qué no?—dijo.
—Porque yo no puedo salir de Lancewood. No, no intente usted persuadirme. Sé todo lo que puede usted decirme, todas las reflexiones que podría usted hacerme. Sé que muchas mujeres buscarían, en mi condición, refugio en el matrimonio y en el amor. Yo no puedo casarme porque mi padre confió en mis manos el honor de la casa y si salgo de Lancewood, me temo que el honor saldría también.

—Pero puede usted hacer tan poco, querida mía... y sufrir usted tanto! Si pudiese usted remediarlo no sería yo quien tratase de prevenirlo; pero está usted completamente desamparada.

—Lo sé,—suspiró Bibiana.—Es, como usted dice, una lucha desesperada contra el mal. Sin embargo, debo resignarme. Usted piensa, lord St. Just...

Pero él la interrumpió diciendo:

—Me ha dicho usted que me ama, adorada mía... no me llame usted más lord St. Just... llámeme usted Adrián.

—¿Usted piensa, Adrián,—continuó ella sin vacilación,—que si yo diese oídos á mi amor y á usted, que si me casase y abandonase la escena de tanta infelicidad... cree usted que yo podría ser feliz?

—Lo creo... lo espero así,—afirmó él.

—No, jamás. Ahora no soy feliz, pero tengo la conciencia de que estoy cumpliendo mi deber. Si sabiese de Lancewood, sentiría que mi deber había sido abandonado y desobedecido el mandato de mi padre. El ha dejado su honor á cargo mío. Es preciso que lo guarde.

Lord St. Just empezó á encontrar que la joven estaba terriblemente seria.

—Bibiana, usted no puede intentar formalmente el sacrificio de su vida á la quimera de un deber... al mórbido pensamiento de que es necesaria su presencia para conservar el honor de su casa. Usted no puede sacrificarse y sacrificarme... dejar toda idea de felicidad por un mal entendido celo.

—Debo hacerlo,—replicó ella.

—Pero usted ha dicho que me ama, Bibiana.

—Así es. Usted es mi solo amor. Mi primero y último amor; no conoceré ningún otro. Pero no puedo casarme con usted... no me pida usted eso.

—Entonces, querida mía, ¿qué es lo que usted intenta? Usted no puede ser tan cruel que me arroje de su lado.

—No deseo ser cruel,—declaró la joven lentamente.

—¿Y tampoco querrá usted darme su promesa de ser mi esposa algún día?—preguntó lord St. Just.

—No,—contestó Bibiana;—las vicisitudes de la vida me han hecho algo fatalista. El amor brinda su propio destino con él. Si nosotros hemos de casarnos algún día, algo ocurrirá que barra los obstáculos; si no, moriré, pero moriré amándole á usted.

—Y yo,—replicó él, prefiero amarla á usted aun sin esperanzas de que sea mi esposa, á ser el esposo de una reina.

CAPITULO VII

Hubo unos momentos de silencio. La dorada luz se extinguía por occidente, la brisa cesó de agitar las carminadas hojas, y los pájaros comenzaron á enmudecer.

—Estos son términos muy duros, Bibiana,—dijo lord St. Just.—No quiere usted darme palabra de matrimonio, no quiere usted dejarme la más ligera esperanza de que un día podría llamarla mi esposa, y sin embargo, me ama usted.

—Sí... pero no puedo,—replicó ella.—Es para mí lo mismo que si permaneciese junto á la tumba de mi amor. No puedo abandonar mi puesto, sea tan infeliz como quiera... Es preciso que permanezca en Lancewood.

—¿Y mi infelicidad, Bibiana? Mi vida será un páramo sin usted.

Ella le miró con una ternura que él no olvidó jamás.

—Lamento más lo suyo que lo mío,—dijo gentilmente;—pero no insista usted en que haga lo que no es recto.

—¿Podrá visitarla alguna vez en Lancewood?—preguntó lord St. Just.

—No; no me gustaría verle á usted allí.

—¿Al menos me escribirá usted... y me permitirá usted que yo le escriba, Bibiana? ¡Oh querida mía, cuán duro me parece!

—Nos escribiremos... Sus cartas de usted serán los únicos destellos de luz en las tinieblas.

—Bibiana,—exclamó lord St. Just.—¿no puede usted volver sobre su decisión? ¡Es tan cruel para mí, querida!

—No puedo,—contestó ella.

Y él vió que la pena descoloría sus labios.

—Es preciso que lo soporte como un hombre.

—dijo milord,—aun cuando creo que me será difícil. Yo pensaba, cuando he conseguido que me dijese usted que me amaba, que la mayor dificultad estaba vencida. Déjame usted hacer una cosa, adorada mía... déjame confesar mi amor... decirle á todo el mundo cuán grande, cuán dulce corazón he conquistado.

—Todavía no,—replicó ella.—Creo que el deseo más ardiente de lady Neslie sería el que yo me casase y dejase Lancewood enteramente en sus manos. Prefiero que no sepa nada por ahora... eso no haría más que acrecentar mis dificultades.

Milord besó las suaves manos que tenía entre las suyas.

—Su voluntad de usted es ley para mí. He conseguido que usted confesase que me amaba; estaría falto de gracia y cortesía si me quejase después de esto. Bibiana, recuerde usted una cosa... es por su voluntad y deseo por lo que nuestro amor permanecerá secreto; pero no olvide usted que ya cuenta con una persona que es todo el mundo para usted. Yo estoy en el puesto de padre, hermano, amigo. Adorada mía, usted me confiará sus penas y sus sinsabores; y créame usted, le será más fácil soportarlas, porque tendrá con quién compartirlas. Si llega el momento en que necesite usted de una mano amiga, con una palabra me tendrá á su lado, y yo la defenderé contra el mundo entero.

Permanecieron un rato hablando, mientras se extinguían los últimos rayos de dorada luz y comenzaban á nacer las estrellas, y luego se encaminaron hacia la casa. Bibiana se retiró inmediatamente á su habitación, pues deseaba estar sola con su felicidad. Lady Smeaton se acercó á lord St. Just.

—Espero que me traerá usted buenas noticias,—le dijo.

—Querida lady Smeaton,—replicó milord conmovido por su bondad,—no he conseguido todo lo que deseaba, pero he obtenido cierta ligera ventaja. No desespero.

Al siguiente día volvió Bibiana á Lancewood. Le causó gran pena separarse de sus amigos; sobre todo de su amante; pero, cuando el carruaje empezaba á cruzar la sonriente campiña, su corazón palpaba con ternura al pensamiento de su amor. Dió gracias á Dios por la merced: el amor que había cambiado su vida entera; este dulce, feliz amor, que brillaba sobre su vida como la sonrisa de un ángel. ¡Oh, si plugiese á Dios tener compasión de ella, ayudarla á salvar Lancewood, y bendecir su amor!

La distancia entre Smeaton Park y Lancewood era larga. Al aproximarse á esta última posesión, parecíale á Bibiana que había inusitada animación en el parque. Oyó sonidos de música; vió ondular gallardetes; vió tiendas levantadas, y una muchedumbre moviéndose entre los árboles.

Bien pronto el carruaje se detuvo frente al vestíbulo. Nadie salió á recibirla. Los criados parecían todos fuera de su centro. Los repetidos

avisos atrañeron á un desconocido lacayo.

—¿Qué ocurre?—preguntó miss Neslie.—¿Qué pasa aquí?

—Una feria fantástica, miss,—contestó el criado.

La casa parecía abandonada. Bibiana, cruzó el anchuroso patio, la larga serie de aposentos, sin encontrar á nadie.

—¿Dónde está Mr. Norman?—preguntó al lacayo que la seguía.

—En su habitación, miss,—fué la respuesta.

—Dígale usted que venga á la librería... que he vuelto y deseo verle.

Dos minutos después, Gerardo Norman estaba delante de la mujer que amaba tanto. Al contemplar su hechicero semblante, vió allí un súbito cambio. La macilenta, cansada expresión había desaparecido; los colores suaves habían retornado; los negros ojos eran espléndidos en su profundidad y fuego. Bibiana le tendió afablemente la mano, pero Gerardo no podía hablar. Estaba absorto contemplando el rostro que lo era todo en el mundo para él.

—Parece usted sorprendido,—dijo ella con placentera sonrisa.—Me alegro de verle á usted bueno, Mr. Norman... ¿Por qué me mira usted con tanto asombro?

—La veo á usted cambiada,—contestó Gerardo.—Algo... no puedo decir qué... ha desaparecido de su fisonomía; algo... no puedo decir... ha ocupado su lugar.

Bibiana enrojeció. ¡Era tan claro aquel amor suyo... tan patente, que el mundo podía leerlo en su rostro!

—He sido muy feliz,—dijo.—La felicidad de vivir en paz y libre de cuidados. He encontrado personas muy agradables y muy buenos amigos. Pero Mr. Norman, ¿qué es lo que hacen aquí?

—Una feria fantástica,—contestó él;—el último capricho de milady. Casi siento que haya usted venido antes de su terminación. Quiero imaginar que jamás se ha reunido en Lancewood una multitud tan heterogénea.

—¿Una feria fantástica! Pero ¿de dónde se ha sacado eso, lady Neslie?

—No lo sé, miss Neslie. En toda la comarca no se habla de otra cosa. Debe usted haber estado muy agradablemente entretenida para no haber oído hablar de ello.

De nuevo se sonrojó al recordar cuán agradablemente había estado entretenida.

—Lady Smeaton jamás hablaba de Lancewood,—dijo,—conociendo que el tema no me era agradable. Aun cuando se supiese, nadie ha aludido al asunto.

—Todo el mundo lo sabe,—declaró Mr. Norman.—No se hubiesen hecho mayores preparativos para la mayor edad de un príncipe. Guatez, el repostero, ha enviado su gente de Londres; tenemos dos bardas famosas. La parte pútrica del asunto excede á mis facultades descriptivas. Hay tiendas con gitanas que dicen la nueva aventura, campesinos tiroleses, montañeses suizos, contadinos italianos. Se baila, se tira al blanco; hay toda clase de diversiones.

—¿Quiénes son los invitados?—preguntó miss Neslie.

—He visto pocos rostros conocidos entre ellos,—replicó él.—Milady, últimamente, ha estado buscando popularidad entre la clase media de Hydewell, en vista de que los vecinos le daban categóricamente sus invitaciones. Los huéspedes, muchos de los cuales están solamente con el pretexto de tomar las aguas así como otros, que no son reconocidos por las familias principales, han aceptado, y con sus esposas y familias, forman la mayor parte de la asamblea. Además, ha llegado una nueva remesa de París, muy parecida á la anterior. Ayer me dijo sir Enrique Lane que no sabía lo que iba á ser de Lancewood.

—Lancewood no irá á su ruina,—afirmó la joven con inflamados ojos.—¿Y usted no toma parte en la fiesta, Mr. Norman?

—No,—contestó él.—Holmes, el mavorrno, ha ofendido á milady. Le dijo que estaba acostumbrado á servir á personas distinguidas. Milady quería despedirlo inmediatamente, pero monsieur de Nouchet dijo que nadie como Holmes entendía de vinos.

Oyóse un roce de seda y un sutil perfume saturó la estancia. Al volver la cabeza, Bibiana vió á lady Neslie que la miraba con una burlana sonrisa.

—¿Cómo está usted, Bibiana?—preguntó.—Había olvidado por completo que tenía que volver usted hoy. Nos sorprende usted en medio de una brillante fiesta.

—Sí... he visto muchas caras extrañas por aquí,—observó la joven.

—En efecto,—fué la negligente respuesta.—"Cuando no puedas tener lo que quieres, conténtate con lo que tengas," dice un juicioso proverbio francés. Apenas imaginaba que volviere usted, Bibiana. ¿No ha encontrado usted ningún admirador entre los amigos de lady Smeaton?

Un sonrojo de indignación coloreó el rostro de la joven.

—Olvida usted las conveniencias, lady Neslie,—dijo fríamente.

—No, querida, no es eso,—replicó milady riendo.—Sólo que pensé haber oído algo de eso. ¿Quiere usted venir al parque, Bibiana?

—No, gracias. No conozco á ninguno de sus huéspedes.

—Gente muy divertida... bastante más que esos témpanos de ingleses. Por mi parte aborrezco á la aristocracia inglesa.

—Y ellas le debeven el cumplimiento,—dijo Bibiana.

Pero lady Neslie salió riendo á carcajadas.

CAPITULO VIII

El día fué interminable para Bibiana; las horas pasaban lentamente. Recorrió los solitarios aposentos; contempló las nobles fisonomías de los Neslie, alineados en las paredes; pensó en el hombre á quien había llegado á amar. Contempló largamente el retrato de su madre. Oía desde la casa la música y los murmullos en el par-

que. Al cruzar por el corredor, vió los preparativos para un suntuoso banquete; y habiendo oído ruido en el salón de baile, encaminóse á él. Encontróse con que lo estaban arreglando, para cuando lo intempestivo de la hora no permitiese bailar en el parque.

¿Podía ser este Lancewood, la majestuosa, digna mansión, que no habían hollado jamás pies indignos; esta solitaria mansión, cuya servidumbre corría desazonada del parque al jardín, donde las risotadas venían con el viento?

Horas más tarde, vió que el variado concurso penetraba en la casa. Multitud tan abigarrada jamás se había visto en Lancewood. Bibiana vió "soi-disant" oficiales, hombres con enormes mostachos y enormes cigarros en la boca; vió damas cubiertas de relumbrones y afeites en los aposentos que habían sido como santuarios para ella, porque en ellos habían vivido sus padres; vió rientes grupos cuya presencia consideraba como un infortunio. No se mezcló con ellos; pocos preguntaron por ella; muchos no conocían siquiera su existencia. La un día festejada dueña de la casa, no era en la actualidad más que un coro; nadie la recordaba ni se fijaba en ella.

Con dificultad pudo encontrar á alguien que la preparase un poco de té; tan ocupada estaba la servidumbre con los huéspedes de milady. Bibiana ordenó que se lo sirviesen en su habitación; allí al menos podría estar tranquila. Pero los acordes de la música y las risas llegaban hasta ella; y se creyó como presa de una pesadilla, donde tomasen parte mil espíritus burlones.

¿Si sir Arturo hubiese previsto esto; todo el daño, el escándalo, la humillación que aquella mujer iba á traer sobre la casa! Después Bibiana recordó que aun no había cambiado su traje de camino. Con el corazón desfallecido dió principio á su "toilette," escogiendo Juana el vestido favorito de su ama: un vestido de terciopelo negro, de corte veneciano, de escote cuadrado, y anchas mangas, adornado de encaje. En los cabellos una flecha de diamantes.

Bibiana fué á ver al niño: éste estaba en el parque disfrutando de la fiesta. Luego buscó á Gerardo y le preguntó si algo se había hecho acerca de las lecciones.

—Nada,—contestó el joven.—Pero lady Neslie me ha hecho comprender que mi presencia no es necesaria en Lancewood.

Volviere Bibiana sus ojos á donde quisiera, todo eran desdichas.

Entre otros festejos para diversión de los huéspedes, supo Bibiana que se quemarían fuegos artificiales; después se cenaría y seguiría un baile. Encaminóse al salón, que daba á las anchas terrazas sobre los jardines.

—Aquí no me molestarán,—se dijo.

El día iba á su término cuando se apostó allí; el horizonte, por occidente, estaba en llamas. Metióse en el ancho balcón, uno de sus refugios favoritos, y desde allí contempló cómo la luz se extinguía sobre los árboles, pensando en Adrián, y cuánto le amaba; pensando en su destino, y lo duro que era; preguntándose si las circunstancias

se unarían para libertarla. Al presente, salir de Lancewood era dejarlo en manos del enemigo.

Su meditación era tan profunda é intensa que no se percató de que la gente corría á la parte de terreno desde donde debían verse los fuegos; ni siquiera oyó las fuertes detonaciones. No había notado la terminación del día y la aparición de las estrellas. Era presa de un ensueño. Y así hubiese estado horas enteras, si no la hubiese despertado de su abstracción un rumor muy próximo. Levantó los ojos y vió que milady entraba en el salón seguida del ayo.

Este encendió una de las lámparas y una suave claridad inundó el salón.

Fuó milady la que habló primero, y el diálogo se sostuvo en francés. Valeria tenía en su mano un abanico adornado de pedrería y se hacía aire mientras hablaba.

—Y bien, Enrique, vívol! ¿Por qué me ha separado usted de mis huéspedes? ¿Qué es lo que quiere usted decirme?

—Que conteste usted á mi pregunta, Valeria, pues estoy decidido á obtenerla. Me chasqueó usted una vez; pero le juro que no me chasqueará otra.

—Pero me parece que el chasco no le va á usted del todo mal,—dijo ella con desuido.

—Estoy aquí ya... no recuerdo cuántos meses. Encuentro esto aburrido. Estoy cansado. Deseo irme á París, á Baden, á Mónaco, á cualquier parte donde haya una apariencia de vida. Necesito su respuesta inmediatamente.

—¿Y por qué, se lo suplico, tiene usted semejante prisa?

—Y le llama usted prisa, después de estos interminables meses! Quiero saberlo esta noche, por la razón de que De Caloux regresa mañana á París, y quiero arreglar mis asuntos.

—¿Y si yo no quiero darle á usted esa promesa, monsieur?

El rostro del ayo se puso lívido de rabia.

—Entonces,—dijo—juro á usted que se lo contaré todo á la altiva hija de esta casa. Toda Inglaterra sabrá quién es lady Neslie.

Bibiana se había recobrado. Salió del balcón y penetró en el aposento.

—Permítame que les prevenga,—dijo en francés.—No deseo oír la conversación. Así, pues, me retiro.

Pero Enrique de Nouchet se interpuso.

—Me alegro de que esté usted aquí, miss Neslie. Apelo á usted... es usted fría y orgullosa, pero justa y honrada.

Milady se echó á reír burlonamente.

—Esto promete ser interesante,—dijo.

Y el obscuro rostro del francés se oscureció más aún al oír las burlonas palabras.

—Apelo á usted,—exclamó apasionadamente,—para que juzgue si no me ampara la justicia. Esta señora me prometió solemnemente, cuando nos conocimos en París, casarse conmigo, y ahora se niega á cumplir su palabra.

—En efecto, me niego decididamente,—dijo Valeria con una sonrisa.

—¿Es esto decente, miss Neslie? ¿Es justo...

es correcto? Prometió. Lo convenimos todo. Yo debía venir á Lancewood con cualquier pretexto, para hacer ver que me enamoraba de ella, y después nos casaríamos. Yo quería venir como un artista que recorre el país; pero ella me propuso que me presentase como el ayo de su hijo. ¿Es justo que me rechace ahora?

—Le ruego que no me pida opinión en la materia. No tengo nada que decir,—contestó Bibiana.

—Muy bien contestado,—dijo con tono de moda milady.

—Nos dimos palabra de casamiento,—continuó M. de Nouchet,—cuando lady Neslie sólo tenía diez y siete años. Cuando me dejó para casarse con su padre de usted, me prometió solemnemente que, si quedaba viuda... y, sobre todo, rica... se casaría conmigo. La ví después en París; allí renovó su promesa y ahora se niega á cumplirla. ¿Es justo, miss Neslie?

Bibiana volvió el rostro con gesto de altivo desdén.

—Eso no me interesa,—contestó fríamente.

—La suplico que me oiga,—continuó él con vehemencia.—Es usted aquí la única que posee la verdad y el honor. ¿Es honrado en lady Neslie volver á engañarme?

Valeria se echó á reír mientras arreglaba sus brazaletes.

—Elocuencia desperdiciada, Enrique,—dijo;—miss Neslie no siente simpatía por usted.

—Ya lo sé; pero miss Neslie comprenderá la justicia de mi demanda,—exclamó él.

—Mi querido Enrique,—dijo milady,—yo era una sencilla muchacha la primera vez que me prendé de su hermosa figura... ¡y muy hermosa que era entonces!

El mascullo algunas maldiciones entre sus dientes apretados; milady se abanicó lánguidamente.

—Repito que era una ignorante chiquela. Estaba enamorada... y prometí casarme con usted. Lo admito. Pero sir Arturo se presentó en mi camino. ¿Qué mujer de criterio hubiese vacilado entre un pobre teniente, por guapo que fuese, y un acaudalado baronet inglés? ¡Amor... bah! Eso palidece ante el dinero. Usted mismo confesó que obraba juiciosamente casándome con él.

El rostro del francés se tornó más pálido oyendo la ironía de aquella voz.

—Después nos vimos de nuevo en París, al poco tiempo de quedar yo viuda, y le renové mi promesa de casarme con usted. Comprendo que hice mal. Pero determiné, antes de casarme, conocerle á usted á fondo. Le he puesto á prueba y usted ha fracasado. Creí que lo mejor que podía hacer era invitarle á usted una temporada en Lancewood. ¡Pero esta comarca es tan sumamente curiosa! Decidí, pues, que lo mejor sería ocuparle en algún asunto de la casa. Le he observado á usted durante todo este tiempo, y ahora recojo mi palabra... no quiero casarme con usted.

—¿Usted olvida,—dijo él con voz sibilante,—que se encuentra en mi poder?

—Me es indiferente. No seré desconsiderada.

Le haré á usted un hermoso donativo, y puede usted volverse á la alegre Francia; pero yo no le acompañaré á usted, monsieur.

—¿Quiere usted decirme, al menos, por qué?—preguntó él, con una curiosa palidez extendida por su semblante.

—Si no tengo el menor inconveniente,—replicó lady Neslie.—Era usted joven la primera vez que le conocí. No tenía usted defectos de bulto. Ahora es usted un jugador impenitente. Lo mismo sería querer obligarle á usted á separarse del tapete verde, que empeñarse en que viviese sin respirar. Por eso me niego á casarme con usted, Enrique de Nouchet.

—Si yo doy mi palabra...—empezó él.

Pero lady le interrumpió:

—Se dan maravillas en el mando,—dijo,—pero semejante maravilla como que usted dejase de jugar, no es posible. Hace años,—continúo con seguridad,—no hubiese pensado en esto; pero hoy sé lo que vale el dinero. Conozco el valor de una lujosa casa, de una fortuna sólida, y no quiero sacrificar estas cosas á un capricho.

—No las sacrificaría usted,—dijo él.

Milady hizo un gesto con la mano.

—Sin disputa. Si me casará con usted, me arruinará usted en dos años, y luego sería usted el primero en recriminarme. Declinó el honor de quedarme arruinada por usted, monsieur de Nouchet.

—Deseo,—dijo miss Neslie,—que me permitan ustedes pasar; en esta discusión nada tengo yo que hacer.

—No,—dijo el ex-ayo,—la suplico á usted que permanezca. Milady me ha puesto en el disparadero. Prometió usted casarse conmigo y ahora rehúsa usted. Está usted en mi poder. Diré á miss Neslie quién es usted.

—Un delator siempre es un cobarde,—dijo Bibiana.

—Pues seré un cobarde. Se lo diré á usted todo. Y luego, milady no se atreverá á permanecer aquí.

—Permaneceré,—replicó milady.—Su delación es ya de poca importancia. Mi fortuna está asegurada.

Una lividez espantosa cubrió el rostro de M. de Nouchet.

—Diré todo lo que sé de usted,—exclamó,—á menos que no consienta. Piénselo usted bien, Valeria... llevará usted una alegre y hermosa vida en París. Ya sabe usted que la amo y la haré feliz.

Valeria se encogió de hombros.

—Dejemos el amor fuera de cuestión,—dijo;—aquí se trata de dinero para jugar y de una delación en caso contrario.

—Tengo más paciencia con usted,—rugió él,—que la que he tenido con mujer alguna!

—Es inútil todo,—dijo lady Neslie.—Las palabras, vanas; súplicas, amenazas, todo en vano. No quiero casarme con usted. Usted lo desea para dejar mi fortuna sobre el tapete verde; no se hará. Prefiero jugarla yo.

Enrique de Nouchet sacó su reloj de bolsillo y lo puso encima de la mesa.

—La doy á usted cinco minutos para que considere sus palabras. Lady Neslie, si usted promete casarse conmigo, jamás se arrepentirá de ello; ría.

—Hágame el favor de una silla,—dijo milady chancerosamente,—cinco minutos son demasiado tiempo para pasarlos en pie.

Pero monsieur no se movió, y reinó un profundo silencio, tan sólo interrumpido por el tic-tac del reloj.

CAPITULO IX

La escena era intensamente dramática. Fuera brillaba una luz resplandeciente, el rocío esmaltaba las dormidas flores, los corpulentos árboles se erguían como centinelas; dentro, la suave perlada luz de la lámpara, inundaba el salón con su tenue resplandor, reflejándose en el rostro de los tres personajes. Jamás se vió grupo de mayor contraste; milady hechicera, riente, burlesca; sus alegres ropas y joyas parecían atraer toda la luz; su boca, replegada desdeñosamente; un reto ardiendo en sus ojos; Bibiana, con su pintoresco vestido de terciopelo negro barriendo el suelo; su hermoso semblante lleno de noble desdén; alta, majestuosa; el francés, agitado, pálido, con descoloridos labios y ardientes ojos.

El silencio era profundo. Milady se abanicaba. El corazón de Bibiana palpitaba con violencia; parecía que el honor de la casa pesaba en sus manos. ¿Cuán lentamente se deslizaban los minutos! ¿Qué iba á oír en cuanto transcurriesen?

—Y bien, ha expirado el tiempo,—dijo M. de Nouchet;—lady Neslie, deme usted una respuesta.

—Me niego en absoluto á casarme con usted,—replicó ella.

El se inclinó y Bibiana pensó que nada había visto tan terrible como aquel rostro lívido, descañado.

—Usted se niega, bueno; cumpliré, pues, mi palabra. Le suplico á usted que me atienda, miss Neslie, mientras le refiero la historia de lady Neslie.

—Preferiría no oírlo; se está haciendo tarde,—dijo Bibiana con firmeza.—Lady Neslie es hoy un individuo de mi casa; si en su vida pasada existen secretos, que queden en la obscuridad.

—En su vida ha hablado usted más juiciosamente, Bibiana; pero en verdad no me importa... en nada puede afectarme. Antes de la muerte de sir Arturo yo persuadí, convine, traté; pero ahora es muy diferente... nada puede privarme de mi fortuna. En lo que toca á mi posición, veamos qué daño puede ocasionarme monsieur.

—Valeria,—exclamó él una vez más,—¿quiere usted retractarse?

Milady le miró con chispeantes ojos.

—¿Después de haberme amenazado? ¿Cobarde delator, no me casaría con usted ni aun para salvar mi vida!

—Esta mujer que se moja tan cruelmente de

mi ahora, fué mi primer amor. No se llama Valeria d'Este, como dijo á su padre de usted, sino Valeria Roilleux... hija de un tendero de París...

Milady le interrumpió con una carcajada.

—Miss Neslie no se sorprenderá de oír eso. Jamás ha creído que yo fuese una de Este... ¿verdad, Bibiana?

Un altivo desdén pintado en el noble rostro fué la sola respuesta. Monsieur continuó:

—Valeria era linda; su hermana María, que pasa aquí por camarera suya, no lo era. No quiero cansarla á usted, miss Neslie, hablándole del modesto hogar en que vivía esta fría y cruel mujer, ni de su vanidad, más grande todavía que su belleza. Yo era hijo de un notario que vivía en el barrio y, como muchacho, me prendé locamente de ella. Bien pronto no la satisfizo su quieto hogar; desoyendo las súplicas y ruegos de sus padres, abandonólo, y teniendo sólo catorce años, se la conocía ya como una de las amazonas más atrevidas en los circos de París. Recorrió media Francia con el personal de un circo, y luego regresó á París, y prometió... ¡loco de mí que la escuché!... que se casaría conmigo. Sus padres habían muerto ya y ella poseía algún dinero. Se dió á viajar por el extranjero, llevando como camarera á su hermana María. Después regresó á una casa donde tomó habitaciones amuebladas y allí conoció á su padre... sir Arturo.

Bibiana le interrumpió. Ella no miraba á la bella y falsa criatura que había obscurecido su vida; sus negros, firmes ojos, estaban fijos en M. de Nouchet.

—Si no tiene usted inconveniente,—dijo,—¿quiere usted contarme cómo engañó á mi padre?... Siempre he creído que le había engañado... pero jamás he sabido cómo.

—Si se lo contaré á usted. Cuando supo por la dueña de la casa que un rico baronet inglés estaba hospedado allí, inmediatamente formó su plan. Procuró ser presentada á él con el nombre de mademoiselle d'Este, hija de una rama joven de los d'Este. Refirióle una triste historia sobre los limitados medios y penosa situación de una joven huérfana. Sir Arturo, su padre, me permitirá usted que diga, miss Neslie, no se pasaba de listo. Ella era muy viva, muy astuta, hermosa y encantadora. Tenía la faz de un ángel, la voz de una sirena; era indolente y amante de ser entretenida y de entretener; cautivó á sir Arturo. Este no se tomó la molestia de inquirir sus antecedentes. Creyó todo cuanto ella le dijo, se enamoró perdidamente de ella, y se casó.

—Pero usted, caballero... usted, ¿qué hizo?—preguntó Bibiana.

La irritaba que su padre hubiese sido tan fácilmente engañado... ¿su pobre difunto padre!

—¿Qué iba yo á hacer, miss Neslie? Tuve que someterme. ¿Qué podía hacer yo? Cuando me comunicó su resolución de casarse con un rico baronet, comprendí que todo cuanto hiciese sería en vano. No quiero cansarla á usted repitiendo lo que me prometió. En parte cumplió su palabra. Después de su casamiento me envió continuamente hermosas sumas de dinero. Ha sido excesivamente generosa conmigo.

—¿Y usted las tomaba?—preguntó Bibiana.

—Sí, las tomaba. Era el precio del secreto de milady; aparenté creer que era una d'Este. No dije nunca que había sido artista cenestre.

Miss Neslie extendió sus manos con una exclamación de horror.

—¿Basta!—dijo.—Sus palabras son horribles.

—Son verdaderas,—declaró él.—No era ni más ni menos que una artista de circo. Yo guardé su secreto... ella me pagaba para que lo hiciera así. Lei la muerte de su padre de usted en los periódicos ingleses, miss Neslie, y entonces la escribí, recordándole su promesa. Esta fué la razón de su viaje á París y no otra. Usted sabe lo que siguió. Prometió casarse conmigo tan pronto como las conveniencias sociales lo permitiesen, y entretanto me invitó á permanecer en Lancewood. Ella está aquí, miss Neslie... pregúntele usted si alguna de las palabras que he dicho no es cierta.

—No hay necesidad de preguntarlo,—dijo milady con graciosa indiferencia.—Nada niego. Todo ello es cierto. ¿Y qué más?

La altiva indignación del noble rostro, el incommensurable desprecio en los negros ojos, hubiesen impuesto silencio á cualquiera; pero no produjeron el menor efecto en lady Neslie.

—¿Y qué más?—repitió ésta.—Me casé legalmente con sir Arturo y soy su legítima viuda.

—Pero le embaucó usted!—exclamó Bibiana.

—Mucho peor para él... Pudiera haber sido más perspicaz,—observó milady.—Lo admito. No le tengo miedo al escándalo. Mi único anhelo era que todo esto permaneciese secreto en vida de sir Arturo. Un escándalo entonces hubiese tenido malas consecuencias para mí. Quizás hubiese intentado el divorcio, aun cuando yo no vea fundamento para ello. Pero seguramente hubiese alterado su testamento, y entonces, ¡adiós hermosas rentas! Pero hoy, muerto él, asegurada mi fortuna, todo me tiene sin cuidado. Si usted quiere, Bibiana,—añadió,—puede usted hacer imprimir la historia; será un bellissimo toque al honor de los Neslie... ¡una titiritera, hija de un tendero, dueña de Lancewood! ¡Parece que esto reportaría más vergüenza para usted que para mí!

Después volviéndose de Bibiana, se encará con Enrique de Nouchet.

—En cuanto á usted,—dijo,—traidor, cobarde, delator de una mujer, váyase! ¡Jamás, mientras yo viva, le miraré el rostro... jamás le volveré á dirigir la palabra! Váyase de mi presencia. Llevando consigo mi desprecio. Usted se ha perjudicado. Haga usted lo que quiera: su poder sobre mí ha terminado; la titiritera, la hija del tendero, tiene el honor de dirigir á monsieur de Nouchet, su último adiós.

Con una sonrisa entreabriendo los purpúreos labios, mostrando los perlinos dientes, con la luz centelleando en sus joyas, con la fácil, negligente gracia que le era peculiar, milady salió del salón, acompañada de una maldición del francés.

—Ha arruinado mi vida! La he disipado como no lo hubiera hecho á no conocerla,—dijo.

Y tan espantosa, tan terrible era la de

ción en su rostro, que Bibiana casi tuvo compasión.

—¿Cuánto dinero necesita usted?—preguntó acuciosamente.

—Lo bastante para pagar mis deudas. He contraído algunas.

Esto lo dijo sin mirar los claros y brillantes ojos fijos en él.

—Monsieur de Nouchet,—dijo miss Neslie,—le creo á usted un hombre profundamente sin principios. Ha violado usted los secretos de una mujer, ha sido usted bajo y sin nociones de honor. No me rebajará á pedirle á usted un favor, porque prefiero comprármelo. Hágame usted una nota de todo el dinero que debe. Le entregaré á usted la suma, á condición de que no dirá usted á persona alguna lo que me ha dicho á mí, y que no volverá usted á mencionar el nombre de lady Neslie. Esto lo hago,—añadió—no porque me inspiren ustedes dos el menor interés, sino porque anda en juego el honor de los Neslie.

CAPITULO X

Lady Neslie fué á reunirse con sus huéspedes, sereno á imperturbable el rostro como si nada hubiese ocurrido; en verdad, la delación de su falta hecha por Enrique de Nouchet á miss Neslie, la preocupaba muy poco. Nadie podía echarla de Lancewood ó privarla de su fortuna. Cierlo es que Bibiana podía decirle algunas cosas desagradables; pero las palabras no son más que aire: no podían ofenderla.

—La venganza de Enrique ha sido "nada entre dos platos," después de todo,—se dijo,—y casi me alegro de haber tenido la ocasión de reunir con él. ¿Cómo he podido siquiera imaginar que le amaba? ¡Qué locas somos las mujeres!

Los fuegos artificiales dieron fin; terminó el banquete; los bailarines, fatigados, se habían retirado á sus respectivas casas, y nadie notó que el hermoso francés, que parecía la sombra de milady, se había desvanecido. Los extenuados sirvientes se habían ido á descansar; milady, alegre y brillante hasta lo último, había permitido que su hermana fuese á descansar. Todo el mundo dormía en la casa, menos la que fué un día dueña y señora de ella. Bibiana Neslie estaba medio aturdida por el horror que le causara lo que había oído, aun cuando no le hubiese causado gran sorpresa. Siempre había dudado de lady Neslie. Su brillante belleza y aires graciosos no podían ocultar su dudoso origen. Bibiana no se hubiese sorprendido aunque la realidad hubiera sido más terrible aún. ¡Ay de Lancewood, el altivo y majestuoso Lancewood! Malos y negros días eran los que lucían para él. ¡Una artista de circo—Bibiana se estremecía al decirlo—ocupar el puesto de su madre! ¡Qué vergüenza! Jamás hasta entonces había sabido cuán profunda era su amor por la antigua mansión, su orgullo por ella. Estaba casi desesperada.

No había salido de aquel abismo de vergüenza y horror; mas negras sombras iban envolvién-

dola. El temor de que su secreto fuese conocido había producido poca enmienda en lady Neslie; pero ahora que Bibiana lo sabía, toda restricción había concluido. Bibiana comprendía demasiado bien aquella vana y frívola naturaleza para tener la seguridad de que Valeria vengaría su afrenta sobre ella; que por jactancia sería más temeraria é insolente que nunca. No había jamás soñado en que la viuda de su padre volviese á contraer un nuevo enlace. Era un peligro que no había previsto; pero ahora era de temer. Y si milady casaba, lo haría con uno de aquellos "soldados" militares á que era tan aficionada, no un caballero inglés. ¿Qué sería de Lancewood entonces?

No había cláusula en el testamento que impidiese á Valeria el casarse de nuevo é instalar á su marido en Lancewood; aquella era su casa hasta que Osvaldo alcanzase la mayor edad. Hubiera podido casarse con M. de Nouchet y hacerle dueño de todo. Si tenía la idea de casamiento en su mente, era probable que la realizase.

—Y yo soy impotente para evitarlo!—pensó la joven;—impotente aun para dar consejo! No puedo hacer nada.

Ningún pesar que hubiese caído sobre ella, le hubiese afectado como éste; y tenía la seguridad de que iba á ocurrir lo que temía. Lady Valeria se casaría en cuanto se le ocurriese.

Trató de imaginar lo que sería de Lancewood con uno de aquellos franceses de alta voz, cigarrillo en boca y taco en mano por dueño. Valeria y su consorte no tendrían derecho para derribar el edificio ó cortar los árboles; pero si Osvaldo llegaba á ser lo que prometía, les daría su consentimiento para todo lo que quisiesen.

Bibiana recordaba que un día que hablaban de unos hermosos cedros seculares, lady Neslie dijo:

—Tan pronto como Osvaldo sea mayor de edad, le persuadiré á que corte esos árboles.

¿Qué ocurriría si la madre de Osvaldo instalaba allí un esposo? Le horrorizó el pensamiento.

El sol de la mañana encontró á Bibiana reflexionando sobre esto, el mayor disgusto que había caído sobre ella. No podía reponerse del golpe.

Todo el día estuvo con pálido semblante y tristes ojos. Gerardo Norman la contemplaba ansiosamente; conoció que algo preocupaba á la mujer que amaba tan apasionadamente. Aquel día hubo poca tranquilidad en la casa, literalmente llena de huéspedes. El solo refugio de Bibiana era su habitación; en cualquier otra parte se exponía á ser interrumpida. Los amigos de lady Neslie hubiesen querido rendirla el tributo de su admiración; algunos de ellos declararon que era la mujer más bella que habían visto en Inglaterra, pero espantadamente altiva. Hicieron una ó dos tentativas para hablarla; pero fracasaron en absoluto. Las señoras de la partida fingían ignorarlo, lo cual era mucho más agradable que si Bibiana las hubiese ignorado á ellas. La joven había juzgado correctamente á lady Neslie. El hecho de que conociese su secreto había aumentado la antipatía de milady hacia ella.

Y, sin embargo, Valeria estaba convencida de que su secreto estaba seguro en manos de Bibiana.

—Por el honor de los Neslie no me descubrirá nunca—pensaba.

Al siguiente día, habiéndose encontrado, Valeria aludió al asunto.

—¿Qué hermosa escena la de anoche, Bibiana!—dijo.—¿Se ha ido ya ese mentecato?

—Esta mañana,—contestó miss Neslie,—según me ha dicho Holmes.

—¿Pensar que yo había de poner mi persona y mi fortuna en su poder!—exclamó milady.—¿Qué idea!

—Valeria,—dijo Bibiana,—tiene usted tan poco buen tacto, que es inútil que yo apele á él; pero, si le resta á usted un destello de vergüenza, no me vuelva á mencionar lo que ocurrió anoche. A mí, al menos, me hacen sonrojar semejantes escenas. Son las primeras de su clase que se ven en Lancewood, y son una afrenta para todos. Le suplico que no lo vuelva á mencionar. ¿Quiere usted contestarme á esto, lady Neslie? ¿Tiene usted pensamiento de volverse á casar?

—Ciertamente, si recibiese una proposición ventajosa,—contestó ella.—Pero puede usted estar confiada en una cosa. Bibiana... que no escogeré una pérdida cualquiera.

—¿Pero es su intención casarse otra vez, Valeria?

—Sí, si el destino lo quiere. Después de todo, es usted una joven juiciosa, Bibiana. Toma usted las cosas quietas y discretamente. Supongo que usted no repetirá ninguna de las horribles historias que Enrique contó anoche.

—Puede usted estar segura,—contestó Bibiana.

Era ya muy tarde cuando Bibiana encontró una ocasión de escapar de casa. A aquella hora, los huéspedes estaban fuera en los jardines, pero ninguno de ellos y esto lo sabía ella, entraría en su lugar favorito: un rincón del jardín donde estaba el reloj de sol. Había resuelto consultar con Gerardo Norman, era un verdadero amigo y la aconsejaría bien. Envióle una esquela escrita con lápiz á su habitación, diciéndole que deseaba verle y que le esperaba junto á la meridiana. Allí estaba todo quieto y en calma. Después del tumulto del día era agradable permanecer allí y pensar unos momentos en su amor. Había reclinado su cabeza contra la barandilla que aislaba el monolito, mientras la brisa le traía el perfume de las rosas, y cerró los ojos para abstraerse por completo.

El suave viento embalsamado, las largas noches de insomnio que había pasado, produjeron su efecto. A los pocos minutos, Bibiana se durmió, y Gerardo Norman, al aparecer, encontróla allí. Contempló larga y tristemente el pálido, bello rostro. Después, recordando su altivo, sensible carácter, pensó que quizás no la gustase despertar y verle allí contemplándola. Así, con verdadero instinto de lo que podía hacerla mejor, retrocedió unos cuantos pasos é hizo él bastante ruido para despertarla. Vió la pena de aquel despertar: cómo los tristes, pesados pensamientos parecieron acudir uno á uno. Bibiana, al levantar

los ojos, vió á Gerardo, y su faz se iluminó.

—Mr Norman,—dijo,—le he enviado á llamar porque necesito de un amigo y confidente. A nadie mejor pudiera elegir.

El joven sentóse á su lado y ninguno de ellos imaginó cómo terminaría aquella entrevista.

—No me sorprende, miss Neslie,—dijo Gerardo luego de escuchar el relato.—Desde el principio he creído que lady Valeria no era lo que aparentaba ser. Y casi puedo asegurar que me siento aliviado. Tenía la seguridad de que la verdad se sabría algún día, y temía algo peor que esto.

—Ya es bastante malo,—observó Bibiana, añadiendo.—Pero mi peor temor es este. Si le place permanecer aquí y hacer de uno de esos dudosos personajes el dueño de Lancewood, no veo manera de que pueda nadie oponerse.

—Ni yo,—replicó Gerardo.—Tengo la seguridad de que se casará; y entonces, al menos hasta que sir Osvaldo sea mayor de edad, su esposo será el dueño de hecho. Lancewood ya no será hogar á propósito para usted, miss Neslie.

—No saldré de aquí, ocurra lo que quiera. Permaneceré hasta lo último... hasta que muera. Mi permanencia aquí es la última esperanza de esta casa.

Gerardo tuvo impulsos de preguntarle si no se casaría nunca; de censurar la intención de sacrificar toda una vida á la locura de una falsa mujer; pero no se atrevió. Tan sólo dijo:

—No creo que cuando sir Arturo hizo á usted aquella recomendación en su testamento, entendiérase que sacrificase usted su vida á ello.

—Mi padre depositó en mí su confianza,—repuso ella sencillamente.—Yo debo obedecer.

—¡Vea usted!—exclamó de pronto Gerardo.—No me extrañaría que dentro de pocos meses fuese el amo aquí el conde Calloux. He oído decir que milady le favorece, habiendo quedado desbancado M. de Nouchet.

CAPITULO XI

Bibiana miró en la dirección indicada, y allí á la luz del sol poniente, vió á milady con el conde. Paseaban por la ancha terraza, el conde todo miel, toda atención, milady encantadora, riendo con toda su gracia usual. Bibiana les vió detenerse, y el conde, inclinándose, le besó la mano. Miróle con cierta curiosidad; era un hombre alto, apuesto, con vivos ojos negros y sesgada boca.

—¿Pero usted cree,—preguntó miss Neslie á Gerardo,—que alguno de esos hombres ama á lady Neslie... que la ame realmente?

—No,—replicó él;—no lo creo. Creo que aman á Lancewood y sus rentas. Lady Neslie es incapaz de amor, y aun cuando pueda enloquecer á un hombre, no creo que pueda conquistar un verdadero amor. Es demasiado superficial, demasiado falsa.

Bibiana pensó al contemplar la pareja de la terraza, que realmente parecían enamorados. El conde no le fué simpático. Había algo sospechoso, algo de astucia y doblez en su fisonomía. Quizás no fuese un jugador á la manera de M. de

Nouchet, pero parecía de los que usan de su poder inexorablemente. La joven exhaló un profundo suspiro.

—¡Ay de Lancewood,—musitó,—si cae en semejantes manos!

Entonces ocurrió otra escena. Debajo de la terraza estaba jugando Osvaldo con la muchacha que tenía cuidado de él. La doméstica hizo algo que desplació al niño. Este levantó un látigo que tenía en la mano y lo descargó sobre la boca de la muchacha. La pobrecilla rompió á llorar del dolor. Milady y el conde se aproximaron para ver lo que ocurría. La muchacha dió llorando su queja.

—Es que no sabe usted manejarlo,—dijo milady,—debiera usted conocerle ya.

—Aparentemente sir Osvaldo sabe manejar su látigo,—observó el conde.

—¡Son mis criados,—exclamó el niño apasionadamente,—y puedo hacer con ellos lo que quiera!

—No se explica mal,—dijo el conde.

Pero había un destello en sus ojos, un pliegue en su boca, que dijeron á Bibiana, más claramente que con palabras, cuál era su impulso de tomar el látigo y vapulear al niño.

Lady Neslie volvió la espalda riendo.

—Ten presente, Osvaldo, que no debes permitirte golpear á un hombre así, ó pudieran lastimarte,—dijo.

Y se alejó con el conde, que se inclinaba obsequiosamente á su lado; los dos testigos de la escena se miraron.

Aun no habían tenido tiempo de cambiar una palabra, cuando apareció el aya. Era hora de que sir Osvaldo se fuese á la cama.

—¿De veras?—dijo el niño.—Pues lívame si puedes.

Y se echó al suelo, resistiéndose, luchando, defendiéndose. Finalmente fué dominado y conducido retorciéndose y gritando.

Bibiana le miró con chispeantes ojos. Un súbito, casi intolerable sentimiento de su agravio, se apoderó de ella. Pensó en lo que ella hubiera podido ser para Lancewood, lo que ella le hubiese amado. Pensó en su amor sin esperanza; de sus vanos intentos para preservar immaculado el honor de su nombre. Miró en los años por venir y vió Lancewood, su honrado hogar, un centro de habillitas de la comarca, una escena de baja disipación; lo vió deshonrado, desmantelado, su gloria marchita, arruinado más cruelmente que si sus paredes hubiesen sido ennegrecidas por el fuego. Junió las manos lanzando un grito de pena. Todo el orgullo de su naturaleza despertó en ardiente rebelión. En aquel momento hubiese dado su vida por salvar á Lancewood. Estaba fuera de sí con la cólera, el orgullo, la desesperación.

—Si ese niño muriese,—exclamó,—todo esto terminaría. El poder y el gobierno de esa falsa é intrigante mujer cesaría y Lancewood estaba salvado. No le deseo ningún daño... pero si muriese, ¿qué cambio en todo!

—Su muerte sería la salvación de Lancewood,

—convino Gerardo;—pero los niños de esa especie rara vez mueren.

Hizo un movimiento, pues Bibiana le miraba con una extraña expresión en sus ojos. Durante un segundo, asaltóle la fantasía de que otra alma estaba mirándole desde sus ojos.

—Quisiera,—dijo precipitadamente,—que desapareciese sin recibir daño... que se lo llevasen á algún país remoto. Es tan joven que olvidaría todo lo concerniente á esta casa... que no es realmente suya; jamás debió ser suya. Fuese mejor que Lancewood quedase arrasada hasta los cimientos á caer en manos del hijo de una "eviyére." Gerardo,—exclamó llamándole por la primera vez por su nombre de pila,—esto no sería gran pecado. Ese niño no tiene derecho á Lancewood. El hijo de una titiritera, el nieto de un mercader, la más baja, pobre sangre de Francia en sus venas... no tiene derecho á Lancewood.

Dios me oye y sabe que digo la verdad,—añadió;—si su madre fuese una señora, si existiese en él la menor partícula del espíritu de los Neslie, yo estaría contenta, orgullosa, feliz; pero no tiene nada. Se hará mayor tal como es ahora... falso, astuto, cruel, tiránico, y, si su madre le educa, disipado. ¿Qué será de Lancewood en sus manos? ¡Si desapareciese,—exclamó con violenta pasión,—si se lo llevasen muy lejos de aquí, ocultándole su nombre y origen... si esto pudiese ser, daría mi vida por verlo realizado.

Gerardo contempló aquel rostro, iluminado por la pasión y el orgullo. Acercóse, y murmuró, con un dulce y culpable gozo á través de sus venas:

—Supongamos,—dijo,—que alguien hiciese esto... alguien que sería siempre bueno para él, que le daría una educación brillante, que le pondría en condiciones de prosperar en la vida honrada y decentemente... ¿qué haría usted por semejante hombre? ¿Qué le daría usted?

—Mi vida entera,—contestó ella vivamente.—Semejante hombre sería el bienhechor de los Neslie. El haría lo que yo no puedo hacer... conservar este honor immaculado.

Gerardo guardó silencio unos momentos.

—Si alguien,—dijo después—hiciese esto por usted... fijese usted bien... por usted sola... ¿qué le daría usted? ¿qué recompensa obtendría?

—Todo cuanto me pidiese,—respondió ella, sin percatarse de lo peligroso de su ofrecimiento.

Por la primera vez tocó Gerardo su mano; en uno de sus dedos brillaba un anillo con una gruesa perla.

—Démele usted,—dijo,—como prueba de que es formal lo que está diciendo.

Bibiana se sacó el anillo y lo colocó en el dedo de Gerardo.

—Miss Neslie,—dijo éste,—míreme usted en la cara y dígame... ¿piense usted su respuesta!... es formal lo que ha dicho usted?

—¡Sí, sí!—exclamó ella.—Es la única manera de salvar á Lancewood. Ahora no me es posible verlo todo con claridad... mi cerebro está confuso... todo cuanto he visto y oído me ha puesto casi loco. Me parece que he perdido el dominio sobre mí misma, el poder de pensar, que he olvidado algo que debiera recordar. Si Osvaldo des-

apareciese así, lady Neslie tendría que matarse y Lancewood se habría salvado.

Se pasó la mano por los ojos al decir estas palabras, y su expresión de extravío le impresionó.

—¿Cómo ama usted á Lancewood!—dijo, casi con amargura.

—Es el amor de toda mi vida,—contestó ella.

—¿Recordará usted?—dijo señalándole el anillo que ella había puesto en su dedo.

—Jamás olvido,—contestó ella, hablando como quien despierta de un sueño.

—Miss Neslie, mañana me voy á Londres,—dijo Gerardo con voz alterada.

Y, viendo que milady estaba cerca, añadió en voz baja:

—¿Puedo hacer algo por usted?

—¿A Londres?—repitió la joven sorprendida.—Yo pensaba...

—Voy á Londres,—repitió él.—Saldré en el primer tren, y probablemente estaré allí diez ó doce días. ¡Ah!... Milady me miró... voy á decirselo.

Lady Neslie, en efecto, había divisado el grupo. Gerardo se dirigió á su encuentro.

—Le estaba diciendo á miss Neslie que deseo marcharme á Londres mañana en el primer tren,—dijo,—y si usted me lo permite, permaneceré allí unos días.

Valeria estaba en uno de sus buenos momentos.

—Ciertamente,—respondió.—Lancewood le echará á usted de menos, Mr. Norman. No se escribirá una carta ni se ajustará una cuenta hasta que usted no vuelva. ¡Espéro que no sea nada desagradable lo que le obliga á partir!

Milady empezaba á comprender el mérito del joven. Era de apreciar en aquellos días, cuando ella disipaba su tiempo en fiestas y fantasías; tener una persona en quien depositar implícita confianza. Los asuntos de la casa iban siempre al corriente. Invítóle á que pasase la noche en el salón. Por razones particulares, aceptó Gerardo, mientras Bibiana, rodeada de nacierentes sombras, había escondido el rostro en el césped, exclamando:

—¡Si obro mal, Dios me lo perdone! ¡Es mi única esperanza!

CAPITULO XII

—¡Tonterías!—dijo lady Valeria.—Todos los criados son lo mismo: se mueren por darme un susto. El niño está bueno y sano.

—Es lo más probable,—dijo su acompañante, el conde de Calloux,—pero quizás se haya extraviado en el bosque.

—No se ha extraviado,—replicó milady impaciente.—Tan sólo negligencia de la muchacha. Porque no lo ha encontrado justamente en el lugar donde lo había dejado, ya tiene la seguridad de que se ha perdido. En estos tiempos nadie roba niños.

—No es usted una de las madres más ansiosas,—observó el conde con una sonrisa.—No

quiere usted permitir que su corazón vaya demandado lejos por causa de su hijo.

—Está usted equivocado,—dijo milady.—Este niño representa á Lancewood, y vale, por lo tanto, como él. Dejando aparte todo amor, no quisiera perderle por todo lo del mundo; perdiéndole á él, pierdo esta noble, antigua mansión y una gran parte de mi renta. Espero que nada le habrá ocurrido.

Esta conversación tuvo lugar entre milady y el conde, cinco días después de la partida de Gerardo para Londres. La mañana era calurosa; milady, con la más elegante de las manteletas y el más coquetón de los sombreros, había salido para ampararse bajo la sombra de un corpulento cedro. El conde de Calloux se había apresurado á seguirla; su anunciada partida á París había sido aplazada. Mientras estaban hablando, haciéndose la corte magistralmente, la encargada de Osvaldo, Mrs. Corby, había ido toda pálida y asustada, á comunicar que no encontraba al niño por ningún lado. Lady Neslie se indignó grandemente ante el hecho de que hubiesen interrumpido aquel agradable día, para un asunto que le parecía un deseo de hacer sensación.

—Vaya usted y búsquele,—dijo.

Y la doméstica, que tenía la cólera de su ama, se apresuró á obedecer.

Pasó media hora; milady había olvidado ya el pequeño incidente. Estaba escuchando embelesada alguno de los más dulces y graciosos cumplimientos que había oído—realmente el conde tenía talento para estas cosas—cuando apareció el aya, más blanca y espantada que antes.

—Milady,—dijo,—lo siento mucho... pero realmente estoy asustada... no podemos encontrar á sir Osvaldo.

—¿Dónde le dejó usted?—preguntó Valeria.

—Esta mañana no ha dado lección; usted dijo que hacía demasiado calor y que le sacase...

—Ya sé,—fué la impaciente interrupción.—Pero, ¿dónde le llevó usted?

—Al bosque... hasta la orilla del río.

—¿Y bien?—dijo Valeria, pues la mujer se detuvo y comenzó á sollozar.

—Después,—continuó Mrs. Corby,—sir Osvaldo se puso rabioso; dijo que quería pescar y que volviere yo por su caña.

Milady palideció.

—Pero usted,—dijo,—no habrá sido tan estúpida y negligente para dejar al niño solo?

—Milady... el señorito me pegó, gritó, me mordió las manos... estaba tan furioso que no me atreví á desobedecerle. Sentóse sobre una rama y me prometió no moverse de allí. Pero cuando volví con el aparejo ya no estaba.

Lanzando un violento grito, lady Neslie se levantó de su asiento.

—¡Que vengan todos los criados!—gritó.—¡Que registren todos los rincones! ¡Que no se pierda un momento!

—Sería prudente dragar el río,—observó el conde.

Valeria le miró con extraviados ojos.

—¿Dragar?—repitió.—¿No sabe usted que el Ringe es un río profundo y de veloz corriente que

se precipita en el mar? Recuerdo... ¡oh Dios mío... qué bien lo recuerdo! Sir Arturo me contó de una joven... una hermosa joven... que se arrojó al río... y su cuerpo fué encontrado muy lejos de aquí... sobre la playa.

—No se desespere usted; el niño puede haberse perdido en el bosque... siguiendo una mariposa ó un pajarillo. No debemos pensar que ha caído al río por el mero hecho de haberlo dejado en la orilla. Esa aya merece un buen correctivo.

—Busquen á miss Neslie—dijo á uno de los criados que habían acudido—enviar recado á Hydewell... que los guardas registren el bosque. ¡Oh hijo mío, hijo mío... pierdo á Lancewood si te pierdo á tí!

Y luego encaminóse rápidamente á la casa.

Cuanto poco afecto maternal había en su pecho, entró en acción. Momentos después estaba en la habitación de Bibiana, pálida, jadeante y angustiada.

—Bibiana—exclamó—el niño se ha perdido! Estoy segura de que ha caído en el río!

Una sincera expresión de disgusto se pintó en el rostro de Bibiana. Lady Neslie repitió la historia del aya.

—Siempre he dicho—añadió—que ese río era peligroso... que no debía acercarse. ¡Oh Bibiana! ¿Qué hacer?

—Lo siento mucho—dijo gentilmente—pero no malgastemos el tiempo hablando. Enviemos gente inmediatamente.

Y mientras el ardiente sol de Agosto brillaba con desapiadada intensidad, una multitud de gente registraba el parque, la campiña, el bosque; pero no se encontró rastro del pequeño heredero.

Transcurrieron las horas y no se tenían noticias de él. Lady Neslie sufría indeciblemente. A pesar de su frivolidad, de su ligereza y egotismo, amaba al niño á su manera. Bibiana estaba también apesadumbrada. Una cosa era desear que el niño desapareciese para salvar el honor de la casa, y otra encontrar que probablemente había perecido ahogado en las profundas aguas del río.

Cayó la tarde; el horizonte se tiñó de púrpura por poniente. Entonces llegaron noticias de Osvaldo; tristes, terribles noticias. Algunas millas río abajo, donde la corriente era más rápida, donde se precipitaba en derechura al mar, habían encontrado el sombrero y la capita del niño; evidentemente habían estado mucho tiempo en el agua, y el reflujo los había arrojado á la orilla. Más lejos encontraron el latiguillo que llevaba siempre en la mano.

—Se ha ahogado, no cabe duda—dijo el conde, cuando aquellos objetos fueron puestos de manifiesto.

La infeliz madre fué atacada de un accidente nervioso.

—Si le he perdido, he perdido á Lancewood!—exclamó.

Y Bibiana, que estaba junto á ella, con la compasión brillando en sus claros ojos, dijo:

—Daría enano da Lancewood porque viese.

Y lo decía con todo su corazón.

Durante algunos días mantuvieron un destello de esperanza; los criados continuaban sus pesquisas, se pusieron avisos en todos los periódicos, y fueron ofrecidas crecidas recompensas. Todo en vano; todo el mundo llegó á la misma conclusión; el pequeño heredero se había ahogado en el río, y su cuerpo transportado al mar.

—¿Podían haberlo robado?—preguntó milady, asíéndose á este último rayo de esperanza.

Se le dijo que no era probable, que la comarca había sido registrada, y que se sabía que ni gitanos ni furtivos se habían acercado á Hydewell hacía mucho tiempo.

Se extinguió toda esperanza. Milady vistió el luto más riguroso; el aya, culpable de negligencia, fué despedida con el posible vilipendio; una losa de mármol fué colocada en la iglesia de Hydewell; todos los periódicos dedicaron sentidos párrafos á la prematura muerte del heredero de los Neslie, añadiendo que este accidente llevaba toda la fortuna á manos de miss Bibiana Neslie.

Gerardo Norman continuaba todavía en Londres; escribió, expresando su sentimiento por lo que había ocurrido y rogando á milady que le perdonase su demora.

Después el abogado, Mr. Greston, apareció de nuevo en escena. Una vez más era Bibiana la dueña legítima de Lancewood.

—Créame usted—dijo la joven con lágrimas en los ojos—hubiese preferido que no fuera mío... á ese precio.

—No podemos escoger—observó Mr. Greston—es necesario aceptar lo que la Providencia nos envía. Lo siento por el niño... es decir, hasta cierto punto, por él y por su madre; pero me alegro de que Lancewood caiga de nuevo en buenas manos. Toda la fortuna... y aun la familia, se hubiese ido á fondo á vivir ese niño. ¿Supongo que milady, con su séquito de francesas, tomará ahora el pasaporte?

—Así lo creo—replicó Bibiana, pensativa—Sin embargo, estoy tan apenada por ella, que si creyese que le placía quedarse aquí, se lo permitiría.

—Permitame usted que le aconseje, miss Neslie, no hacer semejante cosa. Nunca me ha gustado milady; y, si me hubiese atrevido, le hubiese dicho á sir Arturo, desde el primer momento, que no era la compañera que necesitaba. Creo que no obro mal, diciendo que la muerte de ese niño ha sido providencial.

Bibiana le miró con tristeza.

—A veces—dijo—cuando me veía cruelmente probada, he pensado que su muerte podía ser lo más conveniente para Lancewood, y con frecuencia he deseado que desapareciese... pero ahora que ha venido deploro su muerte... la deploro con toda mi alma.

—Pasados unos momentos, Mr. Greston dijo:

—Conozco á lady Neslie; y, con su permiso, le echaré una puntadita para hacerle recordar que esta ya no es su casa. Páreceme á mí que todo

CAPITULO XIII

Al caer de una tarde calurosa llegó Gerardo Norman á Lancewood. Miss Neslie no le vió, pues el joven se retiró á sus habitaciones. Bibiana habló á Mr. Greston de su llegada.

—¿Quiere usted que le invite á comer con nosotros?—dijo.—Quizás le gusta á usted charlar un rato con él de sobremesa.

—Ya lo creo!—exclamó el abogado.—Le estimo por su inteligencia y su celo por la casa.

Bibiana vió á Gerardo unos breves momentos antes de comer; pero, como el abogado estaba presente, no pudo hacerle ninguna pregunta. El joven miró el luto de miss Neslie y luego la miró en los ojos; y, sin saber por qué, aquella mirada la puso inquieta.

Durante la comida, Mr. Greston refirió más de una vez las circunstancias de la muerte del niño. Luego contó un idéntico incidente ocurrido en una noble familia, en cuyos negocios él intervenía. Y cada vez que Osvaldo era mencionado, los ojos de Gerardo buscaban los de Bibiana.

—¿Debió usted quedar muy sorprendido?—preguntó Mr. Greston á Gerardo.

—Mucho—replicó éste con quieta brevedad.—No enteramente en vano.—repitió Gerardo. Y Bibiana se admiró de su laconismo.

Terminada la comida, la joven dejó á los dos hombres saboreando los postres, y Mr. Greston se tornó grandemente comunicativo.

—No me considero irreverente—dijo—al declarar que la muerte del heredero me parece providencial. Si el niño hubiese vivido todo hubiese acabado para los Neslie de Lancewood. Milady hubiera arruinado á la familia. En tan poco tiempo ya se nota gran diferencia en la casa; hay orden, regularidad, método. Ahora es la casa de un caballero, regida por una señora... antes era algo que se resiste á la descripción. Me alegro cordialmente de que miss Neslie haya vuelto al gobierno de Lancewood. Es una noble mujer.

—Mirse á la dueña de la casa, que esperaba en el mirse á la dueña de la casa, que esperaba en el salón; entonces Mr. Greston, con muchas excusas por su falta de sociabilidad, dijo que no había leído aún la prensa del día, y que, con permiso de miss Neslie, la leería allí.

—Hace una noche muy hermosa—dijo.—La suplico que por mí no se quede usted dentro de casa, miss Neslie.

Sentóse junto á una ventana, y Bibiana salió á la terraza. La noche era deliciosa; Bibiana sentía un indefinible temor de encontrarse á solas con Gerardo. Permaneció á vista de la ventana; y aunque parezca extraño, Gerardo no parecía tener gran prisa en buscarla. Después se decidió á buscar la sombra en uno de los extremos, y apoyó los codos en la balaustrada.

Gerardo la siguió entonces, y aproximándose á ella, la tomó una mano diciendo:

—Miss Neslie... vengo por mi recompensa.

esto necesita purificarse. Jamás he visto partida más extravagante de huéspedes; y Holmes me ha dicho que hay visita que ha durado meses. Yo lo compondré discretamente. La diré si le soy de algún servicio en su traslado.

Hubo una admirable diferencia entre lady Valeria, la madre del heredero, dueña de Lancewood, y la abatida mujer que miraba al abogado cuando éste le hizo amablemente su pregunta.

—¿He de irme? Bien... no esperaba otra cosa. Haría justamente lo que Bibiana hace. Pero no iré á la sombría mansión de las viudas de la casa. Quiero residir en París. ¡A Dios gracias, aun cuando pierda Lancewood, no pierdo mi viudedad! Mr. Greston, dígame usted á mis Neslie que saldré de aquí dentro de quince días. ¡Oh... si mi hijo no hubiese muerto, esto no sucedería!

Como es natural, la muerte del joven heredero produjo gran conmoción. Los que habían censurado duramente á lady Neslie en los días de su prosperidad, la compadecían ahora, y la visitaron para expresarle sus simpatías. Sin embargo, todo el mundo decía que el accidente parecía realmente providencial, que toda aquella fortuna se hubiese desvanecido á permanecer milady mucho más tiempo.

La brillante partida de visitantes había desaparecido. El conde de Calloux, que había hecho el amor á la hermosa viuda, con el exclusivo objeto de vivir en Lancewood, fué uno de los primeros en despedirse. Dijo haber recibido cartas de gran importancia. Sentía marcharse tan apresuradamente, pero no le quedaba otra alternativa. Milady le miró con irónica sonrisa.

—Comprendido, señor conde—dijo—habiéndome quedado sin Lancewood, debo quedarme sin usted. Pero siento muchísimo más la pérdida de Lancewood que la de usted. Así, pues, "an revoir."

Transcurridas tres semanas, Lancewood quedó limpio de sus mal acogidos moradores, y Bibiana Neslie volvió á reinar de nuevo como soberana. Gerardo Norman le había escrito noticiándole su regreso. Con la carta el cartero llevó una pequeña cajita. Miss Neslie abrióla y encontróse con el anillo que semanas antes había puesto en el dedo de Gerardo.

Pensó para saber lo que aquello significaba, pero él llegaba aquella noche; entonces lo sabría todo. Mr. Greston permanecía aún en la casa; Bibiana se lo había suplicado. El abogado, que podía disponer por aquel entonces de su tiempo, no quiso negar aquel servicio. Quedó convenido que pasaría allí lo fuerte del verano.

—¿Por qué había Gerardo enviado el anillo? El sabía que el niño había muerto. ¿Sabía asimismo cuán arrepentida estaba de las palabras pronunciadas en un momento de desesperación? ¿La conocía lo bastante bien para comprender que habían sido dichas bajo un arrebato? Muerto el niño, ella comprendió cuán culpables habían sido.

La joven levantó su rostro y él notó una expresión mezcla de admiración y sorpresa. Notó también que la expresión era perfectamente sincera, y retrocedió lanzando una exclamación de pena.

—No comprendo,—dijo Bibiana,—y quiero usted decirme por qué me ha devuelto este anillo, Gerardo?

Bibiana vio que el joven se ponía pálido y se velaban sus ojos.

—Y usted me lo pregunta! ¡Gran Dios!... Pero ¿usted no ha comprendido?

—No. Dígame usted: ¿por qué me lo ha devuelto?

—Seguramente,—murmuró Gerardo,—yo no no entendí mal; seguramente yo no sué que usted pronunció ciertas palabras.

—No tengo mucha paciencia,—dijo Bibiana,—y espero que me responda usted.

El joven dió un paso hacia ella.
—Quiere usted decir, miss Neslie, que no sabe usted dónde he estado... que no sabe usted lo que he hecho?

El corazón de miss Neslie desfalleció; un súbito, horrible temor se apoderó de ella. ¿Qué quería decir? Trató de preguntarle, pero le fué imposible despegar los labios.

Después cobró ánimos; nada tenía que temer.
—No,—replicó lentamente,—no sé lo que ha hecho usted, Gerardo.

—Recuerda usted la tarde en que la encontré sentada junto al reloj de sol? Lady Neslie y el conde de Caloux paseaban por esta terraza. ¿Recuerda usted lo que dijo... lo que daría usted al hombre que librara a Lancewood de su heredero?

—Gran Dios!—exclamó Bibiana, más para sí misma que para Gerardo.

Se asió á las ramas de hiedra porque creyó que caía desplomada.

—Lo dijo usted de veras ó no?—preguntó él.

—Lo dije de veras... pero el niño ha muerto,—balbuceó miss Neslie.

—Miss Neslie, uno de los dos ha cometido una terrible equivocación. No le escribí á usted... no me atreví... temiendo que la carta cayese en otras manos; pero creí que había usted comprendido.

—Comprendido! ¿Qué?—exclamó ella en un arrebató de desesperación.—¿Me está usted matando con esas reticencias!

—Miss Neslie,—preguntóle él en voz baja,—¿crece usted realmente que el niño ha muerto?

—Ciertamente lo creo,—respondió Bibiana.

—Pues no ha muerto,—dijo Gerardo lentamente.—Creí que hablaba usted como lo sentía. Yo creí que quería usted que desapareciese, y yo lo hice desaparecer.

—¿Pero se ahogó en el Ringer!—dijo Bibiana levantando su descolorida faz.

—No, no se ahogó. Yo creí que usted hablaba de todo corazón. Usted dijo que el hombre que se lo llevase sería un bienhechor de la raza de los Neslie. Usted dijo que al que hiciera tal, le recompensaría con... con su vida.

—Lo dije; pero yo estaba loca, Gerardo. Loca

de pesar y vergüenza. No lo dije formalmente. Juro que no.

La agitación de Gerardo Norman era terrible.
—Entonces he maquinado, ideado, trabajado y pecado en vano!—dijo en voz baja y desesperada, tan desesperada que despertó gran emoción en el corazón de Bibiana.

Tomó una mano de Mr. Norman.

—Usted lo ha hecho por mí,—dijo,—pero yo no comprendía. Creí que el niño se había efectivamente ahogado, y sentí mucho su muerte.

—Está vivo y sano,—replicó Gerardo,—camino de América con una persona que tendrá el mayor cuidado con él... una persona que hará de él un hombre bueno y honrado. Es tan niño, que pronto olvidará todo lo referente á Lancewood. Puede vivir en la abundancia, si usted quiere, pero lejos de aquí, y Lancewood permanecer en dignas manos.

La joven parecía como petrificada; el sol poñente, alumbrándola con sus últimos rayos, mostraba un rostro frío é inmóvil como el de una muerta. No hablaba ni hacía el menor movimiento. El golpe fué tan terrible que años después se admiraba de no haber muerto bajo su rudeza.

—Puede el cielo perdonarme!—dijo por fin.—Y á usted también... yo jamás me perdonaré! Me siento como culpable de un asesinato.

—No,—replicó él,—por lo que respecta al niño quizás vaya ganando; en lugar de ser un vicioso, inmoral y mal educado tirano, puede ser un hombre útil y distinguido.

—Sin embargo,—dijo ella vagamente,—todavía no comprendo. Usted estaba en Londres cuando Osvaldo desapareció... ¿Cómo pudo realizar el secuestro?

—Fuí á Londres meramente para prepararme un disfraz,—contestó Gerardo.—¿Quiere usted que le cuente la historia, miss Neslie?

Inclinó un momento la cabeza, y luego dijo:

—Sí; cuéntemela usted... cuénteme todos los detalles.

CAPITULO XIV.

—Cuénteme usted todo lo referente al raptó de Osvaldo,—repitió miss Neslie.

—Se lo contaré á usted todo,—prometió él.

—Lo reflexioné bien antes de separarme de su lado aquella noche en que le pedí el anillo. La dije á usted que partía para Londres á la mañana siguiente; creí que comprendería usted que era para esto.

—Ni siquiera lo sué,—observó Bibiana solememente.

—Llegué á Londres y adquirí un disfraz que hacía de mí un anciano... una peluca y unas barbas blancas. Esto y un sombrero de anchas alas me transformaba de tal modo que era imposible reconocermé. Después compré unos vestiditos de niña y vine. Durante unos días estuve en observación, acechando una ocasión de llevarme al niño; la oportunidad se presentó por fin, y le encontré á la orilla del río. El niño no me conoció

y yo le induje á que entrase en el bosque conmigo.

Se detuvo bruscamente; un hondo gemido de Bibiana le alarmó.

—Miss Neslie,—dijo,—créame usted... el mal no es irremediable. Justo como hubiera muerto para hacerlo, moriría para deshacerlo.

—Continúe usted,—dijo Bibiana.

—Verá usted. Con el disfraz que llevaba, encontré al niño y no me reconoció. Lléveme al bosque y, contándole cuentos, le persuadí á que cambiase de ropas y se pusiese el trajecito de niña. Le gustó la broma y charló como una urraca; después, tomándole por la mano, bajamos por la orilla del río, y, sin que se percatase, arrojé su capita y su sombrero al agua... más allá el látigo. Luego cruzamos campo á traviesa, tomamos el tren en una estación de empalme y llegamos á Londres. Mi hermano, que me es sumamente afecto, se ha dedicado exclusivamente al cuidado y educación del niño; pero no sabe quién es, y cree todo lo que habla de Lancewood como producto de un cerebro debilitado... y, si sospecha, no ha hecho comentario alguno. Le he prometido quinientas libras esterlinas al año, y con esto puede educar y mantener perfectamente al niño. Estará bien alimentado, bien vestido, bien educado; será una persona decente, aprenderá una profesión ó carrera, la que él prefiera. Ama á mi hermano y le gusta su compañía.

—Pero,—preguntó Bibiana en voz baja,—¿no lloró por su madre ó su casa?

—No; la novedad del viaje y la perspectiva de cruzar el mar no le han permitido pensar en casa. Y creo, miss Neslie, que el niño no amaba gran cosa á su madre. Es además muy niño; y á su edad, pronto se desvanecen las impresiones. En cuanto permanezca un año al lado de mi hermano, pensará de Lancewood como de un sueño. La mayor parte de mi tiempo la he pasado en Liverpool haciendo preparativos para el viaje del niño. Le aseguro á usted, que cuando le vi por última vez, estaba sano y bueno; estaba en cubierta, riendo y saludándome con el pañuelo. Le aseguro á usted otra cosa... que era mucho mejor niño que cuando estaba aquí. Mi hermano es un hombre honrado, que hará de él otro hombre honrado. Si sospecha algún misterio, no será aproximado siquiera á la verdad... jamás pensará que es el heredero de Lancewood. Los avisos ofreciendo recompensas al que indicase su paradero no llegaron á conocimiento de mi hermano.

Bibiana permaneció completamente silenciosa, reclinada en la balaustrada; después, súbitamente, levantó sus ojos al cielo azul.

—Yo no tenía la intención de que usted obrase como lo ha hecho,—dijo.—Aquel día estaba loca de vergüenza y de miseria, pero no hablaba seriamente... juro que no. Jamás pensé que diese usted tanta importancia á mis palabras.

Gerardo la miró tristemente.

—Comprendo; aquel día se sentía usted capaz de todo; después se ha arrepentido usted.

—Después no he pensado mucho en ello,—replicó ella.—Gerardo, mi mente no está clara...

la siento confusa. No sé si lo deseaba realmente. No recuerdo si después lo he deplorado. Sólo recuerdo que lo creía todo preferible á que Lancewood quedase en manos tan indignas.

El semblante de Mr. Norman se despejó.

—Entonces, después de todo, quizás no la haya despedido á usted? Recuerde usted que yo quisiera morir por usted y que la muerte me sería menos dura que su desagrado...

Ella le miró con tristes ojos, sin percatarse de la intención de sus palabras.

—Todo puede remediarse, miss Neslie,—continuó Gerardo.—No tiene usted más que decir una palabra y lo hecho queda sin efecto. Partiré inmediatamente á América y me traeré al niño. Diré que fué secuestrado por gitanos ó merodeadores. Inventaré una historia con todas las apariencias de la verdad. Añadiré que el secuestro obedecía á ganar la gratificación que indudablemente se ofrecería. Lady Neslie tendrá tal deleite al recuperarle que seguramente perdonará al culpable. Le diré que los que han robado al niño confían en su promesa de ser perdonados antes de devolverlo. Confíe usted en mí... así como he hecho la cosa, puedo deshacerla. Miss Neslie, toda decisión queda en sus manos. El día en que usted deseó que el niño desapareciese, quizás habló sin reflexión, bajo la influencia de una pasión irrefrenable; luego, puede usted haberse arrepentido de lo que dijo; pero ahora tiene usted tiempo para pensarlo; así, dejo la decisión á su albedrío. Si dice usted "sí," iré en busca del niño inmediatamente, y que recaigan sobre mí todas las consecuencias; si dice usted "no," las cosas permanecerán como están hoy. A usted le toca decidir.

Bibiana permaneció inmóvil; las manos enlazadas; oía el crujir del papel que leía Mr. Greston, el débil susurro de la fuente, el suave gemido del viento; oía, y parecía todo como cosa fuera de su vida; estaba sola con aquella terrible decisión ante ella; sola con aquel terrible secreto que casi la asesinaba. ¿Diría "sí" para ver renovados en todo su horror los pasados días; ver á milady seguida de su séquito abigarrado; ver al tiránico hijo de una "cocinera" señor de Lancewood? ¿O diría "no" y vería redivivo el antiguo honor de la casa? ¿Diría que sí, para conservar la paz del alma, aun á costa de Lancewood, ó diría que no, para no volver á tener paz en su vida?

Cuánto tiempo estuvieron ambos silenciosos, es cosa que ella nunca supo; pudieron haber transcurrido horas en aquel intervalo de agonía. Por último Bibiana levantó su faz de nuevo. Una faz descolorida, con una expresión en sus ojos que no se borró de ellos jamás.

—He decidido,—dijo con ronco murmullo.—Queden las cosas como están.

Gerardo la tomó das manos.
—¿Habla usted formalmente? ¿o lo sentirá usted después? ¿no se arrepentirá usted?

—Habló formalmente... el hijo de una libretera no será el amo de Lancewood. Jamás me arrepentiré de esta decisión... es por el honor de los Neslie.

Y éste fué el pecado de su vida. Otra vez ha-

había dicho lo mismo, pero fué pasión de ánimo de un momento, cuando su resignación había pasado todo límite. Pero ahora no había excitación, no había acaloramiento. Estaba bajo un sereno cielo estival, el mundo en reposo, el viento exhalando soplos de paz, las flores hablando de Dios. Tuvo tiempo para meditar, para juzgar calmamente; y decidió que las cosas permaneciesen como estaban; que el heredero de Lancewood fuese despojado de su herencia; y así cometió el pecado de su vida.

Gerardo la vió inclinarse sobre algunas pasionarias que había estrujado entre sus manos; flores no tan estrujadas como la noble alma que había caído en semejante abismo de culpa.

No quiso interrumpirla; permaneció silencioso á su lado, mirándola intensamente, ansiando decirle alguna palabra de consuelo ó de esperanza, pero sin atreverse. Se puso el sol y descendió el rocío en tennes gotas; él vió brillar algunas gotas en sus cabellos.

—Miss Neslie,—dijo gentilmente,—no debe usted permanecer más tiempo aquí. El rocío cae abundante.

Jamás olvidó el joven la faz que se alzó á él, tan llena de pena y angustia, cuajados los ojos de lágrimas.

—Miss Neslie,—volvió á decir Gerardo,—ahora que estamos aquí, hablando por la última vez, así lo espero, de este enojoso asunto, me atreveré á indicarle algo de mi recompensa.

—¿Su recompensa?—repitió ella.

—Sí; ¿recuerda usted sus palabras... que al hombre que salvase á Lancewood le daría usted su vida? ¿Recuerda usted esto?

—Sí,—dijo ella con desaliento.

—No la pido su vida; la pido su amor. ¿Recuerda usted de aquel rey de la antigüedad que dijo: "Pídeme lo que quieras... aun si fuese la mitad de mi reino... te lo daría?" Usted me ha prometido más; yo pido su amor.

Ella le miró vagamente, como si no comprendiese.

—Sí,—continuó él,—que estoy muy por debajo de usted... tan sólo la grandeza de mi amor me eleva y me pone á su nivel. No tengo fortuna ni posición; pero mi amor equivale á cien fortunas. Su padre de usted confiaba en mí; usted también. En cierto modo me dejó al cuidado de usted... mi corazón y mi vida están á sus pies. Ella le interrumpió con un súbito gesto de mando.

—¡Silencio!—dijo.—No le había comprendido á usted antes. ¿Está usted haciéndome el amor... el amor á mí!

—Estoy poniendo mi vida, mi corazón, mi alma á sus pies,—replicó él.—Las palabras son débiles para expresarla cómo la amo á usted. La amo desde el primer momento en que vi su hermosa faz, y la amaré en tanto que viva.

—Y sin embargo me ha ayudado usted á pecar tan terriblemente!—dijo ella con un estremecimiento.

—¿Es un pecado arrancar el poder de manos indignas, para entregarlo á quien lo usará noblemente? ¿Es pecado salvar á un niño de la peor

de todas las vidas... la de un vicioso desalmado... y hacer de él un hombre honrado? Y de acuerdo con su propia creencia, miss Neslie, ¿es pecado quitarle esta posesión al hijo de una amazona de circo, para dársela á al leal descendiente de la gran familia de los Neslie?

—Sí,—contestó Bibiana tristemente.—Podemos emplear los sofismas que nos plazcan... poner los nombres más bonitos que gustemos... pero no por eso dejará de ser un terrible pecadamente.

—¿Quiere que lo enmendemos?—dijo él pacientemente.

—Le he dicho á usted que no. No me torture usted,—replicó ella vivamente.

—¿Y mi recompensa?—dijo Gerardo.—¿Cómo la he amado á usted? No recuerdo un día, una hora, un momento de mi vida que no haya estado lleno de pensamientos para usted. He vivido tanto en mi amor que no conozco nada fuera de él. A pedirme usted la vida se la hubiese dado sin vacilar.

—Me ha dado usted su honor y su conciencia,—observó Bibiana tristemente,—y esto es ya bastante.

—Oso pedirle su amor,—continuó él,—porque conozco lo que es el amor de los hombres, y no hay criatura humana que la ame como yo.

Bibiana colocó su mano sobre la del joven y le miró compasivamente.

—Mi querido Gerardo,—dijo,—no ve usted que, aun no existiendo otro obstáculo, ha colocado usted una barrera insuperable entre nosotros?

—¿Yo?—exclamó él.

—Usted... por este pecado. Aun cuando le amase á usted... y le declaro francamente que no le amo... este pecado abre un abismo entre nosotros. Usted y yo no podemos disfrutar de la herencia que hemos arrebatado á otro.

—¿Entonces no me ama usted... no me amará usted nunca?

—No; mi amor pertenece á otro... pero, no siendo así, tampoco podría dárselo á usted.

—¿Entonces, Dios tenga piedad de mí,—exclamó él amargamente,—pues he pecado y sufrido en vano!

CAPITULO XV

Bibiana y Gerardo Norman habían olvidado á Mr. Greston, que había terminado la lectura del periódico, y más de una vez se había asomado á la ventana para contemplar á la pareja. Parecióle un tanto extraña aquella larga, animada consulta entre la majestuosa heredera de Lancewood y el joven secretario; y le hubiese parecido más extraño aún si hubiera oído la materia que se discutía.

—Ha pecado y sufrido en vano!—repitió Gerardo Norman.

—No enteramente en vano,—replicó miss Neslie,—me ha prestado usted un buen servicio...

ha prestado usted un buen servicio á Lancewood.

—Todo era por usted... por nadie más,—dijo él;—y ahora me odia usted por ello.

—No,—replicó Bibiana;—no le odio á usted... le estoy agradecida. Le aprecio á usted mucho. Usted ha demostrado en todos los terrenos que es mi verdadero amigo... y, por esto le debo mucha gratitud; pero no puede haber pensamiento de amor entre nosotros, aun cuando no amase ya á otro.

—¿No?—preguntó él melancólicamente.—¿Nada podría conquistar á usted... nada podría hacer que usted me amase?

—No por esos medios... y he de decirle á usted otra cosa, Gerardo.

Un sentimiento de profunda desesperación se apoderó del joven. Bibiana le tomó una mano, que estaba fría como la muerte.

—Algo que es preciso que sea dicho,—continuó la joven.—Gerardo, hemos pecado... yo en pensamiento y palabra, usted de hecho... usted por complacerme, yo á causa de mi orgullo. Hemos pecado gravemente, y desde hoy su presencia de usted será un terror para mí. Conociendo el terrible lezo que nos une, jamás podría hablar ó reír delante de usted. Su vista sería para mí un perdurable recuerdo de mi culpa.

—¿Debo, pues, marcharme?—preguntó él.

—Sí... es preciso que salga usted de Lancewood. Siento en el alma decirlo, pero es preciso que sea así. El pecado ha sido cometido, cumplido el hecho. Renuncio á deshacerlo, pero no podría vivir con un cómplice... es preciso que se vaya usted.

—Debiera haberlo previsto,—gimió el joven.

—Figúrese usted,—dijo Bibiana con descoloridos labios,—nosotros dos hablando, sosteniendo una indiferente conversación, sentados á la misma mesa, con este horrible sentimiento de culpa entre nosotros... ¡la historia de un niño secuestrado y una herencia usurpada! Eso no puede ser.

—Comprendo. He sufrido en vano. La he amado á usted toda mi vida... ha sido usted toda mi existencia; pero es preciso que corone mi amor con el mayor de los sacrificios... separarme de usted.

Antes de que miss Neslie tuviese tiempo para contestar, Mr. Greston cruzó la terraza y se unió á ellos.

—Están ustedes disfrutando de las delicias crepusculares,—dijo.—No es extraño; para mí no hay espectáculo más bello en toda la naturaleza.

Y al decir esto, chocó la desencajada expresión de aquellas dos fisonomías.

—Va haciendo frío,—dijo miss Neslie.—¿Qué manera de caer rocío! Si les parece á ustedes entraremos.

Volvióle el color; sus ojos perdieron la vaga, extraviada expresión. Debía guardar un secreto, y determinó guardarlo bien.

—¿Es por el honor de Lancewood!—se dijo. Pero estremecióse al coordinar estas falsas

palabras. En un sentido, el honor de Lancewood quedaba destruido por siempre jamás.

No hubo ocasión aquella noche de hablar otra vez con Gerardo, y la velada fué para Bibiana una de las más negras y terribles de toda su vida.

Pasó la noche y alboró el día. Al levantarse la entregaron una carta de lord St. Just; una amante, tierna epístola, que la hizo sonrojarse y asomar un destello amoroso á sus ojos; una carta en que decía que había esperado hasta serle imposible esperar; que ahora, debido á la infortunada muerte del joven heredero, se removía el único obstáculo que impedía su enlace.

—No puedo decirle á usted,—escribía,—cuán grande y terrible fué para mí la decepción... casi mayor de lo que podía soportar; pero la soporté por usted. Ahora todo ha terminado. Haré de Lancewood lo que usted quiera; pero debo hacer de usted lo que ansio tanto tiempo... mi amante y adorada esposa.

Una carta que hubiese llenado de orgullo á cualquier mujer, por el amor que en ella se demostraba; por poseer tan enteramente un noble corazón. Pero Bibiana, leyéndola, dijo para su mente que aquel enlace no podría tener lugar nunca; con aquel terrible secreto pesando sobre su conciencia, no le era posible casarse con él.

¿Podría—y la tentación fué muy fuerte—retroceder, enviar por el niño, quedar en paz con su alma y casarse con Adrián? Se levantó un séquito de objeciones; el triunfante regreso de milady, Lancewood entregado á la crápula y á la disipación. No; tenía el honor de la casa firmemente asegurado en sus manos ahora y lo conservaría.

—Gerardo,—dijo miss Neslie,—¿quiere usted venir á la librería? Tengo que hablar con usted.

El joven acudió. Bibiana sentóse al escritorio con una carta abierta en la mano.

—Síntese usted á mi lado,—dijo.—Hemos de hablar. Usted pensará que anoche fui dura con usted. Así me pareció. Quiero demostrarle que no es usted solo el que sufrirá. Vea usted,—continuó,—esta carta es del hombre que mis ante en el mundo. Hace algún tiempo me pidió que me casase con él, y me negué por amor á Lancewood. Le dije que permanecía aquí custodiando el honor de mi nombre... que no abandonaría jamás el puesto; y aun cuando mi negativa le llegó al corazón, pareció comprenderme. Me ama tanto,—continuó suavizándose su acento,—que por mí hubiese permanecido soltero toda su vida. Ahora me escribe diciéndome que el único obstáculo que se oponía á nuestro casamiento ha sido removido, y que nada puede impedirnos que seamos felices.

Aun cuando el fuego de los celos ardió como una llama dentro del pecho de Gerardo Norman, la amaba tanto que se olvidó de sí mismo; lo olvidó todo, excepto que ella estaba en una hora de prueba.

—Déjeme usted que le demuestre, Gerardo,—continuó ella,—que no es usted solo el llamado á sufrir. Voy á contestar á esta carta y decirle... al hombre que amo tanto... que no puedo ser

jamás su esposa... jamás... porque existe entre nosotros un abismo más infranqueable que el primero. Mi pena será tan grande como la suya.

Gerardo la amaba tanto que abogó contra sí mismo.

—¿Por qué ha de hacer usted eso?—dijo.—¿Por qué no se ha de casar usted con él?

—¿Con la negra sombra de un pecado pecado sobre mí? ¡No... mil veces no! Le amo demasiado. Soy culpable de un crimen. No debe casarse con una criminal. La más noble de las mujeres no es bastante noble para él.

—Pero,—dijo Gerardo,—¿qué va a ser de su vida de usted?

Una expresión de raptó, de paciente devoción, se pintó en su semblante.

—La pasaré,—dijo,—explorando mi crimen. En cuanto pueda, trataré de enmendarlo. No viviré para mí misma... para mi placer... para mi bienestar; viviré para los demás. Gerardo, usted oirá hablar de templos construidos, de escuelas establecidas, de hospitales abiertos... de socorro y ayuda prestados al pobre y al desvalido. Cuando oiga usted esto, diga: esa es Bibiana Neslie y su expiación.

—Desahagamos lo hecho—replicó él vivamente, en vez de condenarse a una triste vida.

—No. Lo he pensado detenidamente. No quiero volver de mi acuerdo. Será como es, pero debo hacer todo género de expiación. Haré todo el bien que esté en mi mano. Gastaré las fabulosas rentas de Lancewood en caridad y beneficencia, pero no devolveré al hijo de una tiránida el derecho que jamás debió ser suyo.

—Y no se casará usted jamás?—preguntó él lentamente.

—No, jamás,—contestó ella.

—¿Qué será entonces de Lancewood?—preguntó Gerardo.

—Pasaré a otra rama de los Neslie. Les conozco... gente sencilla, honesta y leal. Llamaré al heredero transcurridos algunos años y le nombraré mi heredero. Al menos, será un caballero el que me suceda. Lancewood no será presa de lady Neslie y sus amigos.

—Es una cruel decisión,—dijo Gerardo tristemente.

—He cometido una mala acción,—dijo ella.—Y ahora Gerardo, hablemos de su partida. Le he dicho a usted esto para demostrarle que no será usted solo el que ha de sufrir.

Pasaron algunos días antes de que Gerardo Norman partiese, y la partida tuvo para él las amarguras de la muerte. Sin embargo, comprendió que era preciso. Comprendió que Bibiana no podría ser jamás feliz en su presencia. Su vista, el sonido de su voz, producían en ella una impresión penosa; su voz tomaba otro tono cuando le hablaba a él. Toda la intimidad de su trato había desaparecido. Entre ellos se extendía la sombra de un pecado. Debía partir. Había condenado su alma por Lancewood, pero Lancewood no era ya su hogar.

Hubo gran admiración en todas partes cuando se supo que Gerardo Norman salía de Lan-

cewood; pero se supo que miss Neslie no necesitaba sus servicios, prefiriendo manejar los asuntos de la casa por sí misma. Mr. Greston dijo que era una lástima que miss Neslie se privase de los servicios de tan leal amigo, pero no osó intervenir.

Llegó, pues, el día en que Gerardo Norman dejó tras él toda esperanza de felicidad. Durante largos años conservó el recuerdo de aquella despedida; recuerdo que le destruyó el corazón finalmente.

Gerardo había arreglado todo lo concerniente a la pensión que debía ser remitida a su hermano para la educación y mantenimiento del niño, y disfrutó hasta el último momento la despedida con Bibiana; no confiaba en sus fuerzas, pero cuando el carruaje estuvo a la puerta y el equipaje colocado en él, fué en busca de miss Neslie.

La joven estaba esperándole en la librería, donde habían pasado tantas horas juntos. Sin pronunciar una palabra, el joven le tendió las manos, y ella se las estrechó. Quiso hablarla, pero sus labios temblaron, y las lágrimas asolaron a sus ojos.

—Se va usted, Gerardo,—dijo ella tristemente.—Mi fiel amigo, no encontraré quien le reemplace a usted.

—Nadie puede,—dijo él con voz enronquecida,—nadie la amará a usted como yo; nadie más dispuesto que yo a perder la vida por su causa.

—Ya lo sé,—dijo ella.—Usted ha sido para mí el más fiel de los amigos; pero es necesario que nos separemos, porque es necesario que tratemos de olvidar. Gerardo, ¿quiere usted decirme a dónde se encamina?

—Sí,—contestó él.—A América, a reunirme con mi hermano. No quiero permanecer en Inglaterra; y, miss Neslie... necesito que me prometa usted una cosa... ninguno de nosotros sabe lo que el porvenir le reserva... prométame usted que si algún día necesita usted de un amigo, de una mano fuerte que la ayude en un momento de apuro, se acordará usted de mí y me enviará a llamar inmediatamente sin el menor escrúpulo.

—Lo prometo,—dijo ella. E inclinándose, depositó un casto beso en su frente.

Por semejante recompensa, él habiese sufrido dos veces más.

—Adiós... y el cielo le bendiga!—dijo Bibiana con balbuciente voz.—Usted ha sido mi mejor amigo, y yo su peor enemigo!

Y momentos después, Gerardo Norman salía de Lancewood para siempre.

CAPITULO XVI

Adrián St. Just no quiso someterse a la decisión de la bella e imperiosa dama de sus pensamientos. Al recibir la respuesta a su carta, se encaminó inmediatamente a Lancewood.

—Rehusó usted primeramente casarse con-

go,—dijo,—porque no quería usted dejar su casa; esa fué la única razón.

—No tenía otra, Adrián,—replicó ella.

—Esa razón no existe ya. Usted sabe de cuánto soy capaz para complacerla. Estoy conforme en vivir en el "Refugio Real" seis meses del año, y pasar los otros seis en Lancewood. Le ayudaré a usted a administrar sus fincas. Sus intereses y su bienestar me serán caros... más caros que los míos.

—No es eso,—replicó ella.—Sé que lo haría usted tal como lo dice; pero ofíame usted, Adrián... no puedo casarme con usted.

—Mi bella, caprichosa adorada,—dijo él riendo,—no quiero creer semejante cosa. ¿Por qué creerlo? Sé que usted me ama; y no escucharé razón, excusa, ni escrúpulo. No cesaré de insistir y suplicar hasta que sea usted mi esposa. Dice usted ahora que no; volveré. Quizás la inmediata vez diga usted otra vez que no; bueno, me presentaré una tercera. ¿Cómo resistir a un tan constante pretendiente?

—Porque no hay solución,—contestó Bibiana;—pero usted verá, Adrián, cómo hablo formalmente.

—Y yo también, adorada mía; y juego toda mi fortuna a que no transcurre mucho tiempo sin que sea usted lady St. Just. No quiero tomar su "no" como una respuesta, a menos que no me diga usted que ha cesado de amarme. ¿Es así? Sé que usted dice la verdad en toda ocasión? ¿Ha cesado usted de amarme?

—No,—confesó ella,—ciertamente no.

—¿Quiere usted decirme por qué no quiere casarse conmigo?—volvió a preguntar St. Just.

—No puedo; pero la razón es muy grave,—replicó ella tristemente.

—Vendré de nuevo,—dijo lord St. Just.—Usted me ama y algún día será mi esposa... estoy seguro de ello. Esos recientes terribles acontecimientos la han trastornado y enervado a usted, Bibiana. Reina y señora mía, quiero ser generoso; quiero darle un año para que reflexione sobre su decisión, y, transcurrido ese plazo, vendré a saber la respuesta.

Adrián se marchó y Bibiana quedó sola para hacer de su vida lo que mejor pudiese. No perdió el tiempo en vanas lamentaciones. Una mala acción había sido perpetrada. No quería enmendarla; pero quería hacer cuanto estuviere en su mano para expiarla.

Desde aquella hora comenzó una vida dedicada por completo a hacer el bien. Jamás el honor de Lancewood había rayado a semejante altura. Al principio encauzó sus energías a reformar abusos. Envió a llamar a todos los criados que lady Neslie había despedido; puso la casa en el mismo pie que estuvo durante la vida de su padre. Orden, puntualidad, limpieza, regularidad y método, reinaron una vez más en la casa. Una vez más la campana congregó mañana y tarde para orar en común; un procedimiento del cual se había burlado milady. Una vez más Lancewood tomó su pristina forma, y fué la casa principal de la comarca: la casa respetada de todos. Una vez más el propietario de Lancewood fué uno de los

principales magnates de la comarca; los carruajes se detenían ante sus verjas, y la gente miraba a sus monedores como siempre lo había hecho.

Era tarea de tiempo, pero Bibiana la dió cima por último. Pareció a la joven que las huellas de la residencia de Valeria no podrían borrarse jamás. Los cuadros habían sido todos removidos y cambiados; el magnífico mobiliario de antiquísimo roble, tan de acuerdo con las altas paredes, había sido reemplazado por modernas frusterías, fuera de lugar.

Cuando la antigua mansión volvió a ser lo que era, Bibiana comenzó las reformas exteriores. Trabajaba incesantemente para no tener tiempo que dedicar a pensar. Llenaba sus días de buenas acciones, de modo que las horas no pudiesen al pasar, recordarle su pecado. Pero no era feliz; todo el mundo notaba el cambio que se había operado en ella. Era pensativa, triste, reservada. Si alguien la encontraba sola, notaba cierta extraña nerviosidad en sus maneras; un escondido temor, como si esperase la ocurrencia de algo inesperado. Era más buena, más paciente, más considerada; se olvidaba de sí misma atendiendo a los demás.

Pasaron unos cuantos meses, y en la posesión no había una sola persona que no hubiese sido objeto de su solicitud. Los enfermos, los valetudinarios, los pobres, todos eran socorridos. La gente, hablando de miss Neslie, decía que era especialmente buena con los niños. Jamás pasaba por el lado de uno de ellos sin acordarse de Osvaldo. Una pequeña escena que presenció en el camino de Hydewell la impresionó rudamente. Pasaba por allí en su carruaje cuando vio que dos chiquillos se batían. Uno era mucho más alto y fuerte que el otro. Bibiana no pudo pasar sin intervenir. Hizo detener el carruaje y preguntó de qué se trataba.

—Me ha quitado quince céntimos!—sollozó el más pequeño.

—¿Es eso verdad?—preguntó Bibiana al mayor.

—Sí; mucha verdad,—dijo el interpelado;—pero yo soy su hermano mayor.

—¿Y por qué le has quitado esos cuartos?—preguntó milady.

—Porque se los hubiera comprado de dulces. Yo compraré algo que será más provechoso.

Los niños se percataron de la expresión que se pintó en el bello, melancólico rostro. Aquellas palabras cayeron sobre ella como un golpe. ¿Qué iba a decir? En mayor escala, esto es lo que ella había hecho: usurparle la herencia a su hermano, para hacer un buen uso de ella. Después se dijo que sus motivos eran más nobles, tan nobles, realmente, que casi justificaban lo que había hecho. Se apartó de allí vivamente, sin esperar a ver la terminación del combate.

Pasaba el tiempo, y el perfecto orden que reinaba en las fincas, llamaba la atención de todo el mundo. Parecía que por allí se hubiesen acabado los pobres. Los trabajadores estaban bien retribuidos; sus viviendas eran sanas y hasta elegantes. Se crearon escuelas y asilos para los niños

los ancianos respectivamente. Por entre el follaje se distinguía la torre esbelta de una nueva iglesia. Los arrendatarios obtuvieron ventajas en sus contratos. La gente se conceptuaba dichosa, viviendo bajo la férula de miss Neslie.

Quería morir soltera, según de público se decía; quería dedicarse á Lancewood; quería pasar allí su vida haciendo todo el bien posible. Los que la consideraban hermosa, rica, dueña de una inmensa posesión, la adorada cabeza de una gran casa, se decían que ella, sobre todo el mundo, era digna de envidia; poco sabían lo que se ocultaba bajo aquel aspecto triste, si bien sereno.

Pasó un año y volvió Adrián St. Just. Pero esta vez Bibiana no quiso recibirle; huyó á la orilla del mar, y el decepcionado amante tuvo que volverse sin conseguir verla. Le escribió por qué lo había hecho así; porque su vista le causaba más pena que placer; tenía que decirle de nuevo "no," y había preferido evitar la entrevista. Pero milord no perdió las esperanzas; se juró que el objeto de su vida sería conquistar para él aquella hermosa, noble mujer, que tan resuelta parecía escapar de todo amor. La escribió diciéndola que volvería transcurrido otro año, y así sucesivamente hasta que se rindiere.

"Permaneceré soltero,—decía,—esperándola á usted, y mientras vivamos, no perderé la esperanza."

Bibiana no era feliz; quizás en toda la extensión de la comarca no hubiese otra criatura tan infeliz como ella. Había horas en que no podía soportar la memoria de su pecado; cuando su altivo, noble carácter, se estremecía de horror y se odiaba á sí misma con odio intenso; en que no podía sufrir la luz del día ni el canto de los pájaros; en que temía la obscuridad de la noche; en que la vida era un tormento, y la memoria de su pecado una terrible carga que iba haciéndose cada vez más pesada, había veces, cuando, arrodillada, con lágrimas de contrición, rogaba á Dios que la perdonase y se arrepentía con toda su alma; pero jamás tuvo el momento propicio para retornar lo que había arrebatado injustamente.

CAPITULO XVII

Había transcurrido año y medio, y Bibiana Neslie estaba firmemente establecida en Lancewood. Había caído en un método de vida que no sufría cambio alguno. Para conservar la fama de hospitalaria de que gozaba la casa, daba alguna que otra fiesta, pero que diferían grandemente de los alegres festejos de lady Neslie. Las madres de familia no declinaban ya las invitaciones; al contrario, se solicitaban con gran empeño, y una entrada en Lancewood era un salvo-conduto para todas partes.

Miss Neslie no era una abogada de los derechos de la mujer; no se le ocurría encaramarse en una tribuna y pronunciar soporíferos discursos; no había querido saber más medicina que la casera, y las mujeres abogados la causaban risa. Sin embargo, á pesar de todo esto, tomó un pro-

fundo interés en los asuntos políticos; en todas las materias sociales. Disentía las probabilidades de la vuelta de un diputado; los mejores planos para casas de obreros, cosa realmente necesaria como tocante á la mejora de la condición de los obreros; las escuelas más apropiadas, y así todo lo demás.

Era una mujer nacida especialmente para mandar. Se hubiese encontrado desorientada en una posición inferior. Tenía grandes facultades administrativas miraban el estado floreciente de aquellas fincas con cierta envidia; el orden, el método, la prosperidad. Era mujer de gran capacidad. Cualquiera que fuese á ella, con un plan, una idea, una invención de cualquier clase, tenía la seguridad de ser apoyado. Adoptaba todas las mejoras modernas; no ahorra dinero ni molestias, y la placía oír las alabanzas que la gente prodigaba á Lancewood.

Su vida estaba sumamente atareada; sin embargo, hubiera querido tener mucho más que hacer, para desechar los pensamientos que la perseguían, el remordimiento y disgusto que jamás disminuían. Iba á la iglesia, pero no unía sus plegarias á las otras; ¿cómo era posible, persistiendo en la injusticia y en el pecado? Abría las páginas de su Biblia, pero volvía á cerrarlas, pues las palabras que aludían á la recompensa que esperaba á los justos, la conturbaban.

"Haz el bien cueste lo que cueste," eran palabras que resonaban continuamente en sus oídos. Pensó en ellas hasta que su clara mente llegó á ponerse confusa. ¿Era justo lo que ella estaba haciendo, poniendo á Lancewood como no se había visto en sus mejores días, ó era justo restituirlo al que lo arruinaria? ¿Acaso el medio justificaba el fin? ¿Era posible que el bien naciese del mal, que el mal pudiese ser jamás justo? Reflexionó sobre esto, larga y ansiosamente, y después decidió que Lancewood era su interés más caro, y que debía en primer término atender á él.

Llegó un día en que estas cuestiones quedaron súbitamente zanjadas.

Era un día sereno y frío de Diciembre y Bibiana había estado muy atareada. Aquel invierno era sumamente crudo y nivoso, y las gentes padecían mucho á consecuencia del frío. Había recorrido las fincas repartiendo socorros con generosa mano allí donde había visto necesidad. Pobres y ricos exclamaban: "¡Dios bendiga á la noble lady de Lancewood!" mientras ella clamaba misericordia para su pecado.

Aquel frío día de Diciembre llegó á casa casi helada. Quitóse el rico abrigo de pieles, y se sentó unos minutos junto á un hermoso fuego. Era al caer la tarde. Un resplandor brillaba sobre campos y montañas; los árboles parecían gigantes desnudos; el aire claro, punzante; una sombra gris caía sobre la campiña; una sombra que producía una luz de un amarillo peculiar. Bibiana estaba en el salón, y á la luz del hogar se notaba una rojiza radiación que contrastaba con las sombras de fuera.

Al mirar en torno suyo, la vista de su hermosa vivienda le alegró el corazón... pero sin la sombra que yacía sobre su vida cuán feliz hubiera

podido ser! Medio deseaba que Gerardo Norman no se hubiese interesado tanto por ella. En semejante caso no hubiese obrado como lo había hecho. Sus pensamientos fueron á él. Había sabido del joven secretario una ó dos veces. Le había escrito breves y tristes cartas que no contenían noticia ninguna particular. Pareció como una respuesta á sus pensamientos la entrada de un lacayo con el correo. Se había entretenido aquella mañana á causa del mal estado de los caminos por la helada, y no había llegado hasta después de haber salido miss Neslie á su larga visita.

Bibiana abrió la valija maquinalmente. Nada tenía para ella de gran interés. La primera carta que vio, ostentaba una ancha orla negra y estaba puesta por Gerardo Norman.

¿Qué significa aquello? Las demás cartas, inadvertidas, cayeron de su mano al suelo. Un tembloroso suspiro salió de sus labios. ¿Qué significaba aquella orla de luto? ¿Qué contenía?

Parecióle que había transcurrido una hora desde el primer momento de ver la carta al de abrirla.

Después, las palabras de Gerardo parecieron resaltar con caracteres de fuego.

"He de comunicarle tristes noticias... tristes, aun cuando, después de todo, quizás sea mejor así. El niño ha muerto. Ha estado enfermo, delicado durante algunos meses; luego se agravó y murió por fin. Cree usted que ha sido atendido, con la mayor solicitud, sin que nada le faltase; pero todo ha sido en vano. Le han asistido los mejores médicos y cuidado las mejores enfermeras... todo inútil. A ser mi propio hijo no hubiera podido hacer más por él; pero ha muerto á pesar de todos mis esfuerzos y cuidados. Pasaba bajo el nombre de Enrique Norman, y para que no le quepa á usted duda de lo que digo, le envío certificado de su muerte.

"Yo he sentido mucho su muerte, pero quizás sea mejor que haya ocurrido. La suplico que crea que no ha podido ser mejor tratado. Recuerde usted que cada cual tiene contado el número de sus días. Hubiese muerto de la misma manera aun permaneciendo en Lancewood.

"Y ahora, miss Neslie, puede usted ser feliz. Cese usted de lamentarse y gemir. Al niño le ha ocurrido lo mejor para él. Mi hermano le había enseñado lo que jamás hubiera aprendido en Lancewood... amar y temer á su Hacedor.

"Puede usted descansar ya; Lancewood le pertenece; el terrible pasado ha ido á la tumba con el niño. Que sepa yo que se ha casado usted con el hombre que ama y que es usted feliz; ya sabe usted cuánto ansio esto.

"Una vez más, antes de morir, trataré de verla á usted; puede ser pronto, y puede que tarde muchos años. Las bondadosas palabras que usted me dirá serán la recompensa de toda una vida de amor y devoción hacia usted."

Bibiana examinó los documentos *inclausos*; eran copias de certificados; el de defunción de Enrique Norman y el de su entierro en Nueva York. Y así se dijo á sí misma que la trágica página de aquella historia había terminado.

¿Estaba contenta ó triste? El mundo parecía

inmóvil; su corazón palpitaba lentamente; su pulso apenas latía; todo su ser parecía haber recibido un repentino golpe. Una hora después encontróse arrodillada con la carta en las manos.

Había muerto el niño de la "ecuyère," cuya herencia había usurpado porque no era digno de gozarla. Había muerto, y Lancewood era realmente suyo.

Podía tener sentimiento por lo que había hecho —por el pecado de un día,—pero la idea de un persistente crimen había cesado; cesado por completo. La herencia era suya. No retenía ya lo que pertenecía á otro. La negra, terrible sombra se había desvanecido. No perjudicaba al heredero de Lancewood, puesto que había muerto.

Y, sin embargo, jamás derramó lágrimas más amargas, que allí arrodillada, pensando en el niño; pero cuando sus lágrimas se agotaron y se vio un oqu沿海 "αυτοπυροσ υπια υι επ ομρα η οσνδ un gran cambio. Pareció rejuvenecerse. Los ricos colores volvieron á su hermoso rostro. Hablaba, reía y caminaba como hacía muchos años que no se había visto en ella. El terrible peso había caído de su ser. Ya no retenía injustamente lo que pertenecía á otro.

Volvía á ser ella misma, como no lo había sido desde el casamiento de su padre. No trató de ocultarse la enormidad del pecado que había cometido; con profunda contrición se acusaba de él ante el cielo; pero el peso de su pecado parecía haber desaparecido con la muerte del niño; y si algún ansioso pensamiento le ocurría de que su muerte pudiera haber sido causada ó precipitada por su traslado de Lancewood, recordaba lo que Gerardo había dicho. Su contado número de días hubiesen llegado á su fin lo mismo en Inglaterra que en América. Si la idea encerraba mucho fatalismo, ella no lo sabía.

La gente se preguntaba cómo era haber perdido su triste gravedad, su melancolía. Lo achacaron á efecto del tiempo sobre su pesar. Ella sabía que había sido aliviada de un terrible secreto que la doblegaba bajo su peso.

Después supo por Gerardo que el hermano de éste, no teniendo ya objeto para permanecer en América, volvía á Inglaterra. Gerardo prefería permanecer donde estaba. Bibiana envió al hermano una hermosa suma de dinero en señal de reconocimiento por sus buenos servicios, y luego se dijo que aquel asunto había terminado enteramente.

Aquel año, por la primera vez desde la muerte de su padre, fué á Londres. Dejó á su adorado Lancewood con toda prosperidad y emprendió el viaje con lady Smeaton y sus hijas. En la metrópoli encontró á lord St. Just, el cual se sintió primero sorprendido y luego deleitado.

—¿Si únicamente pudiese comprenderla á usted!—la dijo un día.—Usted es el mayor asombro que he tenido jamás. Pero ha de saber usted que voy creyendo que, á pesar de todo, me ama usted, Bibiana, y que por fin consentirá en ser mi esposa.

—Pruébelo usted,—dijo con ruborosa sonrisa.

—¿Quiere usted!—exclamó él.—Oh Bibiana, no es posible que quiera usted hacerme feliz por

fin! No puede creerlo, amor mío... ha sido usted tan fría, tan cruel, que no me es posible creerlo. ¿Quiere usted ser mi esposa?

Ella le puso una mano en las suyas y le miró. —Mi vida ha sido muy extraña,—dijo,—muy dura, y hay en ella algunos terribles episodios; pero si usted cree que yo puedo hacerle feliz, le pertenezco á usted por entero. Adrián.

Parecióle á milord al principio, atreviéndose apenas á creerla, que su juicio no estaba todavía del todo seguro. No podía darse cuenta de la felicidad que era realmente suya. Encontró, por fin que era cierto, y entonces su deleite no tuvo límites.

Otro tanto ocurrió con lady Smeaton.

—Por fin ha vuelto usted á sus sentidos, Bibiana! Aun cuando no acierto á comprender el por qué de su extraña conducta.

Y Bibiana no se admiró de que la buena señora no acertase á comprender, porque volviendo la vista atrás, muchos de los actos de su vida tampoco le era posible á ella comprenderlos.

El casamiento tuvo lugar por el mes de Junio y quizás no haya habido otro que produjera satisfacción más general.

Uno de los periódicos que daban cuenta de la boda llegó á América, y fué leído por un solitario, desolado sér que se inclinó sobre el papel vertiendo amargas lágrimas.

—Será feliz por fin,—dijo Gerardo Norman,—mientras yo jamás sabré lo que es felicidad.

CAPITULO XVIII

¡Casada y feliz! Parecióle á lady St. Just, cuando oyó repicar las campanas el día de su boda, que había llegado al fin de sus sinsabores por último. Estaba en una de las posiciones más elevadas que pueden caberle á una mujer que no ciña corona regia. Era dueña de Lancewood con sus cuantiosas rentas y dueña asimismo del "Refugio Real." Lord St. Just era uno de los pares más ricos de Inglaterra. Bibiana gozaba de ilimitada fortuna, de ilimitado amor. ¿Qué más podía desear una mujer?

Sin embargo, cuando ella pensaba en estos esplendores y en su magnificencia, solía decirse:

—Mi pecado me conservará humilde ante Dios y ante los hombres.

Y así era. No había mujer más bondadosa, más considerada, más caritativa en Inglaterra, que lady St. Just; sobre todo era tierna, compasiva y amante para con los niños.

Su marido contemplaba el bello y ansioso rostro y sonreía.

—¿Cuánto te gustan los niños, Bibiana!—la decía.—Casi quisiera ser un niño; así me amarías más.

—No sería posible que pudiese amarte más, querido,—respondía ella.

Y á sus labios acudían las palabras "Una vez obré contra un niño;" pero hacía lo posible por no pronunciarlas.

Así, por todos conceptos, trataba de enmendar la mala acción cometida.

Después vinieron noticias de París. Milady, por fin, se había casado con el conde de Caloux, y envió esquelas á lady St. Just. Su marido hubiese querido que hiciera caso omiso de ellas, y lo admiró que Bibiana enviase un rico presente á aquella mujer que quería tan poco, como á él le constaba. Bibiana, al hacerlo, pensó que era una especie de reparación.

Lord St. Just estudiaba la manera de complacer á su esposa bajo todos conceptos. Sabiendo el gran apego que le tenía á Lancewood, pasaban allí seis meses del año, y dentro de aquel recinto, recientemente escena de disipación, solían reunirse los hombres más nobles y ejemplares de Inglaterra. Lord St. Just era un político profundo, y nada le deleitaba tanto como el interés que su mujer tomaba en sus asuntos. Le servía de mucha ayuda; ella entretenía á los hombres de Estado que se reunían en su casa. Más de un nudo gordiano era cortado por su ingenio juvenil, más de una fuerte y noble medida, benéfica por el país, fué discutida por primera vez en Lancewood.

Bibiana era portentosamente feliz; había veces en que inclinaba su hermosa cabeza, en muda plegaria de gracias al cielo, que tanta piedad, tanta misericordia había demostrado para ella, preguntándose por qué había sido reservada á gozar de una bendición que suele caer en el destino de pocos.

Después nació un hijo y heredero: heredero del "Refugio Real," y del título de su padre. Este le aumentó su felicidad, pero le hizo recordar más vivamente el pasado. Jamás miraba el rostro de su hijo sin acordarse del pequeño Osvaldo, enterrado al otro lado de los mares.

Pero su madre no había amado á aquel niño como ella amaba á éste. Aquella sólo había pensado en la prosperidad que el niño la traha, no en el niño mismo.

El cielo le concedió otro hijo, y entonces la dicha de Bibiana era enteramente completa.

—Este será un Neslie,—dijo lord St. Just.—Le pondremos Arturo, como tu padre, y Lancewood será suyo. Así, Bibiana, querida mía, verás otra vez un Arturo Neslie de Lancewood.

Milord admiróse de que el rostro de su mujer se pusiera repentinamente pálido y temblasen sus labios. Y le admiró más aún, cuando después de permanecer unos momentos inmóvil, pensando profundamente, ella preguntó de pronto:

—Adrián, ¿crees tú que el pecado puede prosperar?

—Querida mía, qué pregunta! ¿Cómo puede prosperar el pecado?

—Supongamos que un hombre roba cincuenta libras esterlinas y que esta suma sirve de base para su fortuna.... ¿dirías que el pecado habría prosperado?

—Casi lo parecería; pero, Bibiana, la prosperidad no borra el pecado... sería una consecuencia de él. ¿Por qué me haces tan extraña pregunta?

—Pensaba en ello anoche. Supón que tienes algo á que dar mal empleo y que, mediante un fraude, yo te lo arrebató, sabiendo que haré de

ello un bueno y noble empleo... ¿podrá justificarse el hecho?

—No; sería sencillamente un robo,—contestóle su marido.

—Supón que un mal rey rige los destinos de una nación, arruina á sus súbditos, deshona á su país y se arruina á sí mismo; y supón que otro rey, más prudente y noble que él, le despoja de su soberanía y empuña las riendas del poder... ¿sería un ladrón?

—Supongo que no,—dijo lord St. Just.

—Pero el hecho es el mismo; la única diferencia es que el segundo roba en mucha mayor escala que el primero.

—Mi querida mujer,—dijo lord St. Just con sorprendida expresión,—¿á qué tomarte esa molestia? ¿Por qué piensas en esas cosas?

—Doy suelta á mis pensamientos,—replicó ella,—y á veces me confundo.

—No podré ilustrarte mucho sobre ese punto, querida mía. Cuando estés mejor, lo discutiremos ampliamente.

El segundo hijo, Arturo Neslie, era un robusto y hermoso niño y debía gozar de la propiedad de Lancewood. Tenía todos los rasgos de los Neslie, con los hermosos ojos negros y la sensible boca de su madre. La profesaba á aquel niño un peculiar amor, muy distinto del que tenía al otro. En Arturo parecía revivir la antigua raza. Jamás le conceptuaba como un St. Just; para ella era Neslie de Lancewood. Toda su orgullo, toda su ambición, el amor á su apellido, vivieron de nuevo en aquel niño. Era todo el mundo para ella; más querido que su esposo y que su hijo mayor.

Antes de que pudiese hablar ya había ella trazado el plan de su educación. Quería enseñarle á vivir, como ella había hecho, para Lancewood; quería inculcarle el amor á su raza, el orgullo de su nombre, inmediatamente después del amor á Dios; y en él, aquel noble y hermoso hijo suyo, brillaría de nuevo toda la gloria de los Neslie.

El niño adoptaría el apellido Neslie cuando fuese mayor. Residiría en Lancewood tan pronto como fuese posible; y en sus pensamientos, arregló su matrimonio con una bella y noble doncella cuyo nombre diera nuevo lustre á la casa.

"El hombre propone y Dios dispone." Jamás ha habido proverbio más verdadero. Los dos hijos de lady St. Just crecían en belleza é inteligencia; el mundo iba bien con ella. Era tan feliz entonces, que con frecuencia olvidaba su culpa del pasado; en que la sombra se desvanecía tan completamente que casi no recordaba que hubiese existido; en que era tan entera, tan completamente feliz, que lo olvidaba todo, excepto el risueño presente.

Sabia de Gerardo á raros intervalos y sus cartas eran tan tristes que ella se sentía apenas muchos días después de su recepción; todas terminaban de la misma manera, diciendo que antes de morir vendría á Inglaterra para verla por última vez.

Bibiana no era ingrata, pero aquellas cartas la entristecían de tal modo que hubiera dado cualquier cosa por no recibirlas.

¿Había prosperado su pecado? Así parecía. A veces tenía miedo de su propia felicidad.

—¿Me ha perdonado Dios?—solía preguntarse cuando miraba en torno suyo.—¿Me ha perdonado el cielo?—repetía cuando contemplaba el rostro de su hijo más amado.

Lord St. Just había tomado á empeño el residir en Londres durante la "season." Tenía una magnífica casa, Herton House, un elegante hotel en las inmediaciones de Hyde Park. Allí afluyen todos los personajes influyentes del día. Allí también reuníase la corte de la bella y graciosa dueña de la casa; la encantadora dama de ojos negros, cuyo porte y maneras eran los de una reina. Tratar á lady St. Just era ostentar un sello de distinción. Las gentes de segundo orden no frecuentaban la casa; no era ésta albergue de ligereza, placeres ó frivolidad; los hombres de talento, los sabios y nobles, acudían allí, y Bibiana tenía motivos para sentirse orgullosa de las personas que pisaban sus salones.

Hasta su muerte recordó Bibiana una mañana de Mayo en que el sol brillaba resplandeciente, y ella estaba en el comedor esperando á su marido para tomar el desayuno. La estancia era bellísima, alegrada por su tapicería clara, por las blorosas flores y el brillante fuego que ardía en la chimenea. Las ventanas daban á una plazoleta, precioso jardín con profusión de rosas y claveles, las flores favoritas de lady St. Just. Dos cabeceitas, una de blondo cabello y otra cubierta de negros rizos, se asomaban á la puerta; y Bibiana, que contemplaba las flores, no se había fijado en sus hijos.

Estaba muy linda aquella mañana de Mayo. El aire fresco y perfumado coloreaba sutilmente sus mejillas; sus negros ojos irradiaban una dichosa luz; su boca ostentaba una grave, dulce sonrisa; su rica cabellera estaba sencillamente peinada; una rosa encarnada era su único adorno, y en el escote lucía otra flor igual. Alta, graciosa, los años parecían detenerse para ella. Allí permanecía, soñadora, con la sonrisa en los labios.

De pronto oyó ruido, y, al volverse, vió á los pequeños detrás de ella. Eran dos preciosas criaturas. El mayor, Francisco, era rubio como un ángel de Guido, y su cata un capullo; el pequeño tenía los negros ojos de su madre y su negra cabellera, una boca dulce, una noble faz como la de Bibiana, llena de fuego é inteligencia; un niño de quien podía aagurarse que llegaría á ser un noble carácter. El mayor tenía cinco años y Arturo cuatro, y ambos tenían casi la misma estatura.

—Mamá,—gritó uno de ellos al volverse su madre,—nos hemos escapado de nuestra habitación. Déjanos desayunar hoy contigo.

Después, porque sabía que amaba más al pequeño, besó al mayor primero. Tomándolos á ambos por la mano, llevólos á la ventana y les mostró las cosas que comenzaban á abrir.

—Os quedaréis,—dijo—Papá no tardará mucho y os desayunaréis con nosotros, porque estoy contenta de vuestra conducta.

No soñaba ella en lo que ocurriría antes de que el desayuno hubiese terminado.

CAPITULO XIX

Al entrar en el comedor, lord St. Just pensó no haber visto cuadro tan precioso como el que la bella madre y los rientes niños presentaban. Aproximóse á ellos y trató de abarcarlos á los tres entre sus brazos. Lo consiguió.

—Ahora,—dijo,—tengo en mis brazos todo lo más adorable, precioso y querido en el mundo. Pero que traigan ese desayuno, Bibiana.—añadió;—este día de Mayo abre singularmente el apetito.

La mesa ofrecía un aspecto tentador, con su costosa plata, su fina porcelana, sus flores y su tallada cristalería. Lady St. Just ocupó su puesto, colocando un niño á cada lado. Los pequeños chrlaban alegremente, y su madre les escuchaba sonriendo, cuando entró un criado con el correo.

—Déjelas usted ahí,—dijo lord St. Just.

Y luego, volviéndose á su mujer, añadió riendo:

—Creo una lástima que el correo nos sorprenda siempre en el desayuno; siempre, entre tantas cartas, hay una desagradable, que deja mal sabor para el resto del día.

—Espero que no habrá ninguna desagradable hoy,—replicó Bibiana.

Lord St. Just parecía no tener mucha prisa en examinarlas; disfrutaba oyendo la charla de sus hijos.

—¡Dame los sellos, papá!—exclamó Francisco, que poseía una hermosa colección, debida á la sollecitud de su padre.

—Déjame leer primero las cartas,—dijo milord placenteramente,—y después los tendrás todos.

Fue mirando los sobres negligentemente.

—Una de Ryan,—dijo;—otra de tus joyeros, Bibiana; y ésta, para ti también, de una letra que no conozco. ¡Una preciosa letra por cierto!

Entrególe la carta á Arturo.

—Dale esto á tu mamá, Arturo,—dijo.

Pero el niño, deseoso de jugar, dijo:

—Mamá, á ver si me la coges.

Y escapó, tratando de esconderse detrás de un sillón.

Era una invitación á loquear, y lady St. Just así lo entendió. Madre é hijo comenzaron el juego. Era terrible, como si un niño jugase con la brillante hoja de acero que le ha de traspasar.

—Vamos, Arturo, dame esa carta,—dijo lady St. Just.

Y el niño, comprendiendo que la orden era seria, se la entregó.

Pero no terminó la francachela sin haber hecho algún daño: pegó un manotazo á la rosa que su madre llevaba en el escote y esparció los rojos pétalos por el suelo. Bibiana corrió tras él, tomóle en brazos y le cubrió de besos.

—¡Ah pícarillo!—exclamó.—Adrián, es tarea imposible leer cartas mientras estos diablitos están aquí... es preciso echarles á cajas destempladas.

—No te ocupes de las cartas, Bibiana,—replicó St. Just.—El aya no tardará en acudir... y las cartas pueden esperar.

Así, continuó jugando con los pequeños, mientras las cartas esperaban sobre la mesa, y entre ellas la que había llamado la atención á milord. Bibiana había echado una ojeada sobre ella, pero la letra la era desconocida. Era tan vulgar, tan gruesa y legible, que pensó debía ser alguna petición; éstas, por lo general, llevan direcciones muy bien escritas.

Después terminó el juego. Acudió el aya por los niños, y éstos salieron llevándose un sin fin de caricias.

—Me han dejado hecha un adefesio,—dijo lady St. Just con una sonrisa.

Los pétalos de la rosa salpicaban su falda; sus cabellos estaban despeinados.

—¡Y había hecho una "toilette" tan esmerada hoy! ¡Qué diablos de chiquillos, Adrián!

—No tienen otra cosa que hacer,—dijo lord St. Just respirando con satisfacción.

Después inclinóse hacia su mujer.

—Siempre estás hechicera, reina mía. Me gusta verte con el cabello descompuesto. Los niños saben que te va bien.

—Eres un adulator, Adrián,—dijo ella, á tiempo que lord St. Just salía del comedor.

Se detuvo delante del espejo para arreglarse un poco los cabellos y olvidó por completo la carta de marra.

La recordó cuando un criado entró á levantar los manteles.

—Milady ha olvidado esto,—dijo el doctístico entregándole la carta.

—El petitorio,—se dijo;—veamos qué sinabob hay que remediar.

Se detuvo un momento, como había hecho su marido, examinando la letra; y después abrió el sobre; lo abrió con una sonrisa en sus labios que no debía verse ya más allí.

El aposento pareció girar en torno suyo; un velo de sangre se extendió ante sus ojos; luego desvaneció y las letras se presentaron como escritas con fuego.

—¿Quiere usted acudir inmediatamente, lady St. Just? Me estoy muriendo, y no puedo morir hasta que no la haya visto. Venga sola... tengo algo que comunicarle á usted. No tarde usted... venga hoy mismo.

—Su siempre devoto,

GERARDO NORMAN.

Las señas, calle de Victoria, Regent's Park. La letra del sobre le era desconocida, pero la de la carta era de Gerardo; débil, casi legible, de mano de un moribundo.

Así, pues, estaba en Londres; había regresado de América. ¡Qué extraño era que no le hubiese anunciado su regreso! ¡Qué extraño que estuviese moribundo sin saberlo ella!

Y tenía algo que comunicarle. ¿Qué sería? Un mortal, horrible temor que no podía explicarse, y para el cual no tenía nombre, se apoderó de ella;

CAPITULO XX

Las casas de la calle de Victoria todas son por un estilo, grandes, de respetable aspecto y ventiladas. La mayor parte de ellas están subdivididas en departamentos, y sus moradores, gente profesional, pintores, cuyos estudios están en otra localidad, músicos, escritores y editores, cuya ambición es quizás más alta que los medios de satisfacerla; médicos de regular reputación. Es una calle tranquila y respetable, ni alegre ni aburrida, pero donde los vecinos toman un quieto interés los unos por los otros y donde la desaparición de cualquiera de los notables es comentada.

Lady St. Just jamás había estado en aquella calle. Buscó ansiosamente el número que Gerardo Norman le indicaba, y cuando el coche se detuvo, miró con mayor ansiedad la casa. Era de gran fachada, con verdes balcones y un pequeño jardín á la entrada; el verdadero ideal de una vivienda decente. Unas pocas flores de triste aspecto vegetaban en el jardín; en todas las ventanas había persianas verdes.

—¿Entro con usted, milady?—dijo Juana, cuando el vehículo se detuvo.

—No,—replicó lady St. Just.—Y aun cuando tarde, no se mueva usted hasta que yo vuelva.

En respuesta á su llamamiento, apareció una doméstica, que miró con sorpresa á Bibiana. Esta se había vestido lo más sencillamente posible, pero no le era dado ocultar la magnificencia de su figura, ni la grande, noble belleza de su tez. La muchacha quedó confusa ante la inusitada visión, y lady St. Just preguntó si podía ver á Mr. Norman.

—No sé. Dicen que se está muriendo,—replicó la muchacha.

Bibiana se impresionó al oír estas palabras. ¿Morir allí el pobre Gerardo!

—¿Quiere usted que llame á mi señora ó á la enfermera?—preguntó la criada.

—Mejor á la enfermera,—dijo Bibiana.

Y momentos después la muchacha volvió con ella, una mujer de aspecto benévolo é inteligente, que le hizo una profunda cortesía.

—¿Supongo,—dijo,—que es usted la señora que Mr. Norman espera?

—Sí,—dijo Bibiana;—y quisiera que me lleva se usted á su cuarto inmediatamente. ¿Está mejor?

—No,—replicó la enfermera;—y siento decir que Mr. Norman no tendrá mejoría ninguna en este mundo, señora. Creo que no vivirá muchas horas; pero esta mañana me dijo que no podía morir sin haber hablado con usted.

De nuevo aquellas palabras le produjeron el efecto de un golpe. ¿Qué podían significar?

—¿Quiere usted seguirme, señora?—dijo la enfermera, que, como la criada, se sentía impresionada por la admirable gracia y magnífica belleza de la desconocida.

Siguióla escaleras arriba para llegar á un gabi-

un sutil instinto le dijo que la entrevista estaba relacionada con su pecado.

No podía morir sin haberla visto. ¿Por qué? Ella no tenía en sus manos la paz del alma de aquel hombre. ¿Por qué diría aquello? Después se recriminó por abrigar necios temores. Aquel pobre secretario la había amado locamente. Tan sólo deseaba verla y darle su último adiós.

¿Qué podía decirle concerniente á su pecado? Se había arrepentido de él; el pobre niño había muerto; todo el asunto había terminado hacía tiempo. ¿A qué temer?

Acudiré inmediatamente,—se dijo.

Levantóse de la silla, pero tuvo que esperar unos momentos, pues temblaba como la hoja en el árbol.

Transcurridos unos minutos salió del comedor. Encontró á lord St. Just en la escalera, y desvió el rostro temiendo que notase la palidez de su rostro; después le miró.

—Adrián,—dijo,—no podré dar mi paseo á caballo contigo. He de acudir á asuntos míos.

—Está bien, querida mía,—replicó él descuidadamente.

Adrián jamás le pedía cuentas de sus acciones á su mujer.

—No nos veremos hasta la hora de comer,—continuó Bibiana;—no sé cuánto tiempo estaré ocupada.

—No olvides que tenemos convidados,—le recordó su marido;—gente política, Bibiana... y deseo que estés presente.

—No lo olvidaré,—respondió ella.

Y se dirigió apresurada á su habitación.

—Voy á salir,—dijo á la fiel Juana, que aun permanecía á su servicio.—No... no el traje de montar... un vestido sencillo y un chal, Juana, vendrás conmigo. Me siento nerviosa.

La doncella miró á su señora.

—¿Supongo que no ocurrirá nada grave, milady?—dijo.

—¿Qué grave podía ocurrir, Juana?—preguntó lady St. Just.

—Nada; así lo espero... pero, milady, veo en su semblante la antigua expresión que había desaparecido desde su casamiento.

—¿De veras? Pues debería darme vergüenza, y haré porque desaparezca. No quiero llevar el carruaje,—dijo.—¿Quiere usted buscar un coche de punto? No deseo que se fije nadie en mi salida. Busque usted el coche, Juana, y vistase para acompañarme.

La fiel doméstica movió la cabeza al salir para cumplimentar las órdenes de su señora.

—Milady podrá decir lo que quiera, pero tengo la seguridad de que aquí pasa algo. Esa es la misma triste, ansiosa expresión que solía tener y que no habíamos visto hace tanto tiempo.

Lady St. Just entró en el carruaje y dió las señas al cochero, volviéndose luego á su doncella.

—Te diré, Juana, á dónde vamos... Mr. Norman se muere y ha enviado por mí.

—Aquí hay algo, estoy segura,—pensó Juana;—pero Dios sabe lo que hay.

nete de buenas luces y bien amueblado. En mitad de él se veía un lecho cubierto con cortinaje carmesí; allí estaba Gerardo.

Bibiana vio el blanco rostro demacrado, con tintas lividas sobre él; vio dos grandes, ardientes casi desesperados ojos, que la miraron con hambrienta expresión; vio las transparentes manos flacas y afiladas, que se tendieron á ella, y ella se sentó á su cabecera sin poder reprimir las lágrimas.

—Bibiana—murmuró el moribundo, y jamás en su vida había oído lady St. Just cosa más terrible que aquella voz;—por fin ha venido usted... por último,—y los velados ojos parecían tomar nota de cada rasgo de aquel bello semblante.—Por último... había esperado tantas horas... negras, espantosas horas; y la muerte... vea usted, la muerte aquí á mi lado, pero sin atreverse á extender su mano hasta que usted no hubiese venido!... Usted mi reina, mi adorada mi único amor!

Ella levantó la cabeza con un gesto de aviso.

—Ya lo sé,—dijo él;—es usted esposa de otro hombre, pero esto no aminora mi amor, querida mía, no le refrena, aun cuando usted no me haya amado nunca.

—Mi pobre Gerardo,—dijo ella gentilmente—qué fiel amigo ha sido usted para mí... qué fiel y qué bueno!

—Sí, y me muero porque la amo tanto. He hecho todo lo posible; he tratado de vivir sin usted, de llenar mi vida con otros cuidados. No he podido y me muero.

—Mi pobre Gerardo!—exclamó ella con hermosos ojos.

—Bico Gerardo,—enmendó él.—He vivido para usted, mi dulce amor sin esperanza... vivido, pecado, sufrido. Y muero por usted. Recuerde usted esto y no piense mal de mí. Sé,—dijo débilmente,—que su amor constituía mi vida; pero no creía que la echaría de menos tan terriblemente. Bibiana, ¿puedo estrechar su mano siquiera una vez? Soy un moribundo, querida, y muero por usted.

Ella tomó la enflaquecida mano del enfermo y la retuvo entre las suyas.

—Bibiana,—dijo Gerardo,—tengo sed de saber... dígame usted; ¿ha sido usted feliz desde que se casó? No imagine usted que en mi corazón caben estúpidos celos... sino que deseo saberlo. Quiero saber si ha sido usted feliz.

Y sus ojos la miraban con desesperada fijeza, con algo casi de fiereza.

—Dígame,—repitió,—¿ha sido usted feliz? En verdad...

—Sí,—contestó ella;—he sido feliz.

Una súbita, casi hermosa luz iluminó las facciones del moribundo. Bibiana comprendió cuánto le deleitaban sus palabras, y continuó:

—He sido tan feliz que la tierra me ha parecido un paraíso. Amo inmensamente á mi marido, Gerardo; es noble y generoso; me es afecto, y pasa su vida procurando mi felicidad. Después tengo dos hijos preciosos. ¡Oh Gerardo! ¿por qué no venía usted á nuestra casa en vez de recluírse

aquí solo? Le hubiese cuidado y asistido como si fuera usted un hermano mío.

—No se cuide usted de mí,—dijo él con desfallecimiento;—hábleme de su felicidad.

—Es tan grande,—dijo lady St. Just,—que casi es perfecta.

—¿Dice usted que esos años de felicidad compen-san aquellos otros de sufrimiento?

—Sí, sin duda.

—Y dígame usted, Bibiana... estrécheme usted la mano con más fuerza, querida... siento que se va enfriando... ¿á no haberse usted casado, no hubiera sido tan feliz?

—No,—contestó ella,—jamás.

—Entonces estoy satisfecho,—dijo Gerardo.—Y, Bibiana, ¿no se hubiera usted casado nunca á no saber que Osvaldo había muerto?

—Jamás,—contestó Bibiana.—Jamás me hubiera casado con ese espantoso secreto sobre mi alma. Pero, Gerardo, todo eso pasó; no hablemos más de ello, pues estoy arrepentida; he suplicado por perdón noches y días; he sido buena con todos los niños por la... memoria de aquél. No hablemos de ello.

Lady St. Just vio que la lividez se acentuaba en el rostro del moribundo.

—¿De modo que estos últimos años ha sido usted feliz, querida mía?—repitió él.

—Sí,—contestó ella;—pero ¿por qué me lo pregunta usted, Gerardo?

—Quizás me odie usted cuando se lo diga... quizás maldiga usted mi nombre; pero la amaba á usted tanto que determiné que fuese usted feliz, no importa lo que me costase, lo que yo sufriese ó lo que fuese mi pecado. Moriría ahora y mil veces más por verla á usted feliz.

—Pero, Gerardo,—preguntó Bibiana, sobreco-gida por un terrible temor,—¿qué es ello... qué ha hecho usted?

—No me maldiga usted, Bibiana. Inclínese para que pueda decirselo al oído. ¡Amor... mi amor... Osvaldo no ha muerto... vive!

Bibiana levantó los brazos con un terrible grito; grito semejante al de uno que se ahoga; un grito tan angustioso que el moribundo se alarmó.

—No puede ser verdad!—jadeó ella mejor que dijo.—Es demasiado cruel... no puede ser verdad!

—Es verdad! Lo juro por el cielo,—dijo él débilmente.

Y luego reinó un profundo silencio entre ellos; silencio espantoso; más terrible que la quietud de la muerte.

El rostro que se levantó hacia él había cambiado en un momento; el rojo color, la dichosa luz, la orgullosa, serena calma, habían desaparecido para nunca más volver. Era una faz terrible, tan livida como la del enfermo.

—Eso no puede ser verdad, Gerardo,—repitió ella;—sería demasiado cruel... no puede ser verdad!

—¡Tan verdad como hay un Dios!

—Pero ¿por qué obró usted así? Ha sido cruel, desapiedadado. ¿Por qué me ha engañado usted?

—Porque quería que fuese usted feliz. Sabía que amaba usted entrañablemente á un hombre;

y comprendí que sería usted desgraciada siempre por esta causa.

—Pero ni la mitad desgraciada que soy ahora!—exclamó Bibiana.—¿Ha sido usted cruel, Gerardo!

—No era esa mi intención,—fué la desfallecida réplica;—veía que era usted infeliz, y que no se casaría usted mientras ese secreto existiese entre usted y el hombre que usted amaba. Ya sabe usted, Bibiana, que yo estaba dispuesto á morir por usted. Viéndola á usted tan desventurada, preguntéme cómo podría hacerla feliz; y yo sabía que usted no podía ser feliz mientras el niño viviese.

Hizo una ligera pausa, y después continuó:

—Quiera Dios perdonarme, Bibiana, pero la amaba á usted tanto, que hubiese llegado á matarle por verla á usted feliz. Se me ocurrió otra idea... hacerle á usted creer que había muerto. Por este motivo marché á América. No veía otro medio. Yo era muy bueno para el niño; me amaba mucho... y me ama hoy también. Se lo tomé á mi hermano... viajó conmigo; y luego engañé á mi hermano lo mismo que á usted, pues él también cree que el niño murió.

—¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo pudo usted hacerlo?—sollozó Bibiana.

Le había abandonado todo ánimo, toda fuerza, y ahora lloraba como un niño.

CAPITULO XXI

—Me fué fácil engañar á mi hermano,—continuó Gerardo con voz cada vez más débil.—Es un lector asiduo, un hombre estudioso; pero no le interesa el mundo ni lo que en él ocurre. Nada le sorprende; jamás está apesadumbrado, jamás alegre. Cuando le llevé el niño me preguntó: "¿Es hijo tuyo, Gerardo?" y al recomendarle que no me hiciera preguntas, no volvió á insistir. Mi hermano no se parece al resto de los hombres. Me fué muy fácil engañarle. Le dije que su tutela había terminado, que el niño había muerto y que podía regresar á Inglaterra. No me pidió explicaciones de ningún género ni hizo comentarios... él vino y yo me quedé. Mi pensamiento, Bibiana, era hacer pasar al niño como hijo mío, y no revelar á usted jamás la verdad; pero encontréme con que me moría. He trabajado mucho para que viviésemos los dos. Gastaba con él toda mi pensión. Le traje conmigo cuando conocí que me quedaba poca vida, y está aquí, en Londres; pero esécheme usted, Bibiana.

Milady reprimió su apasionado llanto y le miró. —Esécheme usted, querida mía,—dijo Gerardo.—Está cambiado por completo; ya no es la criatura de entonces... astuto, falso, indisciplinado; nuestra educación ha dado sus frutos. No es perfecto... ni mucho menos... pero vale mil veces más.

—¿Dónde está?—preguntó lady St. Just.

—Le puse en el mejor colegio que pude encontrar... en el del doctor Lester, de Hanmer-

mith. Se llama Enrique Norman. No necesita de nada... ¿me cree usted, Bibiana?

—Sí,—contestó ella;—de eso estoy segura. Pero fué una cruel decepción... una cruel bondad... un hecho cruel. Hubiese preferido morir ayer que oír esto hoy.

—Sin embargo, ¿usted ha sido feliz, querida mía?

—Sí... pero toda felicidad ha concluído,—contestó ella con amargo llanto;—sí, concluído! Ya no podré volver á ser feliz.

—Lo hice porque la amaba á usted y me era insufrible el conocimiento de su infelicidad. Tan sólo me guió el amor... la bondad. Y vea usted á dónde me ha conducido este fatal amor. He manchado mi alma con un pecado y la salud me ha abandonado. La he amado á usted y yazgo aquí moribundo. Y ahora me digo, con contritas lágrimas, que hubiera podido pensar en Dios así como sólo pensaba en usted.

—Mi pobre Gerardo,—dijo ella,—eso es un terrible amor!

—Ya lo sé... él me ha matado. Jamás había concebido grandes esperanzas. Usted era orgullosa, bella, altiva... yo tan sólo un pobre dependiente. Nunca esperé verme correspondido; pero lo mismo que una flor da su perfume al sol, lo da todo sin esperar recompensa, del mismo modo estaba yo dispuesto á morir por usted. No necesitaba ser correspondido. Arroje mi honor, mi sinceridad, mi honradez á sus pies, y húbiese pecado aun más gravemente por verla á usted feliz. La amaba á usted más que á mí mismo.

—Pero, Gerardo,—dijo ella gentilmente,—¿por qué me ha dicho usted su secreto? ¿Yo era tan feliz en mi ignorancia? ¿Por qué no ha guardado usted su secreto hasta lo último?

En los ojos del moribundo pareció arder una súbita luz.

—Porque no podía morir sin revelarlo. Me he detenido en la agonía de la muerte y no podía morir. Usted no puede ver lo que yo veo, querida mía. Aquí, á mi lado, está el sombrío rey espada en mano. Y ésta no podía caer hasta que yo no se lo dijese á usted... hasta que no se hiciese justicia. Podía vivir en pecado... pero no morir en él.

—Sin embargo no comprendo por qué me lo ha dicho usted!—gimó ella.—Yo era tan feliz!

—Oígame usted, querida mía,—dijo Gerardo.—Es preciso hacer justicia... es preciso que el niño vuelva á Lancewood.

—Jamás,—exclamó ella con apresuramiento.—jamás! Todo nuestro pecado y sufrimiento no pueden haber sido en vano.

—Pero yo repito que debe hacerse, Bibiana. Es necesario obrar en justicia; devolverle al niño lo que es suyo.

Una aguda convulsión de dolor contrajo el semblante del enfermo. Lady St. Just dejó caer su cabeza sobre la almohada y acarició los cabellos sudorosos del moribundo; éste recobró de nuevo la calma.

—Bibiana—murmuró débilmente,—una vez, hace tiempo, cuando nos despedimos, usted me besó, y la memoria de aquel momento nunca se

ha apartado de mí. ¡Bésemelo usted otra vez, querida mía, puesto que muero por usted!

Bibiana posó sus frescos labios en los de Gerardo, que iban tornándose fríos. Notó en aquel rostro un extraño cambio y levantóse apresurada para llamar á la enfermera.

—Temo que Mr. Norman está peor,—dijo.

La enfermera le miró.

—Está en la agonía, señora,—dijo.

Gerardo abrió sus ojos, que estaban velados por una extraña, profunda sombra, y los fijó en el rostro de Bibiana. Esta vio que sus labios se movían y se inclinó hacia él.

—Es preciso que el niño vuelva á Lancewood,—dijo con voz apenas perceptible.—Prométamelo usted.

Bibiana no contestó.

—Prométamelo usted!—repitió él.

Pero antes que Bibiana contestase, Gerardo Norman había muerto.

—Por fin descansó,—dijo la enfermera.—¿Se ha impresionado usted mucho, señora?

Lady St. Just se arrodilló, medio acurrucada en el suelo; no la postraba tanto la muerte de Gerardo Norman como la historia que había oído.

—¿Quiere usted que le prepare algo, señora?—preguntó la mujer afablemente.

Lady St. Just dijo que nada y le dió las gracias; después, levantándose, contempló largo intervalo el rostro del muerto: el rostro del hombre que la había amado tanto.

—Era un fiel amigo de nuestra casa,—dijo lentamente.—Fue secretario de mi padre, y mi marido se cuidará de que sea enterrado debidamente.

Pues, con la viveza de su clara inteligencia comprendió que no debía ocultarle á su marido lo ocurrido. La pensión que Gerardo disfrutaba volvía á la herencia. Era mucho mejor no hacer un misterio de su muerte. "De momento" no había necesidad de mencionar á Oswald.

De nuevo inclinóse lady St. Just y depositó un beso en la frente del muerto.

—Adiós, Gerardo!—dijo.—Me ha servido usted bien, me ha amado usted bien... demasiado bien para su felicidad y la mía.

Y otra vez miró el conocido, y, sin embargo, extraño semblante; extraño en la marmórea belleza que se iba extendiendo sobre él. El que la había amado tanto, el que había sufrido por ella, pecando por ella, yacía inmóvil; ya no podía ni amar ni sufrir.

Un torrente de lágrimas inundó sus ojos; ¡Cuán bueno había sido para ella aquel hombre sin ventura!

—¡Ha muerto, Juana,—dijo á la doncella, en cuanto subieron al coche.—¡ha muerto!

Y Juana no supo jamás que lady St. Just había visto morir á Gerardo Norman; creyó que su señora había llegado demasiado tarde. No la sorprendió verla llorar durante todo el camino; llorar con pasión desesperada, con el corazón desgarrado. Juana pensaba muy natural que sintiese, y que sintiese profundamente, la pérdida de un tan fiel y devoto amigo como Gerardo Norman.

Milord se disgustará al verla á usted tan atribulada,—observó la fiel doméstica.—¿Sabe que usted ha ido á verle, milady? Pero no... estoy segura de que, á saberlo, la hubiese acompañado á usted.

—No se lo dije, Juana,—contestó Bibiana.—La carta venía dirigida á mí, y estaba escrita por el médico, creo. Mi marido no estaba presente cuando la leí.

Cuando llegaron á casa, lord St. Just estaba ausente, y ella dió gracias al cielo que la concedía tiempo para reponerse. Cuando su marido se presentó, estaba Bibiana pálida é indispuesta, pero él no se fijó.

—Adrián,—dijo ella.—¿puedes dedicarme unos momentos? Tengo que hablar contigo.

—¿Cómo no? Me tienes completamente á tus órdenes.

—¿Te acuerdas del secretario de mi padre? Me habrás oído hablar con frecuencia de él...

—Ciertamente,—replicó lord St. Just con su acostumbrada afabilidad.—No le señalo tu padre una pensión vitalicia?

—Sí. Hoy recibí una carta, en la que se me decía que estaba moribundo y quería verme. Fuí á verle... y murió á los pocos minutos de mi llegada.

—¡Adorada mía,—exclamó lord St. Just,—no debieras haber presenciado semejante escena!

Pero Bibiana pareció no haberle oído. Después de una breve pausa continuó:

—Fue para mí una gran sorpresa. Ni aun sabía que estuviese en Inglaterra.

—Comprendo tu pesar, Bibiana. Era un ídeal amigo, según tengo entendido.

—Demasiado leal!—se dijo ella ahogando un suspiro.

Sin su afán de sacrificarse por ella, sin su portentoso amor y fidelidad, no se vería en la terrible posición de ahora.

—Se está haciendo tarde, Bibiana,—dijo lord St. Just de pronto.—Recuerda que tenemos convidados, querida. Anda, corre á vestirse.

Luego, percatándose de la abstraída expresión de su mujer, se apresuró á añadir:

—¿Deseas que haga algo en este asunto?

—Sí,—contestó ella;—el pobre Gerardo sólo tenía un pariente, un hermano, el cual reside en Ruan. Deseo que Gerardo sea enterrado dignamente.

—Me cuidaré de eso personalmente,—dijo el generoso lord;—presidiré el duelo... ¿te complacere esto, Bibiana?

Lenta y tristemente, ella levantó su pálida faz y besó á su marido.

—Siempre bueno conmigo,—dijo,—siempre bueno!

—Mi sin par Bibiana, ¿cómo pudiera no serlo? Esto es duro para tí. Conozco que estás apenada por ello; es para tí una pérdida. Los nuevos amigos no ocupan jamás el puesto de los antiguos. Es un disgusto para tí; pero, si tratas de estar como siempre esta noche, y procuras entretener á tus huéspedes como de costumbre, me darás un gran placer; sin embargo, si prefieres no bajar á comer, yo excusaré tu ausencia.

—Bajaré,—replicó ella;—¿te cuidarás de que se le tribute el debido respeto al antiguo secretario de mi padre?

—Te lo prometo, querida mía.

Y, basando su pálida faz con más efusión que de costumbre, lord St. Just salió del aposento.

CAPITULO XXII

—Viviré con esta inteligencia lo que me resta de vida,—pensó lady St. Just;—como si empezara ahora mi tarea.

Sin embargo, tenía algunas terribles causas para estar ansiosa; ¿podía encontrarse entre los papeles de Gerardo algo que la comprometiera. Esta era la principal. Trató de tranquilizarse á sí misma diciéndose que Gerardo la amaba demasiado para ser negligente en lo que la concernía. Sin embargo, durante los dos siguientes días, la bella, orgullosa dama, sufrió todos los martirios de la incertidumbre. Cada campanillazo en la puerta, cada llamamiento á la de su habitación, cada inusitado sonido, la hacían estremecer, y por fin lord Adrián comenzó á temer que su mujer estaba enferma, y á preguntarse lo que podía haberla abatido. Fue una época de prueba para los pobres nervios de Bibiana. No se atrevía á ir de nuevo á la residencia de Gerardo, por temor de llamar la atención y excitar comentarios.

Llegó el día de los funerales de Gerardo, y los que sabían su relación con la familia, aplaudieron la conducta de lord St. Just, que presidía el duelo, dando una prueba de sus generosos sentimientos. Lord Adrián había cuidado de que la ceremonia fuese digna del fiel amigo de los Neshe. No asistió el hermano de Gerardo; la ocupación que le retenía en Ruan no podía ser abandonada un momento. Así el pobre Gerardo fué conducido á su última morada, y lord St. Just hizo colocar sobre su tumba una lápida con sencilla dedicatoria.

Sintió mucho la temprana muerte del desamparado secretario.

—Quizás sea,—dijo á su mujer,—porque como encuentro la vida tan placentera y hermosa, le temo á la muerte, que es el término de la vida. No sabes lo que me apenó ver colocar en su sepultura á tu pobre amigo.

El día de los funerales de Gerardo fué uno de los más tristes en la vida de Bibiana; además de ser un fiel amigo, el pecado los había asociado.

En la tarde del siguiente día en que había oído la terrible historia, encerróse en su habitación para pensar detenidamente en lo que le convenía hacer. Una sola cosa debiera hacer: reintegrar en su herencia al despojado. A vivir Gerardo unos momentos más, se hubiese visto obligada á prometerlo; pero murió cuando ella tenía las palabras en sus labios. Durante su última entrevista con ella, Gerardo le indicó cómo podía arreglarse aquello; presentar el niño al abogado de la familia, indicando que había sido recuperado de sus secuestradores. Bibiana vió que la cosa era posi-

ble; que podía ponerle en Lancewood sin que nadie sospechase de ella.

Pero después de tantos años de posesión, cuando había puesto todas las energías de su alma y de su corazón, todo su talento, su paciencia, tiempo y fortuna para restaurar la mansión de los Neshe; después de tantos años de labor y pensamiento, y sabiendo que Lancewood era ahora la mejor posesión de la comarca, le parecía imposible cederlo. Entregarlo al hijo de una libertina verlo inmediatamente hecho un centro de disipación, manchadas su glorias; no podía tolerar el pensamiento. Honor y honradez, justicia y rectitud, abogaban en vano; no podía decidirse á lo que debía; y así, desafiando voluntariamente la justicia, conociendo la extensión de su crimen, borrando el recuerdo de la moribunda faz y los suplicantes ojos, resolvió continuar el pecado de su vida.

—Si hubiese tenido otra madre,—se repetía una y cien veces,—lo haría; pero Lancewood no será presa de una amazona de circo, no importa cómo se llame, ni de sus corifeos.

Al mismo tiempo resolvió hacer por el niño cuanto estuviese en su mano; le daría una esmerada educación y aseguraría su bienestar. Confió en su inventiva para que su existencia fuese un secreto. En último caso, si se descubría, saldría del paso diciendo que Gerardo Norman se lo había recomendado á la hora de su muerte y por eso le protegía.

—No hay aquí daño,—se dijo con aire de desesperación;—el daño estaría en poner Lancewood en manos de esas gentes.

Al siguiente día, al salir de su cuarto tocador, vió al pequeño Arturo que la esperaba á la puerta.

—Mamá,—dijo, tendiéndole los brazos;—he apostado con Francisco que tendría el primer beso, y... lo he tenido.

Ella tomó al niño en brazos y le miró fija y largamente. Graves eran los pensamientos que pasaron entonces por su mente. Aquel pecado suyo, la usurpación de la propiedad ajena, ¿recaería sobre la inocente criatura que tenía en sus brazos? Arturo sería un día dueño de Lancewood; ¿le castigaría Dios por su participación en el despojo?

—Quisiera,—se dijo lady St. Just,—comprender más de estas cosas. ¿Cómo puede sufrir este niño, siendo inocente de todo?

Volvió á mirar al niño, y en su corazón se desbordó un amor inmenso.

—No haré nada que pueda perjudicarte,—pensó,—mi hermoso y amado niño!

Después recordó lo orgullosa que ese sentía de él, por ser el que había de heredar la casa que tanto amaba. ¿Podía arrebátarsela para entregarla al hijo de Valeria? ¡Mil veces no! Su hijo era un verdadero Neshe; llevaba la noble sangre en sus venas, una noble alma brillaba en su inteligente faz. ¿Despojarle por el hijo de Valeria... el niño educado en la tiranía y el engaño! ¡Mil veces no!

—Tendré á Lancewood á todo riesgo,—se dijo;—lo reservaré para Arturo!

El niño echó los brazos al cuello de su madre. —Mamá,—dijo,—¿qué sería estás!... ¿es que me he portado mal?

—No, querido mío,—replicó ella, y el niño ocultó su rostro en el seno de su madre, al verla lágrimas en los ojos.

Después Arturo se marchó a jugar, y lady St. Just acudió a sus quehaceres habituales.

Bibiana no podía mirar ni oír a sus hijos sin contemplar al pequeño Osvaldo, de quien se acordaba cuando era aún niño. Le había amado hasta cierto punto, pues era su hermano, y había hecho todo lo posible para educarle bien. Se preguntaba cómo se habría hecho... cómo estaría... sobre todo, si conservaba alguna reminiscencia de Lancewood. Le asaltó un inmenso deseo de verle, de saber si el niño se figuraba en Enrique Norman, si conservaba algún recuerdo de su infancia.

La idea llegó a poseerla hasta degenerar en una especie de fiebre. Se dijo que si le veía una vez recobraría la tranquilidad; que si podía hablarle, saber algo de él, no estaría obsesada como ahora.

¿Cómo podría verle?... yendo al colegio de Dr. Lester? Miró el libro de señas y encontró el nombre. Iría cualquiera de los días en que lord St. Just estuviese ocupado. No necesitaba llevar a Juana con ella, ni ir en un carruaje de casa; tomaría un coche de punto en cualquier lado.

La reconocería el niño? No; de esto estaba segura; Gerardo no mentía nunca, y había asegurado que Osvaldo no recordaba nada de su primera vida. Iría, y si tenía que dar su nombre diría Mrs. Smith, Mrs. cualquier cosa. Lo único cierto es que quería ver a su hermano.

—Bibiana,—le dijo lord St. Just ansiosamente—¿o no te encuentras bien, ó estás maquinando alguna terrible conspiración... ¿qué es?

Las palabras se aproximaban tanto a la verdad que Bibiana tembló.

—¿Por qué me dices eso, Adrián?—preguntó

—Adorada mía, no puedes figurarte lo que has cambiado. Hasta hace poco, eras todo luz y sonrisas, y ahora te veo siempre preocupada y pensativa. Jamás te encuentro leyendo, escribiendo ó jugando con los niños; siempre abismada en reflexiones... siempre meditabunda. ¿Sabes que he entrado a veces en tu aposento y he oído sin que me vieras ni oyeras? A veces te hablo, te hago alguna pregunta, y me miras con la vaguedad del que despierta de un sueño. ¿Qué es lo que ocupa tan hondamente tus pensamientos?

Bibiana trató de sonreír, de contestarle jovialmente; pero no le fué posible. Sus labios temblaron y se puso pálida.

—No estás buena,—dijo milord.—Has trabajado este año demasiado para mí, Bibiana. Debe á tu afán gran parte de mi éxito... pero es preciso que renoses. Dejaremos la capital lo más pronto posible.

Ella le echó las manos al cuello y le besó.

—Fres muy bueno para mí, Adrián,—dijo.—No merezco tan gran amor.

Y lord St. Just se echó á reír al oír esto.

CAPITULO XXIII

Las palabras de su marido produjeron gran impresión en lady St. Just. Conocía que eran verdaderas. En su mente no había más pensamientos que para Osvaldo. Jamás hubiese podido ser una consumada criminal; tenía demasiada conciencia para ello. Podía haber despojado á su hermano de la posesión de Lancewood; pero le era imposible olvidar su existencia. Era preciso que le viese, que le atendiese, que le ayudase á prosperar en la vida; que hiciese todo, en suma menos restituirle su herencia.

—Pero una cosa es cierta,—se dijo,—si desearé guardar mi secreto, no debo dejarme absorber tan completamente por él.

Toda la expresión de su fisonomía parecía haber cambiado; estaba llena de vagos, absortos pensamientos; la vida y animación casi la habían abandonado.

—Estaré mucho mejor en cuanto le haya visto,—se decía.—Me persiguen mil temores y mil pensamientos que se desvanecerán como sombras así que le vea.

El día llegó á ser su idea fija, y por fin vino el día en que tuvo ocasión de darle término. Lord St. Just fué con algunos amigos á Gravesend; se trataba de una comisión técnica que debía informar acerca de una cuestión naval. Estaría ausente todo el día, y lady St. Just resolvió aprovecharlo para ir á Hamruensmith.

Como la vez que fué á ver á Gerardo Norman vistióse lo más sencillamente posible. Una falda de seda negra, un largo abrigo, y una capota con espeso velo.

Así ataviada, ¿quién iba á reconocer en ella á la hermosa y elegante lady St. Just?

Procuró salir de casa sin ser vista, teniendo la precaución de enviar fuera á Juana previamente.

—Buena caminata,—dijo el auriga al oír las señas.

—Será usted bien pagado,—contestó ella con sublime ignorancia de los ardidés cocheros.

Su corazón palpó con violencia al detenerse el coche delante de un vasto edificio cuadrado, aislado, y rodeado de árboles. "Academia Politécnica," se leía en la fachada.

—Espéreme usted aquí,—dijo al cochero cuando éste abrió la portezuela,—¿tarda algo?

El cochero sentóse en el pescante, sacó un periódico y se felicitó mentalmente de su buena fortuna.

Abrió la puerta un lacayo, el cual dijo á Bibiana que no estaba el doctor Lester, pero sí Mr. Hardman, el vicedirector.

—Quería ver á un colega... el señorito Enrique Norman... ¿está aquí?

—Sí... sírvase usted pasar aquí, mientras voy á llamarle,—fué la respuesta.

Fué introducida en un pequeño recibidor, sin ninguna nota alegre que lo recomendase; contenía una mesa cuadrada, unas cuantas sillas con

asiento de erin, un par de esferas y un mapa mural. Toda perspectiva de la ventana estaba impedida por un enrejado metálico.

Lady St. Just tomó asiento. Su corazón palpitaba con fuerza; sus piernas temblaban... no podía tenerse en pie. Iba á verle otra vez, al hijo de Valeria, al niño que había despojado de su herencia, al heredero de Lancewood, el descendiente de una "ceuyére" francesa, el niño que ella había arrullado en sus brazos, que trató de educar y que abandonó desalentado.

Levantóse el velo para poder respirar bien; sus labios ardían como fuego; después se echó el velo y trató de aparecer tranquila. Ovó pasos.

Un señor de edad apareció, diciendo ser Mr. Hardman, el vicedirector. Miró con cierta curiosidad la gentil figura de aquella dama.

—¿Desea usted ver á uno de nuestros alumnos, señora... á Enrique Norman? Es huérfano creo. ¿Puedo preguntar si conoce usted á alguno de sus parientes?

—Conoció á su madre,—contestó ella.—Deseo verle, aun cuando él no me conozca. Era muy niño cuando le ví la última vez.

—Nos vemos obligados á ser muy precavidos,—observó Mr. Hardman.—Por regla general, exigimos una escueta de los padres ó encargados antes de permitir que vean á nadie.

El instinto había dicho al vicedirector que tenía una dama delante.

—Esto no obstante,—añadió,—voy á enviárselo á usted en seguida.

Y, diciendo esto, salió.

¡Oh Dios!... si su corazón palpitase menos furiosamente... si aquella bruma quisiera desvanecerse de delante de sus ojos... si sus temblorosos miembros se calmasen!

¿Cuándo vió á Osvaldo la última vez? Recordó el día y la hora. Había dado su lección correctamente al pobre Gerardo, y, para recompensarle ella le dió una pelota.

—Eres una buena hermana!—dijo él saliendo alborozado del aposento.

—Una buena hermana! Estas palabras le produjeron aguda pena.

Antes de abrirse la puerta, oyó una alegre voz que decía:

—¿Alguien que quiera verme, Jaime? Debe usted estar equivocado. Nadie viene á verme á mí.

—Usted se convencerá, señorito Norman,—fué la respuesta.

Y después el niño estaba ante ella.

Sus ojos casi lo devoraban. Su respiración se hizo ardiente y entrecortada. ¿Cómo podría ocultarle? ¿Cómo podría ocultar su pesar? Vió delante de ella un muchacho alto y esbelto, con los negros ojos y la larga cabellera de su madre. Ahí terminaba todo el parecido con Valeria. El rostro era como el suyo—el de Bibiana,—un verdadero rostro de Neslie. No había equivocación posible: no podía pasar inadvertido. El niño le miró con risueños é imperturbables ojos.

—¿Está usted segura,—dijo,—de que soy yo el que usted desea ver? No crea que me conoce. Se persona alguna en el mundo.

Bibiana tomó las manos del adolescente entre las suyas; en su corazón nació una inmensa compasión por aquella desolada orfandad.

—Conoció á su madre de usted, Enrique,—dijo,—cuando era usted aún muy niño.

—Hubiera querido conocerla yo,—dijo el niño.—Cuando mis compañeros hablan de sus madres, me pregunto cómo sería la mía.

—¿No la recuerda usted?—preguntó Bibiana.—Recuerdo dos caras,—dijo el niño;—una blanca y risueña, la otra morena y linda; pero no puedo decir cuál de las dos sería la de mi madre. Recuerdo estas dos caras de una manera vaga, indistinta. ¿Usted conoció á mi madre?

—Sí, la conocí. Este es el motivo de que haya venido á verle á usted.

—¿Y cómo sabe usted que yo estaba aquí?—preguntó Osvaldo.

—¿Y dónde vivía?—preguntó lady St. Just.

—Lo oí casualmente,—contestó;—y creí que debía venir á visitarle.

—¿Por amor á mi madre?—preguntó él.

Y Bibiana no pudo afirmar que fuese por amor á Valeria.

—Vendré á verle alguna que otra vez,—continuó lady St. Just,—y si desea usted algo, dígamelo y se lo enviaré.

—Son muchas las cosas que yo deseo. Una buena pelota... y después, un arco y flechas...

—¿De veras?—preguntó Bibiana con animado semblante.—Pues cuente usted con ello.

Siempre era un pequeño consuelo poderle complacer en algo.

La semana que viene volveré,—dijo lady St. Just,—y traeré esos chirimbolos.

—Es usted muy amable,—dijo el muchacho.

Y su voz era tan parecida á la de Valeria que Bibiana se estremeció.

Observó que el niño la contemplaba intensamente á través del velo.

—Aun no me ha dicho usted cómo se llama,—observó el muchacho riendo.

—No lo conocerá usted aunque lo diga,—contestó ella,—pero se puede usted acordar de Mrs. Smith... así me llamo.

—¿Se llama usted Smith?—dijo.—tengo cinco compañeros que se apellidan Smith, y los niños dicen que el director no quiere admitir ninguno más. Mrs. Smith, ¿usted conoció á mi padre?

—Dios me perdone!—suspiró Bibiana desde las profundidades de su corazón.—Sí,—contestó con voz débil.

—El y mi madre han muerto,—dijo el niño apenado.—Yo estuve en América con mi tío Norman. Pero ha muerto, y me he quedado solo en el mundo.

—¿Era Mr. Norman su tío?—preguntó lady St. Just.

—Sí. Yo le llamaba el tío Gerardo.

—¿Y dónde vivía?—preguntó lady St. Just.

—Creo que ha vivido siempre en América,—contestó Osvaldo reflexivamente;—nunca me habló de Inglaterra mientras residimos en Nueva York. Venimos juntos á Inglaterra. Me puso en este colegio... y murió hará unos días.

—¿Era bueno para usted?—volvió á preguntar Bibiana.

—Sí... nadie hubiera podido ser más bueno,—contestó el jovencito.—No recuerdo cuándo fuimos á América... no creo que tenía más de cinco años entonces.

—Es usted todo un joven viajero,—observó Bibiana.

—Sí... fui con un señor que siempre estaba leyendo y estudiando... que no parecía recordar que yo vivía siquiera. Solía mirarme con aire sorprendido y exclamar: "¡Oh... pequeño!" No recuerdo cómo pasó de él al tío Gerardo.

—¿Nunca le dijo su tío, nunca le habló de Inglaterra, de sus amigos... de su familia?

—No,—replicó Osvaldo;—nunca.

—Entonces,—pensó lady St. Just,—estoy enteramente segura; no hay peligro. Osvaldo no conoce ni de oídas á Lancewood; nada puede relacionar con él bajo ningún concepto. Aun cuando se sepa que tenía un "tío Gerardo," no le pensará que este tío que, según él, vivía en América, era el Gerardo Norman que vivía en Lancewood. Estoy segura; aquí no hay lazo de unión.

—Quiero ser muy buena con usted,—dijo en voz alta.—¿Cómo va usted de cuartos?

—¿Es usted pariente mía?—preguntó el niño curiosamente.—Porque es extraño, pero tengo así como una idea de que he oído su voz otra vez... me suena como música que hubiese oído sin recordar dónde... ¿Quiere usted descubrirse? Ese velo es tan espeso...

Bibiana vaciló un momento, y después pensó:—No hay peligro alguno... no sabe ni aun el nombre de Lancewood... no se acordará de mí. ¿Verme?—dijo en voz alta.—Sí, ciertamente... por cierto que no he sido muy cortés, hablando con usted tanto tiempo sin haberlo hecho.

Levantóse el velo y el muchacho contempló la ansiosa faz.

—¿Parece usted una pintura, Mrs. Smith!—dijo.—¿Acaso he sonado yo una cara semejante?

—¿Cómo podía ser eso posible?—preguntó ella.

—No lo sé,—dijo Osvaldo;—todos mis pensamientos son tan confusos, tan vagos, tan de como sueño... Ahora, contemplándola á usted... imagino que he visto una cara parecida.

—¿Dónde?—preguntó ella asaltada de súbito temor.

—No puedo decir dónde,—replicó riendo el niño.—Sólo recuerdo un paraje lleno de árboles, y un rostro como el suyo, que revelaba el pesar. No la recuerdo á usted cuando sonríe, pero sí cuando está seria.

—No he estado nunca en América,—observó ella evasivamente.

—Entonces es un sueño mío. Me alegro mucho de que me conozca usted, Mrs. Smith; es muy aburrido estar solo aquí. Quizás algún domingo, cuando no esté usted muy ocupada, querrá usted sacarme á paseo... No he salido desde que vine de Nueva York.

—¡Ohre niño... pobre criatura!—murmuró Bibiana, sintiendo sus ojos humedecidos.

—Pronto será bastante crecido para salir solo,

—dijo Osvaldo orgullosamente.—¿Vendrá usted á verme pronto?

—Sí,—contestó ella;—todo lo más pronto que podré.

Inclinóse y besóle en la frente. El niño se puso encarnado.

—No recuerdo que nadie me haya besado nunca,—dijo.—Adiós, Mrs. Smith.

Y Bibiana salió del colegio perdida en un mar de encontrados sentimientos.

CAPITULO XXIV

Lady St. Just no podía borrar de su mente el recuerdo de su hermano. Había imaginado que, en viendo á Osvaldo, toda la intensidad de su pensamiento acerca de él desaparecería. Pero no fué así. Le tenía delante día y noche. El niño le había sido simpático. Era alto en demasía para su edad, de figura gentil y graciosa. La impresionaba, asimismo, el gran parecido que existía entre ellos. Tenía los ojos y los cabellos de Valeria, pero la frente y la boca de los Neslie.

Bibiana era la tierna y amante disposición, y pensó mucho en aquella criatura, sola en el mundo, sin tener nadie que la visitase, ni le atendiese, desolado.

—Le he arrebatado hogar, madre y amigos,—pensó.—Es necesario que le compense por todo... que lo sea todo para él.

Pero el conocimiento de la diferencia entre su posición como heredero de Lancewood y como un desconocido colegial, era muy grande. Impuso silencio á los impulsos de su corazón con mano férrea; no quería oír nada. Lo hacía por bien; él hubiera arruinado á Lancewood.

Encontró su primera visita al colegio tan sumamente fácil, que las fué repitiendo cada vez con menos precauciones. Llevóle á Osvaldo los objetos pedidos; le dió dinero; satisfizo todos los deseos del niño.

—Es usted muy buena para mí, Mrs. Smith,—solía decir Osvaldo;—¿qué podré yo darle á usted á mi vez? ¿Todo esto es por mi madre?

—No... ahora lo hago por usted solo,—contestaba ella.

El muchacho notó que su amiga vacilaba siempre antes de pronunciar su nombre, como si encontrase alguna dificultad.

—¿No le gusta á usted mi nombre?—le preguntó un día.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó ella á su vez.

—Porque se detiene usted antes de decirlo. Si es así, llámeme cualquier otra cosa.

Bibiana sintió el impulso de llamarle Osvaldo, pero tuvo que reprimirlo.

—¿Me sacará usted un día á paseo?—le preguntó en otra ocasión.

—Por ahora no,—contestó ella.—Pero tendrá usted una temporada de vacaciones... á un puerto de mar; sólo que habrá que esperar un poco.

Había pensado que sería imprudente sacar al niño; podía encontrarse con alguien que le reco-

nociera, y entonces le harían embarazosas preguntas. Además, se le parecía tanto, que no se atrevía á salir con él. En el parecido no había equivocación; no era posible que pasase inadvertido.

Otro pensamiento le ocurrió después. ¿Qué sería de Osvaldo? ¿Tenía algún fondo colocado á su favor? ¿O, terminado el trimestre, el Dr. Lester le pondría en el arroyo? En conciencia y en honor, ella debía cuidarse de su porvenir, y así quería hacerlo. Hubiera querido partir su fortuna con él, dárselo todo; todo, menos Lancewood.

Meditó acerca de esto larga y ansiosamente. No tenía la intención de ser imprudente; quizás la aparente inmunidad de todo peligro la hiciera temeraria. Resolvió hablar con el Dr. Lester. Entre el número de personas que el director veía diariamente, difícilmente podría recordar á Mrs. Smith.

El Dr. Lester había llegado á sentir curiosidad por conocer á la persona que visitaba á Enrique Norman. En realidad, el mismo Enrique era un motivo de meditación para él. El niño había sido llevado allí hacia un año por un Mr. Norman, que acababa de llegar de América. Mr. Norman se informó minuciosamente acerca de la casa, y le dijo al director que estaba enfermo, y que probablemente marcharía de nuevo al extranjero. Pidió el que se le permitiesen pagar cinco años adelantados, diciendo que, según donde estuviese, le sería difícil remitir fondos. Asimismo dejó consignada una cierta suma para los gastos particulares del niño.

—Sí,—añadió,—algo me ocurriese y el niño es inteligente, puede usted tenerle de pasante algún tiempo, cuando termine sus estudios, y después que luche por la vida.

El doctor le había hecho una ó dos preguntas acerca del niño, pero Gerardo las había evadido, de modo que no conocía nada de sus padres ni parientes. Habiendo oído que una hermosa dama, que se decía amiga de su madre, venía á ver con frecuencia al muchacho y le traía hermosos regalos, sintió despertarse su curiosidad.

El Dr. Lester era una capacidad científica. Se le conocía y apreciaba y tenía muy poco tiempo disponible. Más de una vez lady St. Just indicó su deseo de verle; pero sin poder conseguirlo.

Una mañana se encaminó á Hammersmith. Llevaba algunos libros que Osvaldo le había pedido. Al tiempo que salía, el Dr. Lester, con otro caballero, entraba en el colegio. La miró un momento, y luego preguntó á un criado que acudió á la puerta:

—¿A quién viene á ver esta señora?

—Al señorito Norman.—fue la respuesta.

—¿Qué error ha cometido alguno de ustedes!

—¿Dijo.—Me habían dicho que era una Mrs. Smith la que visitaba al joven Norman... y esa dama es lady Neslie. Precisamente hoy mismo he de avistarme con su esposo. Norman debe ser hijo de algún pariente pobre... seguramente.

Si Bibiana hubiese salido del colegio tres minutos antes ó tres minutos después, hubiera evitado aquel encuentro, y quizás sus consecuencias. El doctor no vió nada de extraño en aquellas

visitas. Tenía cierta admiración por Enrique Nordoctor Lester sentía asimismo gran admiración por Adrián St. Just; le consideraba como uno de los hombres de estado más hábiles de Inglaterra. Le veía con frecuencia y se profesaban mutuo respeto. Aquel día tuvo lugar una conferencia científica y lord St. Just felicitó al doctor por su hermoso discurso. Hablaron de varias cosas y después el doctor dijo:

—Me alegro mucho de tener en casa un protegido de ustedes, milord; es un muchacho inteligente y adelanta mucho.

Al principio, lord St. Just creyó que el doctor se bromeaba ó que hacía alguna alusión política.

—No comprendo lo que quiere usted decir... —Digo, milord, que celebro tener en mi colegio á su joven protegido.

—Me avergüenzo de confesar, doctor,—dijo lord St. Just riendo,—que creo no tener protegido alguno, al menos en el sentido que usted indica.

—Evidentemente un pariente pobre,—penso el doctor.—Pues creí que era un protegido,—añadió en voz alta.—¿Quizás algún pariente lejano, milord? Será un hombre de provecho algún día.

—Mi querido doctor,—replicó Adrián,—va usted á juzgarme muy obtuso, pero no tengo la menor idea de lo que quiere usted decirme.

—Hablabas del joven Norman,—dijo el doctor.

—¿Norman?—exclamó milord.—¿Pero si ha muerto! Yo asistí á sus funerales el otro día.

—Ese es el tío... yo hablo del sobrino.

—No hay tal sobrino. Le oí decir á mi esposa que no eran más que dos hermanos. El mayor es un sabio, que está de bibliotecario, creo que en Francia... y el otro murió y yo le acompaño el cementerio.

—En mi colegio hay un joven Norman, milord... un muchacho inteligente y guapo. Lady St. Just viene á verle con frecuencia.

Milord le miró vivamente.

—¿Cómo!—exclamó.—¿Quiere usted decir que mi esposa, lady St. Just, va al colegio? Indudablemente está usted equivocado.

—Creo que no,—replicó el doctor Lester.—Vá á lady St. Just en la Sociedad Real... y su rostro no es de los que se olvidan fácilmente.

—Le aseguro á usted,—dijo lord St. Just, seriamente,—que está usted en un profundo error, doctor. ¿Lady St. Just en Hammersmith! Me lo hubiera dicho.

—Quiera Dios,—pensó el doctor,—que no haya yo cometido una imprudencia. Quizás milady deseara que su marido lo ignorase; si es así, la he descubierto.

De pronto se le ocurrió que era muy posible que lady St. Just, no queriendo ser conocida, hubiese tomado el nombre de Mrs. Smith. Y le chocó asimismo, al pensar en ello, que todas sus visitas revistiesen cierta viso de misterio. ¿Qué imprudencia había cometido? El doctor no sabía qué camino tomar.

—Quizás me haya equivocado,—acabó por decir,—en esto de identidades jamás puede estar uno demasiado seguro. Sólo vi un momento á la

señora y me pareció reconocer á lady St. Just.

—Creo que no,—dijo lord St. Just algo fríamente;—no es probable que mi mujer visitase su colegio, ú otro cualquier sitio, sin decírmelo.

—Pues así me he equivocado,—declaró el doctor.

Pero milord le vió ansioso por borrar el efecto de sus palabras, y esto le enojó todavía más.

—Se ha de ser muy cuidadoso,—dijo,—en hacer afirmaciones de cierta índole.

Y el doctor vió que sus maneras eran inusualmente frías hacia él. Miróle gravemente.

—Milord,—dijo,—con toda probabilidad me he equivocado. Trato pocas señoras y no soy gran economista. ¿Quiere usted concederme su favor?

—Con mucho gusto,—replicó lord Adrián con su habitual cortesía.—Me honra usted mucho con ello.

—Como debo haber cometido un grosero error puedo pedirle que no mencione usted á lady St. Just lo que le he dicho?

Adrián sonrió.

—¿Qué importa,—dijo,—que lo sepa ó no lo sepa?

—Sin embargo, se lo agradecería á usted mucho,—insistió el doctor.

—Entonces, le prometo á usted que no diré una palabra á lady St. Just. ¿Está usted satisfecho, doctor?

—Sí,—contestó éste.—Milady hubiera podido pensar que me había tomado una libertad con su nombre.

Se separaron momentos después, ambos inquietos. Cuando el doctor llegó á casa, lo primero que hizo fué llamar al joven Norman á su despacho. Le hizo toda clase de preguntas acerca de la dama que iba á visitarle. El niño le aseguró que se trataba de Mrs. Smith.

—¿No conoce usted á lady St. Just?—preguntó el doctor.

El niño se echó á reír.

—Ni aun creo haber visto á una lady... es decir, á la esposa de un lord... en toda mi vida,—contestó.

Y el doctor se encontró más desorientado que nunca. Cuanto más pensaba en ello, más seguro se sentía de que la bella dama que había visto no era ni más ni menos que lady St. Just.

—Tan sólo espere,—dijo,—no haber hecho una necedad. Pero una cosa es clara... que su marido ignora los motivos que la traen aquí.

CAPITULO XXV

Lord St. Just resolvió poner en claro aquel misterio. Le repugnaba poner asechazas á su mujer; pero ¿cómo salvarla de algún peligro que podía manchar su reputación? Fingió salir una mañana, y se mantuvo en los alrededores de la casa. Vióla salir con extrema sencillez y desaparecer velozmente tras una esquina.

Volvió á casa, mandó enganchar y se dirigió á Hammersmith. Llegado frente al colegio, lord St. Just vió que no se había equivocado en sus conclusiones; un coche de punto estaba frente á la

puerta, y tuvo la seguridad de que su mujer lo había utilizado.

Preguntó si el director estaba en casa, y el criado contestó que llegaría de un momento á otro.

—Le esperaré,—dijo lord St. Just.

—El recibidor está ocupado,—observó el sirviente.—¿Quiere usted venir por aquí, milord?

Entonces cometió lord St. Just su primera falsería.

—Sí,—dijo apresuradamente,—que en el recibidor hay una señora con un colega.

—Sí,—fué la respuesta;—Mrs. Smith y el señorito Norman. ¿Desea usted verlos milord?

—Viene con nombre supuesto,—pensó Adrián vivamente.—Mi mujer, mi orgullosa Bibiana tomar un nombre falso! ¿Qué significa esto?

Oyó el sonido de una voz rica, clara y dulce, vibrando con emoción. Reconoció la voz de Bibiana.

—Está bien,—dijo al criado;—no necesita usted anunciarme. Esa señora me... me esperaba aquí.

Contento por volver á su periódico, el criado dirigióse á su banco, mientras lord St. Just abría la puerta y penetraba en el recibidor. Sus ojos cayeron primero sobre el rostro de su mujer; y orgulloso, noble y bello como era, él leyó la culpa allí, culpa que la hacía humillarse y temblar ante él. Sus miradas se encontraron. Ella se puso de pie, alta, majestuosa, retadora; descolorido el rostro, sesgada la boca; una fiera luz, como él no le había visto jamás, brillaba en sus ojos. Retrocedió, como si sintiera impulsos de huir, y luego, con ligero grito, se encará con Adrián.

—Adrián!—exclamó.—¿Qué te trae aquí?

Milord había pensado hablar festivamente, pero la agitación de su mujer le alarmó. ¿Qué significaba aquella expresión de reto, y, sin embargo, de temor á la vez, la culpabilidad en el noble rostro? Aparecía como si algo temido hubiese llegado por fin. Esto fué lo que él vió primero; después sus miradas se volvieron al hermoso, arrogante adolescente que estaba junto á su mujer, un niño, ¡gran Dios!, con el rostro de Bibiana, tan parecidos que no lo hubieran podido ser más madre ó hijo.

Lanzó un grito; un grito corto, desesperado; por un momento el temor y la pena le pusieron fuera de sí; después asió la muñeca de su mujer con mano crispada, mientras con la otra señalaba á Osvaldo.

—En nombre de Dios, Bibiana, dime quién es este muchacho!

Notó que ella trataba de hablar, pero las palabras expiraron en sus labios.

—¿Quién es este niño?—repitió con tono airado y áspero.

Tampoco pudo contestar, y el niño se adelantó, saliendo en defensa de su amiga.

—Caballero,—dijo,—yo mismo puedo decirle á usted quién soy: me llamo Enrique Norman.

—No lo creo,—exclamó lord St. Just.

—Soy Enrique Norman, y esta señora viene á verme algunas veces. Conocía á mi madre, señor, y es muy buena para mí. Es la única amiga que

tengo en el mundo desde que murió el tío Gerardo. ¿Le sabe á usted mal que venga?

—¿Quién es este niño?—repitió lord St. Just mirando duramente á su mujer.

—Ya le he dicho á usted quién soy: si lo duda usted, déjeme que vaya en busca de Mr. Hardman. Le suplico que no se enfade con mi buena amiga.

—Bibiana estoy esperando tu respuesta,—dijo lord St. Just.—¿Quién es este niño, y por qué causa vienes á verme?

Bibiana había conseguido serenarse, y un débil color volvió á sus pálidas mejillas.

—Pregúntaselo á él, Adrián,—dijo altivamente;—no estoy acostumbrada á semejante tono.

—Ya se lo he dicho á usted, caballero,—replicó Osvaldo con impaciencia.—No sé gran cosa de lo mío; pero soy Enrique Norman, sobrino de Mr. Norman, que murió hace un mes, y que me trajo de América para ponerme aquí.

—¿De América?—repitió lord St. Just.—¿Vino usted de América?

—Sí, con mi tío; y esta señora que era amiga de mi madre, viene á verme. ¿Por qué se ha de enfadar usted con ella?

Lord St. Just parecía confuso, desorientado: miraba de uno á otro; la semejanza entre aquellos rostros era maravillosa.

—¿Y cómo se llama esta señora... esta amiga de su madre?

Y el niño contestó pronto:

—Mrs. Smith.

—Puedes explicarme esto, Bibiana?—preguntó milord.

—No tengo explicaciones que ofrecer,—replicó ella altivamente.—Pregúntale al niño, no á mí.

Lord St. Just volvió su pálido, admirado rostro al niño.

—¿Es usted sobrino de Mr. Norman, que fué secretario de sir Arturo Neslie, de Lancewood?—dijo.

Una ansiosa expresión se pintó en el rostro del colegial.

—¿Cómo ha dicho usted, señor?

—Lancewood,—repitió el par.

—Lancewood!—dijo el niño firmemente.—¿Cómo... si yo creo que he soñado ese nombre... creo que oído... ese nombre en alguna parte! Lancewood... Lancewood... ¡cuán familiar suena!

—¿Es usted sobrino de ese mismo Mr. Norman?—preguntó lord St. Just.

—¿Quiere usted esperar un poco, señor? Si existen campanas de la memoria, usted las ha echado todas al vuelo, y su sonido dice: "Lancewood." Sí, ese nombre trae una pintura á mis ojos!

—¿Qué pintura?—preguntó milord algo interesado.

—La pintura de una ancha terraza, con rosales y pasionarias trepando por la balaustrada... y un negro bosque allá á lo lejos. Lo he soñado... yo tengo extraños sueños. No puedo decir si mi tío ha vivido en Lancewood... jamás le he oído hablar de Inglaterra.

Lord St. Just, su esposa, y Enrique Norman, se miraron un momento en silencio. La descripción de la terraza y el lejano bosque había llamado de asombro á los oyentes. Un fuerte campanillazo interrumpió la embarazosa escena.

—Ese es el director,—dijo el muchacho.—Le corozco en su manera de llamar. ¿Quiere usted que le traiga? El le dirá á usted quién soy.

—No,—replicó lord St. Just vivamente.

Fuese el misterio... el secreto... lo que quisiera, no quería dar pie á un escándalo; ampararía á su mujer hasta su último aliento.

—No, no es necesario,—continuó.—Yo he venido para ver al doctor y acompañar á esta señora á casa. Volveré otro día... se está haciendo tarde.

—¿Volverá usted?—dijo Osvaldo en tono suplicante á Bibiana.

—Sí,—contestó ella con desfallecimiento;—siempre seré su amiga. Volveré.

Lord St. Just vió que el niño presentaba sus mejillas, como si Bibiana tuviese el hábito de besarle. No podía decir por qué, pero esta acción hizo arder la sangre en sus venas.

—¿Estás ya, Bibiana?—dijo.—Tenemos el carruaje á la puerta... despediremos al do punto.

—¿Me has seguido?—preguntó ella.

Y su marido jamás había oído tanta dureza en su voz.

—Sí... y te seguiré á donde quiera que sea, Bibiana, aun al fin del mundo, siempre que pueda serle útil.

Instalóla en el carruaje, la adorada esposa de quien se sentía tan orgulloso; la miró con indescripible angustia en su rostro. Recordó que aquella ligera escena podía hacer nacer comentarios; era preciso que la salvase de ellos.

—Vine aquí para tratar de un asunto privado con el doctor, Bibiana,—dijo.—Volveré dentro de un momento si no tienes inconveniente en esperar.

—¿No harás mención de lo ocurrido?—preguntó ella con voz entronquecida que no parecía la suya.

—Nunca,—dijo él.

Y Bibiana tuvo entera confianza.

Entró de nuevo en la casa y preguntó por el doctor. Este le acogió calurosamente. De primeras hablóle del supuesto asunto que le traía, y después, tratando de hablar con indiferencia, como cosa fuera de mano, dijo:

—¡Ah!... Pues tenía usted mucha razón, doctor... lady St. Just tiene aquí un protegido... Enrique Norman. El tío de este niño era un dependiente y leal amigo de la familia, y mi mujer había conocido á su madre.

—Así suponía yo,—replicó el doctor.

Lord St. Just continuó:

—Lady St. Just no deseaba que su nombre fuese conocido... para evitarse ruidos y ceremonias... y se le ocurrió llamarse Mrs. Smith. ¡Lo que yo me he reído! No he visto mujer más contraria de las ceremonias...

El doctor pareció aceptar esta explicación con entera buena fe; en realidad se dijo que era un extraño asunto. Lord St. Just prosiguió:

—Como mi mujer venía hoy, pensé que podía aprovechar la ocasión para tratar con usted de aquellos telescopios... y luego acompañarla a casa.

Las dudas y sospechas del doctor casi se extinguieron ante lo natural del hecho. Si su marido sabía que venía, si sabía que se llamaba ó hacía llamar Mrs. Smith, y tenían que regresar juntos a casa, no había aquí secreto ni misterio.

—Mi mujer está en el carruaje, doctor. ¿Quiere usted saludarla?

—Con placer inmenso,—dijo el doctor Lester.

Y, siguiendo a lord St. Just, vió á una mujer pálida como el pétalo de un jazmín. Adrián hizo la presentación en breves frases. Ella le saludó del modo más gracioso.

—Me son conocidos su nombre y su fama, doctor Lester,—dijo con la cortesana que le era peculiar.—Tendré sumo placer en verle á usted por Harley House... ya ha visto usted cómo he estado haciendo la máscara algún tiempo.

El doctor se echó á reír, sencillamente porque no supo qué decir.

—Conoce mucho á la madre del joven Norman—continuó Bibiana—y su tío fué un fiel amigo de mi padre. He venido á verle muchas veces... pero sólo me conoce como Mrs. Smith. No he querido decirle mi verdadero nombre... me molestan las ceremonias.

Entonces, con distinguida gracia que disimulaba toda la angustia de su corazón, lord St. Just tomó parte en la conversación, y momentos después retiróse el doctor y el carruaje se puso en movimiento.

—Y ahora,—dijo el doctor sentándose frente á su escritorio,—es de desear que las cosas marchen tan bien como parecen. Milady ha sonreído y milord bromearlo; pero ella estaba pálida y sus manos temblaban. ¡Doy gracias á Dios por haberme mantenido soltero! No puede haber paz ni seguridad allí donde haya una mujer. ¡Gran Dios!—exclamó como asaltado de una idea repentina,—¿cuánto parecido entre milady y el joven Norman! Ahora que pienso en ello, no recuerdo haber visto parecido más admirable... la misma boca... la misma barbilla... y su tío era secretario del padre de milady. Ese niño tiene toda su cara. ¡Dios me libre de un mal pensamiento... quiero permanecer en paz con todo el género humano! Me alegro mucho, no obstante de no haber tenido la tentación del matrimonio. No sé por qué, tengo la idea de que todo este asunto va á terminar de una manera no muy agradable.

Así musitaba el bueno del doctor, mientras el carruaje conducía á lord y lady St. Just atravesando calles impregnadas de una profunda nostalgia, sentados el uno junto al otro, y extraños el uno al otro por la primera vez.

Adrián pensaba cuando la vió primero, derramando apasionadas lágrimas en un bosque de rosas. Pensó de su negativa á casarse con él mientras Lancewood estuviese en manos de los que lo deshonoraban: de su negativa después, cuando ya Lancewood era suyo: de su súbita determinación en darle su mano. Volvieron entonces á su

memoria ciertos hechos; una cierta convicción de que en la vida de su mujer había un misterio que ella le había ocultado; pero que ahora, á toda costa, él trataría de poner en claro.

Adrián no despegó los labios durante el camino, en tanto que ella se prometía aceptar primeramente la muerte que descubrir su secreto; todo, antes que ceder Lancewood á Osvaldo.

CAPITULO XXVI

Pero no fué así: Bibiana, viéndose infeliz, miró por su marido le hizo clara confesión de su pecado. Lord St. Just no vaciló: era preciso reintegrar á Osvaldo en la herencia de su padre. Pero hombre prudente, quiso primero conocer el verdadero carácter del niño, y con este objeto, le llevó á pasar las vacaciones en Lancewood. Transcurridas, se notificaría su aparición á Valerín y se le repondría en su lugar.

Bibiana y su esposo estaban paseando bajo la sombra de un grupo de castaños. El día era caluroso y bello; el cielo azul, sin nubes; los pájaros cantaban alegremente, y el aire estaba saturado con el aroma de las flores. A lo lejos, donde el terreno descendía, se deslizaba el claro y profundo río; las ondas se deslizaban con apacible murmullo, pero su corriente era terrible y peligrosa.

—¿Cuán hermoso está hoy el río!—dijo lord St. Just.—Bibiana, hemos de encargar una nueva lancha... la que tenemos, no sólo es fea, sino poco segura. ¡Ah... ahí vienen los niños!

Pero sólo dos de ellos, Osvaldo y el pequeño Arturo. Francisco había rehusado con gran liguidad separarse del aya. Lord St. Just se echó á reír estrepitosamente, pues Osvaldo se había enjaezado, y Arturo cabalgaba en sus hombros, alegre, y haciendo restallar su latiguillo.

—¡Mira qué caballo, mamá!—dijo el pequeño, excitado por el ejercicio, sus negros rizos flotando al viento.

Estaba tan lindo, que lady St. Just le tomó en sus brazos y le cubrió de besos.

—¡No me detengas, mamá... mira mi caballo!—exclamó el niño.

—Ten cuidado, Enrique,—dijo Bibiana,—es demasiado pequeño... no vayáis á daros un mal golpe. ¡Qué hermoso es!—dijo volviéndose á su marido.—¿Y qué extraño sería, después de todo, que Osvaldo le dejase Lancewood!

—Osvaldo se casará,—dició lord St. Just.

—Tenemos bastante para nuestros hijos... no necesitamos lo suyo.

Ambos recordaron después estas palabras. Contemplaron á los niños hasta que desaparecieron detrás de los árboles.

—Espero que no irán á la orilla del río,—dijo lord St. Just.

—No,—dijo su mujer.—Osvaldo es juicioso.

Y después, con el sol brillando sobre ellos, el gorjeo de los pájaros en sus oídos, rodeados del dulce perfume de las flores, entraron en casa.

Durante algunas horas, en aquella brillante mañana, nadie sospechó nada malo. Lord St. Just recorrió á caballo parte de la finca, examinando algunos trabajos que le interesaban; Bibiana tenía que redactar algunas invitaciones; los criados estaban en su quehaceres. Nadie pensó en demasia sobre la ausencia de los niños.

Lady St. Just estaba más pensativa que de costumbre aquel día, pues al entrar en casa, su marido le había dicho que se acercaba el momento de revelar á Osvaldo su historia. Pensaba profundamente en todo lo que seguiría á esta revelación.

La primera persona que sospechó de una desgracia, fué uno de los jardineros, que, pasando por el río, vió la lancha flotando junto al borde, con la quilla vuelta. Se preguntó lo que podía significar, y yendo al embarcadero, echó de menos la lancha y los remos.

—Alguna travesura,—dijo.

Peró después comenzó á sentirse inquieto. Lord St. Just había prohibido que nadie tocara la lancha, y si la veía, se enojaría. Además, ¿quién la había varado? Ninguno de los criados; se hubiesen guardado muy bien. Lord St. Just, seguramente no había sido él, ni los niños tampoco.

Apresuró el meso viendo á lord St. Just que adelantaba á caballo.

—Milord,—dijo,—la lancha está en la orilla del río, con la quilla vuelta.

Milord pareció contrariado; no le gustaba que desobedeciesen sus órdenes.

—¿Quién ha sido, Simón? La lancha no es segura,—dijo.

—No puedo decir quién la ha tocado, milord... no sé quién se habrá atrevido. Faltan también los remos.

Lord St. Just espoleó al caballo y se dirigió á la orilla del río. En efecto, la lancha flotaba con la quilla al aire.

Adrián pareció confuso. ¿Quién había utilizado la lancha después de su terminante prohibición? Esperó á que llegase el jardinero.

—¿No tiene usted idea,—dijo,—de quién habrá sido?

El hombre contestó negativamente. De pronto miró á su amo.

—¿No es probable que haya sido el señorito que ha venido á pasar las vacaciones, milord?—dijo.—Quizás no supiese de la prohibición...

—No, no se lo he advertido,—dijo milord, sintiéndose alarmado.

—Pues quizás haya sido él, milord... y al saltar se le habrá volcado. Pero, ¿dónde están los remos?

Lord St. Just se apoyó un momento en la grupa del caballo. Se sintió desfallecer, asaltado por súbito temor.

—Vaya usted á casa y pregunte si... pero no, téngame usted el caballo; yo iré. ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Y sólo Dios sabe cómo llegó á casa. El criado que abrió la puerta le miró sorprendido. Lord St. Just se llevó un dedo á sus labios.

—¿Dónde está milady?—preguntó en voz baja.

—En su habitación, milord,—fué la respuesta.

—No le digan ustedes que he vuelto,—recomendó.

Y corrió hacia el aposento de los niños. ¿Qué era aquel horrible temor que pasaba sobre su ser, que estrujaba su corazón como con mano de hierro, que detenía su respiración; aquel terrible, espantoso temor? Gruesas gotas de sudor frío bañaban su frente. Hombre enérgico como era, se quedó con el pieaporte en la mano, no atreviéndose á levantarlo; después trató de tranquilizarse.

—¿Qué loco soy!—pensó.—Deben estar aquí dentro tan buenos y tan sanos. ¡Dios tenga misericordia de mí!

Entró en la habitación. Francisco jugaba solo y el aya estaba junto á la ventana. El niño corrió á él y le abrazó las rodillas.

—Papá,—dijo,—he reñido con Arturo y con Osvaldo. Yo quería jugar á pelota y no han consentido.

—Por el cielo, silencio, hijo mío!—dijo lord St. Just.

Trató de dominar la horrible emoción que iba dominándole.

—Ama,—dijo,—¿dónde están el señorito Enrique y... y el señorito Arturo?

La mujer le miró con plácida sonrisa.

—Están jugando en el parque, milord. El señorito Norman se llevó al niño hace horas.

—¿Y no ha vuelto aún?—preguntó milord con voz enronquecida.

—No, milord,—fué la quieta réplica.—aun no.

—No le diga usted á lady St. Just que he estado aquí,—dijo al salir de la habitación.

Corrió á la orilla del río. Dos ó tres trabajadores se habían reunido allí. Se miraron con expresión desconcertada, y uno de ellos, acercándose, le dijo:

—Tenemos, milord, que haya ocurrido una desgracia en el río. Los remos han sido recogidos bajo el puente de Herton... son los de la lancha... y milord...

El doméstico titubeó.

—Continúe usted,—dijo lord St. Just.

—Milord, uno de los guardías dice que vió una lancha en el río... nuestra lancha... en el río, hace más de una hora, y dentro iban dos niños.

Retrocedieron al oír el espantoso grito que se escapó de los labios de milord, el cual cayó al suelo como herido por un rayo; antes de que acudiesen á levantarlo, lo hizo él, gritando salvajemente:

—¡Las dragas... id por las dragas! ¡Pero silencio, amigos... esto podía matar á milady!

En el rápido, claro y profundo río, con sus mimbres y espadañas, con sus nenúfares á flor de agua, y los sauces inclinándose sobre él; en el risueño, brillante río, reflejaba la luz en aquel momento, y su ondas tomaban tintes de oro.

Los hombres echaron la draga, á presencia del aterrado padre, cuyo rostro se levantaba silencioso al cielo.

Media hora después se encontró lo que busca-

da; indudablemente el sol no había alumbrado jamás espectáculo más triste; el cadáver de Arturo abrazado al de Osvaldo.

Fueron colocados en la orilla, donde lord St. Just, casi frenético, trataba de volverlos á la vida.

—Es inútil, milord,—dijo uno de los hombres, emocionado;—inútil del todo... Hace mucho rato que están muertos.

¡Muerto el hermoso adolescente á quien iba á restituir su herencia antes de una semana! ¡Muerto el niño encantador que no hacía mucho había alegrado el parque con sus risas! Las sonrosadas piernecitas estaban inmóviles, los relucientes rizos mojados, cerrados los rientes ojos, descoloridos y yertos los dulces labios. ¡Era terrible pensar que aquel enarpepeito inerte fuera el de su adorado niño! ¡Si el sol quisiera dejar de lucir!

Tomóle en brazos, le prodigó los más tiernos epítetos y con toda la pasión de amor de un hombre y toda la pena, besó la inerte faz. Abrió los fríos labios y trató de soplar en su boca; todo era en vano, y dejó al niño lanzando un grito que no olvidaron nunca los que le oyeron.

Después echó una mirada en torno suyo.

—¿Quiere decirme alguno de vosotros, padres y esposos que sois, cómo le comunicó esta noticia á mi mujer?

Y había que comunicarla. Al entrar Adrián en el aposento de Bibiana, ésta vió algo en su rostro que la hizo ponerse de pie y exclamar:

—¿Qué tienes? ¿Qué ha ocurrido?

El la tendió los brazos y la estrechó contra su corazón.

—Adorada mía,—sollozó,—ha ocurrido lo peor que podía ocurrirnos... lo peor!

—¿Es Arturo?—preguntó, yendo sus pensamientos al objeto de su preferente cariño.—¿Es Arturo, Adrián?

Estrechándola con más fuerza contra su pecho, lord St. Just le dijo la horrible verdad.

Bibiana no se desmayó ni lanzó un grito; ni siquiera tambaleó. Una espantosa calma se apoderó de ella; levantó hacia él su rostro, que su marido no olvidó jamás.

—Adrián,—dijo en tono lento y mesurado,—castigo de Dios á mi pecado. Han muerto los dos, me dices... el niño á quien despojé y mi hijo... el que quería poner en su lugar. Han muerto abrazados, bajo la cruel onda... mi amado niño y el que quise despojar... ¿Estás seguro de que han muerto? La luz se ha extinguido en los ojos de mi adorado y se han cerrado sus labios para siempre. ¿Y Osvaldo le tenía estrechado entre sus brazos? ¡Castigo de Dios! ¡Oh, justo cielo, permítidme que muera!

Lord St. Just casi bendijo el estupor que se apoderó de su mujer.

Muchos días y muchas noches, muchas semanas, pasaron antes de que lady St. Just se diese cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

No le era posible formarse una idea cabal de cómo el accidente había ocurrido. Lo más razonable era suponer que Osvaldo había descubierto el embarcadero, y, viendo la lancha, resolvió utilizarla. Sabía bogar; fué una de las cosas que Ge-

rardo Norman le había enseñado. Debió invitar al pequeño á dar un paseo, y Arturo, desconociendo el peligro, aceptaría gustoso.

Debieron navegar hasta que la lancha se llenó de agua, ó—esto parecía lo más probable—el pequeño debió abalanzarse para coger un lirio de agua, y al brusco movimiento se volcó la débil embarcación, y el mayor, cuidándose de salvarle, le tomó en sus brazos, pereciendo ambos.

Aquellos dos seres tan estrechamente unidos en muerte, fueron enterrados juntos mientras la desventurada madre luchaba con la muerte.

Al recobrar lady St. Just la salud, se convino en que no había necesidad de publicar el secreto, ni revelar quién fuese el que trató de salvar á su hijo de morir ahogado, pereciendo con él; que no había necesidad de hablar del pecado de su vida.

Lo que Bibiana sufrió durante su enfermedad fué cosa tan sólo sabida de Dios y de ella. Recobróse por fin, y andando el tiempo Dios le concedió un nuevo hijo; pero Bibiana no prodigó sobre ningún hijo el apasionado amor que sintió por Arturo. Cuatro años después de la catástrofe nació el hijo de que hemos hablado, y se le llamó Adrián, como su padre. Adrián Neslie de Lancewood. Pero Bibiana jamás habló de su título. No fué como el otro, un ídolo á quien adorar; pero en las noches estivales, cuando discurría por las orillas del río, rogaba al cielo que le hiciera un buen hombre y le librara del pecado.

No volvió á ser la misma nunca. Se recobró de su larga enfermedad, volvió á ocupar su lugar en el mundo, cumplía todos sus deberes, era un modelo de esposas, una verdadera dama, una verdadera madre; pero no volvió á ser lo que era.

Con el transcurso de los años, lord St. Just casi olvidó la tragedia. Era uno de los hombres más populares de Inglaterra, y su mayor complacencia era que ricos y pobres, grandes y pequeños, altos y bajos, estaban de acuerdo en ensalzar y bendecir á su esposa. Todos dicen que su caridad no tiene límites, que su bondad no encuentra igual.

—¿En qué piensas, Bibiana?—le preguntó un día su marido, mucho tiempo después de estos acontecimientos.

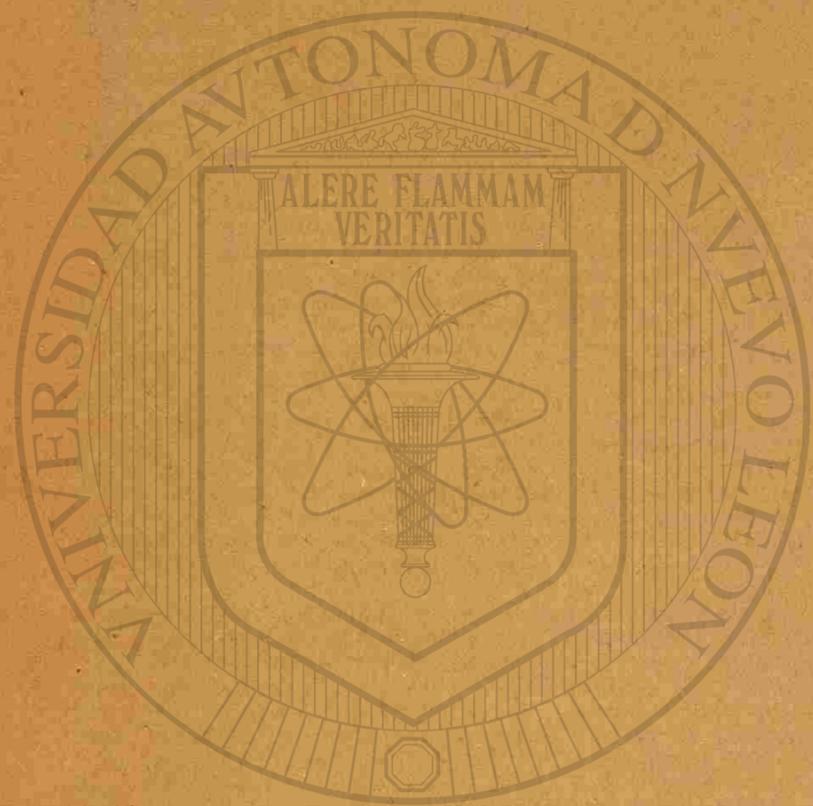
Ella le miró entre serriente y melancólica.

—Pensaba,—dijo con lentitud,—en lo extraño de que Osvaldo, á quien dimos por ahogado en el río primeramente, acabase por ahogarse de veras en el mismo río.

—Procura olvidar eso,—dijo lord St. Just, no sabiendo qué consuelo prodigarla.

—Olvidó Bibiana? Las gentes dicen que debe de ser feliz. Tiene un marido amante y adorados hijos. Ocupa una posición envidiable; es querida de todos. Pero en su hechicero rostro se lee toda una historia: la historia de un orgullo mal entendido.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

LA CAJITA CUADRADA

FOR

CONAN DOYLE

—¿Todos están á bordo? preguntó el capitán.

—Todos, capitán, contestó el marinero.

—Buena, á sus puestos, para largar.

Eran las nueve de la mañana. El buque, el "Spartiate," en el puerto de Boston, había embarcado pasajeros y mercancías, y estaba listo para zarpar. La campana había dado la última señal y el silbido del vapor anunciaba que todo estaba listo para esa larga travesía de tres mil millas.

Tengo la desgracia de ser nervioso, y una vida sedentaria de intelectual ha contribuido á aumentar en mí el amor á la soledad que, desde mi infancia, se manifestaba claramente. En tanto que me hallaba sobre el puente del trasatlántico, yo maldecía dentro de mí la obligación que me llamaba al país de mis antepasados. Los gritos de los marineros, el ruido de las cuerdas, las despedidas de mis compañeros de viaje, los gritos de la muchedumbre, todo eso impresionaba mi naturaleza sensitiva, de una manera desagradable. Me sentía, además, muy triste, presintiendo, sin causa alguna por otra parte una desgracia ó una catástrofe. El mar estaba tranquilo; soplaba una brisa ligera; nada había que hubiera podido inquietar á marineros experimentados, y sin embargo yo tenía un presentimiento, por haberlo verificado muchas veces, que los presentimientos de las personas nerviosas se realizan casi siempre. Ciertos sabios espiritualistas, entre otros, Herr Raumer, no vacilan en afirmar que las personas eminentemente nerviosas, están dotadas de una intuición especial que les permite leer en el porvenir. Ahora bien: Herr Raumer me citaba como un ejemplo notable, en apoyo de esta teoría, diría hasta que como un sujeto de porvenir. De todos mo-

dos, yo me sentía muy desgraciado en medio de los grupos alegres, esparcidos por el puente del "Spartiate," y si yo hubiera podido prever lo que me esperaba pocas horas después, yo hubiera saltado á tierra, aun en el último momento, y hubiera huido del maldito buque.

—Es la hora—dijo el capitán—cerrando su cronómetro y poniéndolo en el bolsillo.

—Sí, es la hora, repitió el segundo.

Un último ilbato, y en tierra un atropello de la muchedumbre. El buque largaba las amarras. Un grito salió del puente: dos hombres corrieron á toda velocidad hacia el "Spartiate," haciendo gestos desesperados para detener al buque, sin duda alguna.

—Detengan, ordenó el comandante; bueno, arriba. Larguen las amarras.

Y los dos hombres saltaron á bordo en el momento en que se largaba la segunda ancla y en que el silbato desgarraba los aires por la última vez.

Un hurrah de la multitud contestó á las despedidas de los viajeros, se agitaron los pañuelos, y el gran vapor, lento y majestuoso, se puso en marcha, dejando tras sí una estela en medio de la bahía tranquila.

Nuestro viaje de quince días empezaba. Ciertos pasajeros se abrían paso á través de las valijas, en busca de sus camarotes y de sus propios equipajes, en tanto que otros en el salón hacían saltar los corchos del champagne, buscando por medios ficticios ahogar alegremente el pesar de la despedida. Yo procedí á un rápido inventario de mis compañeros de viaje. Representaban los tipos que se encuentran ordinariamente en los viajes; nadie era notable; y sin embargo, yo soy más bien fisionomista. Yo me apodero moralmente de un hombre, como un botánico de una

flor; luego lo clásico con orden en mi museo de antropología.

En ese buque, ninguna de las personas presentes valía la pena de semejante trabajo; unos veinte jóvenes americanos que iban á pasearse á Europa; algunos matrimonios de edad respetable; algunos pastores; algunos ingleses puritanos: en pocas palabras: toda la "olla podrida" acostumbrada de los buques de comercio. Me alejé de esas personas, sin interés; me di vuelta para admirar las costas americanas que se esfumaban en el horizonte: esta vista, llena de recuerdos para mí, me dió aliento; pero me hizo lamentar aún más el haber dejado mi querido país de adopción.

Valijas y bultos estaban amontonados en un rincón del puente, esperando ser bajados.

Cediendo á mi gusto por la soledad, adopté ese rincón escondido y me senté sobre un montón de cuerdas, dejando correr mi mirada sobre el mar y abandonándome á mis ensueños melancólicos.

Un ligero murmullo detrás de mí me sacó de mi meditación.

—He aquí un rincón tranquilo, decía la voz. Sentémonos y podremos conversar de nuestro asunto con toda seguridad.

Por un ligero espacio entre dos cajones monumentales, vi á los dos pasajeros de pie del otro lado del montón de equipajes; evidentemente ellos no me habían visto. El que había hablado era grande, muy flaco y aparentemente nervioso, con su rostro incoloro y una larga barba muy negra. Su compañero al contrario, era bajo y gordo y parecía hombre vivo y resuelto.

Llevaba sobre el brazo un gran sobretodo y fumaba un grueso cigarro. Ambas miraron á su alrededor, casi para asegurarse que nadie los veía ni los escuchaba.

—El sitio es perfecto, dijo el otro.

Ambos se sentaron sobre un bulto de mercadería, dándose las espaldas; me encontraba, pues, á pesar mío, en la situación de una persona que escucha tras de una puerta.

—Pues bien, Miller, rió el más grande, la hemos embarcado de todos modos.

—Sí, contestó el otro, y está perfectamente guardada.

—Por poco fallamos.

—Es cierto, Flannigan.

—Qué torpeza, si no hubiéramos alcanzado el buque. Todos nuestros proyectos fracasaban.

—Naturalmente.

—Se hubieran ido al agua, es el caso de decirlo, contestó el hombre gordo, arrojando enérgicamente su cigarro.

—Aquí la tengo, contestó el grande, que contestaba al nombre de Miller.

—Déjamelas ver.

—Nadie nos mira?

—No, todo están abajo.

—No son nunca pocas las precauciones para un asunto de tanta importancia, dijo Miller, desdoblado el sobretodo que llevaba sobre el brazo y descubriendo un objeto que colocó sobre el puente.

Una mirada sobre el objeto en cuestión, me hizo saltar y lanzar un grito de horror; pero, absorbidos como estaban, no notaron ni mi movimiento ni mi grito. Si hubieran vuelto simplemente la cara, me hubieran visto mirándolos con atención profunda.

El principio de la conversación me había llenado de desconfianza, que no podía más que aumentar después de lo que veía.

El objeto en cuestión era una cajita de madera con clavos de cobre; mediría como treinta centímetros cuadrados.

Se hubiera dicho una caja de pistolas; pero parecía más alta. Además, un detalle particular, notado en la tapa, confirmaba mi convicción. Creí reconocer una especie de fusil, al cual se unía una larga cuerda; sobre un costado vi una pequeña abertura en la madera de la tapa.

El grande Flannigan, pegó un ojo contra esta abertura y lo vi, durante algunos minutos, mirar en el interior de la caja con gran atención.

—Parece que todo marcha bien, dijo, levantando la cabeza.

—He tratado de no sacudirlo, dijo su compañero.

—Cosas tan delicadas exigen grandes cuidados. Miller, introduzca, pues, lo necesario.

El hombre pequeño buscó un momento en su bolsillo y sacó una bolsita de papel. La abrió tomó un puñado de granos blancos que hizo penetrar en la caja por la abertura. Un ruido singular de resorte se oyó en el interior de la caja, y los dos hombres se miraron sonrientes y con aire satisfecho.

—Todo marcha bien, dijo Flannigan.

—No puede ir mejor, contestó su amigo.

—Vea. ¡Alguien se acerca! Baje la caja á su camarote. No es necesario se suponga la menor cosa, ó lo que sería peor, que se tocara la caja. Bastaría una torpeza para hacerla volar.

—El resultado sería desconsolador.

—¿Qué desastre si algún curioso tocara el gatillo! dijo el grande con una risa siniestra.

—Ah! ¿Ve usted las caras que harían? Tengo la pretensión de haber hecho una pequeña obra de arte.

—Es cierto, dijo Miller. Sé que usted lo ha dibujado y lo ha hecho todo usted mismo.

—Perfectamente: el resorte y la puerta son de mi invención.

—Deberíamos sacar la patente.

Y los dos hombres estallaron otra vez en una carcajada seca y desagradable, volviendo á recoger su caja, que cubrieron con el enorme sobretodo de Miller.

—Bajemos y escondámosla en nuestro camarote, dijo Flannigan. No la necesitaremos hasta esta noche, y allí estará segura.

—Entendido, dijo Miller, y bajaron disimulando la cajita misteriosa. Las últimas palabras que yo pude oír de su conversación, fueron la recomendación urgente de Flannigan á Miller de no chocar la caja contra nada.

¿Cuánto tiempo me quedé sentado sobre las cuerdas? No sabría decirlo; el terror que me había causado este diálogo, combinado con los pri-

meros síntomas del mal de mar, me paralizaba por completo. El movimiento acentuado del Atlántico empezaba á impresionar desagradablemente á los pasajeros, y me sentía en un estado de lamentable postración, de que me sacó la voz alegre del contramaestre.

—¿Quiere usted dejarnos sacar los bultos que llenan el puente, caballero? me preguntó muy amablemente.

Esta brusca interpelación, hecha por un hombre de rostro alegre, me pareció casi un insulto; si me hubiera sentido más valiente y más fuerte, le hubiera abofeteado; en cambio, lo traté de canalla, lo que pareció sorprenderlo en su grado, y me alejé con dignidad. Ante todo, necesitaba estar solo, á fin de poder reflexionar sobre el crimen horrible premeditado bajo mi vista con una audacia sin par. Al ver al contramaestre pasar por sobre la barandilla del puente, una idea luminosa cruzó mi espíritu; caí también por encima de la barandilla á uno de los botes de salvamento y me tendí en el fondo del mismo. Allí, frente á frente, con el cielo azul, podía hundirme solitariamente en mis tristes ideas y en mi mal de mar.

Cada una de las palabras pronunciadas tan cerca de mí, resonaban todavía en mis oídos y tomaban un significado terrible; el único admisible, por otra parte. Y sin embargo, la razón me decía que no se hubieran atrevido á complotar abiertamente un crimen tan horrible. Por otra parte, no podía tratarse más que de un proyecto infame; todos los detalles lo revelaban, desde el embarco extraño de estos dos pasajeros que al subir á bordo al último momento habían eludido la visita de los equipajes. Ante todo, el nombre de "Flannigan" evocaba la idea de "fenianismo," en tanto que el de Miller era un nombre de socialista y de asesino.

Luego, recordando su actitud misteriosa y esta frase: nuestro plan habría fracasado si no hubiéramos alcanzado el vapor; de su temor de ser notados; en fin, de su argumento más concluyente, que parecía ser la cajita cuadrada y de aquella broma macabra sobre el imprudente que tuviera la desgracia de dejarla caer... ¿A qué conclusión podían llevar todos estos detalles, sino á la de que aquellos dos hombres pertenecían á una banda política cualquiera, y que no vacilarían en sacrificar sus vidas, las de todos los pasajeros, el buque entero, en servicio de su causa infame? Los granos blancos, introducidos en la cajita, debían, sin duda alguna, determinar el fuego de la mecha fatal. Yo había oído además, el ruido de un mecanismo que me pareció muy delicado. Pero ¿qué significaba su alusión á esta noche? ¿Tenían realmente la intención de poner en ejecución su proyecto criminal desde el primer día del viaje?

Esta sola idea me llenaba de horror y me hizo olvidar por un instante los trances dolorosos del mal de mar.

Ya he hecho notar que soy cobarde físicamente; lo soy también moralmente, y debo confesar que no he encontrado hombre más miedoso que yo. He conocido á muchas personas

poco enérgicas físicamente, pero que tenían un cierto valor y una fuerza de voluntad notable.

Desgraciadamente, yo no formo parte de ese número, porque yo habría prevenido sencillamente al capitán del complot que se estaba urdiendo á bordo; le habría participado mis temores, confiando en su autoridad y en su juicio. Pero en vista de mi naturaleza tímida, esta idea me repugnaba atrocemente. La idea de llegar á ser el punto de mira de todo el mundo, de ser interrogado por un extraño, ser cargado con los dos conspiradores y ser considerado como un delator; esta sola idea me era odiosa. ¿Quién sabe si por otra parte no me había equivocado? ¿Qué haría yo si se descubría que no existía razón para acusar á dichos individuos? No; mejor era callar, continuando la vigilancia á ambos cómplices, frustrando sus planes como mejor pudiera.

De pronto pensé que, en tanto que yo reflexionaba, una nueva fase del drama se desarrollaba tal vez; mi sobreexcitación nerviosa me había hecho olvidar mi mal de mar, pues pude levantarme y salir del bote. Me hallaba ahora sobre el puente, decidido casi á bajar al entropuerto para vigilar á mis peligrosos vecinos. En momentos en que bajaba lentamente la escalera, agarrándome del barrote de cobre fui sorprendido al recibir un fuerte golpe en las espaldas, que casi me hizo caer de cabeza al suelo.

—¿Es usted Hammond? dijo una voz que creí reconocer.

—¡Dios me perdon! dije, volviéndome. ¿Cómo es usted, Dick Merton! Pero... cómo está usted aquí, amigo mío?

Era realmente una suerte, en medio de mi desgracia. Dick era precisamente el hombre que podía prestarme un servicio: bueno como era, desconfiado por naturaleza, pronto á la acción, yo no tendría dificultad alguna en confesarle mis temores y él encontraría, bien pronto, el camino que se debía seguir para llegar al fin. Desde mi primera infancia, en el colegio de Harrou, Dick había sido mi protector y mi consejero. Me conocía á fondo y se dió cuenta inmediatamente de que algo me molestaba.

—Pues bien; me dijo de una manera afable, ¿qué tiene usted, Hammond, para estar tan pálido y destrozado? El mal de mar, no es cierto?

—No, absolutamente. Venga usted conmigo, Dick, necesito hablarle; deme el brazo.

Apoyándome en él, volví á encontrar mi equilibrio; pero me costaba trabajo decidirme á hablar.

—¿Un cigarro? me dijo rompiendo el silencio.

—No, gracias, contesté con voz apagada; Dick, amigo mío, esta noche seremos todos cadáveres.

—No es una razón para rechazar un cigarro ahora, me contestó Dick con calma, mirándome fijamente y conociendo que yo había perdido mi buen sentido.

—No es cuestión de broma, continué seriamente. Yo no me bromeo, le aseguro á usted. He descubierto un complot infame que destruirá al buque y á todos los pasajeros!

Y empecé á relatarle, como mejor pude, todos

los detalles de la conspiración que yo había sorprendido.

—He ahí todo, Dick. ¿Ije luego; ¿qué piensa usted de ello? Ante todo, ¿qué debo hacer?

Con gran sorpresa mía, Dick estalló en una carcajada.

—Si otra persona me hubiera relatado esto, yo esta la realmente asustado; pero usted, Hammond, usted ha tenido siempre la especial cualidad de descubrir cosas fantásticas. Esto me divierte volver á encontrar hoy su carácter, tan poco común. ¿Recuerda usted que un día, en el colegio, juraba usted haber visto un espíritu... que no era más que su propia imagen reflejada en un espejo? Razonemos, ¿quiere? No hay á bordo ningún hombre político; la mayoría de los pasajeros se compone de buenos americanos pacíficos; y por otra parte, hoy en día los fabricantes de bombas se arreglan de manera que no hallarse entre sus víctimas. Tenga usted la seguridad, querido amigo, que ha tomado usted por una máquina infernal algún aparato fotográfico ó algo por el estilo.

—No soy tan estúpido, contestó algo picado. Usted sabrá á su costa que yo no he exagerado ni interpretado mal la situación; en cuanto á la cofina, jamás he visto una semejante. Confíe en un mecanismo delicado y puedo afirmarle por lo que he visto y oído.

—Su imaginación, querido mío, concluirá por hacerle ver torcidos en lugar de bultos de mercaderías, contestó Dick.

—Uno de los hombres se llama Flannigan, continuó.

—Yo creo que toda su argumentación no valdrá ante un tribunal, replicó Dick; pero voy á meterle en un calabozo. Si halláramos de esas cosas, dos palabras á una botella de Burbon; podría yo aconsejarle que se fuera á casa de sus dos Orsini, si es que está todavía en el salón.

Varios pasajeros estaban reunidos alrededor de la gran mesa central; unos almorzando, otros leyendo ó jugando. Las personas que buscábamos no se hallaban allí.

Salimos del salón y empezamos á inspeccionar todos los camarotes; ningún rastro de nuestros amigos. "Cielos," pensaba yo, tal vez están escondidos cerca de la máquina, preparando su éxito infernal. Más valía poner la cosa en claro.

—Mavordomo—preguntó Dick—¿hay otros caballeros á bordo?

—Sí, dos en la sala de fumar, contestó el mayordomo.

La sala de fumar era agradable, muy confortable, amueblada con gusto exquisito y situada cerca de la cantina. Abrimos la puerta y entramos.

Lancé un suspiro de alivio. La primera persona que ví fué Flannigan con su rostro cadavérico, su mirada dura y fría. Su compañero sentado al frente de él. Ambos bebían jugando á los naipes. Con un gesto, indiqué á Dick mis dos individuos y nos sentamos con aire perfectamente calmado y suelto. Los conspiradores no parecieron ni sospechar nuestra presencia; yo no

los perdía de vista; parecían sumergidos en su partido de "Napoleón" y yo no podía dejar de admirar la belleza de carácter de estas personas que, á pesar de su terrible secreto, podían fijar su espíritu sobre un vulgar partido de naipes. En un momento dado la suerte favoreció al más chico de los jugadores; el grande arrojó sus naipes con cólera y se negó á seguir jugando.

—No! que me cuelguen si continúo, dijo. Pierdo todo lo que tengo ¡va basta!

—¿Qué importa? contestó su compañero recogiendo la ganancia. Algunos dólares más ó menos no significan gran cosa después de nuestro trabajo de esta noche.

La audacia de ese bandido me sublevaba; pero yo miraba obstinadamente el cielo raso, vaciando mi copa con toda la calma posible. Yo veía que Flannigan me observaba para leer en mi rostro el efecto producido por su alusión; murmuró al oído de su compañero una frase que no pude oír. Era evidentemente un llamado á la prudencia, porque el otro contestó bruscamente:

—¿Qué tontería! ¿Por qué no diré lo que me gusta? Precauciones exageradas podrían, muy por el contrario, perjudicarnos.

—Creo, palabra de honor, que sería usted feliz si todo fracasara, dijo Flannigan.

—No lo crea usted, contestó el otro en voz alta. Usted sabe muy bien que cuando yo me largo en un negocio cualquiera, me importa su éxito de una manera absoluta. Pero yo no permito ni á usted ni á nadie, que me den lecciones. Tengo tanto interés como usted, y más si cabe, en que la cosa se logre.

Hablaba rabiosamente y en voz alta, en tanto que las miradas de su compañero iban nerviosamente de Dick Merton á mí. Comprendí que me hallaba en presencia de una persona decidida, lista, al menor gesto imprudente de mi parte, á plantarme un puñal en el corazón; el terror me dió un valor que no hubiera creído tener nunca.

En cuanto á Dick, estaba impasible y parecía tan indiferente á la situación, como la esfinge egipcia.

Un silencio mortal reinó un momento en la sala de fumar; solamente se oía el ruido de los naipes que Müller mezclaba nerviosamente antes de ponerlos en su bolsillo. Su rostro parecía contraído, arrojó su cigarrillo, y mirando á su compañero, se volvió hacia mí.

—¿Podría usted decirme, caballero, cuál es el punto más cercano donde nuestro buque será avistado?

Ambos me miraban fijamente; mi rostro rubicundó ligeramente, pero quedé lo suficientemente dueño de mí mismo para contestarle con tono firme:

—Creo, caballero, que se le avistará cuando entre en el puerto de Queenstown.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el hombre, riéndose alegremente. Ya sabía que usted me contestaría así.... Flannigan, nada de puntapiés debajo de la mesa, ¿quiere? No me gustan. Sé lo que hago. No tiene usted razón, caballero, añadió, dirigiéndose á mí.

—Tal vez encontraremos algún buque, indicó Dick.

—Tampoco. No han avistado ustedes.

—El tiempo es lindo, dije. ¿Por qué no se nos avistaría á nuestra llegada?

—Yo no he dicho que no se nos avistaría en Queenstown, pero en todo caso se tendrán noticias nuestras mucho antes.

—¿Desde dónde, entonces? preguntó Dick.

—Puedo asegurarles que una agencia misteriosa y rápida conocerá nuestra situación esta noche, antes de la puesta del sol.

Y empezó de nuevo á reír á carcajadas.

—Sígame y venga sobre el puente, le dijo el compañero. Ha bebido demasiado cognac y su lengua está demasiado suelta. Vamos, venga.

Lo tomó del brazo y lo arrastró fuera de la sala de fumar. Los oímos subir la escalera y luego pasearse por el puente.

—¿Pues bien! ¿Qué piensa usted ahora? pregunté á Dick siempre impasible.

—¿Lo que yo pienso? contestó. Pero yo pienso como su compañero, que ha bebido demasiado y que hemos oído las divagaciones de un hombre ebrio. ¡Ese hombre olía á cognac!

—¿Qué tontería, Dick! Usted ha visto que el otro trataba de hacerle callar.

—Por supuesto; no quería que personas extrañas lo vieran en ese estado. Puede ser que uno sea un loco y el otro su guardián; no sería imposible.

—¡Oh! Dick, Dick! exclamó. ¿Cómo puede usted estar ciego hasta ese punto? ¿No ve usted, pues, que cada una de sus palabras confirman mis sospechas?

—¿Qué absurdo! amigo mío, me contestó Dick con su calma insostenible. ¿Está usted excitando sus nervios por gusto? ¿Por qué se hace usted un mundo de ese agente misterioso destinado á señalar nuestro paso?

—¿Pero usted no ha comprendido entonces lo que decían? repliqué tomando á Dick de un brazo. Pve bien. Yo e lo explicaré. Querían decir, sin duda alguna que en un momento dado, se vería en la costa americana una inmensa luz iluminando el océano; no veo otra explicación posible.

—Mi querido Hammond, replicó Dick Merton, no lo crea á usted tan tonto. Si usted busca el sentido de todas las conversaciones de los borrachos, llegará usted á conclusiones aún más extrañas. Imitémoslos, pues, y vámonos á pasearnos por el puente; usted necesita una vida de aire, su hígado está en mal estado, sin duda alguna, y esta travesía le hará mucho bien.

—Si veo el fin, suspiré tristemente, prometo no volver á hacer otra. Pero es casi inútil subir; se está poniendo la mesa; preferiré quedarme, para preparar mi valija en mi camarote.

—Espero que la comida le sentará, contestó Dick.

Imediatamente me quedé en mis amargas reflexiones; algunos instantes después la campana llamaba á los pasajeros al salón.

Es inútil decir que todos estos incidentes no podían despertar mi apetito. Me senté, sin em-

bargo, maquinalmente, á la mesa, y hasta escuché las conversaciones de mis vecinos. Eramos unos ciento cincuenta pasajeros de primera clase, de todos los países. En el primer momento, el salón del vapor daba la idea de una verdadera torre de Babel. Me hallaba entre una vieja señora monumental, muy nerviosa, y un joven pastor, muy elegante; pero como ninguno de ellos iniciara la conversación, me retraje y pasé mi tiempo estudiando á mis compañeros de á bordo. Podía ver á Dick, que hacía honor á su derecha á una joven señora. El capitán Dover presidia de un lado, en tanto que el médico de á bordo, sentado al frente, presidía la otra extremidad de la mesa. Comotó con verdadera satisfacción que habían sentado á Flannigan casi en frente de mí; saqué la conclusión de que, durante la comida por lo menos, estábamos al seguro de todo peligro procedente de este personaje. Una mueca horrible contraía aquel rostro antipático; noté además, que había bebido mucho, tanto que al concluir la comida, su voz estaba enronquecida. En cuanto á su amigo Müller, sentado algo más lejos, parecía estar nervioso, agitado y apenas comía.

—Y ahora, señoras, dijo nuestro amable capitán, espero que ustedes se consideren todas como en su casa, á bordo de mi buque. Otro tanto digo á los caballeros. Mavordomo, traiga champagne y bebamos á nuestra ruidosa travesía. Espero que nuestros amigos sabrán nuestro feliz arribo al puerto dentro de ocho días, de nueve cuando más.

Yo levanté los ojos y por más rápida que fué la mirada cambiada entre Flannigan y Müller, la sorprendí al vuelo. Una sonrisa perversa contraía los labios delgados de Flannigan.

La conversación continuó; se habló del mar, de política, de religión, de diversiones, se avistaron todos estos temas; yo estaba silencioso, pero muy atento. Buscaba el medio de poner en discusión el tema que perseguía mi espíritu; haciéndolo de una manera discreta, podría despertar algunas sospechas en el espíritu del capitán y observar sobre el rostro de los conspiradores el efecto de mis palabras.

La conversación se detuvo un momento. Todos los temas parecían estar agotados; la ocasión era, pues, propicia.

—¿Puedo preguntarle, capitán, lo que usted piensa en los manifiestos de los fenianos? dije inclinandome algo hacia adelante, hablando fuerte y claro.

El rostro alegre del capitán se oscureció.

—Representan un tejido de amenazas estúpidas, replicó; tan absurdas como perversas....

—La obra de una camarilla de canallas anónimos, añadió un viejo caballero solemne.

—¡Oh! capitán, exclamó mi gruesa vecina; ¿no los cree usted capaces de hacer volar un buque?

—Estoy persuadido que lo harían si pudiéramos, pero en todo caso no harían volar el mío.

—¿Puedo preguntar cuáles son las precauciones adoptadas contra semejantes peligros? preguntó otro señor anciano.

—Todos los bultos enviados á bordo son exa-

minados minuciosamente, dijo el capitán Dwyer.

—Pero si admitimos que un hombre traiga personalmente los explosivos... pregunté yo.

—Son demasiado cobardes, para arriesgar así su propia existencia.

Durante esta conversación, Flannigan había escuchado con aire indiferente; pero á esta contestación del capitán levantó la cabeza y miró:

—Me parece que los reconoce usted poco valor, dijo. Toda sociedad secreta ha producido héroes, hombres que consideran como un consuelo supremo sacrificar su vida por una causa y hermosa, en tanto que otros la consideran injusta. ¿Por qué los fenianos formarían la excepción?

—Un asesinato, bajo cualquier forma que se presente, será siempre un crimen para todos y no tiene excusa posible, dijo el joven pastor.

—¿Qué dice usted, entonces, del bombardeo de París? dijo Flannigan. El mundo civilizado ha dejado llevar á cabo el crimen sin intervenir; se ha concentrado, para excusarle con darle el nombre sonoro de guerra. Para Alemania, ese bombardeo era legítimo. ¿Por qué los fenianos no considerarían la dinastía como un medio de defensa legal?

—En todo caso, contestó el capitán, sus amenazas huecas no han molestado jamás á nadie.

—Perdone usted, dijo Flannigan, me parece que se pueden abrigar dudas sobre la suerte del "Dutcher." He encontrado en América personas que aseguraban que un torpedo estaba mezclado en el carbón del vapor.

—Es una mentira vulgar, dijo el capitán. Se ha comprobado debidamente en el proceso que el accidente fué debido á una explosión de gas. Pero vea, deberíamos cambiar de conversación; de lo contrario, las señoras pasarán una noche agitada.

La conversación volvió á su curso ordinario.

Durante esta pequeña discusión, Flannigan había sostenido su tesis con una corrección y una tranquilidad de que no le habría creído capaz; yo admiraba dentro de mí á ese hombre que, en el momento de cometer su crimen, podía discutir con tanta corrección una cuestión de tanta trascendencia para él. Como ya lo he dicho, había bebido mucho. Pero á pesar del color subido de sus mejillas, había conservado toda su lucidez de espíritu; ya no tomó parte en la conversación y pareció sumergirse en sus reflexiones.

Una oleada de pensamientos siniestros acudía á mi mente. ¿Qué debía hacer? ¿Debia levantarme y denunciar á los criminales al capitán y á los pasajeros? ¿Debia pedir al capitán un momento de conversación particular y revelarle el complot? Mi primera idea fué ésta; pero mi vieja timidez acostumbrada se presentó con fuerza y no me dejó mover de mi asiento. Después de todo, ¡si yo me había equivocado! Dick, que conocía mi secreto, no le prestaba fe. Me decidí á dejar que los sucesos siguieran su curso. ¿Aqué socorrer á las personas que no creía en el peligro? or otra parte, era deber de los ofi-

ciales protegernos y no era el nues' o el de prevenirlos. Bebí algunas copas más y subí sobre el puente, resuelto á guardar para mí el terrible secreto.

La noche era espléndida, y á pesar de la sobreexcitación de mi espíritu, aspiraba con delicia á la brisa exquisita. Muy lejos, al Oeste, un pequeño velero parecía una mancha oscura sobre el disco brillante del sol que se ponía; esa vista me hizo temblar. Una sola estrella brillaba encima del palo mayor; pero á cada vuelta de hélice, el agua parecía reflejar millares de puntos luminosos. El humo de nuestro buque parecía un penacho oscuro sobre un manto de púrpura y formaba una mancha única sobre el cielo brillante. Yo encontraba muy cruel pensar que bien pronto esa armonía majestuosa sería alterada por un simple mortal.

—Después de todo, me dije, hundiendo mi mirada en las profundidades del océano, si las cosas van mal, como temo, más vale morir aquí que no esperar indefinidamente la muerte sobre un lecho de dolor.

La vida de un hombre parecía bien poca cosa en medio de la grandeza de la naturaleza; sin embargo, á pesar de toda mi filosofía, no pude evitar un temblor cuando, al volver la cabeza, noté del otro lado del puente dos figuras humanas que reconocí inmediatamente. Estaban empeñadas en una conversación seria de la cual no recogía desgraciadamente ni una palabra; me contenté con pasearme arriba y abajo, vigilando con atención sus menores movimientos.

La llegada de Dick á mi lado fué para mí un verdadero consuelo. Vale más confiar sus secretos á un amigo incrédulo, que conservarlos escondidos en el corazón.

—Pues bien, amigo, me dijo alegremente, dándome un puñetazo en las costillas. ¿No hemos volado todavía!

—No, todavía no; pero nada prueba que no volaremos más tarde.

—¡Locuras, querido! No puedo comprender quién le ra puesto á usted semejante idea en la cabeza. Acabo de conversar con uno de sus pretendidos asesinos, que me parece muy buena persona, aficionada á todos los deportes, por lo que he podido juzgar.

Dick, contesté con gravedad, estoy seguro de que esos hombres tienen una máquina infernal y de que nos hallamos en el umbral de la eternidad. ¿Estoy tan seguro como si los hubiera visto encender la mecha!

—Pues bien! Si está usted tan convencido, amigo mío, dijo Dick, sorprendido por mi gravedad, su deber es participar sus sospechas al capitán.

—Tiene usted razón, lo haré; sólo mi timidez me ha impedido hacerlo hasta ahora. Creo que nuestra salvación depende únicamente del capitán.

—Pues bien! Vaya usted, háblele en seguida; pero por favor no mezcle mi nombre en este asunto.

—Le hablaré en cuanto baje del puente de comando, dije. Entretanto, no pierda de vista á mis criminales.

—Hágame conocer el resultado, ¿quiere? me dijo alejándose en busca, según me pareció, de su vecina mesa.

Quedado solo, conmigo mismo, pensé en mi escondite de la mañana, y volví al bote de salvamento, donde me tendí. Desde allí podía ver tranquilamente los sucesos, y levantando la cabeza de tiempo en tiempo, podía espiar á mis desagradables compañeros de viaje.

Pasó una hora: el capitán estaba siempre sobre el puente de comando, conversando con un antiguo oficial de marina, y ambos discutían con pasión un punto técnico de navegación. Era ya estrada la noche, de manera que yo distinguía difícilmente á mis dos criminales, siempre de pie en el mismo lugar donde se habían reunido después de la comida. La mayoría de los pasajeros habían bajado al salón; muy pocos de entre ellos se paseaban por el puente; la más absoluta tranquilidad que parecía ser un presagio de un verdadero peligro. Apenas el ruido de la hélice y de la campana de las horas interrumpían el silencio espantoso de esa noche.

Pasó otra media hora; el capitán no bajaba del puente de comando; parecía clavado en su puesto, y mis servicios estaban tan tendidos, que el ruido de dos personas que caminaban por el puente me estremeció. Miré, y vi que Flannigan y su compañero habían cruzado el puente y se encontraban debajo de mi bote. La luz que arrojaba una linterna los iluminaba de lleno, y me permitió ver que Müller llevaba como al descuido, sobre el brazo, el sobre todo que yo conocía muy bien. Volví á caer de espaldas casi inconsciente, y ahogando un grito; me parecía que mi falsa timidez iba á costar la vida á doscientos inocentes.

Yo conocía, por haber leído muchos ejemplos, esas terribles venganzas ejercidas contra los espías; yo sabía que un hombre perseguido no mira los medios para salvarse y hacer desaparecer á la persona que lo ha descubierto en sus criminales propósitos. No me quedaba, pues, más que esconderme en el fondo de mi bote, y espiar su conversación, hecha en voz muy baja.

—Este lugar conviene, dijo uno.

—Sí; e viento es mejor de este lado.

—¿Me pregunta si el resorte funciona bien?

—Estoy seguro.

—Debemos hacerlo partir á las diez, ¿no es cierto?

—Sí; á las diez en punto. Tenemos todavía ocho minutos.

Después de una corta pausa, la voz continuó:

—Oirán el ruido del resorte, me parece.

—No importa; será demasiado tarde para impedirlo.

—Es cierto. ¿Cuán asombrados se quedaron todos los que hemos dejado atrás!

—En efecto, ¿cuánto tiempo hay que contar hasta que tengán nuestras noticias?

—Las primeras llegarán á media noche, no antes.

—Este éxito será mío.

—No. Será mío.

—Es lo que veremos, amigo.

Nueva pausa; luego oí la voz de Müller, que murmuraba:

—Cinco minutos todavía.

¿Cuán largos me parecieron esos minutos! ¿Y cuán violentos los contaba en el fondo de mi bote!

—Esto hará sensación en tierra, dijo uno.

—Sí; mucho ruido en los diarios.

Levanté tímidamente la cabeza y miré á los dos bandidos. No había ya la menor duda; la muerte se levantaba frente á mí, implacable, inevitable. El capitán había bajado del puente del comando, y aparte de ses dos siniestros individuos, el puente estaba desierto.

Flannigan tenía su reloj en la mano.

—Todavía tres minutos, dijo. Póngala sobre el puente.

—No, mejor aquí, en la baranda.

Comprendí, al oír el ruido, que se hallaban debajo de mi cabeza.

Miré nuevamente: Flannigan echaba en su mano el contenido de una bolsa de papel. Reconocí los granitos blancos, los mismos que los de la mañana, destinados sin duda alguna á encender la mecha; oí el mismo ruido que ya me había intrigado.

—Un minuto y medio todavía, dijo. ¿Tirará usted ó yo de la cuerda?

—Yo la tiraré, dijo Müller.

Estaba de rodillas y tenía la cuerda.

Flannigan, dep te detrás de él, tenía un aire diabólico y resuelto, que concluyó de enloquecerme. Yo no aguantaba más; mis nervios estaban agotados.

—Deteneos, grité, poniéndome de pie en el bote. ¿Deteneos, bandidos sin fe ni ley!

Los hombres vacilaron. Creo que me tomaron por un espíritu vengador, al ver mi perfil destacarse sobre la luna pálida.

Yo mesentía valiente; era necesario; no podía retroceder.

—Cain ha sido maldito, grité, y no había muerto más que un hombre. ¿Queréis llevar sobre vuestras conciencias el pes ode doscientas víctimas?

—Está loco, dijo Flannigan. Es hora. Tire, pues, Müller.

Salté sobre el puente.

—Usted no tirará, grité.

—¿Y con qué derecho nos lo impedirá usted?

—En nombre de Dios y de los hombres!

—Esto no le interesa á usted. ¡Váyase!

—Que el diablo se lleve á etse animal!

—¡Que el diablo se lleve á este animal! Müller, yo lo tengo; tire usted de la cuerda.

Un instante después yo me debatía entre los brazos del irlandés.

Besistir era imposible.

—Vámonos, apresúrese, dijo. Ya no puede molestarnos.

Más muerto que vivo, yo me sentí en la puerta de la eternidad. Medio ahogado por el más grande de los bandidos, vi al otro acercarse á la caja fatal. Se inclinó y tomó la cuerda. Una corta plegaria subió desde mi corazón á mis labios, cuando lo vi estirar la cuerda. Un ruido

soco, extraño, se produjo. El mecanismo había funcionado; el costado de la caja se abrió, y... Las palomas mensajeras desplegaron el vuelo.

Inútil decir más. Prefiero no hablar del asunto; tan absurda y ridícula me parece ahora esta historia. Lo mejor es, me parece, desaparecer de la escena y ceder mi lugar al noticiario encargado de la sección Deporte del "New York Herald." He aquí el artículo que apareció en las columnas de aquel diario, poco después de nuestra salida de América:

"Carrera de palomas viajeras poco vulgar."—Una carrera de nuevo género se ha realizado la semana pasada entre las palomas de H. Flannigan, de Boston, y las de J. Miller, el conocido soprano de Lowell. Ambos han dedicado mucho tiempo a la mejora de la raza, y la experiencia que intentaban había interesado la opinión pública. Estaban comprometidas gruesas sumas. La largada se ha efectuado desde el puente del trasatlántico "Spartiate," a las diez de la noche, el día en que el vapor se encontraba a unas cien millas más o menos de las costas americanas. La paloma que recorriera con mayor velocidad esta distancia y regresara la primera

al palomar, sería la vencedora. Creemos saber que nuestros valerosos sportsmen han encontrado serias dificultades, porque ciertos capitanes tienen incomprensibles prevenciones contra las á pesar de ligeras complicaciones, sobrevenidas a último momento, las palomas fueron largadas exactamente a las diez. La de Miller ha llegado a Lowell en la mañana siguiente, muerta de cansancio; la de Flannigan se ha vuelto al palomar. Todos los que han apostado tendrán, por lo menos, la satisfacción de saber que este "match" ha sido llevado a cabo con la más estricta honradez. Las palomas están encerradas en una caja inventada especialmente, que no podía abrirse sino por medio de un resorte.

Esta adaptación permitía alimentarlas por una apertura practicada en la tapa, y así ha sido imposible toda preparación de las alas.

Hacemos votos para que nuevos ensayos de este género, popularicen en América este deporte. Sería una diversión agradable y al mismo tiempo un aliento para los "matchs" sensacionales y variados que desde hace algunos años se han multiplicado en tan grandes proporciones."

FIN

